







C. 1177617  
L. 141232



FERNANDO GASPAR, EDITOR.

# EL COCINERO

DE

## SU Magestad.

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE III.)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EDICION ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS SUELTAS.



MADRID:

IMPRESA DE D. FERNANDO GASPAR, EDITOR.

CALLE DE LA CABEZA, 56.

1857.

EDITORIAL MEXICANA

# REVISTA MEXICANA

DE ECONOMÍA

DE ECONOMÍA

*Es propiedad del Editor.*

# EL COCINERO

DE

SU MAGESTAD.



# EL COCINERO

20. MAGESTAD.



R. 107907



DESPERÁBASE EL GINETE CON LA LENTA MARCHA...





## CAPITULO PRIMERO.

De lo que aconteció á un sobrino por no encontrar á tiempo á su tío.



punto que el sol trasponia en una nublada y lluviosa tarde de invierno, atravesaba la famosa puente Segoviana, en direccion al ya próximo Madrid, un cuartago enorme que llevaba sobre su afilado lomo una silla de monstruosas dimensiones, y, sobre la silla, un ginete en cuyo bulto solo se veian un sombrero gacho de color gris, calado hasta las cejas, una capa parda rebozada hasta el sombrero, y dos robustas piernas cubiertas por unas botas de gamuza de su color, además del extremo de una larga espada, que asomaba al costado izquierdo bajo la plegadura de la capa.

El caballo llevaba la cabeza baja y las orejas caidas, y el ginete encorbado el cuerpo, como replegado en sí mismo, y la ancha ala del sombrero doblugada y empapada por la lluvia que venia de traves impulsada por un fuerte viento norte.

Afortunadamente para el amor propio del ginete, nadie habia en el

puente que pudiera montar en el, ni en su caballo, ni en su paso lento y trabajoso, ni en su acompasado cojear de la mano derecha : la lluvia y el frío habian alejado los vagos y los pillastres, concurrentes asiduos en otras ocasiones, á los juegos de bolos y á las palestrillas de la Tela; las lavanderas habian abandonado el río, que, dejando de ser por un momento el humilde y lloroso Manzanares de ordinario, arrastraba con estruendo las turbias olas de su crecida, y, en razon á la soledad, estaban cerradas las puertas de las tabernillas y figones situados á la entrada y á la salida del puente.

Nuestro ginete, pues, atravesaba impunemente protegido por el temporal una de las entradas mas concurridas de la córte, en otras ocasiones, y decimos impunemente, porque el aspecto de su caballo hubiera arrancado mas de una y mas de tres desvergonzadas pullas á la gente *non sancta* concurrente cotidiana de aquellos lugares.

Era el tal bicho (no podemos resistir á la tentacion de describirle) una especie de colosal armazon de huesos, que se dejaban apreciar y contar bajo una piel raída en partes, encallecida en otras, de color indefinible entre negro y gris, desprovista de cola y de crines, peladas las orejas, torcidas las patas, largo y estrecho el cuerpo, y larguísimo y arido el cuello, á cuyo extremo se balanceaba una cabeza afilada de figura de martillo, en la que se descubria á tiro de ballesta la espresion dolorosa de la vejez resignada al infortunio.

Representaos seis cañas viejas, casi de igual longitud, componiendo un pescuezo, un cuerpo y cuatro patas, y tendreis una idea muy aproximada de nuestro bucéfalo que, allá en sus tiempos, veinte años antes, debió ser un escelente vicho, atendidas su descomunal alzada y otras cualidades fisiológicas que á duras penas podian deducirse por lo que quedaba á aquella ruina viviente, á aquella especie de espectro, á aquella victima de la tiranía humana, que así explota la existencia y los elementos productores de los séres á quienes domina.

Desesperábase el ginete con la lenta marcha de su cabalgadura, con su cojear y con su abatimiento, y de vez en cuando pronunciaba una palabra impaciente, y arrimaba un inhumano espolazo al jaco, que, al sentir la punta, se paraba, se estremecía, lanzaba como protesta un gemido lastimero, y luego, como sacando fuerzas de flaqueza, emprendia una especie de trotecillo, verdadero atrevimiento de la vejez, que duraba algunos pasos, viniendo á parar en la marcha lenta y difícil de antes, y en el acompasado y marcadísimo cojeo.

No sabemos á quien debia tenerse mas lástima : si al caballo que llevaba á aquel ginete ó al ginete que era llevado por tal caballo.

El aspecto que presentaba entonces Madrid desde el puente de Segovia, poco mas ó menos semejante al que presenta hoy, no era lo mas á propósito para dar una idea de la estension y de la importancia de la córte de las Españas ; veíanse unicamente dos colinas orladas por unos viejos muros, con algunas torres chatas, y sobre estas torres y estos muros, á la derecha el convento y las vistillas de san Francisco ; á la izquierda el alcázar y el cubo de la Almudena, y entre estas dos colinas el arrabal y la calle y puerta de Segovia, viéndose además hácia la izquierda y debajo del alcázar el portillo y la puerta de la Vega.

Añádase á esta vista pobre y árida, lo escabroso y desigual del terreno comprendido entre el puente de Segovia y los muros ; los muladares, las zanjas y las hondonadas de aquel terreno formado por escombros ; la luz triste que se desplomaba de un celaje color de plomo sobre todo aquello, y se tendrá una idea de la impresion triste y desfavorable que debió causar la vista de Madrid en el viajero, que, á todas luces, iba por primera vez á la córte, en vista de la irresolucion de que dió marcadas muestras acerca de la direccion que debia seguir para entrar en la villa, cuando ya fuera del puente se encontró cerca de los muros.

Fijóse, al fin, decididamente su vista en el alcázar y luego en la puerta de la Vega, revolvió su caballo hácia la izquierda, y acometió la árdua empresa de salvar las escabrosidades y la pendiente de la ágría cuesta.

Al fin, aquí tropiezo, allá me paro, acullá vacilo, el anciano jaco logró pasar la puerta de la Vega ; enderezóse un tanto, animado sin duda por el olor de las cercanas caballerizas reales, y acaso por resultado de ese amor propio de que continuamente dan claras muestras de no estar desprovistos los animales, disimuló cuanto pudo su cojera, y siguió sosteniendo un laudable esfuerzo en un mediano paso, adelantando por la plazuela del Postigo y la calle de Pomar, hasta un arco que daba entrada á las caballerizas del rey, y donde, mal su grado, hubo de detenerse el forastero, á la voz de un centinela tudesco que le atajó el paso.

—Y dígame uce señor soldado, dijo con impaciencia el ginete, ¿por qué no puedo seguir adelante?

—Ser estas las capaycrisas de su magestad, contestó el centinela.

—Y dígame uce, ¿no puedo ir por otra parte al alcázar?

—Foste ir bor donde quiera, mas yo non dejar basar bor aquí ese capayo.

—¿Me impedirán de igual modo que este caballo pase por las otras entradas del alcázar?

—Mi non saperr eso.

Y el centinela se puso á pasear á lo largo del arco.

—¡Y á donde diablos voy yo! dijo hablando consigo mismo el ginete: mi tio vive en el alcázar: necesito verle al momento... y ¿donde dejo á este pobre viejo? indudablemente lo que sobraré en Madrid serán mesones: ¿pero quién se atreve? con la jornada que trae en el cuerpo el pobre Cascabel, seria cosa de no concluir á las ánimas: ¡eh! ¡señor soldado! ¡señor soldado!

Volvióse flemáticamente el tudesco mientras el ginete echaba pié á tierra.

—¿Quereis hacerme la merced de cuidar que nadie quite este caballo de esta reja donde voy á atarle mientras yo vuelvo?

—Mi non entenderr de eso, contestó el soldado, volviendo á su paseo.

—Como no sea que le roben para hacer botones, dijo una voz chillona á espaldas del ginete, no se quien quiera esponerse á ir á galeras por semejante cosa... ni la piel aprovecha: ¿le traeis para las yeguas del rey, amigo?

Volvióse el forastero, con cólera al sitio donde habian sido pronunciadas estas palabras con una marcada insolencia, y vió ante sí un hombrillo, con la librea de palafrenero del rey.

—Si lo que teneis de desvergonzado, lo tuvierais de cuerpo, vergante, dijo todo hosco el forastero, me alegraría mucho.

—¿Y por qué os alegrarias, amigo?

—¿Por qué? porque habria donde sentaros la mano.

—Paréceme que servis vos tanto para zurrarme á mí como vuestro caballo para correr liebres, dijo el palafrenero, con ese desearo peculiar de la canalla palaciega.

—Si mi caballo no sirve para correr liebres, sirvolo yo para haceros dar una carrera en pelo, contestó el incognito que aun permanecia embozado; y sin decir una palabra mas, se fué para el palafrenero, con tal talante, que este retrocedió asustado hácia una puerta inmediata, á tiempo que salian de ella dos hombres, al parecer principales, contra uno de los qué tropezó violentamente el que huía.

El tropezado empujó vigorosamente al palafrenero, que fué á dar en medio del arroyo, y apenas se rehizo se quitó el sombrero y se quedó temblando é inmóvil, entre los caballeros que salian y el forastero.

Miró el caballero tropezado alternativamente al palafrenero, al in-

cognito y á su caballo, comprendió por lo amenazador de la actitud del jinete que se trataba de alguna pendencia cortada, ó, por mejor decir, suspendida por su aparición, y dijo con acento severo y lleno de autoridad:

—¿Qué significa esto?

—Señor, este mal hombre queria pegarme porque me he reído de su caballo, contestó el palafrenero.

—Yo no estraño que se rian de este animal, dijo el embozado; lo que estraño es que se atrevan á insultarme, á mi, que ni soy manco ni viejo.

—En cuanto á lo de viejo no puedo hablar, porque no se os ve el rostro, dijo el, al parecer, caballero; en cuanto á si sois ó no manco, páreceme que si teneis buenas las manos teneis manca la cortesía.

—¡Eh! ¿qué decis?

—Digo, que para tener de tal modo calado el sombrero, y subido el embozo cuando yo os hablo, debeis ser mucha persona.

—De hidalgo á hidalgo, solo al rey cedo.

—Os habla el conde de Olivares, caballero mayor del rey, dijo el otro caballero, que hasta entonces no habia hablado.

—¡Ah! perdone vucencia, señor, dijo el incognito desembozándose y descubriéndose: es la primera vez que vengo á la córte.

Al descubrirse el jinete dejó ver que era un jóven como de veinte y cuatro años, blanco, rubio, buen mozo y de fisonomía franca y noble, á que daban realce dos hermosos y espresivos ojos negros.

—¡Ah! ¡acabais de venir! dijo el conde de Olivares, prevenido en favor del jóven: ¿y á que diablos os venis á entrar con ese caballo por las caballerizas del alcázar? en sus tiempos debe de haber sido mucho...

—Cosas ha hecho este caballo, y en peligros se ha visto, que honrarian á cualquiera, y si porque es viejo le desprecian los demás, yo que le aprecio porque le apreciaba mi padre...

—¿Y quién es vuestro padre?

—Mi padre era.

—Bien: pero su nombre...

—Jerónimo Martinez Montiño, capitán de los ejércitos de su magestad.

—Yo conozco ese apellido, y creo que le estoy oyendo nombrar todos los dias: ¿no recordais vos, Uceda?

—¡Bah! ese apellido es el del cocinero mayor de su magestad.

—El cocinero de su magestad es mi tio.

—¡ Ah! pues entonces sois de la casa, dijo el conde : cubrios, mozo, cubrios, que corre un mal norte, y seguid hácia el alcázar : y tú vergante, añadió dirigiéndose al palafrenero, toma el caballo, llévale á las caba-llerizas y cuidale como si fuera un bicho de punta : y debe de haberlo sido; ¡ diablo ! ¡ lo que son los años!

Y el conde de Olivares y el duque de Uceda, se alejaron hácia los Consejos, mientras el jóven pasaba el arco en direccion al alcázar, murmurando :

—¡ El conde de Olivares y el duque de Uceda ! paréceme de buen agüero este encuentro... ello dirá... lo que únicamente me inquieta es el haber dejado á Cascabel entregado á aquel vergante... pero mi tio arreglará esto y lo otro. Vamos en busca de mi tio.

El jóven atravesó la plaza de armas, y se encaminó en derechura al pórtico del alcázar, sin detenerse un punto á mirarle, á pesar de que pertenecía al gusto del renacimiento y era harto bello y rico para no llamar la atencion á un forastero ; pero fuese que nuestro jóven no se admirase por nada ; fuese que le preocupase algun grave pensamiento ; fuese en fin, que comprendiese que es mas fácil hacerse paso cuando se camina de una manera desembarazada, altiva, y como por terreno propio, la verdad del caso fué, que se entró por las puertas del alcázar, como si en su casa entrara, alta la frente, la mano en la cadera, y haciendo resonar sus espuelas de una manera marcial sobre el mármol del pavimento.

Ni él miró á nadie, ni nadie le miró : atravesó un vestibulo sostenido por arcadas, siguió una galería adelante y se encontró en el patio.

Al ver ante sí la multitud de puertas que abrian paso á otras tantas comunicaciones del alcázar, hubo forzosamente de detenerse y de buscar entre los que entraban y salian á alguno de la servidumbre interior, que le guiase hasta las regiones de la cocina, y al fin se dirigió á un enorme lacayo que le deparó su buena suerte.

—¿ Por donde voy bien á la cocina, amigo? preguntó nuestro jóven.

Miróle de alto á bajo el lacayo, estrañando, sin duda, que por tal dependencia le preguntase un mancebo buen mozo, que trascendia á la lengua á hidalgo y á valiente, y que llevaba con suma gracia su traje de camino.

—No os dejarán llegar á la cocina de su magestad, contestó el lacayo, después de un momento de inoportuna observacion, sino decis á quién buscaís.

—Busco, dijo el jóven, al cocinero mayor.

—¡ Ah ! pues si buscáis al señor Francisco Montño, os aconsejo que le esperéis mañana á las ocho en la puerta de las Meninas : todos los dias va á esa hora á oír misa á Santo Domingo el Real.

Y el lacayo creyendo haber dado al j6ven bastantes informes, se marchaba.

—Esperad, amigo, y decidme, sino vais de prisa: ¿ por qué razon he de esperar á mañana, y esperar fuera del alcázar?

—Porque el cocinero mayor, aunque vive en el alcázar, no recibe en él á persona viviente.

—¡ Cómo !

—No recibe en su casa, por dos muy buenas razones.

—¿ Y cuáles son esas buenas razones?

—La una es su mujer, y la otra su hija : desde que su hija cumplió los catorce años, nadie entra en su cuarto ; y desde que se casó en segundas nupcias, ha clavado las ventanas que dan á las galerías.

—¡ Bah ! pero recibirá en la cocina.

—Menos que en su casa. Allí no recibiria ni al mismo rey.

—No importa. Yo se que me recibirá.

—Mucha persona debeis ser para él.

—Soy su sobrino.

Cambió de aspecto el lacayo al oír esta revelacion ; dejó su aspecto altanero y un si es no es insolente ; pintóse en su semblante una espresion servicial, y cambió de tono, lo que demostraba que el cocinero mayor tenia en palacio una gran influencia, que se le respetaba, y que este respeto se trasmitia á las personas enlazadas con él por cualquier concepto.

—¡ Ah ! ¿ con qué vuesaerced es sobrino del señor Francisco Montño ? dijo acompañando sus palabras con una sonrisa untuosa : eso es distinto : vamos, y llevaré á vuesaerced hasta donde sin tropezar y en derechura pueda encaminarse á la cocina.

Y volviendo atras se entró por una puertecilla situada en un ángulo, subió por una escalera de caracol y salió á una larga galería.

El j6ven siguió tras él, y así atravesaron algunas puertas, en todas las cuales habia centinelas ; pero muy pronto empezaron á recorrer enormes salones desamueblados, en la parte íntima, por decirlo así, del alcázar.

Subieron otras escaleras, y en lo alto de ellas se detuvo el lacayo.

—Desde aquí, dijo, nadie atajará á vuesaerced, porque solo las

gentes de la casa andan por esta parte : siga vuesamerced adelante hasta el cabo de la crugia y el olor le guiará.

Y despues de un respetuoso saludo, dejó solo al sobrino de su tio.

En efecto, cuando el jóven estuvo al fin de la crugia, le dió en las narices un olor indefinible, succulento, emanacion de cien guisos, aroma especial que solo analiza un cocinero; guiado por aquel rastro, el jóven siguió adelante, y muy pronto atravesó una gran puerta y se encontró en la cocina de su magestad.

Llenaba aquel espacio pulcramente blanqueado, una atmosfera que alimentaba; aspirábase allí una temperatura sofocante; cantaban, chirriaban, chillaban en coro, una multitud de ollas y cacerolas; veíanse en medio de una niebla *sui generis*, una multitud de hombres y de muchachos, oficiales los unos, pinches los otros, galopines los mas y pícaros de cocina; aquel era un taller en forma, en que se iba, se venia, se picaba, se espumaba, se soplaba, se veían acá y allá limpios utensilios, brillaba el fuego, y últimamente, en una larga percha se veían capas de todos colores y espadas y dagas de todas dimensiones.

Por el momento nadie reparó en el jóven; pero él se encargó de que reparasen en él dirigiéndose á un oficial que traía asida por las dos manos una descomunal cuajadera.

—¿Quereis decirme, le preguntó, donde está el cocinero mayor?

Dejó el oficial la cuajadera sobre una mesa, y se volvió al jóven limpiándose las manos en su mandil.

—¡Ta! ¡ta! ¡el cocinero mayor! dijo con acento zumbou. Si por ventura venis á buscar trabajo, echadle un memorial.

—No busco trabajo; le busco á él.

—No está.

—Ya se que no recibe en la cocina, pero si está decidle que le busca su sobrino, que acaba de llegar de su pueblo, y que le trae una carta de su hermano el arcipreste.

Operóse en la actitud, en el semblante, y en las palabras del oficial, la misma transformacion que se habia operado en el lacayo, pero de una manera tan marcada, que el jóven no pudo menos de comprender, que si su tio era una influencia poderosa en el alcázar, en la cocina era una omnipotencia.

—¿Con qué vuesamerced, es sobrino del señor Francisco Montiño? dijo el oficial completamente transformado: ¡qué diablo! su merced no está.

Habian rodeado á la sazón al jóven, una turba de galopines que le miraban con las manos á las espaldas, ojos que se reian y bocas que rebosaban malicia.

Como que se trataba de un profano.

—¿Y dónde encontraré á mi tío?... me urge..... me urge de todo punto, dijo el jóven con acento impaciente.

—Yo diré á vuesamerced donde está su tío, dijo un galopin : el señor Francisco Montliño está prestado.

—¡Cómo prestado! dijo el oficial.

—Prestado al señor duque de Lerma, dijo otro pinche.

—Como que está malo de un atracon de setas el cocinero del duque.

—Y el duque tiene convidados.

—Por último ¿mi tío no volverá probablemente? dijo el jóven.

—No volverá, caballero, dijo otro de los oficiales, porque me ha encargado que sirva la cena de su magestad.

—¿Y dónde vive el duque de Lerma?

—¡Toma! exclamó un pinche como escandalizado, en su casa : es menester venir de las Indias, para no saber donde vive el duque.

—Calle de san Pedro, caballero, dijo el oficial encargado accidentalmente de la cocina : cualquier mozo de cuerda á quien vuesamerced pregunte le dará razon.

Tomó el jóven las señas que le dieron, las fijó en la memoria, como que tanto le importaban, y despidiéndose de aquella turba, salió, y tomó la erugia adelante : pero fué el caso, que, como el alcázar era un laberinto para él desconocido, en vez de volver por el mismo camino de antes, tomó la direccion opuesta, bajó unas escaleras, y se encontró en habitaciones amuebladas, entapizadas, alfombradas é iluminadas, porque ya era casi de noche, y en las que habia algunos lacayos.

Pero marchaba el jóven de una manera tan decidida, absorto en sus pensamientos y sin reparar en nada, que, sin duda porque por aquella parte habian quedado atras las entradas dificiles, y no circulaban mas que los que estaban autorizados para ello, nadie le preguntó, ni le puso obstáculos, ni le dijo una palabra.

Y así continuó hasta un estrecho pasadizo, medio alumbrado por un farol clavado en la pared, y enteramente desierto, donde hubo de sacarle de su distraccion una voz de mujer, grave, sonora, que hablaba, sin duda, con otra detras de una mampara próxima, y que le dejó oír involuntariamente las siguientes palabras :

—Me va en ello mas que piensas... es preciso; preciso de todo punto... ¡oh Dios mio!

Nuestro jóven hizo entonces lo que en igual situacion hubiera hecho el mas hidalgo: comprendió que una casualidad le habia llevado á un lugar donde dos mujeres se creian solas: que las graves palabras que habia oido pertenecian sin duda á un secreto que él no debia sorprender, y se hizo atras dirigiéndose á la puerta mas inmediata: pero aquella puerta estaba cerrada.

Dirigióse á la ventura á otra, pero al llegar á ella, se abrió y salió una dama.

El jóven dió un paso atras, y se quitó el sombrero. La dama que salia dió un ligero grito de sorpresa, y quedó inmóvil.

—¿Qué hace este hombre aquí? dijo con la voz notablemente alterada.

—Perdonad, señora, pero...

—¿Pero qué?... exclamó con impaciencia la dama.

—Soy forastero: he venido al alcázar á ver á mi tio, y al salir me he perdido.

—¿Y quién es vuestro tio?

—El cocinero mayor del rey.

—¡Ah! ¿sois sobrino del cocinero mayor? repuso la dama cuya voz estaba alterada por una conmocion profunda: comprendo: venis de las cocinas.

—Asi es, señora, contestó el jóven, que contrariado y confuso por su torpeza, tenia la vista fija en el suelo.

—Habeis bajado por las escaleras por donde se sirve la vianda á su magestad; habeis cruzado la galería de los infantes, y os habeis metido en la portería de damas... ¡y esos maestresalas...! ¡estarán durmiendo!

—Yo siento, señora... yo quisiera...

—¿Cuánto tiempo hace que estais en esta galería?

—Hace un momento, señora; como que al abrir esta puerta, buscabá una salida.

—Y... ¿no habeis oido hablar á nadie?

—No señora.

Y entonces el jóven alzó los ojos, miró á la dama y se puso pálido.

Lo que habia casuado la palidez del jóven, era la hermosura de la dama, y la espresion de sus grandes ojos fijos en él, de una manera particular.

—La casualidad que os ha traído aquí, dijo la dama, os pudiera costar cara.

—Sucédame lo que quiera, me pesará indudablemente menos de ello que de haberos disgustado.

—Venid, dijo la dama, cuya voz tenia todavía el acento irritado, trémulo, conmovido.

Y en paso rápido, fuerte, enérgico, tiró la crugia adelante, llegó á una puerta, abrió su pestillo con un llavín dorado, la pasó, y repitió con impaciencia :

—¡Seguid! ¡seguid!

Se encontró el jóven en otra galería menos alumbrada; por último, la dama tomó por una escalera oscura.

El jóven la siguió á tientas; nada veía: solo percibía el ardiente ábito de la dama, el crujir de su traje de seda, y la fuertè huella de su paso.

Al fin de la escalera, sintió abrir una puerta, y la voz de la dama que le dijo :

—Salid: id con Dios.

Fue tal el acento de la dama al despedirle, que el jóven no se atrevió á contestar: salió, sintió que cerraban la puerta, y se encontró en un ámbito tenebroso, del cual no podia apreciar otra cosa, sino que estaba embaldosado de mármol, por el ruido que producian sobre el pavimento sus pisadas.

Con las manos delante, á tientas, siguió á lo largo de una pared; torció, revolvió, anduvo perdido un gran espacio, y al fin, guiado por el resplandor de una luz, que se veía tras una puerta, se dirigió á ella, se encontró en una galería baja, y luego en el patio.

Acontecióle entonces lo que nos acontece cuando despertamos de una molesta pesadilla: su corazón se espació y aspiró con placer el aire frío que, zumbando en las cornisas, penetraba en remolino hasta el fondo del patio.

Pero la impresion de toda pesadilla, continua aun despues de despertar: el jóven guardaba una fuerte impresion de su aventura, pero indeterminada, vaga, como un sueño: aquella impresion partia de la dama que habia visto un momento: recordaba, con no sabemos que agitación, que era una mujer tan hermosa como no habia visto otra, pero no recordaba los rasgos de su semblante, ni el color de sus ojos, ni el de sus cabellos: ni su apostura, ni su traje: habíale acontecido lo que al que mira

de frente al sol : que solo ve luz, una luz que le deslumbra, que sigue lastimando sus ojos despues de haberlos cegado : estaba seguro de no conocerla si por acaso la veia otra vez, y esto le desesperaba : no se daba razon del sentimiento que aquella impresion le hacia experimentar : no pensó en que podia estar enamorado, como al recibir una estocada, nadie por el momento se cree herido de muerte.

El amor es hijo de la imaginacion ; la imaginacion del jóven no habia tenido tiempo, ni aun para formar el embrion de ese fantasma ardiente á quien damos la forma de la mujer que ha hablado fuertemente á nuestros sentidos : estaba aturdido y nada mas.

Asi es que, profundamente preocupado, se dirigió por instinto á una salida, y por efecto de su preocupacion, ni vió dos hombres embozados, que estaban parados en la puerta de las Meninas, ni oyó este breve diálogo, que pronunciaron al pasar el jóven junto á ellos.

—¿ Ha salido?

—Si.

—¿ Cuando?

—Hace algunos minutos.

—¿ En litera?

—En litera.

El jóven pasó, y maquinalmente tomó por la embocadura de una calle inmediata.

La noche cerraba á mas andar : el temporal seguia : la lluvia lenta, sorda, pesada, espesa, producía un arroyo en el centro de la calle, y las gentes, rebujadas en sus capas, ó en sus mantos, pasaban de prisa.

Era esa hora melancólica del crepúsculo vespertino, anticipada por el estado de la atmósfera, y por la niebla que empezaba á tenderse sobre la tierra. En aquel tiempo, las calles de Madrid no estaban alumbradas, ni empedradas, ni abundaban las tiendas, y las pocas que existian, se cerraban al oscurecer : andaba poca gente por las calles, porque entonces Madrid, teniendo una periferia casi tan estensa como ahora, tenia mucho menos poblacion ; las casas, construidas en su mayor parte á *la malicia*, como se decia entonces, ó para que lo entiendan nuestros lectores, con un solo piso, para librarse de la carga de aposento con que estaban gravadas las que se elevaban mas; eran bajas, de pobre aspecto, y muchas de ellas de madera : las calles eran irregulares, tortuosas, estrechas, con entrantes y salientes, y singularmente por la parte contigua al alcázar, por donde marchaba nuestro jóven, eran un verdadero labe-

rinto, habiendo trozos en que no se veía una sola puerta, á causa de formarlos las tapias de los huertos de los cuatro ó cinco conventos que habia en aquel barrio.

En uno de estos callejones escuetos y solitarios, se detuvo de repente nuestro jóven, que habia llegado hasta allí maquinalmente, para orientarse del lugar en que se encontraba.

El frio y la lluvia le habian vuelto al mundo real : miró en torno suyo en busca de una persona á quien preguntar, y se encontró solo : pero de repente, sin que antes hubiese sentido pisadas, sintió que se asian á su capa, y oyó una voz de mujer que le decia con gran precipitación :

—¡ Dadme vuestro brazo, y seguid adelante, seguid !

Volvióse el jóven, y vió junto á él, una mujer de buena estatura, de buen talante, de buen olor, completamente envuelta en un manto negro.

—¡ Seguid, seguid adelante! dijo la dama con doble impaciencia ; y no hagais estrañeza ninguna, que me importa. Ya os explicaré ... ¡ pero seguid !

Y la tapada levantó por sí misma la halda de la capa del jóven, y se asió á su brazo, y tiró de él.

—¡ No os digo que sigais adelante! exclamó la incógnita con irritación : ¡ ó es que sois tan poco hidalgo, que no quereis favorecer á una dama !

No permitiendo la sorpresa contestar al jóven, se limitó á dejarse conducir por la tapada.

—¡ Pero, yo os arrastro ! ¡ yo os llevo ! dijo esta, con acento en que brotaba un tanto de irritación ; ¡ y lo notará quien nos vea ! ¿ Cómo llevariais á vuestra amante, caballero ?

—¡ Ah ! ¡ segun ! dijo el jóven... si ibamos huyendo de un marido, de un padre, ó de un hermano...

—No, no tanto como eso : marchemos naturalmente, como dos enamorados á quienes importan poco el frio, la lluvia y el viento.

—Sea como vos querais, dijo el jóven : y paréceme que si yo os conociera, seria muy posible, casi seguro mi enamoramiento.

—¿ De dónde sois caballero? dijo la tapada, marchando ni mas ni menos que si no hubiera llovido, y se hubiese encontrado junto al hombre de su eleccion.

—Soy... pero dispensad, señora, ni comprendo lo que me sucede, ni puedo adivinar el objeto de vuestra pregunta.

—Os pregunto qué de donde sois, porque me pareceis un tanto cortesano: me estais enamorando á la ventura sin soltar prenda.

—Pues os engañais señora, no soy cortesano sino desde esta tarde.

—¡Como! ¿no habeis venido hasta ahora á la córte?

—No: y, sin embargo, aunque no llega á una hora el tiempo que hace que estoy en ella, me han sucedido tales aventuras...

—¿Aventuras y en una hora?

—Si por cierto: he reñido con un palafrenero del rey; he conocido á dos grandes señores; me he perdido en el alcázar...

—¡Ah! ¡os habeis perdido... en el alcázar...! ¿y qué aventura os ha sucedido al perderos?

—¡Perderme! exclamó el jóven, y suspiró porque se acordó de la hermosura de la dama de la galería.

—En palacio es el perderse muy fácil, dijo la dama, y os aconsejo que si alguna vez entráis en él, os andeis con piés de plomo; ¿y no os ha acontecido mas aventura despues de haberos... perdido en el alcázar?

—Sí, sí por cierto: ¿no os parece una muy singular aventura esta en que me encuentro con vos á quien no conozco; que se me os habeis venido sin saber de donde y que...?

—¿Y qué...?

—Podeis acabar de perderme.

—¡Yo!

—Sí, vos: debeis ser muy hermosa, señora, y muy principal, y hallaros metida en un gran empeño.

—Esplicadme...

—Os siento apoyada en mi brazo, y ¡Dios me perdone! pero quién tiene tan hermoso brazo debe tenerlo todo hermoso.

—¿En la tierra de donde venis, se acostumbra á abusar de las mujeres, caballero?

—¡Ah! perdonad: yo no creia...

—Vos lo habeis dicho: soy una dama principal: mas de lo que podeis creer, y, como habeis supuesto, me encuentro en un gran conflicto.

—Vuestra voz, aunque quisisteis disimularlo, era un tanto trémula cuando me hablásteis: vuestro brazo al asirse al mio temblaba.

—Acortad el paso y bajad mas la voz, dijo la dama: nos siguen.

—¿Y vos cuando os siguen os deteneis?

—Cuando sé que quien me sigue tiene dudas de si soy yo ó no soy, procuro no desvanecerlas huyendo: quien huye teme.

—¿Y vos no teméis?

—Si por cierto, y por que temo mucho, procuro que quien me sigue, dude; dude hasta tal punto, que siga su camino creyendo que pierde el tiempo en seguirme.

—¿No es vuestro esposo quién os sigue?

—Yo no soy casada.

—¿Ni vuestro padre?

—Está sirviendo al rey fuera de España.

—¿Ni vuestro hermano?

—No le tengo.

—¿Ni vuestro amante?

—Nunca le he tenido.

—¡Ah!

—¿Qué os sucede?

—Quisiera saber quién os sigue.

—No volvais la cara, que sin que la volvais os sobraré acaso tiempo de saberlo.

—Pero sino es asunto vuestro...

—¿Sabeis que sois muy curioso, caballero?

—¡Ah! perdonad: me callaré.

—No, hablad: hablad.

—Pero si mis palabras os ofenden...

—Habladme de lo que queráis.

—¡Ah! ¿de lo que yo quiera? Yo quisiera conoceros.

—¿Y para qué?

—Os repito que debeis ser muy hermosa.

—Mirad no os engañe vuestro deseo.

—Descubrid el rostro.

—Mostraros el rostro ahora seria comprometer acaso un secreto que no es mio.

—¡Cómo!

—Si pudiérais dar señas de la mujer á quien vais acompañando...

—Soy noble y honrado.

—No os conozco.

—Y sin embargo os habeis amparado de mí.

—A la ventura: á la desesperada.

—¿Y no os inspira confianza la manera respetuosa con que os trato?

—Respetuosa y reservada: por ejemplo: no me habeis dicho quienes eran los dos grandes señores que habeis conocido.

—¿Y por qué no? eran el conde de Olivares y el duque de Uceda.

—¿Y como? ¿porqué habeis conocido á esos caballeros?

—Terciaron en mi disputa con el palafrenero.

—¡Ah! y decidme: ¿de donde salian?

—De las caballerizas del rey.

—¡Ah! ¡es extraño! dijo la dama: ¡juntos y en público Olivares y Uceda!

Y la dama guardó silencio por algunos segundos.

Seguian andando lentamente: por fortuna la lluvia no arreciaba y los anchos y bajos aleros de las casas los protegian.

El forastero iba fuertemente impresionado. La tapada apoyaba con indolencia en su brazo, un brazo mórbido y magnífico, á juzgar por el tacto: su andar era reposado, grave, indolente: el movimiento de su cabeza lleno de gracia, de atractivo: su voz sonora, dulce, estremadamente simpática, y se exhalaba de ella una leve atmósfera perfumada. Además una preciosa mano, cuajada de anillos, y estremadamente blanca y mórbida, sujetaba su manto cerrado sobre su rostro, sin dejar abierto mas que un candil, una especie de pliegue demasiado saliente para que pudiera versela ni un ojo.

La noche empezaba á cerrar densamente oscura.

El jóven empezaba á aturdirse con lo que le acontecia.

—¿Y qué aventura os sobrevino en el alcázar cuando os perdisteis?

—Os lo repito: mi aventura en el alcázar ha sido perderme.

—Pero esa es una palabra que puede entenderse de muchos modos.

—¡Ah señora...! ¡tengo una sóspecha...!

—¿Qué? dijo con cuidado mal encubierto la dama.

—Que acaso vos seais la causa de que yo me haya perdido.

—¡Yo! ¡y no me conoceis!

—Esa es mi desesperacion: que no os conozco, y os recuerdo.

—¿Sabeis que ya es obra el entenderos? ¿si no me conoceis, como podeis recordarme?

—Pues ese es el caso: yo os he visto un momento, un momento nada mas, y os he visto tan hermosa que me habeis cegado...

—¿Que me habeis visto? ¿Y donde?

—Cuando os asisteis á mí, teniais abierto el manto.

—¡ Oh ! ¡ no ! no recuerdo haberme descuidado. Y si no ¿ de qué color son mis ojos ?

—Es que vuestra hermosura me ha deslumbrado señora, y cuando he vuelto á abrir los ojos, me he encontrado á oscuras.

—Nos siguen mas de cerca, dijo la dama, y mucho será que quien nos sigue, á pesar de todo, no me conozca.

—La noche está, oscura señora; hace tiempo que vamos por calles desiertas: al que estorba se le mata.

—¡ Ah ! exclamó la dama y estrechó el brazo del jóven.

—Decidme: detened á ese hombre, y no da un paso mas.

—¿ Y matariais por mí á quien no conoceis ? ¿ á un hombre que ningun mal os ha hecho ?

—Sí.

—¿ Y si no fuera yo quien creeis ?

—¿ Quién otra pudiera ser ?

—La dama de palacio.

—Es que yo no he visto en palacio ninguna dama.

—¿ La habeis prometido callar ?

—Os juro que á ninguna dama he visto.

—Decidme... pero rodeemos por esta calle: ¿ á que habeis venido á Madrid ?

—A buscar á mi tio que es el cocinero mayor del rey.

—¡ Ah ! ¿ y al arrimo de vuestro tio, venis á pretender algun oficio á la córte ?

—Yo, señora, no pretendo nada.

—¿ Sois rico ?

—Soy pobre. Pero para servir bajo las banderas del rey como soldado, no son necesarios empeños.

—¿ De modo que... ?

—Vengo á traer á mi tio el cocinero, una carta de mi tio el archipreste.

—¡ Ah ! ¿ y de dónde venis... ?

—De Navalcarnero.

—¿ Y nunca habeis salido de esa villa ?

—Si por cierto, señora. He cursado en la universidad de Alcalá.

—¡ Ah ! ¡ ya decia yo !

—¿ Y qué deciais vos ?

—Que no erais novicio. ¡ Estudiante ! ¡ ya !

—Y estudiante de teología.

—¿Y ordenado?

—No por cierto. Me gusta mas el coselete que la sotana : y luego el amor... ¡poder amar sin ofender á Dios ni al mundo!

—No sabeis hablar mas que de amor.

—Pues mirad ; hasta ahora no he amado.

—¿Amais á la dama del juramento?

—Os juro señora...

—Si yo fuese la dama de la galería...

—¡Ah!

—Si yo fuese la que de tan mal talante os echó por una escalera escusada...

—¿Vos me libertais de mi promesa?

—Y porque habeis cumplido bien, espero que me contesteis en verdad : ¿es cierto que os he causado tal impresion, que no recordais mi semblante?

—Os lo juro, por mi honra.

—Pues bien : olvidad de todo punto vuestro amor que empieza : es tiempo aun : cuidad que no me volvereis á ver : cuidad que es un sueño lo que os sucede, y seguid callando, como callábais.

—¡Oh! ¡si! ¡callaré! pero amaré... os amaré... aunque no os conozca... ¡os amaré siempre!... ¡sin esperanza!...

—Olvidemos locuras, y hablemos de lo que importa, porque vamos á separarnos. Parémonos en esta esquina. Respondedme, si es verdad que he causado en vos la impresion que decis. ¿Oisteis hablar á alguien en la galería?

—Si.

—¿Qué oisteis...?

—Estas ó semejantes palabras : «me va en ello la vida ó la honra...» ello era gravísimo. ¿Y quereis que sea franco con vos? He creído que quien pronunciaba aquellas palabras era...

La tapada puso su pequeña mano sobre la boca del jóven, y este aprovechando la ocasion, la retuvo, la besó ; la dama dió un ligero grito, y desasió con fuerza su brazo de la mano del jóven : en esta quedó un brazaletes, que el jóven guardó rápidamente, y aprovechando el haberse descompuesto el manto de la dama, la miró.

—¡Ah! exclamó con desesperacion.

—Está la noche muy oscura, dijo la dama cubriéndose de nuevo.

- ¿Y no tendreis compasion de mí...?
- Escuchadme y servidme.
- Os serviré.
- Desde aquí voy á seguir sola.
- ¡Sola!
- Si. Allí, junto aquella puerta, hay un hombre parado. Es necesario que ese hombre no pueda seguirme.
- No os seguirá.
- Evitad matarle, si podeis. Con que le entretengais un breve espacio, estaré en salvo.
- ¿Pero nada me decis? ¿ninguna señal vuestra me dais?
- ¡Ah! ¿quereis una señal? Tomad.
- ¿Y qué es esto...?
- Tomadlo...
- ¡Una joya!
- No, una señal. Y oid: seguid guardando un profundo secreto, acerca de vuestras dos aventuras conmigo. Vos no habeis estado en la porteria de damas, vos no habeis oido nada. Sobre todo, no sospecheis, no os atrevais á adivinar que quien ha pronunciado aquellas graves palabras, ha sido...
- ¡La reina!
- Si, dijo la tapada inclinándose al oido del jóven y con voz ardiente y entrecortada: era la infeliz Margarita de Austria. Ya veis si confio en vos. Deteniendo á ese hombre que me sigue, servís á su magestad. Sed caballero y leal y tened por seguro que aunque no volvais á verme vuestra fortuna ha de dar envidia á muchos.
- ¡Oh! ¡esperad! ¡esperad, señora!
- ¿No os he dejado una prenda?
- Pero...
- No puedo detenerme mas. A Dios, impedid que ese hombre me siga. A Dios.
- Y la tapada tiró una calleja adelante.
- El bulto que estaba parado á alguna distancia adelantó á buen paso.
- ¡Eh! ¡atrás! ¡no se pasa! dijo nuestro forastero, echando al aire la daga y la espada.
- El que venia hizo un movimiento igual y sin decir una palabra, envistió al jóven.
- Os aconsejo que os vayais, dijo este, acudiendo al reparo de los

golpes que le tiraba el embozado; porque si no os vais, os va á suceder algo desagradable. ¡Ola! ¿se me os venís con estocadas? ¡perfectamente! pero es el caso que yo no quiero mataros, amigo mio.

Echó fuera dos ó tres estocadas bajas, y aprovechando un descuido del contrario le dió un cintarazo encima del sombrero.

—Eso ha podido ser un tajo que se os hubiese entrado hasta los dientes, dijo el jóven pronunciando ésta nota con una calma admirable. El otro redobló su ataque.

—Es el caso que yo no quiero mataros, dijo el sobrino de su tío: no por cierto: sería bautizar mi entrada en Madrid con sangre. ¡Ah! ¿os empeñáis? pues... allá voy camarada...

Y se cerró en estocadas estrechas, obligando al contrario á repararse con cuidado.

—¡Ah! ¡ah! murmuró el jóven: en la córte no saben mas que *echar plantas*; paréceme que ya le tengo para el desarme de mi tío el archipreste ¡Veamos! ¡Pobre hombre! ¡Bah! ¡estais preso! ¡sois mio!

El forastero habia cogido á su contrario en el momento en que tenia puesta su daga sobre la espada, cerca de su empuñadura; habia metido una estocada baja y diagonal por el ángulo estrecho formado por la daga y por la espada del incognito y habia hecho una especie de trenza con los tres hierros, sujetándolos contra el muslo izquierdo de su contrario.

Era un desarme completo: el enemigo no podia valerse de sus armas: entre tanto al forastero le quedaba franca la daga para herir, pero no hirió.

—Idos, dijo al otro; puedo mataros: pero no quiero asustar á mi buena suerte tiéndola de sangre la primera noche que entro en Madrid: envainad vuestros hierros y volveos por donde habeis venido.

Y diciendo esto sacó su espada del desarme, se retiró dos pasos del otro que habia quedado inmóvil, y luego se embozó y tiró la calle adelante por donde habia desaparecido la tapada.

El vencido quedó solo, inmóvil: un momento despues de haberse alejado su generoso vencedor, relumbraron luces en una calleja y adelantó un hombre á quien seguian otros cuatro.

Aquellos hombres eran alguaciles y traian linternas.

## CAPITULO II.

### Interioridades reales.

Doña Juana de Velasco, duquesa viuda de Gandia, era camarera mayor de la reina.

La viudez ú otras causas que no son de este lugar, habian empalidecido su rostro y poblado, aunque ligeramente, de canas sus cabellos.

Pero, á pesar de esto, el rostro de doña Juana era bastante bello, dulcemente melancólico, y sobre todo, espresaba de una manera marcada la conciencia que la buena señora tenia de su nobleza, que segun los doctores del blason se remontaba nada menos que á los tiempos de la dominacion romana.

Satisfecha con su cuna, con la posicion que ocupaba en la córte, y con sus rentas, que la bastaban, y aun la sobran para destinar parte de ellas á la caridad, doña Juana de Velasco ó sea la duquesa de Gandia, era feliz, salvos algunos importunos recuerdos de su juventud.

No se crea por esto que la camarera mayor de la reina gozaba de una manera pasiva de su buena posicion, ni que de tiempo en tiempo no la molestase algun grave disgusto.

Si la duquesa de Gandia no hubiese funcionado como una rueda, mas ó menos importante, en la máquina de intrigas oscuras que estaba continuamente trabajando alrededor de Felipe III, no hubiera sido camarera mayor de la reina.

La duquesa de Gandia era acérrima partidaria de don Francisco de Sandoval y Rojas duque de Lerma, marques de Denia y secretario de Estado y del despacho.

Tenia para ello muy buenas razones, porque solo apoyándose en buenas razones, podia ser amiga del duque la virtuosa duquesa.

Dotada de cierta penetracion, de cierta perspicacia, comprendia la duquesa que Felipe III, si bien era rey por un derecho legitimo, que nadie podia disputarle, era un rey que no era rey mas que en el nombre.

Sabia perfectamente la duquesa, sin que la quedase la menor duda, que Felipe III era miope de inteligencia; que solo habia heredado de su abuelo Carlos V. ciertos rasgos degradados de la fisonomia; que el cerebro se convertia en sus manos en rosario; que era débil é irresoluto, accesible á cualquiera audacia, á cualquiera ambicion, que quisiera volverle en su provecho, y lo menos á propósito, en fin, para regir con gloria los dilatadissimos dominios que habia heredado de su padre.

La duquesa, para decirlo de una vez, estaba plenamente convencida de que el rey necesitaba andadores.

La duquesa estaba tambien completamente convencida, de que el duque de Lerma venia á ser los andadores de Felipe III.

El carácter tétrico del rey; su indolencia; su repugnancia, mal encubierta, á la gestion de los negocios públicos; su falta de instruccion y de ingenio, hacian de él un rey vulgarisimo, en el cual ningun ministro podia apoyarse confiadamente, puesto que cualquiera intriga mal urdida, bastaba para dar al traste con el favorito, y para establecer esa sucesion ruinosa de gobernantes egoistas é interesados, que, desprovistos de todo pensamiento noble y fecundo, alentados solo por una ambicion repugnante, dan el miserable espectáculo de una lucha mezquina, que acaba por empequeñecer, por degradar á la nacion que sufre con paciencia esta vergonzosa guerra palaciega.

El duque de Lerma, que despues de una larga vida de cortesano, que le habia hecho práctico en la intriga, llegó á ser árbitro de los destinos de España como ministro universal al advenimiento al trono de Felipe III, se habia visto obligado, desde el principio de su privanza, á rodear al rey de hechuras suyas, á intervenir hasta en las interioridades domésticas de la familia real, y, lo que era mas fatigoso y difícil, á contrabalancear la influencia de Margarita de Austria que, menos nula que el rey, queria ser reina.

Esto era muy natural ; pero por mas que lo fuese no convenia al duque de Lerma, que queria gobernar sin obstáculos de ningun género.

La duquesa de Gandia, pues, con muy buena intencion, y creyendo servir á Dios y al rey, era el centinela de vista puesto por el duque junto á la reina.

Servia la duquesa á Lerma tan de buena voluntad, con tan buena intencion, ya lo hemos dicho, como que creia que todo lo que faltaba á Felipe III para ser un mediano rey, sobraba á Lerma para ser un buen ministro.

Militaban además en el ánimo de la duquesa en pró del favorito, razones particulares de agradecimiento.

La duquesa era madre.

Lerma favorecia abiertamente á su hijo, el jóven duque de Gandia, confiriéndole encargos altamente honoríficos.

Por rico y por noble que sea un hombre, hay ciertos cargos que enaltecen su posicion, que aumentan su brillo.

La duquesa de Gandia estaba con justa causa agradecida al duque de Lerma.

Y como los bien nacidos no escusan nunca obligaciones á su agradecimiento, la duquesa servia á Lerma por conviccion y por deber.

Però era el caso que Lerma tenia mas vanidad que perspicacia, y solia suceder que construyese sus mas soberbios edificios sobre arena.

Asi es, que con frecuencia se equivocaba en la eleccion de sus instrumentos, tomando lastimosamente la adulacion por afecto, y el servilismo por solicitud.

El duque de Lerma se habia creado sus enemigos en sus mismos instrumentos, y debia conservar el poder, hasta el momento en que, robustecidos por él sus adversarios, se encontrasen bastante fuertes para derrocarlo.

Respecto á la duquesa de Gandia, la equivocacion de Lerma habia sido de distinto género : ella le servia de buena fé, pero la duquesa no servia para el objeto á que la habia destinado el duque.

Porque la reina era mas perspicaz, y sin ser un prodigio, porque en los tiempos de Felipe III, los prodigios personificados habian dejado completamente de manifestarse en España, sin ser un prodigio la reina, tenia un claro talento, y maravillosamente desarrollada esa cualidad que se llama astucia femenil.

Desde el principio comprendió Margarita de Austria, que su camare-

ra mayor era un instrumento de Lerma, y no le rompió porque prefería un enemigo de quien podía burlarse, á arrostrar el peligro de que, mas precavido el duque, ó mas atinado en una segunda eleccion, la pudiese al lado una influencia mas temible.

La reina, pues, procuró neutralizar el poder de Lerma respecto al insuficiente espía que la habia puesto al lado, colmando de favores y distinciones á la duquesa, y demostrándola un cariño de amiga, mas que de soberana.

La duquesa tragó el anzuelo, y no vió de la reina mas que lo que la reina quiso que viese.

Lerma no logró, pues, nunca, saber á lo que debia atenerse á ciencia cierta respecto á la reina.

La duquesa creia verlo todo, y alhagada de una parte por los favores del favorito, y de otro por el cariño traidor de la reina, vivia tranquila y feliz, salvos algunos disgustos inherentes á su posicion, inevitables.

Como mujer de estado, tenia satisfecha su vanidad, creyéndose uno de los primeros y mas importantes resortes del gobierno.

Como mujer particular, habia pasado de la edad de las pasiones, gozaba del respeto y de la consideracion de todo el mundo, y pasaba la parte de vida que la dejaban libre los delicados deberes de su alto cargo, rezando, leyendo vidas de santos, ó durmiendo.

De lo espuesto se deduce, que la duquesa de Gandia vivia soñando.

Y como la vida es sueño, vivia.

Para algo hemos presentado á nuestros lectores esta señora.

Ella va á servirnos de medio para empezar á conocer de una manera gráfica, por decirlo así, á uno de los mas importantes personajes de nuestro drama.

Aquella misma noche en que acontecieron al sobrino de su tio las extraordinarias aventuras que dejamos relatadas en el capítulo anterior, y cabalmente en los momentos en que el jóven sostenia su estraño diálogo con la dama encubierta, doña Juana de Velasco estaba sentada en un ancho sillón forrado de terciopelo, al lado de una mesa, leyendo á la luz de los dobles mecheros de un enorme velón de plata, un no menos enorme libro á dos columnas, mal impreso y cuyo papel era fuertemente moreno.

Aquel libro tenia por titulo: Miedos y tentaciones de san Antonio Abad.

La habitacion en que la duquesa se encontraba, era una estensa cámara del alcázar, cuyas paredes estaban cubiertas de damasco rojo, y adornadas con enormes cuadros del Ticiano, de Rafael y de Pantoja de la Cruz.

El techo, oscuro, de pino, tallado profundamente, segun el gusto del renacimiento, estaba, á causa de su altura, casi perdido en la sombra, que no alcanzaba á disipar la insuficiente luz del velon; acontecia lo mismo respecto á las paredes que, veladas por una penumbra opaca, hacian aparecer de una manera estraña y descompuesta las figuras de los cuadros; y el fuego brillante de un brasero colocado á cierta distancia, en la sombra, contribuia á dar cierto aspecto fantástico y siniestro á aquella silenciosa cámara, en la cual no se veia de una manera determinada, mas que el plano de la mesa en que estaba el velon, parte de la pared, en que proyectaba una sombra fuerte la pantalla, y medio cuerpo de la duquesa, con su toca blanca y su vestido negro, leyendo en silencio y con una atencion gravisima.

No se oia ruido alguno, á escepcion del zumbar del viento, y el chasquido de una ventana que el viento cerraba de tiempo en tiempo, produciendo un golpe seco y desagradable.

La duquesa seguia engolfada en su lectura.

De repente se estremeció y palideció.

Habia llegado á un pasage en que el demonio estaba retratado tan de mano maestra, que la duquesa tuvo miedo, y cerró el libro santiguándose.

Un segundo estremecimiento mas profundo, mas persistente, se dejó notar en doña Juana, que exaló un grito y se puso de pié aterrada.

No podia ser el libro lo que habia causado este nuevo terror.

En efecto, habia sido distinta la causa.

La duquesa habia visto abrirse una de las paredes de la cámara, y salir por la abertura una sombra negra.

Su sobresalto pues era muy natural.

Pero sobre los hombros de la figura negra, habia una cabeza blanca con sus correspondientes cabellos rubios.

Era, pues, un hombre lo que la duquesa habia tomado por una aparicion del otro mundo.

—¡Chits! ¡no griteis mi buena doña Juana! dijo aquel hombre poniéndose un dedo sobre los labios: ¿no veis que vengo solo y de una manera misteriosa?

—En efecto, señor; y me habeis dado un buen susto, dijo la duquesa.

—¿Vos no sabiais que en las habitaciones de la reina habia puertas ocultas, eh? pues ni yo tampoco.

—Pero vuestra magestad... si saben...

—Os diré: nadie puede saber nada, porque he venido emparedado.

—Dejad, dejad que vuelva de mi susto, señor: ¿con qué es decir que si no hubiera sido vuestra magestad...?

—Eso digo yo: en nuestro alcázar tenemos entradas y salidas que no conocemos: de modo que si algun miserable como Ravaillac, conoce estos pasadizos, estamos espuestos á morir de la muerte del rey de Francia.

—En España no hay regicidas, señor: además vuestra magestad es un rey justo y bueno y no tiene enemigos.

—Dicen que Enrique IV era un buen rey.

—Pero hereje...

—¡Ah! por la misericordia de Dios, somos buenos hijos de Roma. Sin embargo; ¡si supiérais doña Juana de que manera he sabido que se puede venir de mi cámara á la de la reina sin que nadie lo sepa!

—¿Pues como? ¿no conoce vuestra magestad á quien se lo ha revelado?

—Cerrad las puertas, doña Juana, cerradlas, que no quiero que nadie nos vea, y venid á sentaros despues conmigo junto al brasero. Hace frio: si, si por cierto, mucho frio. Tenemos que hablar largamente.

Mientras que la duquesa de Gandia cierra las puertas, toda admirada y toda cuidadosa, examinemos al rey, que se habia sentado junto al brasero y removía el fuego aspirando su calor con un placer marcado.

Felipe III solo tenia entonces treinta y tres años, pero su palidez enfermiza y la casi demacracion de su semblante, le hacian parecer de mas edad: su frente era estrecha, su ojos azules no tenian brillo, ni el conjunto de sus facciones energía; el sello de la raza austriaca, ennoblecido por el emperador don Carlos, estaba como borrado, como enlanguidecido, como degradado en Felipe III; aquella fisonomia no espresaba ni inteligencia, ni audacia, sino cuando mas la tenacidad de un ser débil y caprichoso; el labio inferior, grueso, saliente, signo característico de su familia, no espresaba ya en él el orgullo y la firmeza: habia quedado, si, pero un tanto colgante, espresando de una manera marcada la debilidad y la cobardía del alma: aquel labio en Carlos V, habia representado la

magestad altiva y orgullosa: en Felipe II, el despotismo soberbio; en Felipe III, nada de esto representaba: ni el dominador, ni el déspota: se habia vulgarizado, se habia degradado; no era un rasgo, sino un defecto.

Añádase á esto un cuerpo delgado y pequeño, caracterizado con el aspecto fatigoso de un cansancio habitual, y este cuerpo embutido dentro de un traje de terciopelo negro: añádanse un cordon de seda del que cuelga sobre el pecho el toison de oro; un pequeño puñal de córte, pendiente de un cinturon tachonado de pequeños clavos de plata, y al otro lado un largo rosario negro sujeto al mismo cinturon, y se tendrá una idea de Felipe III, tal cual se presentó á la duquesa de Gandia.

—¿Habeis cerrado ya doña Juana? dijo el rey, despues que hubo removido á su placer el brasero y colocádose en la posicion mas cómoda que pudo.

—Si señor.

—¿Es decir, que no puede escucharnos nadie?

—Nadie señor.

—Sentaos.

Sentóse la duquesa, pero en una actitud respetuosa y á corta distancia del rey.

—Acercaos, acercaos, doña Juana: hace frio... y sobre todo tenemos que hablar largamente y á corta distancia, á fin de que podamos hablar muy bajo: vengo á buscaros como un amigo; como un amigo que se confiesa necesitado de vos: no como rey.

—Vuestra magestad puede mandarme siempre.

—No tanto, no tanto, doña Juana: ya se yo que servís con el alma y la vida...

—A vuestra magestad.

—Ciertamente: sirviendo á Lerma, me servís, porque el duque es mi mas leal vasallo.

—Lo podeis afirmar señor... el duque de Lerma...

—El duque de Lerma me sirve bien: pero aquí, entre los dos, doña Juana: me tiraniza un tanto; á pretexto de que la reina es enemiga suya, me tiene casi divorciado; y la reina... esta ofendida conmigo... ya lo sabeis.

La duquesa se encontraba en áscuas: lo que la sucedia era un verdadero compromiso, porque, al fin, el rey era el rey.

La rígida etiqueta de la casa de Austria, con arreglo á la cual raras

veces se encontraba el rey libre de una numerosa servidumbre, habia impedido hasta entonces que Felipe III la abordase con libertad, en su cualidad de canchivera de la reina: pero aquella desconocida comunicacion secreta, la habia entregado sin armas y, lo que era peor, desprevenida, á una entrevista particular con el rey.

La duquesa se calló, no encontrando por el pronto otra contestacion mejor que el silencio.

Alentado con este silencio, el rey añadió:

—Vos misma conoceis la razon con que me quejo. Lerma es demasiado receloso, demasiado, y no se que motivo pueda tener para desconfiar de la reina, para impedirme mi libre trato con ella.

—Nunca, que yo sepa, se ha cerrado á vuestra magestad la puerta de la cámara de su magestad, ni yo, como camarera mayor, lo hubiera permitido.

—Sí; pero yo creo que las paredes de la cámara de la reina oyen.

—Podrá suceder, respondió la duquesa con intencion, si las paredes de la cámara de su magestad, tienen pasadizos como ese.

Y la duquesa señaló la puerta secreta que habia quedado abierta.

—Sea como fuere, dijo el rey, cuando Lerma sabe que yo voy á ver á la reina, sabe todo lo que la reina y yo hablamos.

—Protesto á vuestra magestad que ninguna parte tengo...

—No, no digo yo eso, ni lo pienso, doña Juana: pero cuando la expulsion de los moriscos... la reina creia que el edicto era demasiado rigoroso... pretendia que los reinos de Granada y Valencia iban á quedar despoblados... me indicó otros medios... estábamos solos la reina y yo... al día siguiente en el despacho, estuvo Lerma taciturno y serio y me hizo comprender con buenas palabras que lo sabia todo... es mas: extremó los rigores, sin duda saludables, de la ejecucion del edicto y yo tuve despues con la reina un serio disgusto: ahora con la expedicion de Inglaterra la reina pretende que es aventurada, ruinosa, ineficaz... Lerma ha enviado allá á don Juan de Aguilar y la reina se ha negado á recibirme de todo punto.

Detúvose el rey esperando una respuesta, pero la duquesa no contestó.

—¿Pero no se os ocurre nada que decirme, doña Juana? dijo el rey en el cual se iba haciendo cada vez mas visible la impaciencia: estais como asustada...

—En efecto señor, vuestra magestad acaba de decirlo: estoy asus-

tada y suplico á vuestra magestad que... señor... perdonadme, pero no se me ocurre nada...

—Pues ello es necesario que se os ocurra, señora mia, insistió el rey con un tanto de aspereza... preciso... yo no contaba con encontrar á nadie, porque el papel que me han dejado decia...

—¡ Ah ! ¡ el papel que han dejado á vuestra magestad...!

—¡ Qué ! ¿ no os he contado...?

—Vuestra magestad me ha dicho...

—Que no sabia nada acerca de estos pasadizos, y eso es muy cierto. Pero... os exijo el mas profundo secreto, exclamó interrumpiéndose y con una gravedad, verdaderamente regia, el rey.

—¡ Señor ! ¡ señor ! ¡ mi lealtad !

—¡ Si ! ¡ si ! ya se que la lealtad á sus reyes, es una virtud muy antigua en la noble familia de los Velascos. Y hace frio...

La duquesa removi6 de nuevo el brasero.

—Del mismo modo os exijo secreto, un secreto absoluto, acerca de lo que está sucediendo.

—¿ Pero que está sucediendo, señor ?

—Sucede que yo estoy hablando mano á mano y á solas con vos.

—Lo que me honra mucho.

—Pues bien, que nadie sepa, doña Juana, que habeis sido honrada de este modo... vos no me habeis visto.

—Crea vuestra magestad, señor...

—Si, si, creo que despues de lo que os he dicho, sereis discreta. Pero estamos pasando lastimosamente el tiempo.

Y el rey fijó una mirada vaga en la puerta que correspondia á la re-cámara de la reina.

Aquella mirada hizo sudar á la duquesa.

—Sabed, dijo el rey, acercándose mas á doña Juana, y en voz sumamente baja, que mi confesor ha estado encerrado gran parte de la tarde conmigo.

Detúvose el rey, y la duquesa solo contestó abriendo mucho los ojos, porque no sabia á donde iba el rey á parar.

—Fray Luis de Aliaga, me habló de muchas cosas graves que no vienen á cuento... pero tened presente que mi buen confesor estaba solo conmigo.

Interrumpióse el rey, y la duquesa por toda contestacion, volvió á abrir desmesuradamente los ojos.

—Estaba solo conmigo y encerrado, continuó el rey... ¿entendeis bien, duquesa? solo conmigo y encerrado...

—Si, si señor, entiendo á vuestra magestad.

—Pues bien, dijo el rey, soslayándose en el sillón y buscando en uno de los bolsillos de sus calzas : cuando el padre Aliaga salió, me encontré sobre mi mesa esta carta cerrada, puesta á la vista y que, como veis, dice en su sobrescrito : «A su magestad el rey de España.»

La duquesa miró el sobrescrito y continuó callando.

—Escuchad ahora lo que contiene esta carta, que por cierto, no es muy larga, pero que, á pesar de su brevedad, es grave, gravísima : si; ciertamente : muy grave.

Fijó el rey su mirada en la duquesa, que persistió en su silencio.

—Acercad la luz, doña Juana, dijo el rey.

Levantóse la duquesa, tomó el velón y continuó de pié junto á Felipe III, alumbrándole.

—Oid pues : oid, y ved á cuanto os obliga mi confianza.

—Vuestra majestad no puede obligar mas, á quien está tan obligada, señor.

—No importa, oid.

Y el rey se puso á leer.

«Sacra católica majestad : los traidores que os rodean...»

Dejó el rey de leer, levantó los ojos, y miró á la duquesa que estaba verdaderamente asustada.

—¡ Los traidores que me rodean ! dijo el rey : ¿ qué decis á esto ?

—Digo, señor, que no lo entiendo, contestó la duquesa.

—Ni yo tampoco, repuso el rey : yo creo que estoy rodeado de vasallos leales.

—Alguna miserable intriga...

—Oid : « los traidores que os rodean, os tienen separado de su magestad la reina... »

Interrumpióse de nuevo el rey.

—En esto de tenerme separado de la reina, tienen mucha razon, y no teneis en ello poca parte, doña Juana.

—¡ Jesus, señor ! exclamó la duquesa, que á cada momento estaba mas inquieta.

—Como que sois muy grande amiga de Lerma.

—Yo... señor... contestó con precipitacion la camarera mayor, cuando se trata del servicio de mis reyes...

—Seguid oyendo... «os tienen separado de la reina : es necesario que este estado de cosas concluya...»

Dejó el rey de leer.

—Y yo también lo creo así; dijo, en cuanto á lo de no ver libremente á mi esposa... en esta parte piensa como yo el autor incógnito : pero prosigamos.

Y el rey inclinó de nuevo la vista sobre la carta.

—«... es necesario que este estado concluya, pero ni lo conseguirá vuestra magestad de Lerma, ni tendrá bastante valor... ¡para hacerse respetar!»

—Eso es una insolencia, señor, dijo la duquesa : quien escribe esto á su rey no puede ser más que un traidor.

—Eso dije yo... pero más abajo hay algo en que este traidor, me sirve mejor que me sirven mis más leales vasallos, incluso vos, doña Juana.

—¡Señor! exclamó toda turbada la duquesa.

—Vais á juzgar, dijo el rey, continuando la lectura... «pero lo que no conseguiríais del duque de Lerma, ni de *la comarera mayor*...»

—¡Oh! ¡Dios mío! exclamó la duquesa : perdoneme vuestra magestad si le interrumpo, pero... me parece que el que ha escrito esta carta, me cuenta entre el número de los traidores.

—¿Quién dice eso? y aunque lo dijeren; ¿creéis que yo me dejaría llevar de carteles misteriosos? si he dado importancia á este, es porque dice algunas verdades, y, sobre todo, porque ha producido un hecho.

—¡Un hecho!

—Ciertamente : que yo conozca estos pasadizos. Pero continuemos, que se pasa el tiempo y esta cámara es tan fría...

Inclinóse un tanto la duquesa, y, sin dejar de alumbrar al rey, removió de nuevo el brasero.

El rey leyó

—«... pero lo que no conseguiríais del duque de Lerma, ni de la comarera mayor, esto es : hablar con su magestad la reina, en su misma cámara, sin temor de ser escuchado por nadie, va á procurároslo quien, no sirviéndoos por interés alguno, sino por su lealtad, os oculta su nombre. Buscad debajo de las almohadas de vuestro lecho : encontrareis un lavín de punta cuadrada : id luego al armario donde teneis vuestros libros de devoción, y junto á la pared, por la parte que mira á vuestro lecho, encontrareis un agujero cuadrado también ; meted en él el lavín,

dad vuelta, y el armario se abrirá, dejándoos franco un pasadizo : seguidle en línea recta : á su fin encontrareis una puerta que abrireis con el mismo llavín, y os encontrareis en las habitaciones de... de vuestra esposa.»

El rey dobló la carta lentamente, se soslayó de nuevo, y la guardó en su bolsillo.

—¿Qué decis á esto, doña Juana? la preguntó el rey.

La duquesa se habia quedado con el belon en posicion de alumbrar al rey y hecha una estatua.

—Dejad, dejad el velon, y venid á sentaros frente á mí. Dios me perdone, pero juraría que estábais temblando.

—¡Ah! ¡señor! dijo la duquesa que habia dejado el velon, volviendo y juntando las manos; ¡cuando pienso que un traidor puede llegar hasta aquí, impunemente!

—Hasta ahora solo ha entrado el rey: pero sentaos, sentaos y escuchadme bien: esceptuando lo mal que os trata á Lerma y á vos, yo no sabria con que pagar á quien me ha procurado los medios de llegar hasta aquí... de poder entenderme buenamente con vos: yo hubiera preferido que esa puerta hubiese dado inmediatamente al dormitorio de la reina.

—¡Como señor! ¿pesa á vuestra magestad haberme encontrado?

—No me pesaria sino fuéseis tan amiga de Lerma, ó si Lerma no creyera que la reina le quiere mal, aunque en ese caso, para nada necesitaba yo de pasadizos.

—Pero, señor, para mí, vuestra magestad, despues de Dios, es lo primero.

—Si, si, lo creo... pero... estoy seguro de que... me opondreis dificultades.

—¡Dificultades...! ¡á qué!

—Mirad, doña Juana... yo amo á la reina.

—Digna de ser amada y respetada es su magestad, por hermosa y por discreta.

—La amo mas de lo que podeis creer: y vos y Lerma me separais de ella.

—¡Yo señor...!

—Siempre que he pretendido atraeros á mi bando, á mi pacífico bando, os habeis disculpado con las obligaciones de vuestro cargo, con que necesitabais llenar las formulas, conque la etiqueta no permite al rey ver á su consorte, como otro cualquier hombre... y yo quiero verla con

la libertad que cualquiera de mis vasallos ve á su mujer... ¿lo entendéis?

—Si, si señor, pero...

—Os prometo que nadie lo sabrá: que ese pasadizo permanecerá desconocido para todo el mundo; que aunque la reina quiera hablarme de asuntos de estado...

—¿Vuestra magestad me manda, señor, que le anuncie á su magestad la reina? dijo la duquesa levantándose.

—No, no es eso... no me habeis entendido, doña Juana: yo no os mando, os suplico...

—¡Señor! dijo la duquesa inclinándose profundamente.

—Si, si, os suplico: quiero que reservada, que secretamente, me procureis la felicidad que tiene el último de mis vasallos: la de poder amar sin obstáculo á su familia: mirad: hablaremos muy bajo la reina y yo... no os comprometeremos...

—Vuestra magestad no puede comprometer á nadie, porque vuestra magestad en sus reinos es el único señor, el único árbitro á quien todos sus vasallos tienen obligacion de obedecer y de respetar.

—Pero si no se trata da obediencias ni de respeto, ni de que tomeis ese tono tan grave: lo veo: estais entregada en cuerpo y alma á Lerma: le temeis: le temeis, mas que á mí: ¿será cierto lo que dicen acerca de que don Francisco de Sandoval y Rojas marqués de Denia, duque de Lerma, por nuestra gracia, es mas rey que el rey en los reinos de España?

Estremeciése doña Juana, porque Felipe III se habia levantado de su indolencia y de su nulidad habituales, en uno de los rasgos en que, como en lucidos intervalos, dejaba adivinar la raza de donde provenia.

Tanto se turbó la duquesa, de tal modo tartamudeó, que Felipe III se vió obligado á apearse de su pasajera magestad.

—Os suplico, bella duquesa, la dijo asiéndola una mano y besándosela, como hubiera podido hacerlo un caballero particular, que seais mi amiga.

—¿Vuestra magestad desea ver á la reina? dijo toda azorada doña Juana.

—Deseo mas.

—¿Y qué mas desea vuestra magestad?

—Deseo... que... que esto se quede entre nosotros.

—Yo jamas faltaré á lo que debo á mi lealtad, señor.

—Bien, bien: pues, ya que soy tan feliz que logro reducirlos, id y decid á mi esposa... á la reina... que yo...

—Voy á anunciar á su magestad, la venida de vuestra magestad.

El rey se quedó removiendo el brasero y murmurando:

—Creo, Dios me perdone, que la duquesa me teme: bien haya el que me ha mostrado el camino: ¿pero quién será? ¿el padre Aliaga? ¡bah! el padre Aliaga no se anda conmigo con misterios... ¿quién será? ¿quién será?

Abrióse la puerta por donde habia entrado poco antes la duquesa, y el rey se calló.

Adelantó doña Juana, pero pálida y convulsa.

—¿Qué teneis, duquesa? dijo el rey que no pudo menos de notar la turbacion de la camarera mayor.

—Tengo... señor... que vuestra magestad va á creer que no quiero obedecerle.

—¡Cómo!

—Me es imposible anunciar á vuestra magestad.

—¡Imposible!

—Si, si señor, imposible de todo punto.

—Pero y ¿por qué...?

—Porque... porque su magestad no está sola.

—¿Qué no está sola la reina? ¡otra desgracia...! ¿pero quién está con la reina?

—Está... esa doña Clara Soldevilla; esa menina á quien tanto quiere, á quien tanto favorece, de la cual apenas se separa la reina mi señora... esa mujer á quien no ha sido posible arrancar del lado de su magestad.

—¡Doña Clara Soldevilla! dijo el rey palideciendo mas de lo que estaba: ¿será necesario...?

—Si, si señor: será necesario espulsarla á todo trance de palacio... es... perdone vuestra magestad... una intriganta... una enemiga á muerte del duque de Lerma, de ese grande hombre, del mejor vasallo de vuestra magestad.

—Pero en resúmen... ¿el estar la reina con esa mujer impide...? ¿no es este un efugio vuestro, doña Juana?

—Juro á vuestra magestad por mi honor y por el honor de mis hijos, que me es imposible, imposible de todo punto anunciar á vuestra magestad... á no ser que vuestra magestad quiera que lo sepa doña Clara...

—¡Ciertamente que soy muy desgraciado...!

—Juro á vuestra magestad, que en el momento en que la reina mi señora quede sola... yo misma... por ese pasadizo, iré á avisar á vuestra magestad...

—¡Cuando haya vuelto Lerma...! ¡cuando...! no, no, doña Juana, yo volveré: yo volveré... esta noche á la media noche... esperadme... y yo, yo, Felipe de Austria, no el rey, os lo agradeceré.

Y Felipe III como quien escapa, se dirigió á la puerta secreta, desapareció por ella, y cerró.

La duquesa viuda de Gandia, volvió á quedarse sola.

Durante algunos segundos permaneció de pié inmóvil, anonadada, trémula.

—¡Pero Dios mio! ¿qué es esto? exclamó con la voz temblorosa: ¿dónde está la reina? ¿donde está su magestad?

Y saliendo de su inaccion, se precipitó de nuevo en la recámara de la reina.

Ni en esta, ni en el dormitorio, ni en el oratorio, habia nadie.

La reina, á juzgar por las apariencias, no estaba en el alcázar: al menos no estaba en las únicas habitaciones donde podia estar, por que suponer que la reina hubiese salido por las puertas de servicio, era un absurdo: ¿pero no podia haber salido la reina por algún pasadizo semejante á aquel por donde habia aparecido el rey?

—La reina estaba sola; me despidió á pretexto de sus devociones y se encerró en el oratorio; dijo la duquesa: nadie ha entrado, y la reina... su magestad... no parece: ¡oh! ¿que es esto Dios mio?

Encontrábase entonces la camarera mayor en el dormitorio de la reina, buscando con una bujía que habia tomado del oratorio, por todas partes: su vista estaba maquinalmente fija en el voluminoso lecho, y una idea siniestra, una tradicion oscura, que reposaba como otras tantas en el seno del alcázar, vino á herir su imaginacion.

—Aquí, en esta misma cámara, murmuró con miedo, murió la reina doña Isabel de Valois.

La duquesa se detuvo.

—Dicen, continuó, que la envenenó por celos de su hijo, el rey Felipe II.

La camarera mayor, que hemos dicho era supersticiosa, empezó á encontrarse mal, á tener miedo en el dormitorio.

—¿Servirian estos pasadizos, dijo, para que el rey observase á su esposa?

Detúvose de nuevo la duquesa.

—Dicen que de tiempo en tiempo suceden en esta cámara cosas extraordinarias... que el alma de la reina doña Isabel...

En aquel momento la puerta que conducía al oratorio de la reina, dió un violento portazo. Sobresaltada, sobrecogida la duquesa, dejó caer la palmatoria que tenia en la mano y se quedó á oscuras.

Entonces sintió junto á si los pasos de alguien que andaba por el dormitorio ; sintió que aquellos pasos se acercaban á ella ; sobrecogiola un pavor mortal ; ni tuvo voz para gritar, ni para moverse, pero á pesar de aquel terror, oyó clara y distintamente una voz alterada, de entonacion fingida, que dijo muy cerca de ella :

— Si quereis que nadie sepa vuestros secretos, noble duquesa, guardad vos un profundo secreto acerca de lo que habeis visto y oído esta noche.

La voz calló, los pasos se alejaron, rechinó una puerta, y luego todo volvió al silencio anterior.

Instantáneamente la duquesa se lanzó fuera del dormitorio y de la recámara de la reina, entró en la cámara donde poco antes habia estado hablando con el rey y corrió á una campanilla y la agitó con violencia.

Entró una de las doncellas de la servidumbre.

—No, vos no, dijo alentando apenas la duquesa ; decid á la señora condesa de Lemos que entre.

Poco despues entró una jóven como de veinte y cuatro años, hermosa, viva, morena, ricamente vestida, y sobre manera esbelta y gentil.

A la primera mirada comprendió que sucedia algo terrible á la duquesa.

—¿Qué es esto, señora ? la dijo, estais pálida, mortal, temblais... ¿qué os ha sucedido...?

—Una pesadilla... amiga mia : me habia dormido al amor del brasero y... hacedme la merced de mandar que me traigan agua y vinagre... pero no os vayais... no... será una mania, añadió sonriendo penosamente ; pero no quiero estar sola.

La jóven condesa de Lemos fué á pedir el agua, murmurando para sí mientras llegaba á la puerta de la cámara :

—¡Una pesadilla que la ha puesto azul de miedo ! ¡quién será el duende de esta pesadilla !

Al poco tiempo y despues de haber bebido un enorme vaso de agua con vinagre, despues de haber logrado con grandes esfuerzos obtener una serenidad aparente, la duquesa, dijo la jóven dama de honor :

—¡Ya se ve! ¡es tan tétrica esta cámara! luego, esas ventanas que golpean... el ruido de la lluvia... y además... antes de dormirme leía los miedos y tentaciones de San Antonio Abad.

—¡De tentaciones os ocupabais! dijo la de Lemos : pues mirad señora, la noche está de tentaciones.

—¿Vos tambien leiais?

—No señora, pensaba.

—¿Y pensando teniais... tentaciones...?

—Y muy fuertes, señora.

—¿Pero de que?.. ¿qué diablo os tentaba?

—El diablo de la venganza.

—¡Oiga! exclamó la duquesa afectando una risa ligera, como para demostrar que habia pasado enteramente su terror : ¿con qué quereis vengaros?

—Me han ofendido.

—¿Quién?

—Mucha gente...

—Pero esplicaos si es que... podemos saber el motivo de vuestra venganza.

—¡Ay Dios mio! si señora.

—Y ¿quién os ha ofendido?

—Primero el conde de Lemos.

—¡Vuestro esposo!

—Mi esposo... y me ha ofendido gravemente.

—¿Pero y en qué?

—En dar motivo para que le destierren de la córte : ¡y que motivo! un motivo por el cual se ha puesto á nivel de ese rufian, de ese mal nacido, de ese Gil Blas de Santillana.

—¡Ah, ah!

—Descender hasta...

—Pero eso debe ser una calumnia.

—No señora : el conde de Lemos ha cedido á una tentacion, y cediendo á ella me ha ofendido á mí... como que hay quien dice...

—¡Calumnias!

—Hay quien dice que hubiera sido capaz de llevarme de la mano y de noche, á oscuras, al cuarto del príncipe don Felipe, solo por heredar á mi padre en el favor del rey, como ha sido capaz de llevar al príncipe don Felipe á los brazos de una aventurera.

El padre de la condesa de Lemos era el duque de Lerma.

—¿Pero quién se atreve á decir eso?

—Quien se atreve á todo; quien arrastrándose delante de todo el que puede darle algo, practica los mas bajos oficios; quien no se detiene ni ante lo mas alto, ni ante lo mas grande: quien se atreve hasta á su magestad la reina, no contándome á mi que soy su dama de honor, y simplemente condesa de Lemos. En una palabra: don Rodrigo Calderon, á quien tan torpemente concede mi padre toda su confianza.

—¿Pero estais loca, doña Catalina? estais loca, ¿qué cólera y qué malas tentaciones son esas?

—Acabo de recibir esta carta.

La jóven sacó de su seno un pequeño billete. La duquesa se estremeció involuntariamente porque recordó la carta del rey.

—Leed, leed, doña Juana: porque yo no me atrevo á leer esa carta dos veces.

La duquesa tomó la carta, se acercó á la luz, buscó sus antiparras, se las caló y leyó lo siguiente:

«Ayer fui á vuestra casa y estábais enferma; yo se que gozais de muy buena salud: ayer tarde pasé por debajo de vuestros miradores, y al verme os metisteis dentro con un ademan de desprecio; anoche hicistes arrojar agua sucia sobre los que tañian los instrumentos de la música que os daba; esta mañana no contestásteis á mi saludo en la porteria de damas y me volvísteis la espalda delante de todo el mundo; todo porque no he podido ser indiferente á vuestra hermosura y os amo infinitamente mas que un esposo que os ha ofendido, degradándose. Me habeis declarado la guerra y yo la acepto. Empiezo á bloquearos procurando que el conde de Lemos no vuelva en mucho tiempo á la córte. Tras esto irán otras cosas. Vos lo quereis. Sea. Por lo demás, contad siempre, señora, con el amor de quien únicamente ha sabido apreciaros.»

La duquesa despues de leer esta carta, se quedó muda de sorpresa.

—Esta carta, dijo al fin, merece...

—Merece una estocada, dijo la jóven.

—No por cierto: esta carta merece una paliza.

—¿Pero de quien me valgo? ¿á quien confio yo...?

—Mostrad esa carta á vuestro padre.

—Mi padre necesita á ese infame: además esta no es la letra de don Rodrigo; se disculpará, dirá que se le calumnia.

—¡Esperad!

—¿Qué espere?... ¡bah! no señor, yo he de vengarme pronto, y he ahí mis tentaciones.

—Pero ¿qué tentaciones han sido esas?

—Primero, irme en derechura al cuarto de su magestad.

—¡Cómo!

—Decirle sin rodeos que estoy enamorada del príncipe.

—¡Doña Catalina!

—Que valgo infinitamente mas que otra cualquiera para querida de su alteza..

—¿Y seriais capaz...?

—¿De vengarme...? ya lo creo.

—¿De vengaros deshonrándoos?

—Un esposo como el mio, que se confunde con la plebe, merece que se le iguale con la generalidad de los maridos.

—Vos meditareis.

—Ya lo creo... y porque medito me vengaré del rey, que no ha sabido tener personas dignas al lado de su hijo, mortificándole ; del príncipe enamorándole y burlándole...

—¡Ah! burlándole... es decir...

—¡Pues qué! ¿habia yo de sacrificarme hasta el punto de deshonrarme ante mis propios ojos...? no... que el mundo me crea deshonrada me importa poco : ya lo estoy bastante solo con estar casada con el conde de Lemos : un marido que de tal modo calumnia , solo merece el desprecio.

—¡Como se conoce doña Catalina, que solo teneis veinte y cuatro años y que no habeis sufrido contrariedades!

—¡Ay sí! dijo suspirando la condesa.

—¿Pero supongo que no cedereis á la tentacion?

—Necesario es que yo me acuerde de lo que soy y de donde vengo para no echarlo todo á rodar : ¡escribirme á mí esta carta!

Y la condesa estrujó entre sus pequeñas manos, la carta que la habia devuelto la camarera mayor.

—¡Y si este hombre estuviese enamorado de mí , seria desculpable! pero lo hace por venganza.

—¡Por venganza!

—Contra mi marido , porque al procurar un entretenimiento al príncipe, no ha tenido á mano otra cosa que la querida de don Rodrigo Calderon.

—Tal vez os ame... y aunque esto no disculpa...

—Don Rodrigo no me ama... porque...

—¿Por qué?

—Porque no se ama mas que á una mujer, y don Rodrigo está enamorado de...

—¿De quién? exclamó la duquesa, cuya curiosidad estaba sobrescitada.

La de Lemos se acercó á la camarera mayor hasta casi tocar con los labios sus oídos, y la dijo en voz muy baja :

—Don Rodrigo está enamorado de su magestad.

—¡Explicaos, explicaos bien, doña Catalina!

—Ya se, ya se que un ambicioso puede estar enamorado de un rey mirando en su favor el logro de su ambicion: pero no he querido jugar del vocablo: no: don Rodrigo está enamorado de su magestad... la reina.

—¡Ved lo que decís...! ¡ved lo que decís doña Catalina! exclamó la camarera mayor anonadada por aquella imprudente revelacion, y creyendo encontrar en aquella revelacion una causa hipotética de la desaparicion de la reina de sus habitaciones.

—A nadie lo diria mas que á vos, señora, dijo con una profunda seriedad la jóven, ni os lo diria á vos, si hasta cierto punto no tuviese pruebas.

—¡Pruebas!

—Oid: hace dos años, cuando estuvimos en Balsain, solia yo bajar de noche, sola, á los jardines.

—¡Sola!

—En el palacio hacia demasiado calor. Acontecia además, para obligarme á bajar al jardin, que... en las tapias habia una reja.

—¡Ah!

—Una reja bastante alta, para que pueda confesar sin temor, que por aquella reja hablaba con un caballero, mas discreto por cierto, mas agudo, y mas valiente y honrado que el conde de Lemos.

—Sin embargo, creo que hace dos años ya estabais casada.

—¿Y qué importa? yo no amaba á aquel caballero, ni aquel caballero me amaba á mí.

—Os creo, pero no comprendo...

—Pero comprendereis que cuando os confieso esto, os lo confesaria todo.

—¿Pero como podiais bajar á los jardines?

—Por un pasadizo que empezaba en la recámara de la reina, y terminaba en una escalera que iba á dar en los jardines.

—¡ Ah ! ¡ tambien hay pasadizos en el palacio de Balsain!

—Un pasadizo de servicio, que todo el mundo conoce.

—¡ Ah ! ¡ si ! ¡ es verdad !

—Pues bien : la noche que me tocaba de guardia en la recámara de la reina, cuando su magestad se habia acostado, abria silenciosamente la puerta de aquel pasadizo y me iba... á la reja.

—Haciais mal, muy mal.

—No se trata de si hacia mal ó bien, sino de que sepais de qué modo he podido tener pruebas... de los amores ó al menos de la intimidad de don Rodrigo Calderon con la reina.

—¡ Amores ó intimidad...! murmuró la duquesa : ¡ Dios mio ! ¿ pero estais segura ?

—¿ Qué si lo estoy ? una noche, cuando yo me volvia de hablar con mi amigo secreto, al pasar por detrás de unos árboles oi dos voces que hablaban : la de un hombre y la de una mujer.

—Y eran...

—Cuando arrastrada por mi curiosidad me acerqué cuanto pude de puntillas conocí... que la mujer era la reina : que el hombre era don Rodrigo Calderon.

—¡ Y hablaban de amores !

—Al principio... es decir, cuando yo llegué, no : conspiraban.

—¡ Qué conspiraban !

—Contra mi padre.

—¡ Ah ! exclamó la duquesa.

—Recuerdo que su magestad estaba vestida de blanco, y que don Rodrigo tenia un bello jubon de brocado : el traje de la reina me estrañó porque recordé que cuando entramos á desnudarla, tenia un vestido negro.

—Pero... ¿ como... á propósito de qué conspiraban... la reina y don Rodrigo contra el duque de Lerma ?

—La reina se quejaba de que mi padre dominaba al rey ; que no se hacia mas que lo que mi padre queria ; que las rentas reales se iban empeñando mas de dia en dia ; que la reina estaba humillada ; que nuestras armas sufrían continuos reveses ; que, en fin, era necesario hacer caer á mi padre de la privanza del rey, para lo cual debian unir sus esfuerzos la reina y don Rodrigo.

—¡ Ah! ¡ ah! pero el amor... ¿hablaron de amor...?

—Don Rodrigo pidió una recompensa por sus sacrificios, á la reina.

—Y la reina...

—La reina le dijo: ¡esperad!

—¡ Pero una esperanza...!

—Mi buena amiga: cuando una mujer pronuncia la palabra ¡esperad! como la pronunció la reina, es lo mismo que si dijese: hoy no: mañana.

—Sin embargo, lá reina por ódio al duque de Lerma, ha podido bajar hasta decir á un hombre que pudiese servirla contra el duque: ¡esperad! ¡pero bajar mas abajo!

—La reina tiene corazon.

—Es casada.

—Está ofendida.

—El rey la ama.

—El rey ama á cualquiera, antes que á su mujer.

—Tengo pruebas del amor del rey hácia la reina: pruebas recientes.

—Lo que inspira la reina al rey no es amor, sino temor, y procura engañarla sin conseguirlo. El rey quiere á todo trance que le dejen rezar y cazar en paz, y la lucha entre la reina y mi padre le desespera.

Quedóse profundamente pensativa la duquesa.

—Os repito, dijo recayendo de nuevo en su porfia, que no tengo la mas pequeña duda de que la reina inspira á su magestad un profundo amor.

—Ya os he dicho y os le repito: no se ama á un tiempo á dos personas.

—¿ Y el rey...?

—El rey ama á una mujer que... preciso es confesarlo, por hermosa, por discreta, por honrada, merece el amor de un emperador. ¡ Pero vos estais ciega, doña Juana! ¿no habeis comprendido que el rey está enamorado hasta la locura de doña Clara Soldevilla, verdadero sol de la villa y córte, y que vale tanto mas, cuanto mas desdeña los amores del rey?

—¡ Pero si doña Clara es la favorita de la reina! ¿ Quereis que la reina esté ciega tambien?

—La reina sabe que si el rey ama á doña Clara, doña Clara jamás concederá ni una sombra de favor al rey, y la reina con el desvio de doña Clara á su magestad, se venga del desamor con que siempre su magestad la ha mirado.

—Vamos: no, no puede ser; vos os esquivocais... teneis la imaginacion demasiado viva, doña Catalina.

—Quien tiene la culpa de todo esto, es mi padre.

A esta brusca salida de asunto ó, como diria un músico, de tono, la duquesa no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¡Qué decis! exclamó.

—Mi padre con la manía de rodearse de gentes que le ayuden, se fia demasiado de las apariencias y comete... perdonadme, doña Juana, porque yo sé que sois muy amiga y muy antigua amiga de mi padre, pero su esclencia comete torpezas imperdonables.

—¡Dudais tambien de la penetracion, de la sabiduría y de la experiencia de vuestro padre! yo creo que si seguimos hablando mucho tiempo acabareis por confesar que dudais de Dios.

—Creo en Dios, y en mi padre.

—Se conoce, dijo la duquesa no pudiendo ya disimular su impaciencia, que os galanteaba con una audacia infinita antes de que os casárais, don Francisco de Quevedo.

Coloráronse fugitivamente las megillas de la jóven.

—¿Y en qué se conoce eso?

—En que os habeis hecho... muy sentenciosa.

—Achaques son del tiempo: hoy todo el mundo sentenciea: hasta el bufon del rey: ¡y qué sentencias dice á veces el bueno del tío Manolillo! el otro dia decia muy gravemente hablando con el cocinero mayor del rey: «Hoy en España se come lo que no se debe guisar» y como el buen Montño no le entendiese, replicó sin detenerse un punto: «por ejemplo: allá va un maestresala que lleva respetuosamente sobre las palmas de las manos un platillo de cuernos de venado para la mesa de su magestad (1).»

A esta salida de la condesa, la camarera mayor no pudo contener un marcado movimiento de disgusto; reprimióse sin embargo y dijo procurando dar á su voz un acento conveniente:

(1) El autor se ve obligado para que sus lectores comprendan que los cuernos de venado pueden comerse, á transcribir la siguiente manera con que dice se tienen de condimentar, Francisco Martinez Montño, en la décima sesta impresion de su arte de cocina, á la pág. 163: dice así: *Platillo de las puntas de los cuernos de venado*. Los cuernos del venado ó gamo, cuando estan cubiertos de pelo, tienen las puntas muy tiernas. Estas se han de cortar de manera, que quede hácia la punta todo lo tierno, y pelarlos en agua caliente, y quedarán muy blancos, y hánse de aderezar como la tripa del venado, salvo que no se han de tostar, sino cocerlos con un poco

—Vamos: se conoce que la insolencia de don Rodrigo os ha llegado al alma, porque estais terrible, amiga mia: nada perdonais, ni aun á vuestro padre, y voy convenciéndome de que por vengaros de ese hombre, se-reis capaz de todo.

—¿Pues no? ¿os parece que una dama puede sufrir sin desesperarse insultos tan groseros?

—Confieso que teneis razon y que en vuestro lugar...

—¿Vos en mi lugar qué hariais?

—Pediria consejo.

—Pues cabalmente yo no he hecho mas que pedirlo.

—¡Ah! yo creia que solo me habiais dado á conocer vuestras tentaciones.

—Pues de ese modo os he pedido que me aconsejeis.

Meditó de nuevo profundamente la duquesa.

—Pues bien, dijo despues de algunos segundos: voy á hacer mas que aconsejaros, voy á vengaros.

—¿A vengarme, señora?

—Voy á hacer que por lo menos destierren de la córte á don Rodrigo Calderon, y que levanten su destierro al conde de Lemos.

—Procurad lo primero, y aun mas si podeis, dijo con vivacidad la condesa; pero en cuanto al conde de Lemos, dejadle por allá: me encuentro muy bien sin él.

—Sea como querais: y á propósito de ello, voy á escribir ahora mismo á vuestro padre.

—¡Ah, señora! no sabré negaros nada si me desagraviais.

—Permitidme un momento, amiga mia; concluyo al instante.

La camarera mayor se acercó á la mesa, se sentó delante de ella, abrió un cajon, sacó papel, se caló las antiparras y se puso á escribir lenta, muy lentamente.

La lentitud de la duquesa consistía, no en que la fuese difícil escribir, sino en que pensaba mas que escribia.

de caldo, y sazonar con pimienta y jengibre, y échasele un poquito de manteca de vacas fresca; y con esto cuezan cosa de una hora; y no se ha de cuajar con huevos, ni se ha de echar género de verdura. Es muy buen platillo; solo el nombre tiene de malo.

Por lo que se ve, el cocinero de su magestad llamaba cuernos á los que en realidad solo eran cuernos en leche; como si dijéramos, cuernos *inferi*, por nacer ó no acabados de nacer.

Ni un solo momento durante la conversacion con la condesa de Lemos, habia olvidado la posicion dificil en que se encontraba: esto es: su posicion de camarera mayor de una reina que se habia perdido en su cámara, mientras ella hacia su servicio en la cámara.

La conversacion con la condesa de Lemos habia agravado á su juicio aquella situacion: habia descubierto grandes cosas: esto es: que la reina alentaba á don Rodrigo Calderon, confidente y secretario intimo del duque de Lerma, á quien lo debia todo, y que don Rodrigo alentado por la reina hacia una completa traicion al duque.

Entonces sospechaba si seria don Rodrigo el que habia procurado al rey el conocimiento de aquellos pasadizos, y si seria tambien él, quien en medio de las tinieblas la habia amenazado con publicar sus secretos, sino guardaba un profundo silencio acerca de los singulares sucesos de aquella noche.

La duquesa desde el momento, habia comprendido la necesidad de avisar al duque de la aparicion inesperada del rey y de la no menos extraña desaparicion de la reina; pero cuando hubo oido las terribles revelaciones de la condesa de Lemos, vió que era de todo punto imprescindible avisar á Lerma sin perder un segundo.

El duque tenia en su casa un convite de Estado, y era de esperar que aquella noche no viniese á palacio: la camarera mayor estaba retenida por las obligaciones de su cargo en el alcázar, hasta la hora de recogerse la reina, que era bastante avanzada: urgía avisar al duque, pero la dificultad estaba en procurarse un intermediario de confianza.

Porque es de advertir, que tan enmarañada estaba la intriga al rededor de Felipe III, que no habia de quien valerse con confianza para confiarle una carta para el duque de Lerma.

La duquesa vió con alegría que la de Lemos, la hija querida del duque de Lerma, interesada gravemente en que aquella carta llegase sin tropiezo á su padre, era el intermediario que necesitaba.

Una vez tomada esta resolucion por la duquesa, su mano corrió con mas rapidez sobre el papel: llenó las cuatro caras de la carta, que era de gran tamaño con una letra gorda y desigual, en renglones corcoba-dos: cerró la carta, la selló y puso sobre su nema: -

«A su escelencia el señor duque de Lerma, de la duquesa viuda de Gandia.—En mano propia.»

—Tomad, doña Catalina, dijo la camarera mayor: será necesario que os encargéis vos misma de llevar esta carta á vuestro padre.

—¡Yo... misma...! contestó con altivez la de Lemos.

—Menos arriesgado es esto que lo que queriais hacer por vengaros de don Rodrigo.

—Pero tengo mis razones... no quiero mezclarme para nada en estos negocios directamente...

—Pero hay un medio. Poneos un manto, tomad una litera, id por el postigo de la casa del duque, que da á sus habitaciones.

—Peor aun: ¿qué dirá quien me abra ese postigo, al verme entrar casa de mi padre, de una manera tan misteriosa?

—El que os reciba nada os dirá... no se meterá en si vais encubierta ó no. Dad tres golpes fuertes sobre el postigo: cuando le abran, que será al instante, entregad al criado que se os presentará, esa carta para que lea su sobre. El criado os devolverá la carta, y os llevará al despacho de vuestro padre, que al punto irá á encontraros.

—Pero habré de darme á conocer á mi padre, me preguntará...

—De ningun modo; si vos no quereis descubriris vuestro padre no os pedirá que os descubrais, y podeis haceros desconocer de él y salir sin hablar una palabra, tan encubierta como hayais entrado. Pero en cambio, vos á quien únicamente interesa este negocio, estareis segura de que la carta ha ido á dar en las manos de vuestro padre.

—¡ Iré ! dijo con resolucion la de Lemos, despues de un momento de silencio.

—Pues si habeis de ir, que sea al punto.

—Si, si; os agradezco en el alma lo que por mi haceis, y voy á mandar que pongan una litera.

—Procurad que los mismos mozos que conduzcan la litera, no puedan conoceros.

—¡ Oh ! ¡ por supuesto ! A dios, doña Juana, á dios, y hasta despues.

—Id con Dios, doña Catalina. Y... oid: hacedme la merced de decir á doña Beatriz de Zúñiga, que entre.

—No quiere quedarse sola, murmuró la jóven saliendo: ¿que misterio será este?

Y llegando en la antecámara á una hermosa jóven que acompañada de otras tres, reia y charlaba, la dijo:

—Doña Beatriz, la señora camarera mayor, os llama.

La jóven compuso su semblante dándole cierto aire de gravedad, y entró en la cámara de la reina, al mismo tiempo que la condesa abria la puerta de la antecámara y desembocaba por la porteria de damas.

### CAPITULO III.

En que se demuestra lo perjudiciales que son los lugares oscuros en los palacios reales.

La condesa de Lemos atravesó en paso lento, recibiendo los respetuosos saludos de ugieres y maestresalas, algunas galerías y habitaciones.

Lo lento del paso de la condesa, consistía en que iba abismada en profundas cabilaciones.

—Me he visto obligada, pensaba, á inventar lo de los jardines de Balsain, y á calumniar á la reina, para procurarme una venganza segura contra el miserable don Rodrigo. La buena de doña Juana de Velasco, vale de oro todo lo que pesa : en hablándola de mi padre, no sabe ser suya : es mucho lo que admira, mucho lo que venera, mucho lo que sirve la duquesa á su escelencia : y ha tragado el anzuelo..... hasta el cabo..... ¡lindezas dirá esta carta! El pensamiento ha sido diabólico... pero yo necesitaba vengarme... á conspirador, conspirador y medio, y salgan allá por donde puedan. ¡Ah! ¡ah! estoy orgullosa de mi misma, y creo que si yo me dedicara á la intriga seria... todo lo que quisiera ser.

Y la condesa respondiendo á su pensamiento; satisfecha de su diablura, soltó una alegre carcajada.

Por fortuna, nadie habia en la galería por donde atravesaba.

—Ahora, dijo para sí la condesa, continuando en su marcha y en su pensamiento, es necesario que esta carta llegue á manos de mi padre,

sin que la lleve yo... ¡bah! renuncio á mi venganza á trueque de que mi padre y señor pudiera reconocirme : preferiria irme á él con la cara descubierta, y mostrarle la carta de don Rodrigo. Pero mi padre, que deja estar en su destierro á su sobrino, mi señor esposo, por no disgustar á su servicialísimo don Rodrigo, seria capaz de desairar á su hija y de no creerla, porque su muy querido don Rodrigo no se disgustase. Ahora, haciéndole sospechar que don Rodrigo le engaña, que le hace traicion; su esclencia, que es tan receloso, que en todas partes ve peligros, perderá de seguro á su muy amado confidente. ¿Quién os ha mandado, don necio soberbio, meteros conmigo? ¡Bien empleado os estará todo lo que os suceda, y en vano os devanareis los sesos para saber de donde ha venido el golpe.

La jóven sonrió satisfecha de su pensamiento.

—Doña Clara Soldevilla, estará en la sala de las meninas, acaso: ella, que es valiente, que por nada se detiene, que aborrece de muerte á don Rodrigo Calderon, llevará con placer esta carta á mi padre, en cuanto sepa que esta carta puede hacer daño á don Rodrigo. Es necesario inventar otra historia, para engañar á doña Clara, aunque es necesario que sea mas ingeniosa que la que he contado á la camarera mayor, porque doña Clara tiene mucho ingenio. Y bien, dijo dándose un golpe en la frente: ya tengo la historia. Utilicemos el ruidoso asunto de los amores del príncipe don Felipe con la querida de don Rodrigo: eso es: adelante.

La condesa entró en una cámara solitaria, y llamó.

Presentósela inmediatamente una venerable dueña.

—¿Qué me manda vucencia? dijo aquella ruina con tocas.

—Decid á doña Clara Soldevilla, que venga.

—Doña Clara no está en el cuarto de las meninas, señora, dijo la dueña.

—¿No está acaso de servicio?

—No señora; está en su cuarto enferma.

—¡Ah! ¿está enferma? exclamó la condesa con un despecho, que la dueña tomó por interés.

—Afortunadamente, señora, la indisposicion de doña Clara, es un ligero resfriado.

—Me alegro mucho: me habiais dado un susto. ¿Y dónde tiene su cuarto doña Clara?

—Vive sola con una dueña y una dorcella, mas allá de la galería de los Infantes; si vucencia quiere que la guie...

—No ; no me es urgente ver á doña Clara ; la veré mañana. ¿ Con qué decis que vive...

—En la crugía oscura que está mas allá de la galería de los Infantes, en el número 10. Además, la puerta está pintada de verde.

—Muy bien : gracias : retiraos.

La dueña hizo una cumplidísima reverencia, y se retiró, casi sin volver la espalda á la condesa, que, en el momento en que se vió sola, tomó una bugía de sobre una mesa, y, abriendo una puerta de servicio, se encontró en un estrecho corredor, pasado el cual, entró en una ancha galería, medio alumbrada por algunos faroles y enteramente desierta, á escepcion de un centinela tudesco, que se paseaba gravemente en la galería y que, al ver á la condesa, se detuvo y al pasar ella por delante de él, dió un golpe con el cuento de la alabarda en el suelo, á cuyo saludo contestó la jóven con una ligera inclinacion de cabeza.

La condesa se perdió por una pequeña puerta al fondo.

La galería que acababa de atravesar, era la de los Infantes : el lugar en que habia entrado, era una galería densamente lóbrega, en la cual resonaban los pasos de la condesa de una manera sonora.

La de Lemos iba ceñida á la pared del lado izquierdo, con la bugía levantada, mirando los números pintados sobre las puertas, y ya habia recorrido un gran espacio sin encontrar el número 10, ni la puerta verde, cuando oyó al fondo de la galería ruido de pasos lentos y marcados, como los de un hombre que anda pesadamente y con dificultad.

Miró la de Lemos al lugar de donde provenia el ruido, y solo vió la area luminosa de una linterna.

El que la llevaba, estaba envuelto en la sombra.

La condesa se detuvo contrariada, porque hubiera querido que nadie la viera en aquellos lugares, y se detuvo irresoluta.

El de la linterna se detuvo tambien.

—¿ Quién va ? dijo con un acento breve, descuidado y ligeramente sarcástico ; esto es : con un acento que parecia estar acostumbrado de tal modo á espresar el sarcasmo, que le dejaba notar hasta en la frase mas indiferente.

—¡ Ah ! ¡ Dios mio ! ¿ si será ? ¡ pero no ! ¡ no puede ser ! ¡ si estaba preso ! ¿ Quién va ? añadió con interés la condesa.

—¡ Ah ! dijo el hombre : yo soy Diógenes trasegado, que anda en busca de un hombre y no le hallo.

—Y yo soy una dama andante, que busca á una mujer y no la encuentra.

Acercábanse entre tanto, los dos interlocutores.

—Pero hallo una mujer, dijo el de la linterna, lo que no es poco, y me doy por bien hallado.

—Y yo, dijo la condesa con afecto, encuentro un hombre y me doy por satisfecha.

—¡ Ah ! ¡ doña Catalina !

—¡ Ah ! ¡ don Francisco !

A este punto, don Francisco y doña Catalina, estaban á muy poca distancia el uno del otro, y se enviaban mutuamente al rostro, la luz de la bugía y la de la linterna.

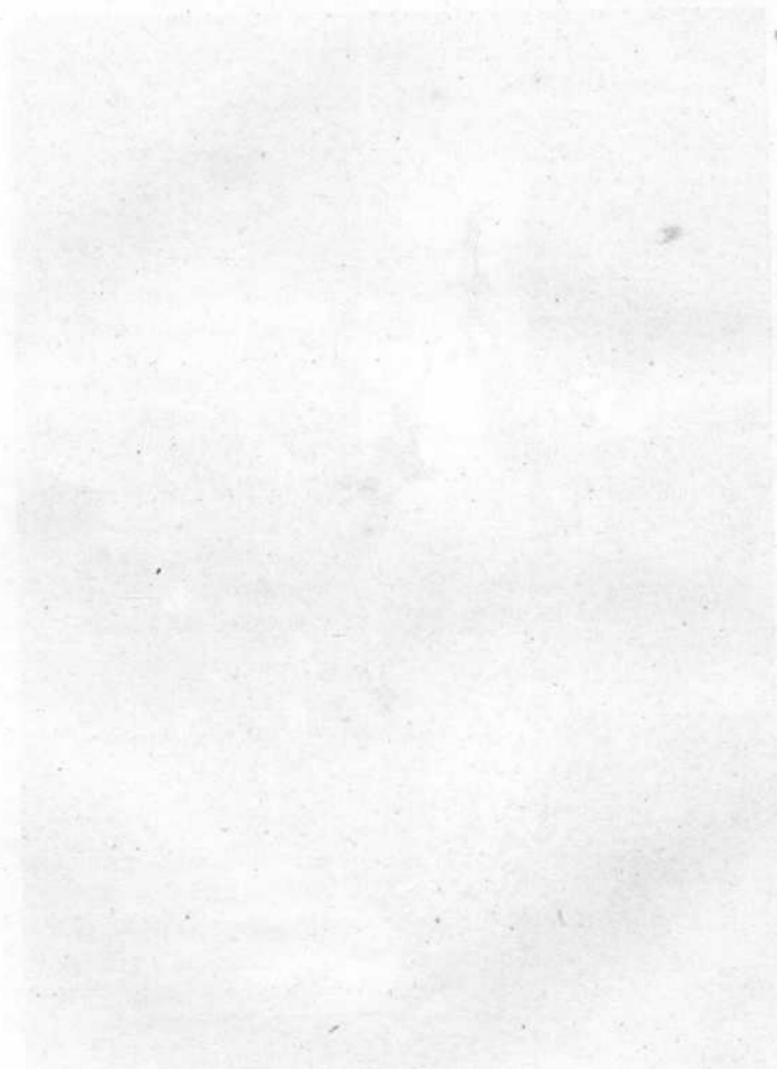
Era don Francisco un hombre, como de treinta años, de menos que mediana estatura, y mas desaliñadamente vestido que lo que convenia á un caballero del hábito de Santiago, cuya cruz roja mostraba sobre el ferreruelo. Tenia la actitud valiente del hombre que nada teme, y se atreve á todo : mostraba los cabellos un tanto mas largos que como se llevaban en aquel tiempo : la fente alta, ancha, prominente, atrevida ; la ceja negra y poblada, y al traves del vidrio verdoso de unas anchas antiparras montadas en asta negra, dejaba ver dos grandes ojos negros, de mirada fija, chispeante, burlona y grave á un tiempo ; inteligente, altiva, picaresca, desvergonzada, escudriñadora : mirada que se reia, mirada que suspiraba, mirada *pandæmonium*, si se nos permite esta frase, á cuyo contacto se encogia el alma de quien era mirado por ella, temerosa de ser adivinada, ó de ser lastimada ; aquellos dos ojos estaban divididos por una nariz aguileña de no escaso volúmen, y bajo aquella nariz y un poblado bigote, y sobre una no menos poblada pera, sonreia una boca en que parecia estereotipada una sonrisa burlona, pero con la burla de un sarcasmo doloroso.

Este hombre era don Francisco de Quevedo y Villegas, gran filósofo, gran teólogo, gran humanista, gran poeta, gran político, gran conspirador, caballero del hábito de Santiago, señor de la torre de Juan Abad, epigrama viviente, desvergüenza ambulante, gran bufon de su siglo, que acogia con carcajadas convulsivas, las verdades que le arrojaba á la cara.

Era en fin ese gran ingenio, cuyas obras leemos con deleite, perdonándole su cinismo, su escepticismo, su desvergüenza : ese grande ingenio á quien amamos, por lo que nos entretiene y por lo que nos enseña ; ese hombre, á quien acaso ennoblecemos, ó á quien no comprendemos tal vez ; esa colosal figura, colocada la mitad en luz y la mitad en sombra.



—¡AH, DOÑA CATALINA! — ¡AH, DON FRANCISCO!



—¿ Vos por aquí, don Francisco? dijo la condesa sin disimular su alegría, alegría semejante á la de quien de una manera inesperada tiene un buen encuentro.

—San Marcos llora; allá le dejo entregado á su viudez, y á los canonicos escandalizados de que Lerma se haya atrevido á tanto: allá se quedan llorando, porque ya no tienen quien les haga llorar... de risa, y yo me vengo aturrido á la córte, porque ya no tengo al lado, en un consorcio infame, á quien me hacia reir de... rabia.

—¡ Siempre tan desesperado! dijo con acento conmovido, la jóven.

—¡ Y siempre vos tan buena! dijo Quevedo, á cuyos ojos asomó una lágrima: ¡ tan buena!.. ¡ tan hermosa, y tan desgraciada! pero cambiando repentinamente de tono, dijo: ¿ con qué el rey que os casó mal, os ha desenmaridado bien?

—¡ Cómo! ¿ sabéis?

—Se que por meterse en oficios de dueña, y por el pecado de torpe anda por esas tierras desterrado, el conde de Lemos, mi señor.

—¡ Pero vos lo sabéis todo! ¡ acabais de llegar...!

—Súpelo en San Márcos, y fue un dia grande para mí; el único de grandeza que conozco al rey Felipe III; como que desterraba de la córte á vuestro marido, y á mí me permitia venir á enterrarme en ella, ó mejor dicho: á enojarme.

—¡ A enojaros!

—Si por cierto: á enojarme en vuestros ojos.

—¡ Ah! ¡ don Francisco! el amor debia tener un decálogo.

—¡ Torpe soy!

—¿ Vos torpe?

—¡ Si no os entiendo! á no ser que el decálogo del amor empezase de esta manera: el primero amar á la condesa de Lemos, sobre todas las cosas.

—Bien decis que sois torpe: el decálogo del amor debia decir: el segundo no galantear en vano.

—Porque se que en vanísimo enamoro, digo que viniendo á la córte, me entierro. Pero del mal el menos; viviendo vos sola no temo que nadie pise mi alma en su sepultura.

—Acabareis por enfadarme don Francisco, dijo con seriedad la condesa.

—¿ Enfadaros vos, cuando yo estoy alegre? ¿ nublaros cuando yo amanezco?

—¿Es decir, que os alegráis de mi abandono?

—¡Alégrome de vuestra resurrección!

—Es que yo no me he muerto.

—Os enterraron en el matrimonio, poniéndoos por mortaja al conde de Lemos. ¿Cómo queréis que no me alegre, cuando os desamortajan y os desentierran? ¿Cómo queréis que no esclame:

Conde que te has condenado,  
porque pecar no has sabido;  
bien casado, mal marido:  
¡guárdete Dios, desterrado!

—¡Sois terrible! exclamó riendo la condesa.

—Perdonadme, pero de tal modo me han hecho vomitar veros en San Marcos, que aun me duran las ansias: donde piso, dejo sátiras: de donde escupo, saltan romances, donde llega mi aliento, se clavan letrillas. Pero prometo, á fe de Quevedo, no volver á hablaros sino en lisa prosa castellana.

—¿Sin jugar del vocablo?

—Lo otorgo.

—¿Ni del concepto?

—No me atrevo á jurarlo, porque me teneis tan presa el alma y os teme tanto, que no sabe por donde escaparse.

—Siempre que no me habéis de amor... ya sabéis donde vivo.

—Me aprovecharé de vuestra buena oferta, y me contentaré con adoraros en éxtasis.

—Es que yo no quiero veros idólatra. Pero dejando esta conversacion, que os lo aseguro, me disgusta. ¿A dónde ibais por aquí?

—Iba en busca de un hombre, que se me ha perdido, y voy á buscarle á casa el duque de Lerma, vuestro padre, donde segun dicen le habré hallado.

—¿Vais á casa de mi padre?

—No, por cierto, voy á buscar al cocinero de su magestad.

—¿Qué se encuentra en casa de mi padre?

—Allí está prestado.

—¿Queréis hacerme un favor, don Francisco?

—¿No sabéis que podeis mandarme?

—Pues bien : os mando que lleveis esta carta á donde ese sobrescrito dice.

—«Al duque de Lerma, en propia mano» dijo Quevedo.

Y se quedó profundamente pensativo.

—¡Se que sois enemigo de mi padre! ¡que os pido un gran sacrificio!

Pero...

—¿Me lo pagareis...?

—Os lo... agradeceré en el alma.

—¡Iré! dijo Quevedo levantando la cabeza con resolucion.

—¿Y no quereis saber el contenido de esta carta?

—Me importa poco.

—Podrá suceder...

—Me importa menos.

—A Dios, dijo precipitadamente la condesa.

—¿Porque...?

—Suenan pasos, y se ven luces, dijo la de Lemos. Si nos encontraran aquí juntos...

Quevedo apagó la luz de la condesa de un soplo y luego sopló su linterna.

—¿Que haceis? dijo la condesa que se sintió asida por la cintura y levantada en alto.

—Desvanecerme con vos á fin de que no nos vean.

—Soltad, ó grito.

—Pueden conoceros por la voz.

—¡Traen luces y nos verán!

—Allí hay unas escaleras.

Y luego se oyó el ruido de las pisadas de Quevedo hácia un costado de la galería.

Luego no se oyó nada, sino los pasos de algunos soldados que iban á hacer el relevo de los centinelas.

Uno de ellos llevaba una linterna.

—¿Que es esto? dijo el sargento tropezando en un objeto... un candelero de plata con una bujía.

—Y una linterna de hierro.

—Las acaban de apagar.

—Cuando entramos habia aquí una dama y un caballero.

—Dejad eso donde lo hemos encontrado y adelante. En palacio y en la inquisicion chiton.

Siguieron adelante los soldados, atravesando lentamente la galería.

Poco despues se oyeron de nuevo las pisadas de Quevedo.

—Buscad mi candelero, dijo con la voz conmovida la de Lemos.

—Y mi linterna, contestó con un acento singular Quevedo.

—Ved que esta es mi mano, dijo la condesa.

—No creia que estuviesséis tan cerca de mi.

—¡Ah! ya he dado con él.

—Ya he dado con ella.

—¡A Dios, don Francisco! mañana me encontrareis todo el dia en mi casa.

—¡A Dios, doña Catalina! mañana iré á veros... sino me encierran.

—¡A Dios!

—¡A Dios!

—¡Oh Dios mio! murmuró la condesa, alejándose entre las tinieblas, creo que no me pesa de haberle encontrado. ¿Amaré yo á Quevedo?

Entre tanto Quevedo, adelantando en direccion opuesta murmuraba:

—Capitulo VI. De como no hay virtud estando oscuro.

Poco despues estinguióse de una parte el crujir de la falda de la condesa, y de la otra el ruido de las lentas pisadas de Quevedo.

## CAPITULO IV.

### Euredo sobre maraña.

Quevedo salió del alcázar, se puso en demanda de la casa del duque de Lerma y se entró desenfadadamente en un destartalado zaguan cuya puerta estaba abierta de par en par.

Aquel zaguan, hijo genuino del siglo XVI, á pesar de su irregularidad de su pavimento terrizo y de sus paredes rudamente pintadas de rojo y blanco imitando fábrica, no dejaba de ser suntuoso y característico, como representante de la época de transición llamada del renacimiento.

Un techo de pino acasetonado, con altos relieves en sus vanos, sostenido sobre un ancho friso de la escuela de Berruguete, así como una escalera de marmol con rica balaustrada del género gótico florido, parecían demandar otras paredes y otro pavimento, menos pobres, menos rudos: un enorme farol colgado del centro del techo, otro farol mas pequeño pendiente de un pescante de hierro y que compartía su luz entre un nicho en que había un Ecce-homo de madera, de no mala ejecución, y un enorme escudo de armas tallado y pintado en madera; seis hachas de cera, sujetas á ambos lados en la balaustrada de la escalera, y otro farol pendiente del centro del techo de la escalera al fondo, eran las luces que iluminaban el zaguan, y dejaban ver las gentes que en él había.

Eran estas dos lacayos aristocráticamente vestidos con una especie de dalmática ó balandran negro, con bandas diagonales amarillas, color y

emblema de la casa Sandoval; un hombre vestido de canino, rebozado en una capilla parda, que estaba sentado en un largo poyo de piedra que corría á lo largo de la pared en que se notaban la imagen y el escudo de armas, y una especie de maton que echado de espaldas contra una de las pilastras de la puerta, dejaba ver bajo el ala de su sombrero gacho, un semblante nada simpático, y nada á propósito para inspirar confianza.

Los dos lacayos ó porteros se paseaban á lo ancho del zaguan, apareados, hablando de una manera tendida, y riendo con una insolencia lacayuna: el jóven embozado del poyo, miraba de una manera hosca á los porteros, y el maton de la puerta fijaba de tiempo en tiempo, una mirada vigilante en el de la capilla parda, locatario del poyo.

Al entrar en el zaguan, Quevedo, que cuando iba á ciertos lugares, especialmente para entrar en ellos, no desatendía ninguna circunstancia, y todo lo abrazaba de una mirada rápida, oculta, hasta cierto punto, por el verdoso vidrio de sus antiparras, se detuvo de repente junto al hombre que estaba en la puerta, le dió frente y le dijo encarándosele:

—¿Cómo tú aquí?

Afirmóse sobre sus plantas aquel hombre, y clavó sus ojos en Quevedo.

—¡Ah! ¡es vuesa merced!

—Yo te daba ahorcado.

—Y yo á vuesa merced desterrado.

—Pues encuéntrome en mi tierra.

—Y yo sobre mis canillas.

—¡Gran milagro!

—Sirvo á buen amo.

—¿A su esclencia..?

—Decis bien: porque sirvo á don Rodrigo Calderon...

—¡Criado del duque de Lerma! : ¿con que eres...?

—Medio lacayo...

—Medio requiem...

—Decis bien.

—¿Quién agoniza por aquí?

Lanzó el maton una rápida mirada de soslayo al hombre que estaba en el poyo.

—¡Ah! dijo Quevedo siguiéndole también de soslayo aquella mirada.

¿Y quién es él?

—¡Bah don Francisco! por mucho que yo os deba, también debo mucho á don Rodrigo y...

Sonó Quevedo algunas monedas en el bolsillo, y el maton cambió de tono.

—¿Pero qué importa á vuesamerced...? ¿no ha perdido vuesamerced la afición á saberlo todo?

—Ven acá Francisco, ven acá, á lo oscuro, hijo, que en ninguna parte se dice mejor un secreto que donde no hay luz, ni nunca toma mejor dinero, quien como tú gasta vergüenza, que á oscuras. Ven acá, te digo, y si quieres embuchar desembucha.

Siguió aquel hombre á Quevedo un tanto fuera de la puerta, y cuando de nadie pudieron ser vistos ni oídos, dijo Quevedo:

—El hidalgo que se esconde entre sombrero y embozo, es mucha cosa mia.

—¡Ah! ¿es cosa vuestra... ese mancebo...? ¿pero como le ha conocido vuesamerced, si ni aun se le ven los ojos?

—Ver claro cuando está oscuro, y desembozar tapados, son dos cosas necesarias á todo buen hidalgo cortesano: y mas en estos tiempos en que es tan fácil á medio rodeo dar con la torre de Segovia; ¡hermano Juara, vomita!

—No me atrevo: don Rodrigo...

—Ni acuña mejor oro que el que yo gasto, ni usa mejor hierro que el que yo llevo.

—¡Pero don Francisco!

—O al son de mi bolsa cantas, ó si te empeñas en callar, hablan de tí mañana en la villa. Conque hijo, ¿qué quiere don Rodrigo con mi pariente.

—¿Vuestro pariente es ese mozo?

—Archinieta de una archiabuela mia, que era tan noble persona que mas arriba que el suyo no hay linaje que se conozca.

—¿Me promete vuesamerced guardarme el secreto, don Francisco?

—Por mi hábito te prometo, que nadie ha de saber el mal conocimiento que tengo contigo. Desembucha, que ya es tarde y hace frio, y no es justo que me hagas ayudarte tanto á ganar un doblon de á cuatro; y el tal doblon es de los buenos del emperador, que anduvieron escondidos por no tratar con herejes.

Y Quevedo sonó otra vez su bolsillo.

—El cuento es muy corto. Figuraos que yo, por órden de don Ro-

drigo, estoy desde el oscurecer acechando á los que salen del alcázar por la puerta de las Meninas.

—Palaciega historia tenemos.

—Figuraos que poco despues, baja una dama por las escalerillas de las Meninas, y se mete en una litera.

—¿Dama y tapada?

—Si señor.

—¿Estás seguro que no era dueña?

—Andaba erguida, y trascendia á hermosa.

—Buen olor tiene tu cuento. ¿Y quién era ella?

—No lo se : don Rodrigo me habia dicho solamente : si sale de palacio una dama ancha de hombros, alta de pecho, gentil y garrida, manto á los ojos, y halda hasta el suelo, sigue á esa dama.

—He aquí unas señas capaces de volver el seso á Orlando Furioso. ¿Seguiste á la dama?

—Iba á hacerlo cuando llegó don Rodrigo.—¿Ha salido? me preguntó.

—Si señor.—¿En litera?—Si señor.—¿Por dónde va?—por aquella calleja se ha metido.—Don Rodrigo tira adelante y yo detras de él, henos aquí metidos en una aventura. Llovía...

—Aventura completa.

—Estaba oscuro.

—Mejor aventura.

—Paró la litera, y salió la dama.

—¿Entróse dónde?

—Siguió adelante.

—¡ Con lluvia y de noche, tapada y sola ! Sigue hijo sigue. Cantas que encanta.

—Pero de repente, al volver una esquina, étenos á la tapada asida de un embozado.

—¿Lluvia y tinieblas? ¿tapada y embozado..? busca adobada y pollo que miente gallo.

—Mas alto debe picar, porque don Rodrigo me dijo : Juara, lance tenemos : estocadas barrunto.—Espada de gabilanes traigo y daga de ganchos.—No se trata de que me ayudes... ¡ para un hombre otro hombre !

—¡ Aventura con milagro !

—¿ Qué milagro hay hasta ahora ?

—Que don Rodrigo Calderon no vea mas que un hombre, cuando tiene delante un enemigo.

—Don Rodrigo es valiente...

—Pero mas valido. Y en cuanto á valor no niego que es mucho el valimiento del tal, como que de todo se vale para valerse: ¡válame Dios con tu cuento! Pero cuenta hijo, y ten presente de no mentir. ¿Qué hubo al cabo?

—Hubo que don Rodrigo me dijo;—No conozco á quien la acompaña: persona debe ser cuando tan tirado platican y tan despacio caminan.—Podrá suceder que cuando llegue el caso ese hombre me venza. Anda y busca una ronda, Juara.

—¿Y hubo lance?

—Lance hubo.

—¿Hubo sangre...?

—Hubo un desarme...

—¿Quién mandó?

—El embozado del portal.

—¡Ah! Pues no sabia yo que tenia tan buen pariente.

—Llegué con la ronda: pero tarde: seguí á ese embozado de orden de don Rodrigo, metióse aquí, pretendió pasar de las escaleras, sin conseguirlo, y hace una hora que él está allí sentado, y que yo le estoy dando centinela.

—Por el cuento, dijo Quevedo, sacando una moneda del bolsillo: porque pierdas la memoria: y sacó del bolsillo otra moneda.

—¿La memoria de qué? dijo Juara.

—De que me has visto en tu vida.

Y sin decir mas, rebózose y se entró gentilmente por el zaguan.

Al pasar junto al de la capa parda, se detuvo y le miró fijamente.

—Mucho os tapais, le dijo.

—Hace frio: contestó el otro con mal talante.

—Quien por damas se enzaguna, dijo don Francisco, ó es tonto ó merece serlo.

—Yo os conozco, ¡vive Dios! dijo el de la capilla poniéndose de pié, y dejando caer el embozo.

—¡Mi buen Juan! exclamó con alegría Quevedo.

—¡Mi buen Quevedo! exclamó con no menos alegría, Juan Montañó, que él era.

—Diez años me dais de vida; ¡apretad! ¡apretad recio!

—¡Qué me place! ¡siempre el mismo!

—No tal; contempladme espectro.

—¡Vos espectro!

—Quedé pobre.

—¡Pobre vos!

—Y... vedme muerto, que entre un tuvo y un no tiene, hay un mundo de por medio. En prisiones me han tenido, y hoy á la córte me vuelvo, á ser pelota de tontos y pasadizo de enredos.

—Pues en lo de hacer hablar con vos en verso al mas topo cuando quereis, sois el mismísimo Quevedo de hace tres años; cinco minutos lo menos hemos estado hablando en romance.

—¡Ah! si, teneis razon : sudo para hablar en prosa, ni mas ni menos que le acontece á Montalvan cuando quiere hablar en verso, ó como al duque de Lerma cuando no encuentra cosa á que echar el guante.

—¡Por la Virgen! ¡ved que estamos en casa del duque, y que nos escuchan sus criados!

—¡Pues mejor!

—¿Mejor? no entiendo.

—Entendedme : las verdades, cuando las lleva un correo, llegan verdades sopladas, y ganan ciento por ciento. Pero... volviendo á nosotros, ¡mal hayan amen los versos! se me escapan como el flato. ¡Juro á Dios!..

—¡Guardad Quevedo!

—Decis bien : no está en mi mano : es ya enfermedad de perro : coñezon : archimania. ¿Qué buscáis aquí?

—Pretendo...

—¿Lo veis? vos teneis la culpa.

—¿Yo la culpa?

—Si por cierto ; me buscáis el asonante.

—¡Sois terrible!

—Soy... Quevedo. ¿Habeis acompañado á una dama?

—Si : ¿quién os lo ha dicho?

—Los enredos con mi sombra : en viniendo yo á la córte, se vienen á mí los tales á bandadas, y lo que es peor : enredanme, me sofocan, me traen de acá para allá, me sudan y me trassudan, y ni con reliquias de santo que llevé encima, dejan de acometerme. Pero volviendo á vuestra aventura. « Erase una tapada...

—Tapada era.

—...alta y garrida...

—¡Si!

—...ancha de hombros, alta de seno, manto á los ojos, y halda hasta el suelo.»

—¿Conoceisla?

—No : ¿y vos?

—Tampoco.

—¿Pero no habeis reñido por ella?

—Si.

—¿No habeis vencido?

—Si.

—¿Y dónde la habeis dejado?

—Se fué sola.

—¿Y no venis aquí por ella?

—¡Ah! ¡no!

—¿Y no habeis vislumbrado quién ella sea?

—La tengo por principal.

—Dios os libre de un portento embozado, de un lucero entre nubes, de una mano entre rendijas; de un envido de buscona, y, sobre todo, de un quiero. Desconfiad de carta de dueña, como de pastel de hostería, y, sobre todo, recibidme por maestro. ¿Dónde vivís?

—No lo se aun; ¿y vos?

—Yo... vivo aquí.

—¿Acabais de llegar?

—Ya os lo dije : torno á esta tierra, de un destierro.

—Y yo acabo de llegar de Navalcarnero. Fui á buscar á mi tío á palacio; llovieron sobre mí aventuras, y desventuras, porque esos porteros á quienes Dios confunda, no han querido avisar de mi llegada á mi tío.

—¿Y quién es ese vuestro tío?

—El cocinero de su magestad.

—¡Francisco Martínez Montiño! pues me alegro : ¡hombre sois!

—¡Cómo!

—¡Ahí es nada! ¡con tío en palacio, cocinero de su magestad y enredador, avaro, y celoso! ¡cuando os digo que habeis hecho suerte! ya vereis : ahora si os importa ver á vuestro tío, seguid á mi lado ni mas ni menos que sino os hubiesen negado la entrada : alta la cabeza, fruncido el ceño, y por no dar, que el dar daña, no les deis ni las buenas noches.

Y Quevedo tiró hácia las escaleras, desde en medio del portal donde habia estado hablando con Juan Montiño.

Al ver acercarse á un caballero del hábito de Santiago, á quien ha-

bían oído hablar mal de su señor, porque Quevedo había levantado la voz para llamar ladrón al duque, los porteros le tuvieron, sin duda, por tan amigo de Lerma, que le dejaron franco el paso inclinándose, y sin duda también porque el caballero de Santiago se mostraba amigo del de la capilla parda, no se les ocurrió ni una palabra que decirle.

Entre tanto murmuraba Quevedo, subiendo lentamente las escaleras:

—Para entrar en todas partes, sirve una cruz sobre el pecho; mas para salir de algunas, solo sirve cruz de acero.

—¿Qué decis? le preguntó Juan Montaña.

—Digo que al entrar aquí, no somos hombres.

—¿Pues qué somos?

—Ratones.

—¿Supongo que mi tío no será el gato?

—No, porque vuestro tío es comadreja.

—¿Dónde vais caballero? dijo á Quevedo un criado de escalera arriba.

Quevedo no contestó, y siguió andando.

—¿No oís? ¿dónde vais? repitió el sirviente.

—¿No lo veis? voy adelante, contestó sin volver siquiera la cabeza, Quevedo.

—Perdonad, dijo el lacayo, que alcanzó á ver en aquel momento la cruz de Santiago, en el ferreruelo de don Francisco.

Entraron en una magnífica antecámara estrellada de luces, y llena de lacayos.

El lujo de aquella antecámara en la casa de un ministro, era escandaloso; alfombras, cuadros del Tiziano, de Rafael, de Pantoja, del Giotto; tapicerías flamencas; lámparas admirables; puertas de las maderas mas preciosas, incrustadas de metales; estatuas antiguas; un tesoro, en fin, invertido en objetos artísticos.

Una antecámara alhajada de tal modo, era un deslumbrante prólogo, que hacia presentir verdaderas maravillas en las habitaciones principales.

—¡He aquí, he aquí el sumidero de España! murmuró entre su embozo Quevedo: ¡ah don Ladrón ministro! ¡ah sanguijuela rabiosa! ¡Tántalo de oro! ¡chupador eterno! ¡para qué se han hecho los dogales!

Y adelantó.

—Oid: dijo Quevedo, á uno que atravesaba la antecámara, llevando una fuente vacía.

—¿Qué me mandais, señor? contestó deteniéndose el lacayo.

- Llevad á este hidalgo á donde está su tío.  
 —Perdonad, señor : pero ¿quién es el tío de este hidalgo?  
 —El cocinero del rey.  
 —Seguidme , dijo el lacayo á Juan Montiño.  
 —¿Nos veremos? dijo el jóven á Quevedo, estrechándole la mano.  
 —Nos veremos : contestó Quevedo.  
 —¿Dónde?  
 —Adios.  
 —¿Pero dónde?  
 —Nos veremos.

Y volviendo la espalda al sobrino de su tío, se embozó en su ferre-ruelo, y se fué derecho á un maestresala que cruzaba por la antecámara.

Al ver el maestresala, que se le venia encima una figura negra y embozada, donde todos estaban descubiertos, dió un paso atras.

- No soy dueña, dijo Quevedo.  
 —¿Qué quereis? dijo el maestresala con acento destemplado.  
 —Decid á su esclencia, vuestro amo, que soy la duquesa de Gandia.  
 Dió otro paso atras, el maestresala.

—Mirad : dijo Quevedo, ganando aquel paso.

Y mostró al maestresala el sobrescrito de la carta que le habia dado la de Lemos.

—Acabáramos , dijo el maestresala : con haber dicho que teniais que entregar á su esclencia en propia mano...

—Esta carta viene sola.

Miró con una creciente estrañeza el maestresala al bulto que tenia delante, y se entró por una puerta inmediata.

Poco despues volvió y dijo á Quevedo :

—Podeis seguirme.

—Si puedo, dijo don Francisco; y tiró adelante, siguiendo al maestresala que, despues de haber atravesado algunas habitaciones mas suntuosas y mejor alhajadas que las de palacio, abrió con un llavin una mampara, y dijo á Quevedo :

—Pasad y esperad : mi señor me manda rogaros, le perdoneis si tardare.

Y el maestresala cerró la mampara.

—¡Perdonar! veré si perdono; dijo Quevedo adelantando meditabundo, en la habitacion donde le habian dejado encerrado : ¡esperar! si... tal vez... espero... espero... he entrado con buena suerte en Madrid...

y vamos... si... yo no creía... me ha puesto de buen humor esta pobre condesa, y he encontrado á ese noble jóven, por quien únicamente vengo á Madrid. ¡Casualidades! una mujer que puede servirme, un jóven á quien tengo el deber de servir, y una carta que no se lo que contiene, pero que veré leer; y ver leer, cuando se sabe ver, es lo mismo que leer ó mejor... ¡pues bien, mejor! y la tapada que ha acompañado ese valiente Juan... y las estocadas de ese caballero con don Rodrigo Calderon... ¡enredo! ¡enredo! ¡y del enredo dos cabos cogidos! esta misma espera me ayuda: esperemos: pero esperemos pensando.

Y Quevedo se embozó perfectamente en su ferreruelo, se sentó en un sillón, apoyó las manos en sus brazos, reclinó la cabeza en su respaldo y estendió las piernas, despues de lo cual quedó inmóvil y en silencio.

## CAPITULO V.

¡Sin dinero y sin camisas!

El lacayo que guiaba á Juan Montiño, le llevó por un corredor á una gran habitacion, donde, sobre mesas cubiertas de manteles, se veian platos de vianda.

En aquella habitacion se veian además lacayos que iban y venian, entre los cuales, como un rey entre sus vasallos se veia un hombrecillo vestido de negro con un traje nuevo de paño fino de Segovia, observándose, que en las mangas ajustadas de su ropilla faltaban los puños blancos.

Este hombre tomaba los platos de sobre las mesas, los entregaba á los lacayos, deciales la manera que habian de tener para llevarlos y servirlos, y no paraba un momento, yendo de una mesa á la otra con una actividad febril, con entusiasmo, casi con orgullo, como un general que manda á sus soldados en un dia de batalla.

Aproximándose mas á este hombre se notaba : primero que tenia cincuenta y mas años ; segundo que tenia los cabellos mitad canos, mitad rubio-panocha : tercero, que su fisonomía marcaba á un tiempo el recelo, la avaricia y la astucia : cuarto, que á pesar de todo esto habia en aquel semblante esa expresion indudable que revela al hombre de bien : quinto, que era rígido, minucioso é intransigible con las faltas de sus dependientes en el desempeño de su oficio : sexto y último, que emanaba de

él cierta conciencia de potestad, de valimiento, de fuerza, que le daba todo el aspecto de un personaje *sui generis*.

Por lo demás este hombre tenía la cabeza pequeña, el cuerpo enjuto y apenas de cuatro piés de altura; el semblante blanco, mate y surcado por arrugas poco profundas, pero numerosas; la frente cuadrada, las cejas casi rectas, los ojos pequeños grises y sumamente móviles; la nariz afilada; la boca larga y de labios sutiles, y la barba, mejor dicho, el pelo de la barba, cano, lo que podía notarse en su bigote y su perilla, porque el resto estaba cuidadosamente afeitado.

A este hombre llegó el lacayo conductor del jóven que habia quedado á poca distancia y le dijo:

—¡Señor Francisco Montiño..!

—¡Eh! dejadme en paz: no os toca á vos, dijo el señor Francisco tomando una fuente de plata con un capon asado y dándole á otra lacayo.

—Perdone vuesamerced pero no es eso: vuestro sobrino...

—¡Mi sobrino..! dijo el cocinero del rey... yo no tengo sobrinos: llevad bien esa ánade, Cristobal.

—¿Sois vos el señor Francisco Martinez Montiño? dijo Juan Montiño adelantando.

—Si por cierto que asi me nombro, contestó el cocinero del rey dando á otro lacayo otro plato, y sin volverse á mirar á quien le hablaba.

—Pues entonces repuso el joven, sois mi tio carnal, hermano de mi padre Gerónimo Martinez Montiño.

—¿Eh? ¿que decis? repuso el señor Francisco volviéndose ya á mirar á quien le hablaba.

Y apenas le vió su fisonomía tomó una espresion profundamente reservada.

—¡Diablo! murmuró de una manera ininteligible: ¡y es verdad! ¡y como se parece á...! perdonad un momento... ¡eh! ¡Gonzalvillo! ¡hijo; que verteis la salsa de alcaparra! ¡animales! para esto se necesitan manos mejores que vuestras manos gallegas. ¿Con qué que deciais? añadió volviéndose al jóven.

—Digo que acabo de llegar, dijo Juan Montiño con cierta tiesura escitado por el carácter repulsivo de su tio.

—¿Pero de dónde acabais de llegar..?

—De Navalcarnero.

—¡Ah! ¿y quién os envia?

—Pudiera suceder muy bien que hubiera venido solo por conocer al



EL COGINERO DE SU MACE-YAD.



hermano menor de mi difunto padre : pero no he venido por eso : vengo porque me envia mi tio Pedro Martinez Montiño el arcipreste.

— ¡ Ah ! ¡ os envia mi hermano el arcipreste ! perdonad : perdonad otra vez : estos pages... ¡ eh ! dejad ahí esas fuentes : son de la tercera vianda , venid para acá ! ¿ pero señor qué hacen esos veedores ? ahora tocan las empanadas de liebre , los platillos á la tudesca y las truchas fritas.

Juan Montiño empezaba á perder la paciencia ; su tio interrumpia á cada paso su diálogo con él para acudir á cualquier nimiedad ; se le iba , se le escapaba de entre las manos , y no le prestaba la mayor atencion : pero si Juan Montiño hubiera podido penetrar en el pensamiento de su tio hubiera visto que desde el momento en que habia reparado en su semblante , el cocinero del rey habia necesitado de todo su aplomo , de toda su experiencia cortesana para disimular su turbacion.

Consistía esto en que tenia delante de sí un sobrino á quien no conocia y del cual en toda su vida solo habia tenido dos noticias dadas de una manera tal que bastaba para meter en confusiones á otro menos receloso que el cocinero del rey.

Veinte y cuatro años antes , cuando el señor Francisco Montiño solo era oficial de la cocina de la infanta de Portugal doña Juana , es decir : cuando se encontraba al principio de su carrera habia recibido de su hermano Gerónimo la lacónica carta siguiente :

« Hoy dia del evangelista San Marcos , ha dado á luz mi mujer un hijo : te lo aviso para que sepas que tienes un criado á quien mandar. »

Francisco Montiño se quedó como quien ve visiones : sabia que su cuñada Genoveva era una cincuentona que jamas habia tenido hijos y que habia perdido , hacia mucho tiempo la esperanza de tenerlos : la noticia de aquel alumbramiento inverosímil , habia venido de repente sin que le hubiese precedido en tiempo oportuno la noticia del embarazo : por otra parte la carta en que Gerónimo Montiño se confesaba padre , no podia ser mas seca ni mas descarnada.

Francisco Montiño leyó tres veces la carta cada vez mas reflexivo , se encogió al fin de hombros , y dijo , guardando cuidadosamente la carta :

— ¿ Qué habrá aquí encerrado ?

Era necesario contestar y Francisco Montiño en su contestacion se templó al tono de la carta de su hermano :

« He recibido la noticia , le decia , de que tu mujer ha dado á luz una criatura y me alegro de ello cuanto tu puedas alegrarte. »

Despues en ninguna de las cartas que se cruzaban periódicamente entre los dos hermanos, volvió á nombrarse al tal vástago, ni en las posdatas que solia poner á las cartas de Gerónimo, Pedro, que entonces era simpletamente beneficiado.

Pasaron asi veinte y dos años : pero al cabo de ellos, Francisco Montiño, que ya habia llegado á la cúspide de su carrera siendo, haciat tiempo, cocinero de Felipe III, recibió una carta de su hermano Gerónimo concebida en estos términos :

« Estoy muy enfermo : el médico dice que me muero. Si esto sucede, podrá suceder que Juan Montiño, mi hijo, vaya á la córte. Algun dia podrá convenirte el que hayas servido á ese muchacho. »

—¿Qué habrá aquí encerrado? dijo Francisco Montiño despues de haber leído tres veces esta carta, como la otra fechada hacia veinte y dos años en el dia de San Marcos.

Gerónimo murió al fin : habian pasado dos años, sin que el señor Francisco recibiese noticias de su sobrino, cuando su sobrino se le presentó de repente como llovido del cielo y portador de una carta de su hermano el arcipreste : aquella carta podia ser la resolucion del misterio y como este misterio se habia agravado para Montiño desde el momento en que habia creído encontrar en el semblante del jóven ciertos rasgos de semejanza con una alta persona á quien conocia demasiado, sintió una comezon aguda por apoderarse de aquella carta ; pero siempre cauto y prudente disimuló aquella comezon, afectó la mayor indiferencia hácia su sobrino, y solo volvió á anudar el interrumpido diálogo con el jóven, despues de haber dado á los pages dos docenas de platos, y seis docenas de órdenes y advertencias.

—Venid, venid acá, sobrino, dijo ya con menos tiesura llevandole á un aposentillo situado cerca de la reposteria, en el que se encerraron: He servido ya la segunda vianda, y hasta que sea necesario servir la tercera pasará un buen espacio. No estrañeis el que yo os haya prestado poca atencion : con señores como el duque de Lerma, que gozan del favor de su magestad, hasta el punto de que su magestad se quede un dia sin cocinero, porque su cocinero les sirva, toda diligencia es poca. Me alegro mucho de conoceros. Sois un gentil mozo, aunque no os pareceis ni á vuestro padre ni á vuestra madre: mi hermano era asi poco mas ó menos como yo, lo que no impedia que fuese un valiente soldado del rey, y mi cuñada, vuestra madre, fue en sus mocedades un tanto cuanto oronda y frescota, pero era fea y morena que no habia mas que pedir:

vos sois muy gentil hombre, blanco y rubio, como si dijéramos, la honra de la familia, porque ya me estais viendo y ya sabeis lo que fue vuestro padre y lo que es vuestro tio Pedro.

—¡Ah! dijo el jóven, á quien desarmó completamente la insidiosa charla de su tio Francisco: vuestro pobre hermano, señor, acaso estará en estos momentos en la presencia de Dios.

Púsose notablemente pálido el señor Francisco, lo que demostraba que amaba á su hermano.

—¡Cómo! dijo, ¿pues tan enfermo se halla?

—Tan enfermo que esta mañana, despues de haber hecho testamento, me llamó y me dijo:—Juan, es necesario que te vayas á Madrid en busca de tu tio Francisco: yo me muero: es necesario que antes de que yo muera reciba mi hermano esta carta, que he escrito con mucho trabajo esta noche.—Y sacó de debajo de la almohada esta carta cerrada y sellada que me entregó.

El jóven sacó del bolsillo interior de su ropilla, una gruesa carta cuadrada, en la que fijó una mirada ansiosa, pero rápida, imperceptible, el cocinero del rey.

—A vos está dirigida esta carta por mi tio moribundo, dijo el jóven con voz conmovida, y á vos la entrego. Mi buen tio Pedro, á pesar del deplorable estado en que se encontraba, me encomendó tanto que era necesario que recibierais cuanto antes esta carta, que ensillé á Cascabel, creyendo que podria tirar todavia de una jornada, y á duras penas he podido llegar al oscurecer. ¡El pobre jaco está tan viejo!

—¿Y cuando salisteis de Navalcarnero, sobrino?

—Antes del amanecer.

—¡Diez horas para cinco leguas!

—Todo lo que habia en casa muere: solos quedamos vos y yo.

—¡Bah! ¡bah! dijo Montño, guardando en los bolsillos de sus grenguescos la carta de su hermano: no nos aflijamos antes de tiempo: vuestro tio Pedro ha estado dos veces á la muerte, y una de ellas oleado y con el rostro cubierto.

—Pero á la tercera va la vencida, dijo el jóven...

—A la tercera...

Al pronunciar Francisco Montño estas palabras, tenia el pensamiento en la carta de su hermano.

—¿Quién sabe? ¿quién sabe? añadió Montño: ya es viejo: como que nació diez años antes que yo, y he cumplido ya los cincuenta y

cinco. ¿Pero que le hemos de hacer? ¿Y vos...? ¿qué sois vos...? soldado, ¿eh?

—No señor : soy licenciado...

—¡ Licenciado... ! ¡ no entiendo... ! ¿ de qué licencias habláis... ?

—He estudiado teología y derecho , en la Universidad de Alcalá.

—¡ Ah !

—Muchas veces he me dicho : tengo un tío en palacio... bien pudiera mi tío procurarme un oficio de alcalde ó corregidor.

Fruncióse un tanto el gesto del cocinero del rey.

—Pero no he querido incomodaros , añadió el jóven.

—Habeis pensado prudentemente , sobrino , porque me hubiera incomodado mucho no haber podido servirlos.

—Sea como Dios quiera , dijo Juan Montño.

La conversacion habia entrado en un terreno sumamente escabroso para el cocinero mayor.

—Sobrino , le dijo , me es forzoso dejaros : ya es tiempo de servir la tercera vianda : ¿ dónde teneis vuestra posada á fin de que yo pueda veros ?

—En ninguna parte , señor.

—¡ Cómo ! ¿ pues dónde habeis dejado vuestro caballo ?

—En las caballerizas de su magestad.

—¡ Diablo !

—Y contaba tambien con vivir en palacio , puesto que vos vivis en él.

—¡ En mi cuarto ! exclamó todo hosco el señor Francisco : ¡ con una hija de diez y seis años , y una esposa de veinte , y vos jóven... ! ¡ esponerme á las murmuraciones ! no puede ser : buscad una posada.

—Es el caso que no he traído dinero.

—¿ Pero como os ha enviado así mi hermano ? ¡ vamos ! ¡ las gentes de los pueblos se creen que Madrid , es las Indias !

—Vuestro pobre hermano , señor , aunque nada os haya dicho , vive en la miseria , atenido á la limosna de tal cual misa , y á lo poco que yo gano enseñando latin . Pero en la enfermedad de mi tío se han ido nuestros últimos maravedises : ni aun maleta he podido traer... porque... toda mi hacienda la llevo encima.

—¡ Diablo ! ¡ diablo ! pero vos os volvereis al pueblo.

—¿ Y qué he de hacer allí , despues de muerto mi tío , por quien únicamente permanecia en el pueblo ?

—De modo que...

—Aquí me estaré.

—¡Y os venis así á la la córte, sin dinero... y aun sin camisas!

—Tío, enseñando latin se gana muy poco.

—Pero ese caballo... vendiendolo...

—¡Cascabel! en primer lugar, que yo quiero mucho á Cascabel por que desde su juventud, que es ya remota, ha servido buena y lealmente á mi padre: en segundo, que no habria nadie que diese un ducado por Cascabel, porque ni el pellejo aprovecha.

—¡Diablo! ¡diablo! ¡diablo! murmuró Francisco Montiño: pues bien esperadme aquí y despues... despues veremos como podemos salir de este compromiso en que me habeis metido vos, y mi hermano Pedro.

Y diciendo esto, escapó, dejando solo al jóven.

A los veinte y cuatro años se piensa poco en las necesidades materiales, ni en el porvenir; el porvenir es de la juventud: á los veinte y cuatro años solo se tiene corazon: Juan Montiño, estaba profundamente preocupado con el doble recuerdo de la dama de palacio y de la tapada que le habia metido en un lance de armas, que se le habia escapado, y que se habia dejado dos prendas: una voluntariamente: otra, como quien dice, robada.

Juan no habia tenido ocasion de ver aquellas prendas, que pesaban en su bolsillo, y que representaban para él todo un mundo de esperanzas: pero cuando se encontró solo, arrastró la silla en que estaba sentado, se volvió de espaldas á la puerta para cubrir con su cuerpo las alhajas de la vista de alguno que pudiese entrar de repente, y sacó aquellas joyas.

Por el momento le deslumbró el brillo del brazaletes: estaba cuajado de diamantes: su valor debia subir á muchos miles de reales: Juan Montiño se aterró.

—¡Oh! ¿qué es esto señor? ¿qué es esto? dijo: ¿qué dama es esa que tan ricas, tan magnificas joyas usa? ¿y dónde iba esa dama tan engalanada? ¡oh! ¡Dios mio! ¡y qué pensará de mi esa dama! ¡si al echar de menos esta prenda me tomase por un ladron..?

La frente del jóven se cubrió de sudor frio, y se sintió malo.

—Pero si estos diamantes fueran falsos... puede ser muy bien... sino lo fueran esa dama debia ser... veamos; examinemos bien esta alhaja.

Y Juan Montiño miró de nuevo y de una manera ansiosa el brazaletes.

Entonces la sangre se heló en sus venas, pasando instantáneamente del frio á la fiebre, como si su sangre se hubiera convertido en la lava de

un volcan. Sintió un zumbido sordo en sus oídos, y delante de sus ojos una nube turbia que los empañaba. Habia visto en el centro del brazalete, una placa de oro, y sobre ella, esmaltadas y entrelazadas, las armas reales de España y las imperiales de Austria.

Aquella prenda era efectivamente de gran valor : pertenecia á no dudarlo á las alhajas de la corona.

Al reparar en aquellos dos blasones, una sospecha tremenda asaltó la imaginacion de Juan Montiño :

—¿Seria la tapada que se amparó de mí, la reina?

Juan Montiño habia oido hablar muchas veces á Quevedo, tres años antes, en ocasion en que andaba huido en Navalcarnero, por cierta muerte que habia causado en riña, muchas y picantes aventuras acontecidas en la córte : sabia que la corrupcion de las costumbres habia llegado en ella al último limite : que las damas mas principales solian verse muchas veces, á consecuencia de sus galanteos y de sus intrigas, en situaciones estraordinariamente estrañas y comprometidas : ¡pero la reina..! la lengua de Quevedo, que nada respetaba, habia respetado siempre á las damas de la familia real : acaso el gran mordedor, el gran satírico, habia guardado silencio por consideracion, por afecto, por un galante respeto, acerca de la reina y de las infantas... pero...

Estos *peros* habian hecho una devanadera de la cabeza de Juan Montiño.

No podia tener duda de que aquel brazalete era una prenda real, que habia quedado por un acaso en su mano, al desasir de ella violentamente su brazo la tapada : ¿porque la tapada llevaba aquel brazalete sino era la reina? y si era la reina ¿por qué le habia dejado voluntariamente otra prenda : la sortija?

El jóven examinó la sortija.

Era de oro con una esmeralda, y muy bella, pero no podia ni remotamente compararse su valor con el del brazalete. No importaba ; la reina podia llevar por capricho aquella sortija ; la mano de la dama tapada, estaba cuajada de ellas : Juan Montiño lo recordaba : habia visto un momento aquella hermosa mano arreglando el manto, á la última luz del crepúsculo. ¿Habia elegido con intencion la dama, entre todas sus sortijas para dejarle una señal, la que tenia una esmeralda como en representacion de una esperanza?

Juan Montiño se volvia loco.

Sumido se hallaba en una confusion de pensamientos á cual mas des-

cabellado; cuando una voz que resonó á sus espaldas, le hizo guardar apresuradamente el brazalet y la sortija.

—¡Señor Juan Montiño! habia dicho aquella voz.

Volvióse el jóven, y vió un paje que traia ropa de mesa, terciada en un brazo, en la una mano algunos platos, y en la otra dos botellas asidas por el cuello.

—¿Sois vos, señor, el sobrino del señor Francisco Montiño? dijo el paje.

—Ciertamente, yo soy.

—Pues bien, á vos vengo.

—¿Y á qué venis?

—A serviros de cenar.

—¡Ah!

—Si por cierto: el señor Francisco Montiño me ha dicho: Gonzalvillo, hijo: ve á aquel aposento, y lleva á un hidalgo, que encontrarás en él y que es mi sobrino, una empanada de olla podrida, un capon de leche, un besugo fresco cocido, un pastel ojaldrado, frutas, confituras, y dos botellas del bueno de Pinto. Sirvele bien, y si quisiere otras cosas, téngalas; como si se tratara de mí mismo.

Y el paje salió y entró repetidas veces, y acabó de cubrir la mesa en silencio y con sumo respeto, quedando atras dos pasos é inmóvil, despues de llenar la copa, como si se hubiera tratado del mismo duque de Lerma, su señor.

Es de advertir, que la vagilla era de plata cincelada.

—¿Qué habrá encontrado mi tio Francisco en la carta de mi tio Pedro que asi se ablanda de repente, y asi me trata? dijo el jóven que habia comprendido lo bastante el carácter de su tio para estrañar aquel brillante exhabrupto: por darme de comer, mi tio me hubiera enviado un pote cualquiera, en un plato de Alcorcon: ¡pero esta vagilla! ¡estas velas de cera perfumada...! ¡estos candeleros de plata...! vamos, mi tio tiene sin duda sus razones para adularme, y me adula á costa del duque de Lerma. ¿En qué vendrá á parar tanto misterio?

Y el jóven siguió comiendo y bebiendo gentilmente, porque á los veinte y cuatro años los cuidados no quitan el apetito.



## CAPITULO VI.

Porque el tío daba de comer de aquella manera al sobrino.

Ansioso de conocer el contenido de la voluminosa carta de su hermano, apenas se separó de su sobrino Francisco Montiño, cuando, contra su costumbre, su vocacion, y su conciencia, dejó encargado el servicio de la tercera vianda, de los postres y de los licores y vinos generosos, á uno de sus oficiales de la cocina del rey, que le habia acompañado, y se cerró en un aposentillo semejante á aquel en que habia dejado esperando á su sobrino.

Una vez allí, solo y seguro de toda sorpresa y de toda impertinencia, sacó de su bolsillo una caja de taflete, de ella unas antiparras montadas en plata, se las acomodó en las narices, acercó á sí las dos bugias, sacó la carta, rompió su nema, desdobló los tres grandes pliegos de que la carta constaba y los estendió delante de sí.

—Mucho ha escrito mi hermano en una sola noche, para tan enfermo como dice mi sobrino que se halla, murmuró limpiándose cuidadosamente las narices; leamos ahora, añadió despues de haber doblado y guardado su enorme pañuelo blanco.

He aquí la carta, á cuya cabeza habia una cruz, y debajo las tres iniciales de Jesus María y José :

«Navalcarnero, á 30 de noviembre del año del señor de 1610.»

—¡Ah! dijo Montiño; ahora comprendo: estamos á 15 de diciem-

bre : esta carta ha empezado á escribirse hace quince dias, y lo que sin duda hizo anoche mi pobre hermano, fue concluirla : veamos, veamos.

« Mi buen hermano Francisco : estoy enfermo de unas calenturas malignas : hace algun tiempo que tomaron muy mal aspecto, pero no he querido decirtelo : hoy tengo ya la certidumbre de que estas calenturas acabarán conmigo en un plazo brevisimo, y por una parte, una solemne promesa que hice á nuestro hermano Gerónimo cuando murió, y mi conciencia por otra, me obligan á traspasar á tí un gran secreto de familia.

» El jóven que lleva el nombre de Juan Montiño, no es hijo de nuestro hermano Gerónimo. »

— ¡ Ah ! exclamó interrumpiendo su lectura el cocinero mayor : bien dije yo cuando dije, que había algo encerrado tras la secatura y la brevedad conque mi hermano me anunció el nacimiento de ese hijo que no es su hijo. Veamos, veamos, porque yo no se como mi hermano Gerónimo siendo quien era, pudo cargar con hijos de otro.

Y volvió á la lectura.

« No siendo hijo de nuestro hermano, no tengo que asegurarte que tampoco lo es de nuestra cuñada Genoveva, porque te consta que si como era virtuosa y honrada, hubiera sido hermosa, habria sido un prodigio. »

— ¡ Pero señor ! dijo Montiño, deteniéndose de nuevo : ¿ de quién es hijo este muchacho ?

Y siguió leyendo.

« Figúrate, Francisco, que eres sacerdote, y que cuando lees esta carta estás escuchando en confesion á un moribundo : porque yo voy á traspasar á tí, y con autorizacion suya, la confesion que me hizo nuestro hermano Gerónimo hace veinte y cuatro años. »

Tomó cierta gravedad, despues de la lectura del anterior periodo, el semblante del cocinero del rey ; que el hombre, aun estando solo, toma el color que le dan los sucesos y las circunstancias.

« Hace diez años, me dijo Gerónimo arrodillado delante de mí, por una disputa impertinente maté al capitan de la compañía de que era alfez. No se si las leyes de Dios me disculparán de aquel homicidio, pero las del honor me absuelven. Sin embargo, las pragmáticas me condenaban á muerte y huí. Antes de seis meses, volvia á llevar en otro tercio, como alfez, la bandera del rey.

« Consistió esto, en que cierto señor poderosísimo, habia interpuesto para con el rey sus buenos oficios ; para con la familia del muerto sus

doblonos, y en que, perdonado por la viuda y por los hijos, é indultado por su magestad, volvía al goce de mi empleo, como si nada hubiera acontecido.

«El mismo poderoso señor, que ya habia hecho tanto por mí, cuidó de mis adelantos, y en muy poco tiempo llegué á teniente, á capitán después. Una bala me habia dejada cojo é inútil, y me vine al pueblo, ya con los inválidos, y seguro de que cuando yo faltase quedaria viudedad á mi buena Genoveva.

«Yo no podia olvidar, ni dejar de ser agradecido, á quien tantos beneficios me habia hecho.

«Pero ha llegado el momento en que se me pida, si bien de la mejor manera del mundo, el precio de esos beneficios.

«El magnate á quien tanto debo, ha tenido una aventura amorosa con una dama muy principal: esta dama es casada: su marido está ausente y ella se encuentra en cinta. Ha venido ocultamente al pueblo, y mi favorecedor me ha buscado tambien de una manera oculta. Por amor á lo que naciera, quiere que no sea un hombre ó una mujer que tenga que avergonzarse de su origen, y me ha suplicado que puesto que Genoveva y yo no tenemos hijos, hagamos un fingimiento de embarazo de Genoveva y demos nuestro nombre legítimo al hijo de esa dama.

«Después de esta confesion, Gerónimo me pidió consejo como hermano mayor y como sacerdote.

«Yo, teniendo en cuenta que cuanto Gerónimo era, hasta su vida, lo debia á aquel personaje, cuyo nombre, decia, no poder revelarme; viendo que no se le pedia aquel sacrificio por dinero; que no era posible, atendida la edad de Genoveva, que pudiera tener hijos á quienes perjudicase acaso el postizo, siendo además una grandísima obra de caridad el mejorar la suerte de la criatura que naciera, le aconsejé, es mas, le reduje á que se prestase á aquel engaño, con el cual á nadie perjudicaba ni ofendia, antes bien hacia un beneficio inmenso á un desventurado.

«En efecto, cuatro meses después, se trasladó de noche, muy tarde y muy recatadamente, á casa de nuestro hermano, en una litera, una dama tapada, acompañada de un caballero cuidadosamente encubierto, y algunas horas después, á oscuras, asistida por una partera, que creia asistir á Genoveva, dió á luz aquella dama, á nuestro pobre Juan.

«A pesar del peligro inminente en que ponía su vida, la dama salió de la misma manera misteriosa de casa de Gerónimo y desapareció.

«Al tercer dia yo mismo bauticé á Juan como hijo legítimo de nues-

tro hermano, y aunque todos en el pueblo estrañaban que Genoveva á sus años hubiese dado á luz un hijo, tuviéronlo á milagro, pero no desconfiaron.

«Pasaron algunos años : Juan crecía hermoso y robusto.

«A los diez años, ya sabia gramática, que yo le habia enseñado, trasladaba al romance á Horacio y á Virgilio, y además mostraba gran afición á las armas.

«Queriale Gerónimo como si hubiese sido realmente su hijo : Genoveva al morir, nos encargó con las lágrimas en los ojos, que no le desamparasemos, y yo fenecía de placer cuando mi rapazuelo corregia á los padres graves que solian pasar por el pueblo, el latin corrupto que vomitaban con tanto esceso cuanta era su ignorancia.»

—De modo que, dijo interrumpiendo de nuevo su lectura Montño, tenemos en nuestro sobrino pegadizo todo un sabio : pues mejor : al duque de Lerma le gustan los mozos de provecho. ¿Quién sabe?

Y despues de meditar un momento sobre esta pregunta que se habia hecho el cocinero del rey, tornó á la lectura.

«El mismo dia en que Juan cumplia los doce años, paró delante de la puerta de nuestra casa, un domine vestido de negro, montado en una mula y acompañado de un mozo. Preguntó por nuestro hermano, y cuando le hubo visto le dijo : que era un eclesiástico que se dedicaba á ser ayo de jóvenes, que un caballero á quien no conocia, le habia dicho que nuestro hermano le habia encargado de buscar una persona docta y de buenas costumbres, que acompañase á un hijo suyo, cuidase de él, y le asistiese mientras hacia sus estudios en la universidad de Alcalá, para cuyo efecto le enviaba con una carta de recomendacion. Guardó silencio nuestro hermano, mientras duró el mensaje y tomando la carta, vió que el verdadero padre de Juan, aunque con un sentido doble, por el cual aunque se hubiera perdido aquella carta no se hubiera perdido el secreto, le suplicaba enviase á Alcalá á hacer los estudios que mas le agradasen á Juan, bajo la vigilancia del bachiller Gil Ponce, hombre de virtud y conciencia, en quien podia confiarse enteramente. Añadia la carta que no habia que pensar en los gastos, y concluia suplicando encarecidamente á Gerónimo no se negase á aquella demanda. A aquella carta acompañaba una maleta, y dentro de la maleta, se encontraron ropas para Juan, y doscientos ducados en oro.

«Nuestro hermano no tenia derecho alguno á oponerse, pero sintió grandemente que su pobreza no le permitiese sufragar los gastos de los

estudios de Juan : á los tres dias abrazó llorando á nuestro rapazuelo, que partió acompañado de su ayo y llevando en el bolsillo algunos ducados de que nos desprendimos sin dolor Gerónimo y yo , aunque no nos quedaban otros tantos.

« En cuanto á los doscientos que contenia la maleta , se entregaron integros al señor Gil Ponce.

« Juan volvió por vacaciones.

« Por lo que habia aprendido, comprendí que los maestros de Alcalá eran dignos por su ciencia de la famosa universidad complutense. En cuanto al estado de educacion y de buenas costumbres en que Juan volvia, comprendí tambien que se habia tenido un gran acierto en elegir para ayo de un jóven, al señor Gil Ponce.

« Este permaneció con nosotros durante las vacaciones y se volvió con Juan cuando llegó el tiempo de abrirse de nuevo las aulas.

« Todos los años Gerónimo recibia una maleta llena de ropa, y doscientos ducados. Cuando Juan cumplió los diez y ocho años , acompañaron á la maleta y al dinero una espada y una daga magnificas, aunque muy sencillas, como convenia al hijo de un hidalgo pobre.

« Juan cursó en Alcalá letras humanas, teología, derecho civil y canónico ; á los diez y ocho años era bachiller, á los veinte y uno licenciado ; montaba á caballo como si á caballo hubiera nacido, y en cuanto á esgrimir los hierros, vencia á su padre, y aun á mí mismo, que ya sabes que meto una estocada por el ojo de una aguja , me hacia sudar y andar listo. Yo le enseñé todo lo que sabia en esgrima que no es poco, y estoy seguro, de que no hay dos en la córte, que le metan un tajo, ó que le alcancen con una estocada.»

— ¡ Ah! ¡ ah! murmuró Montño : tambien le gustan á su escelencia los mozos diestros y valientes.

Y siguió leyendo.

« Hace tres años que Juan volvió definitivamente, terminados sus estudios. Ya hacia dos que, por muerte del señor Gil Ponce, iba solo á Alcalá. Sin embargo, en esos dos años, no se pervirtió, á pesar de andar entre estudiantes. Ni bebe, ni juega, ni riñe : solo tiene una aficion, y esta es muy natural á sus años : es enamorado, y audaz con las mujeres.»

Dió un salto sobre su sillón, al leer esto Montño.

— ¡ Ah! ¡ ah! bueno es saberlo, exclamó.

Y siguió la carta adelante.

« Pero ni las mujeres le engañan, ni él procura engañar á la que por inocente pudiera ser engañada.»

— ¡Hum! interrumpió el cocinero, sin dejar de leer.

« Es un mozo completo, lo que se debe en gran manera á su padre, porque nosotros por nuestra pobreza, no hubiéramos podido darle los estudios que se le han dado, el título que posee y que podrá servirle de mucho.

« Pero la conducta de su padre, es hasta cierto punto estraña : solo ha atendido á la subsistencia de su hijo, mientras ha sido estudiante : pero despues le ha abandonado á si mismo y á nuestra pobreza.

« La circunstancia que hay tambien estraña es, que, siendo lo natural que para ir á Alcalá desde Navalcarnero, se pase por Madrid, siempre, por espresa prohibicion de su padre, ha pasado junto á Madrid, dejándole á alguna distancia á la izquierda, cuando ha ido á Alcalá.

« El pobre ha vivido ayudando al escaso sueldo de su padre, y á lo poco que yo gano como sacerdote, dando lecciones de latin, algunas fuera del pueblo, costándole todos los dias un viaje.

« Hace dos años, antes de morir, me dijo nuestro hermano :—No te he dicho todo lo que se respecto á Juan : Dios no quiere que yo viva hasta que cumpla los veinte y cinco años : para entonces le espera una gran fortuna.»

— ¡ Una gran fortuna cuando cumpla los veinte y cinco años, y nació el día de San Marcos del año de...! veamos : le quedan pocos meses para cumplirlos : ¡ ah ! ¡ ah ! ¡ diablo ! ¡ una gran fortuna ! no hay como ser hijo secreto de gran señor : ¿ y que fortuna será esta ? ¡ oidor en Indias ! ¿ quién sabe ? ¡ secretario del rey ! ó lo que es mejor, secretario del secretario de Estado. ¡ Ah ! ¡ diablo ! será necesario estar bien con el muchacho ¡ eh ! ¡ eh ! veamos, veamos.

« Esta gran fortuna, continuó nuestro hermano Gerónimo, está encerrada en un cofre que está guardado en aquel armario que no se ha abierto hace veinte y cuatro años.—¿ Pero qué contiene ese cofre ? pregunté á Gerónimo.—No lo sé, contestó, solo se que pesa mucho, y que cuando me le entregaron, vi meter en él como si se hubiesen olvidado, algunos papeles : aquellos papeles parecian como escrituras.»

Abrió enormemente los ojos Montño y le pareció que las letras que de allí en adelante contenia la carta eran de oro.

« Delante de mí el escribano Gabriel Perez, selló el cofre, y pegó sobre él, de modo que para abrirle es necesario romperle, un testimonio

en que constaba que yo habia recibido aquel cofre cerrado el dia de San Marcos de 1586.

«Yo firmé un recibo en que me obligaba á entregar aquel cofre cerrado, tal cual le habia recibido, á la persona cuyo nombre constase en el recibo, ó á Juan, con facultades de abrirlo, si al devolverme el recibo se espresaba en él esta circunstancia; yo trasmito á tí ese cofre, por una cláusula de mi testamento que te obliga á cumplir lo que yo no puedo por mi muerte.

«Despues me reveló el nombre del padre de Juan, nombre ilustre, nombre de uno de los españoles mas grandes y nobles que han honrado á nuestra patria, nombre que no me atrevo á escribir porque aunque Juan me inspira mucha confianza, una carta puede perderse.

«Es necesario, pues, que te pongas inmediatamente en camino, Deja en la córte á Juan, porque al pobre muchacho le seria muy doloroso verme morir. No le digas que tu vienes, para que no se empeñe en acompañarte.

«Ven, porque es necesario que ese ilustré nombre que ha guardado Gerónimo durante veinte y dos años como un depósito sagrado; que he guardado yo despues de la muerte de nuestro hermano, pase á tí despues de mi muerte.

«Ven, porque solo á tí diré yo ese nombre y eso muy bajo por temor de que lo escuchen las paredes: si cuando vengas he muerto, ese nombre bajará conmigo á la tumba.

«Como podrá suceder que llegues tarde porque mi mal se agrava extraordinariamente de momento en momento, permíteme que respecto á Juan te de algunos consejos que podrán aprovecharte.

«No seas miserable ni áspero con Juan: te digo esto, porque te conozco: has amado á tus hermanos pero has amado mas al dinero: tus hermanos han sufrido resignadamente su pobreza, porque tus hermanos sabian bien que si te pedian socorros se los hubieras enviado, pero causándote una dolorosa herida cada doblon de que te hubieras desprendido: tus hermanos no han querido hacerte sufrir; perdona á uno de ellos moribundo, el que te diga estas palabras y no veas en ellas una queja: se únicamente justificar el consejo que voy á darte: se generoso con Juan: se franco: él es sumamente agradecido y leal, y tal persona puede llegar á ser, que si tu te haces amar de él, sea para tí su amor un tesoro: tienes además, hermano, un escelente corazon, pero eres receloso, desconfias de todo... y luego... tu avaricia... Juan es muy generoso y muy

delicado. No desconfíes de él porque esto le resentiría y te lo repito, el cariño de Juan dentro de muy poco tiempo puede valerte mucho.

«Allá te le envío pobre de ropa y de bolsillo, pero muy hermoso, muy valiente, muy noble, casi sabio.

«¡ Ah! te advierto para lo que te pueda convenir, que hace tres años vino aquí huyendo de ciertas malas aventuras el docto y regocijado don Francisco de Quevedo. Conoció á Juan y se hicieron los mas grandes amigos del mundo. Don Francisco es un hombre que vale mucho, y que podrá servir de mucho á Juan. Y cuando Quevedo que es un hombre que estrecha muy pocas manos de buena fé, distingue y ama y no muerde con su sangrienta burla á nuestro hijo, mucho debe este de valer.

«Allá te lo envío : sale de aquí sin un maravedí y sin una camisa. Cuando llegue á esa, llegará hambriento, cansado, mojado : prestale mesa á que sentarse, ropa con que mudarse, lecho en que descansar : no le niegues nada de esto Francisco : recuerda que tu hermano y yo le hemos amado como si fuera un hijo de nuestra sangre, y que yo, que nunca te he pedido nada, te lo suplico desde el borde de mi sepultura.

«Sobre todo : ven al instante, porque me siento morir.—Tu hermano que desea verte un solo momento y espirar en tus brazos, Pedro Martínez Montaña.»

Enjugóse el cocinero del rey dos lágrimas enormes que le habia arrancado el final de la carta de su hermano, la guardó cuidadosamente en un bolsillo y se puso á pasear por la pequeña estancia, profundamente pensativo.

—Si, si, es preciso, dijo al fin : me le han endosado : prescindiendo de que llegue á ser ó no ser, yo no puedo... vamos de ningun modo : un mozo hermoso, y esto es verdad, que ha sido estudiante, que le gustan desordenadamente las mujeres y que puede dar un chirlo al lucero del alba... no, no... es imposible que yo tenga á este mancebo en mi casa... mi mujer, mi hija... gracias á que las tengo seguras guardándolas y cerrando mi puerta á piedra y lodo : y luego no teniéndole en mi casa, échese vuesa merced el cargo de pagarle un dia y otro la posada durante quince meses : no señor : será preciso que el duque de Lerma le dé un oficio... es verdad que cualquier oficio por pequeño que sea el que me dé el duque, podría valerme algo, y en estos tiempos... pero de mal el menos : ¡ ah! me olvidaba de que ha salido sin almorzar de Navalcarnero. ¡ Ola! ¡ eh! dijo abriendo la puerta y entrando en la repostería : Gonzalvillo, hijo, ven acá.

Acercóse un page.

—Ve á aquel aposento, le dijo, y lleva un servicio de mesa, un pastel de olla podrida, un capon de leche asado, un besugo cocido, un pastel ojaldrado, frutas y confituras, y dos botellas de vino de Pinto, á un hidalgo que se llama Juan Montiño, que es mi sobrino, hijo de mi hermano: sírvele bien, hijo, sírvele, y guardate por el servicio las sobras, que bien podrás sacar de ellas dos reales.

Gonzalvillo se separó de la puerta, y cuando Montiño iba á cerrarla, se le presentó de repente un hombre.

—¡Eh! ¡esperad señor Francisco, esperad! ¡pues á fé que me ha costado poco trabajo llegar aquí para que yo os sulte!

—¡Ah! ¡señor Gabriel! ¿y que me quereis? dijo el cocinero del rey, con mal talante. Entrad, entrad, y decidme lo que me hayais de decir.

Entró aquel hombre, y Montiño se encerró con él.



## CAPITULO VII.

Los negocios del cocinero del rey.—De como la condesa de Lemos, habia acertado hasta cierto punto al calumniar á la reina.

El hombre que acababa de entrar era un hombre característico.

Si la persona que tiene alguna semejanza típica con la fisonomía de algun animal, tiene las propensiones del animal á quien se parece, aquel hombre debia tener alma de lobo, pero de lobo viejo y cobarde, que en sus últimos tiempos hace por la astucia, lo que en su juventud ha hecho por la fuerza.

Habiendo dicho que la fisonomía de aquel hombre se parecia á la de un lobo viejo, nos creemos dispensados de una descripción mas minuciosa.

Bástanos añadir, que aquel hombre en su juventud, debió ser alto y robusto, que á causa de sus años, que casi rayaban en los sesenta, estaba encorbado, y que á la expresión feroz que debió brillar en sus ojos y en su boca, cuando ganaba la vida matando á oscuras y sin dar la cara, habia substituido una mirada hipócrita, y una sonrisa fria y asquerosa que parecia haberse estereotipado en su boca rasgada.

Aquel hombre que en otros tiempos habia sido rufian y asesino (nosotros sabemos que lo fue, y basta que lo digamos á nuestros lectores sin que nos entremetamos á contarles una historia que nada nos interesa) era hacia ya algunos años ropavejero en la calle de Toledo, y corredor de no sabemos cuantas honradas industrias.

Conociale Montño, y aun le trataba intimamente, porque el cocinero del rey era hombre de negocios, y un hombre de negocios suele necesitar de toda clase de gentes. Pero como el buen Montño sabia demasiado que el señor Gabriel Cornejo, habia sido perseguido por la justicia, salpimentado mas de tres veces por ella, puesto por sus méritos en exposicion pública mas de ciento, para ejemplo de la buena gente, y compañero íntimo de un banco y de un remo durante diez años, guardábase muy bien, sin duda por modestia, de decir á nadie que conocia á tan recomendable persona, y mucho mas de que le viesen en conversacion con ella.

Por esta razon, Montño que tenia suficiente causa para estar entristecido con la muerte próxima ó acaso consumada de su hermano y con la venida de un sobrino putático que se le entraba por las puertas, sin dinero y sin camisas, acabó de ennegrecerse al ver que el señor Gabriel Cornejo se arrojaba á buscarle nada menos que casa del duque de Lerma, y en medio de una legion de pages y lacayos, gentes que á todo el mundo conocen, y que hablan mal de todo el mundo.

—¿Que cosa puede haber que os disculpe de haberme venido á buscar de una manera tan pública? dijo severamente Montño.

—¡Bah! señor Francisco: nadie tiene nada que decir de mí: contestó sonriendo de una manera sesgada Cornejo; si en mis tiempos fui un tanto casquivano, y no supe guardar el bulto, ahora todo el mundo me conoce por hombre de bien y buen cristiano. Y luego, sobre todo, cuando las cosas son urgentes y apremiantes, y es menester aprovechar los momentos...

—¿Pero qué sucede?

—Sucedan muchas cosas: por ejemplo: esta tarde ha estado en mi casa el tio Manolillo.

—¿Y qué me importa el bufon del rey?

—Espacio y paciencia. Quien escucha oye, y cosas pueden oirse, que valgan mucho dinero.

—Sepamos al fin de que se trata.

—Ya que de dinero he hablado, se trata de dinero, y de un buen negocio: de una ganancia de ciento por ciento.

—¡Ah! ¿y qué tiene que ver con eso el bufon del rey?

—El tio Manolillo ha ido esta tarde á mi casa, se ha encerrado conmigo ó yo me he encerrado con él, y de buenas á primeras, como hombre de ingenio y de esperiencia, que sabe que todas las palabras que so-

bran en una conversacion deben callarse, me ha dicho :—¿Conoceis á un hombre que quiera matar á otro?

—¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Montño, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Yo que tambien se ahorrar de palabras euando conozco á la persona con quien hablo, le contesté :—¿Quién es el hombre que quereis despachar al otro mundo?—Un caballero muy rico y muy principal.—¿Como quién? por ejemplo, le pregunté.—Asi como el duque de Lerma ó el de Uceda, ó el conde de Olivares.—¿Pero no es ninguno de los tres?—No : pero aunque no lo parece vale mas que todos ellos.—Pues entonces si vale mas... por el duque de Lerma, pediria mil doblones : por el otro mil quinientos.—Trato hecho, dijo elbufon.—¿Cuando ha de ser?—Cuando esté depositado en buenas manos el dinero.—¡ Qué ! ¿ no le teneis?—Nada os importa eso.— Es verdad.— Adios.— Dios os guarde.

—¡ Con qué el tio Manolillo...! exclamó sériamente admirado Montño : esto es grave, gravisisimo. ¿ Y no os dijo, señor Gabriel, quién era su enemigo?

—No me lo ha dicho, pero yo lo sé.

—¡ Ah ! ¿ y cómo lo sabeis vos?

—¿ Quién es en la córte, un hombre que vale tanto como el duque de Lerma, el de Uceda, ó el conde de Olivares?

—¡ Bah ! hay muchos : el duque de Osuna.

—Está de virey en Nápoles.

—El conde de Lemos.

—Está desterrado.

—Don Baltasar de Zúñiga.

—Ese es un caballero que suele estar bien con todo el mundo.

—Pues no acierto.

—Es verdad : lo que generalmente no vemos, euando se trata de estos negocios, es lo que mas tenemos delante de los ojos. ¿ Os habeis olvidado del secretario del duque de Lerma?

—¡ Don Rodrigo Calderon!

—Ese, ese es el enemigo del tio Manolillo.

—Pero no entiendo porque pueda ser enemigo de don Rodrigo el bufon de su magestad.

—¡ Bah ! ya veo, señor Francisco, que vos sabeis muy poco.

—No me es fácil dar con el motivo de la ojeriza que decis tiene el tio Manolillo, á don Rodrigo.

—¿Conoceis á una comedianta, que se llama Dorotea, que baila como una ninfa en el corral de la Pacheca?

—¡Ah! ¿una valenciana hermosota, deshonesta, que ha estado dos veces presa, por no bailar como era conveniente?

—La misma. Pues bien esa mujer es hermana ó querida ó hija, no se sabe cual de los tres, del tío Manolillo.

—Me estais maravillando, señor Gabriel. ¿Con qué la Dorotea..?

—Si señor, la Dorotea es mucha cosa del bufon del rey. Pero no es esto todo. El duque de Lerma...

—Si, si, ya se que el duque visita á la Dorotea.

—Pero no sabeis quien ha andado de por medio para concertar esas visitas.

—Si, si, ya sé que el medianero, el que ha llevado los primeros regalos, el que acompaña de noche al duque y le guarda las espaldas es don Rodrigo Calderon.

—Vamos, pues, de seguro no sabeis que el duque de Lerma, es quien paga, y don Rodrigo Calderon quien goza.

—¿Pero quién os dice tanto? exclamó admirado Montaña.

—Ya sabeis que yo tengo muchos oficios.

—Demasiados quizá.

—Están los tiempos tan malos, señor Francisco, que para ganar algo es necesario saber mucho. Saben que sé muchas princesas, y una de ellas, conocida de la Dorotea, la encaminó á mí para que la sirviese. Dorotea quería un bebedizo.

—¡Ah! ¡ah! ¡las mujeres! ¡las mujeres!

—Son serpientes, vos no lo sabeis bien, señor Montaña: como se les ponga en la cabeza doctorar á un hombre en la universidad de Cabra, aunque el amante ó el marido las encierren en un arca y se lleven la llave en el bolsillo, le graduan.

Moviése impaciente en su silla el cocinero del rey, porque se le puso delante su mujer que era jóven y bonita.

—Pero á serpiente serpiente y media. Cuando ella me pidió el bebedizo, me dije: podrá convenirme saber quien es el hombre á quien quiere esta muchacha entre tantos como la enamoran. Porque yo soy muy prudente, y se que el saber por mucho que sea no pesa. Díjela que el bebedizo no podia producir buenos efectos sino se conocia á la persona á quien habia de darse. Entonces la Dorotea poniéndose muy colorada me dijo:—El hombre que yo quiero que no quiera á ninguna mujer mas que

á mí es don Rodrigo Calderon.—Necesito saber como habeis conocido á don Rodrigo Calderon, la dije.—¿Necesario de todo punto?—Ya lo creo: y si fuera posible hasta el dia y la hora en que le visteis por primera vez.—¿Y si no os lo digo no me dareis el bebedizo?—Os le daré, pero sino sé de cabo á rabo cuanto os ha acontecido y os acontece con don Rodrigo Calderon, no os quejeis si el bebedizo no es eficaz.—Entonces la moza se sentó, y me confesó que habia conocido á don Rodrigo cuando don Rodrigo fué á hablarla de parte del duque de Lerma; que se habia enamorado de él, y don Rodrigo de ella. Que, en una palabra, el duque de Lerma paga y se cree amado, y don Rodrigo Calderon, que no la paga y á quien ella ama, la engaña amando á otra.

—¡ Ah !

—¡ Y si supiérais quién es esa otra, señor Francisco !

—Alguna cortesana que tiene tan poca vergüenza como don Rodrigo Calderon.

—Pues os engañais, es la primera dama de España.

—¿ Por hermosa ?

—No tanto por hermosa, aunque lo es, como por noble.

—¡ La dama mas noble de España ! ved lo que decís : cualquiera pudiera creer...

—¿ Qué esa tan noble dama es la reina ? ¿ no es verdad ? dijo con una malicia horrible Cornejo.

—¡ La reina ! ¡ su magestad ! exclamó dando un salto de sobre su silla Montañó.

—La misma. Su magestad la reina de España es la querida de don Rodrigo Calderon.

—¡ Imposible ! ¡ imposible de todo punto ! ¡ yo conozco á su magestad ! ¡ no puede ser ! ¡ Creeria primero que mi hija... !

—Vuestra hija podrá ser lo que quiera, sin que por eso deje de ser lo que quiera tambien la reina.

—¡ Pero la prueba ! ¡ la prueba de esa acusacion ! señor Gabriel, dijo el cocinero del rey, á quien se habia puesto la boca mas amarga que si hubiera mascado acibar. ¡ La prueba !

—He ahí, he ahí cabalmente lo que yo dije á la Dorotea : ¡ la prueba !

—¿ Y esa mujercula tenia la prueba de la deshonra de su magestad ?

—La tenia.

—¿Pero qué tiene que ver esa perdida con la reina? ¿quién ha podido darla esa prueba?

—El duque de Lerma.

—Me vais á volver loco, señor Gabriel: no atino...

—No es muy fácil atinar. Pero dejadme que os cuente, sin interrumpirme, sin asombraros, oigais lo que oigais, y concluiremos mas pronto.

—Y me alegraré, porque no me acuerdo de haber estado en circunstancias tan apremiantes en toda mi vida.

—Pues al asunto. Yo que habia hecho confesar á la Dorotea quien era la dama que la causaba celos, asegurándola que sino me contaba todas las circunstancias, sin dejar una, de su asunto, podria suceder que no fuese eficaz el bebedizo, me dijo en sustancia lo siguiente:—Una noche don Rodrigo fué muy tarde á verme: al quitarse la ropilla se le cayó de un bolsillo interior una cartera, que don Rodrigo recogió precipitadamente. Yo me callé, pero cenando, le hice beber mas de lo justo, acariciándole, mostrándole con él mas enamorada que nunca. Don Rodrigo se puso borracho y se durmió como un tronco. Entonces me levanté quedito, fui á la ropilla, tomé la cartera, la abrí y encontré en ella cartas de una mujer; de una mujer que firmaba *Margarita*.»

—Pero eso es muy vago... muy dudoso, dijo con anhelo Montño: si la reina ha de responder de todas las cartas que lleven por firma *Margarita*...

—Oid señor Montño, oid, y observad que la Dorotea no es lerdá:

—Cuando leí el nombre de *Margarita*, solo, sin apellido... sospeché, porque tratándose de don Rodrigo es necesario sospechar de todas las mujeres... sospeché que aquella *Margarita* que se dejaba en el tintero su apellido era... *Margarita de Austria*.

—Pero señor, señor, exclamó todo escandalizado y mohino el cocinero de su magestad: esa mujer tan vil, de cuna tan baja... esa perdida ¿sabe leer?

—Como que es comedianta y necesita estudiar los papeles.

—¡Ah! dijo dolorosamente Montño, cayendo desplomado de lo alto del que creia un poderoso argumento.

—Oigamos á la Dorotea que aun no ha concluido:—Sospeché que aquella *Margarita*, que citaba misteriosamente á don Rodrigo, era la reina, y como no me atrevia á quedarme con una sola de las cartas, las miré, las remiré, hasta que fijé en mi memoria la forma de las letras

de aquellas cartas, de modo que estaba segura de no engañarme si veía otro escrito indudable de la reina. El duque de Lerma me dará ese escrito, dije, ó he de poder poco. Y volví á meter las cartas en la cartera, y la cartera en el bolsillo de donde la habia tomado.—Cuando se fué don Rodrigo, observé que de una manera disimulada, pero curiosa, se informaba de si la cartera estaba en su sitio, y cuando aquella noche vino el duque de Lerma, le recibí con despego, le atormenté, me ofreció como siempre alhajas y yo... yo le pedí que me trajese un escrito indudable de la reina. Asombróse el duque, me preguntó el objeto de mi deseo, insistí yo, diciendo que era un capricho, y á la noche siguiente el duque me trajo un memorial en que se pedia una limosna á la reina, y á cuyo margen se leía : «Dense á esta viuda, veinte ducados por una vez :» y debajo de estas palabras una rúbrica. ¡ Era la misma letra, la misma rúbrica de las cartas ! no podia tener duda ; la reina era amante de don Rodrigo Calderon.

—Pues señor, dijo Montañó : á pesar de todo os digo, señor Cornejo, que antes de creer en eso soy capaz de no creer en Dios.

—Sea lo que quiera : pero oid y atad cabos : ya os he dicho que el tio Manolillo me preguntó cuanto dinero se necesitaba para despachar una persona principal, y que yo le dije que mil y quinientos doblones : que el tio Manolillo no los tenia : que la Dorotea cree que don Rodrigo Calderon tiene cartas de amores de la reina... que está celosa... recordad bien esto.

—Si, si, lo recuerdo.

—Pues bien, esta noche, una dama muy principal á lo que parece, ha estado casa de mi comadre la señora María ; la que tan honradamente vive con el escudero su marido el señor Melchor, que tan hermosa era hace veinte años, que sigue aumentando sus doblones empeñando y prestando con una usura que da gozo : ya sabeis que cuando la señora María necesita para sus negocios un dinero viene á mí, como yo vengo á vos.

—Bien, bien, ¿ pero qué ?

—Esa dama que os he dicho ha ido encubierta esta noche á casa de la señora María, ha ido encubierta tambien algunas otras veces á pedir dinero. Pero siempre, escepto esta noche, ha llevado una alhaja de mucho precio, ha vuelto con otras pero no ha desempeñado ninguna. Esta noche ha ido, toda azorada, asustada, trémula, ha pedido á la señora María mil y quinientos doblones (nunca habia pedido tanto) ofreciendo dar por ellos tres mil en el término de un mes. Ya veis si es negocio.

—¡ Pues hacerlo ! ¡ hacerlo ! dijo Montño.

—Lo haremos á medias, ó mejor dicho á tercias, entre vos, la señora María y yo : quinientos doblones cada uno.

—¿ Y para eso me habeis buscado, me habeis entretenido y me habeis mentido tanto? dijo levantándose Montño con visibles muestras de despedir á Cornejo.

—Esperad... esperad, que el negocio lo merece, repuso el señor Gabriel con gran calma. Recordad : yo pido al tio Manolillo esta tarde mil y quientos doblones por la vida de un hombre principal, que sé de seguro que es don Rodrigo Calderon : don Rodrigo Calderon tiene unas cartas de la reina que la comprometen, y esta noche va á casa de la señora María á pedir mil y quinientos doblones una dama, que aunque no la conocemos, debe ser principalísima. ¿ No creéis que debe meditarse esto, señor Francisco? ¿ No creéis que en esto danzan las cartas, la reina y el tio Manolillo, y tal vez la reina en persona..?

—¿ La reina en persona...? ¿ creéis que la reina haya podido ir á casa de la señora María de noche y sola?

—Yo ya no me admiro de nada, señor Francisco, de nada : además que la dama tapada ofreció como seguridad de los mil y quinientos doblones, mejor de los tres mil doblones, un recibo en forma de puño y mano de la reina, firmado por ella misma.

—¿ Pues qué mejor seguridad quereis? haced el negocio, y dejadme en paz á mí ; no quiero mezclarme en él : y siento mucho que me hayais dicho tanto, porque cuando se trata de enredos lo mejor es no saberlos.

—Pero venid acá : ¿ no veis que nosotros solos no podemos hacer ese negocio?

—¿ Y por qué? ¿ acaso me vendreis á decir, á quererme hacer creer que la señora María y vos no teneis mil y quinientos doblones?

—La dificultad no es el dinero, sino la seguridad de él : nosotros no conocemos la letra de la reina y vos...

—Yo no la conozco tampoco.

—Señor Francisco, vos sois más en palacio, que cocinero del rey.

—¡ Y bien ! ¿ qué? no quiero meterme en este negocio.

—O quereis hacerlo vos solo, dijo irritado por la codicia el tio Cornejo.

—Hablemos en paz, señor Gabriel, dijo el cocinero mayor, y concluyamos, concluyamos de todo punto. No digais á nadie lo que á mí me habeis dicho, porque podríais ir á la horea.



La dueña entregó una carta al cocinero mayor, que este abrió con impaciencia.

«Teneis un sobrino, decia, que acaba de llegar á Madrid: enviadle al momento á palacio. Tened en cuenta, que se trata de un negocio de Estado: que espere junto á la puerta de las Meninas, por la parte de adentro. Pero luego, luego.»

Esta carta no tenia firma.

—¿Quién os ha dado esta carta, doña Verónica? No conozco la letra, no tiene firma. ¿Estais de servicio?

—¡Ay! ¡si señor! Y yo no sé que hay esta noche en palacio: las damas andan de acá para allá. La camarera mayor está insufrible, y la señora condesa de Lemos tan triste y pensativa... algo debe de haber sucedido grave á la señora condesa.

—¿Pero quién os ha dado esta carta?

—La señora condesa de Lemos.

—La condesa de Lemos no es alta, ni blanca, ni... no señor, murmuró Montño.

—Ea, pues quedad con Dios, señor Francisco, dijo la dueña. No me hallo bien fuera de palacio; es ya tarde y está la noche tan oscura...

—¿Os han dicho que lleveis contestacion?

—No, señor.

—Pues id con Dios, doña Verónica, id con Dios. Voy á mandar que os acompañen.

—No, no por cierto: vengo de tapadilla; adios.

—Dios os guarde.

La dueña se envolvió completamente en su manto, y salió.

—Que me confundan si entiendo una palabra de esto, dijo Montño. ¿Si será verdad...? ¿si será la reina la que necesite en palacio á mi sobrino...? ¡pero señor...! ¿como conocen ya á mi sobrino en palacio?

Montño tomó el partido de no devanarse mas los sesos; para tomar este partido tomó tambien una resolucion.

—Es preciso, dijo, que mi sobrino vaya á palacio con las cartas de la reina.

Y saliendo del aposento en que se encontraba, atravesó la repostería y se entró en el otro aposento donde estaba su sobrino.

## CAPITULO VIII.

De como al señor Francisco, le pareció su sobrino un gigante.

Hacia ya tiempo que el jóven habia acabado de comer y hacia su digestion, recostada la silla contra la pared, puestos los piés en el último travesaño del mueble, y entregado á un pensamiento profundo.

Al sentir los pasos del cocinero mayor, dejó la actitud en que se encontraba para tomar otra mas decente.

—¿Habeis comido bien, sobrino? dijo el cocinero.

—Es la primera vez que he comido, tio, contestó el jóven.

—¿Os encontrais fuerte?

—Si por cierto.

—¿De modo que embistiriais con cualquiera aventura?

Al oír la palabra aventura, Juan Montaña que se habia distraido por un momento de su idea fija, volvió á ella.

—¿Conoceis á la reina, tio? le preguntó.

—¡Pues podia no conocerla! dijo con sorpresa el señor Francisco.

—¿Es la reina alta?

—Si.

—¿Es la reina gruesa...? es decir... ¿buena moza?

—Si.

—Pues tio, yo quiero conocer á la reina.

—Yo creo que estás loco sobrino... ¿qué preguntas son esas y qué empeño?

—Empeño... no por cierto... pero me ha hablado tanto de lo buena que es su magestad mi amigo don Francisco de Quevedo...

El cocinero mayor estaba alarmado.

—¿Conoces tu á la reina, por ventura? dijo.

—¡Yo! ¡no señor! ni me importa conocerla : es muy natural que el que viene por primera vez á Madrid, despues de comer y beber, pregunte si el rey es alto ó bajo, hermoso ó feo : lo mismo me ha acontecido á mí ; solo que en vez de preguntaros por el rey, os he preguntado por la reina. Nada mas natural.

—Pues es muy extraño : tu me preguntas por su magestad, y yo acabo de recibir esta carta de manos de una dueña de palacio.

Tomó la carta Juan Montiño, la leyó, se puso pálido y se echó á temblar.

—¿Y de quién creéis que pueda ser esta carta?

—Carta que viene por la condesa de Lemos, debe haber pasado por las manos de la camarera mayor que debe de haberla recibido de la reina.

—¡Aquí dice secreto de Estado! dijo sin intencion el jóven.

Pero en aquellas palabras el suspicaz Montiño vió una intencion marcada, mas que una intencion : una esplicacion completa : su sobrino creció para él de una manera enorme, creyóse relegado al silencio, dominado, convertido en un ser inferior á su sobrino.

—Y no, no creas, dijo, que yo pretendo saber tu secreto. No comprendo bien lo que sucede... pero... te llaman á palacio : la reina es demasiado imprudente...

—¡Tío!

—¡Despues de lo de las cartas!

—Pero, tío, no os comprendo.

—Escucha, Juan, escucha, dijo Montiño que estaba atortólado y que habia perdido el tino. Don Rodrigo Calderon está aquí : luego saldrá por el postigo de la casa del duque : yo te llevaré á ese postigo : debes esperarle : lleva en el bolsillo de su ropilla las cartas que comprometen á la reina.

—¡Las cartas que comprometen á la reina!

—Si, dijo sudando el cocinero mayor : las cartas de la reina. Es necesario que antes de ir á palacio, esperes á don Rodrigo, que le acomete

tas, que le mates, si es preciso : pero esas cartas Juan... y mira, hijo mio, añadió el cocinero mayor asiendo las manos del jóven, y mirándole desencajado y pálido, porque cada vez se hacia para él un personaje mas respetable su sobrino : aprovecha tu buena, tu inesperada fortuna : no te pregunto como has podido llegar hasta donde has llegado en tan poco tiempo : eres ciertamente muy hermoso y las mujeres... pero se prudente, muy prudente... no te ensoberbecas, aprovecha las horas de buen sol, hijo : pero mira que las intrigas de palacio son muy peligrosas...

—Pero tio... replicó el jóven que no comprendia una sola palabra.

—Nada, nada : no hablemos mas de esto : lo quiere ella... en buen hora.

Juan Montiño no se atrevió á aventurar ni una sola palabra mas, por temor de cometer á ciegas una torpeza, y se encerró en una reserva absoluta ; en una reserva de expectativa.

—No quiero que andando en tales y tan altos negocios no lleves mas armas que la daga y la espada : el oro es un arma preciosa. Toma hijo : y sacó una bolsa verde y la puso con misterio en las manos del jóven : no es grande la cantidad, pero bien habrá diez doblones de á ocho. Tu me devolverás esa cantidad cuando puedas. Ahora no hablemos mas, ni por la casa ni por la calle. Voy á llevarte, á esconderte frente al postigo del palacio del duque.

Y se volvió hácia la puerta.

Pero de repente se detuvo.

—¡ Ah ! se me olvidaba, dijo limpiándose con el pañuelo el sudor que corria hilo á hilo por su frente ; por muy afortunado que seas no puedes pasar toda la noche en palacio : allí solo estarás un breve espacio... luego... en mi casa no quiero que estés... no seria prudente... cuando un hombre ocupa con una alta señora el lugar que tu maravillosamente ocupas, debe evitar que esta señora sepa que vive en una casa donde hay mujeres jóvenes y bonitas. Cuando estés libre sube á las cocinas : pregunta por el galopin Aldaba y dile de mi parte que te lleve á casa de la señora Maria, la mujer del escudero Melchor... no te olvides.

—No me olvidaré.

—Allí tienes preparado y pagado el hospedaje. Es lo último que tengo que decirte. Conque vamos, hijo, vamos.

Juan siguió á su tio : al pasar por la repostería este, dijo arrojando una mirada á las mesas y á los aparadores :

—Me voy á tiempo : ya se han servido los postres y los vinos. Buenas noches, señores.

Despidieron todos servilmente, pajes, lacayos y galopines, al cocinero de su magestad, y recibiendo iguales saludos de la servidumbre que ocupaba las habitaciones por donde pasaron, salió á la calle, siguió, torció una esquina, recorrió una tortuosa calleja, dobló otra esquina y al comedio de otra calleja oscura se detuvo.

—Ese es el postigo de la casa del duque, dijo el cocinero mayor.

—¿Y por ahí ha de salir el hombre que lleva consigo esas cartas que comprometen á su magestad?

—Si : don Rodrigo Calderon : pero saldrá tarde : aunque te llaman luego á palacio, esto importa mas : creeme : espera aquí : porque podrá suceder que don Rodrigo salga temprano ; dentro de un momento : podrá suceder tambien que salga acompañado : en ese caso... déjale y vuelve mañana á este mismo sitio hasta que le veas solo. ¿Pero estás seguro de tu valor y de tu destreza?

—Cuando se trata de la reina, tío, no hay que pensar mas que en servirla.

—Pues bien : ocúltate, que no puedan verte : aquí en este soportal. Y adios, voy á ver ahora mismo á mi hermano Pedro.

—Quiera Dios, tío, dijo tristemente el jóven, que le encontréis vivo.

—Adios sobrino, adios : nunca he sufrido tanto, quisiera irme y quedarme.

—Id tranquilo tío, que como Dios me ha sacado de otros lances me sacará de este.

—Dios lo quiera.

—Id, id, con Dios.

El señor Francisco Montaña tiró la calleja adelante y tomó á buen paso el camino del alcázar.

Para él, á quien habian fascinado las coincidencias casuales del relato de Gabriel Cornejo con la carta de palacio y con las impacientes preguntas de su sobrino postizo acerca de la reina, era indudable que Juan habia tenido un buen tropiezo; que en fin, la reina le amaba ó le deseaba... pero todo esto se hacia duramente inverosímil al cocinero mayor, porque, en efecto, lo era : y, sin embargo, creia tener pruebas indudables : aquella carta que habia venido á sus manos por conducto de una dueña de palacio y con todas las señales de provenir de la reina ; las medias palabras de su sobrino ; el aspecto extraño, la sobreescitacion que en él ha-

bia notado, todo contribuía á hacerle creer lo que no quería creer, porque lo que repugna fuertemente á la razon lo rechaza enérgicamente la voluntad.

Francisco Montiño no encontraba otra salida al pasmo que le causaba todo aquello, mas que encogerse de hombros y decir :

—¡Y yo que hubiera jurado que la reina era una santa !

Y luego añadía en una reaccion de la razon y de la voluntad :

—No, no señor : es imposible, imposible de todo punto : yo estoy soñando ó me he vuelto loco. Ni creo esto ni lo de don Rodrigo Calderon.

¡Bah ! ¡blasfemia ! es cierto que la reina no ama al rey : pero de esto á... á olvidarse de quien es... ¡Vamos no puede ser !

Y recordando luego cuanto habia visto y oido exclamaba :

—Pero las mujeres con corona ó sin ella, son siempre mujeres : capaces de hacer lo que ni aun se podría pensar.

Al cabo terminaba su lucha con la siguiente conclusion :

—Ello, al fin, no me importa tanto que me esponga á volverme loco devanándome lo sesos : si mi sobrino, es decir : si ese jóven que me cree su tio hace suerte... mejor : algo me alcanzará : si todo eso de la reina no es mas que una equivocacion, un enredo... mejor, mucho mejor, porque la reina será lo que yo creo que es y lo que debe ser. De todos modos no pasará mucho tiempo sin que yo sepa la verdad. Entre tanto vamos á pasar una mala noche por ver á mi hermano, y no nos detengamos, ya que hay que saber otro secreto importante, porque la muerte no se espera á que uno despache sus negocios.

Pensando esto entraba por la puerta de las caballerizas reales.

—¡Ola, eh ! dijo desde la puerta de una cuadra : ¡los palafreneros de guardia !

Acudieron dos ó tres mocetones.

—Al momento, al momento, para al servicio de su magestad, dos machos de paso que puedan andar cinco leguas en dos horas, y un mozo de espuela, que no se duerma y que no me estravie.

—Muy bien, señor Francisco Montiño, dijo uno de los palafreneros : cuando vuesa merced vuelva, ya estarán las bestias y el mozo dispuestos para echar á andar.

El cocinero mayor atravesó el arco de las caballerizas, la plaza de armas, el vestibulo y el patio del alcázar, se metió por un ángulo, por una pequeña puerta, empezó á trepar por unas escaleras de caracol y á los cien peldaños desembocó en una galeria, apenas alumbrada por al-

gunos faroles; apenas entró llegó á sus oídos la voz de dos mujeres que cantaban de una manera acompasada y lenta, como quien se fastidia, un villancico.

—¡Qué feliz sería yo, dijo, sino me cercasen y me rodeasen y me amargasen la vida, tantos negocios y tantos enredos! ¡y sino, cuan felices y cuan contentas están mi mujer y mi hija..! es necesario dar un corte á esto; soy rico, á Dios gracias, y debo retirarme y descansar. Abre, Inesita, hija mia, dijo llegando á una puerta.

Cesó el canto, oyéronse unas leves pisadas, se abrió la puerta y con una palmatoria en la mano, apareció una preciosa niña de diez y seis á diez y siete años.

—¡Cuanto ha tardado vuesamerced, señor padre! dijo sonriendo al cocinero mayor: mi señora madre y yo estábamos con mucho cuidado.

—¡Y cantábais!

—Por entretener la espera.

—Pues mas voy á tardar, dijo Montiño entrando en una pequeña habitacion y sacudiendo su capa que estaba empapada por la lluvia.

—¿Cómo que vas á tardar, Francisco? dijo una jóven hermosa tambien, y como de veinte años, que al levantarse para tomar la capa del cocinero mayor dejó ver que estaba abultadamente en cinta.

—Si, Luisa, si; me obliga el hacer un pequeño viage ahora mismo, un asunto bien desagradable.

—¡Y con esta noche... dijo Luisa!

—Mi hermano el arcipreste, dijo tristemente el cocinero mayor, se muere, y acaso no llegue á tiempo ni aun de cerrarle los ojos.

—¡Oh! ¡qué desgracia! dijo Luisa.

—Está de Dios que yo no conozca á ningun pariente mio, añadió Inés.

—No hay que afligirse demasiado, dijo Montiño: nacemos para morir y mi hermanito era viejo.

—¿Y durará mucho tu ausencia, Francisco? dijo Luisa.

—Mañana á mas tardar, estaré de vuelta. Saca mi loba de camino, Inesita, y mis botas: yo voy por mis pedreñales: siempre es bueno ir bien preparado.

Y Montiño abrió una puerta con una llave que sacó de su bolsillo, y entró y cerró.

La mujer lanzó una mirada ansiosa á aquella puerta.

Montiño atravesó otra habitacion, abrió otra puerta y se encerró en

un pequenísimo aposento, en el cual habia un fuerte arcon, una mesa y algunas sillas. Pero todo tan empolvado, que á primera vista se notaba que no se habia limpiado allí en mucho tiempo.

El cocinero mayor abrió el arcon, que apareció lleno de talegos : buscó uno de ellos con la vista y con las manos con cierto respeto de adoracion ; desató lentamente su boca, y procurando que las monedas no chocasen, sacó como hasta una veintena de doblones de oro.

—Hago un sacrificio : un inmenso sacrificio : exclamó suspirando : el mayor de todos : dejar mi casa sola. No se porque el tio Manolillo tiene conmigo de algunos meses á esta parte chanzas que me inquietan. ¡ Bah ! ¡ bah ! yo recelo de todo... no hay motivo... están contentas... ella cada dia mas cariñosa... mi hija cada vez mas empeñada en ser monja..... Afuera, afuera sospechas infundadas... una sola noche... ¿que ha de suceder en pocas horas?

Y tomando un par de pedreñales ó pistoletes que estaban colgados de la pared, los cargó, les renovó los pedernales, y cerrando cuidadosamente el arca y las dos puertas que antes habia abierto, salió á la habitacion donde estaban su mujer y su hija, se vistió un traje de camino, se ciñó una espada, se colgó de la cintura los pedreñales y despues de despedirse de su mujer y de su hija, salió de la habitacion, luego del alcázar y llegó á las caballerizas donde montó en un mulo, y salió de Madrid acompañado de un mozo de espuela de la casa real, que iba montado en otro mulo.

No habria llegado aun Francisco Montiño al puente de Segovia, cuando su mujer, que habia despedido á su hijastra para irse á dormir, se encerró en su dormitorio, se dirigió á una ventana, que parecia clavada, sacó con suma facilidad dos de los clavos que solo servian de una manera aparente, abrió y tomando un papel, al que hizo tres agujeros, envolvió en él un pedazo de pan, sin duda para dar al papel peso, y se puso á cantar, teniendo fijos los ojos en una ventana cercana de una torre que por aquella parte del alcázar estaba contigua á las habitaciones del cocinero mayor.

Poco despues se abrió aquella ventana y dejó ver únicamente su fondo oscuro.

Luisa arrojó á aquel fondo el papel que envolvia el pan y que entró por el vano oscuro de la ventana que acababa de abrirse.

Inmediatamente cerró Luisa la ventana, y dijo suspirando como suspira una mujer impaciente y enamorada :

—Si á las tres no ha vuelto Francisco, no vuelve de seguro hasta mañana : tienen tiempo de avisarle y vendrá : ¡oh! ¡qué suerte tan infeliz la mía!

—¿Por qué cantará así mi madre, siempre que mi padre pasa alguna noche fuera de la casa? decía Inés rebujándose en sus sábanas. ¡Ay si yo pudiera avisarle! pero le ha tocado hoy de servicio, y no se puede mover de la portería de pajes.

La niña se durmió sonriendo, como sonríe una virgen á su primer amor : á su único amor puro. No sabemos si Luisa durmió también, pero lo que si sabemos es que entre tanto el cocinero mayor caminaba rápidamente al paso de andadura de los dos poderosos mulos, y que el camino hasta Navalcarnero, se acabó antes de que se acabasen sus encontrados pensamientos.

Cuando llegó al pueblo eran las doce de la noche.

Apeóse en la puerta de la casa donde habia nacido, y no tuvo necesidad de llamar, porque encontró su puerta franca de par en par.

Algunas mujeres pasaban de la cocina á una sala baja muy atareadas, y entre ellas apareció una anciana.

—¿Vive mi hermano? dijo Montaña, adelantando hácia aquella mujer.

—¡Ah! ¡señor! ¿sois vos? dijo llorando la pobre anciana : yo no os conozco, no os he visto nunca : pero debeis ser el señor Francisco Montaña.

—El mismo soy ; ¿pero vive aun mi hermano?

—Está acabando : pero entrad , entrad : desde que esta mañana fué Juan á Madrid , os espera con tanta impaciencia, que no parece sino que vos habeis de traerle la salvacion de su alma.

Y la buena mujer introdujo al cocinero mayor en una sala baja , y de ella en una alcoba , donde , asistido por un fraile francisco , habia un anciano espirante.

—¡Señor arcipreste! ¡señor arcipreste! dijo la anciana : he aquí vuestro hermano que ha llegado.

Abrió penosamente los ojos el moribundo.

—No veo , dijo con voz apenas perceptible.

Y calló , como si aquel « no veo » le hubiese costado un inmenso esfuerzo.

—Padre , dijo la anciana, dirigiendo la palabra al religioso ; el señor arcipreste me tenia encargado , que cuando viniese su hermano , le dejásemos solo con él.

—¡ Oh ! ¡ pues cumplamos su voluntad ! dijo el fraile y salió.

El moribundo y el cocinero mayor quedaron solos.

—¡ Soy yo, hermano mio ! ¡ soy yo ! dijo Montaña, estrechando las manos al arcipreste.

—¡ Allí ! ¡ allí ! dijo el moribundo, extendiendo el brazo hácia el fondo de la alcoba de una manera vaga y penosa.

—Si, si, no te fatigues, hermano mio : allí está el cofre que encierra la fortuna de Juan.

—Si, dijo el moribundo.

—¡ Pedro ! un esfuerzo, dijo Montaña acercando su semblante al de su hermano que empezaba ya á descomponer la muerte : ¡ Pedro, el nombre de su padre !

—Su padre es... el gran... el gran... duque de Osuna.

—¡ Ah ! exclamó Montaña : ¿ no deliras hermano ?

—¡ El duque... de Osuna ! repitió el arcipreste, haciendo un violento esfuerzo que acabó de postrarle.

—¿ Y su madre... ? ¿ su madre... ?

—La duquesa... de...

—¡ Pedro ! ¡ Pedro ! un solo esfuerzo.

El moribundo hizo un esfuerzo desesperado para hablar y no pudo : levantó la cabeza, dejó oír un gemido gutural, y luego su cabeza cayó inerte sobre la almohada.

Habia muerto.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

The first part of the paper discusses the general theory of the subject, and the second part discusses the special case of the subject.

## CAPITULO IX.

Lo que hablaron Lerma y Quevedo.

Desde que don Francisco de Quevedo se resignó á esperar, pensando, al duque de Lerma, hasta que apareció el duque, pasaron muy bien dos horas.

Era el duque uno de esos personajes que se llaman *sérios*: su edad rayaria entre los cuarenta y los cincuenta años: respiraba prosopeya: vestía con una sencillez afectada, y en sus movimientos, en sus miradas en su actitud, habia mas de ridiculo que de sublime: mas hinchazon que magestad: era un hombre envanecido con su cuna, con sus riquezas y con su privanza, que habia formado de si mismo un alto concepto y que se creia, por lo tanto, un grande hombre.

Quevedo permaneció algun tiempo sentado, despues que apareció el duque.

Esto hizo fruncir un tanto el ceño á su escelencia.

—Me han avisado, dijo con secatura, de que me esperaba aquí una persona, para darme en propia mano una carta de la señora duquesa de Gandia.

Quevedo se levantó lentamente y sin desembozarse, sin descubrirse, sacó de debajo de su ferreruelo una mano y en ella la carta de la duquesa de Gandia; cuando la hubo tomado Lerma, Quevedo se volvió hácia una puerta que el duque habia dejado franca.

—Paréceme que huis, caballero, dijo el duque.

Quevedo se detuvo, pero permaneció de espaldas.

—Y no creo que haya motivo, añadió el duque, mirándole de alto abajo y sonriendo de una manera que nos atreveremos á llamar triunfante; no creo que haya motivo, para que tan embozado, tan en silencio, y con un encubrimiento y un silencio tan inútil, vengais á mi casa, y pretendais salir de ella: como os habeis tapado la cruz y el rostro con el ferreuelo, debiérais haberos puesto en cada pié un talego, á fin de tapar vuestros juanetes, y disimular lo torcido de vuestras piernas: no digo esto por mortificaros, sino porque comprendais que os he conocido, don Francisco.

Volvióse Quevedo, se desembozó, se descubrió echando atrás con gentil donaire la mano que tenia su sombrero, y levantando su ancha frente, dijo fijando el vidrio de sus antiparras en los ojos del duque:

—¡Romance!

—¡Romance y vuestro! soltadle don Francisco, soltadle, que ya me tenéis impaciente.

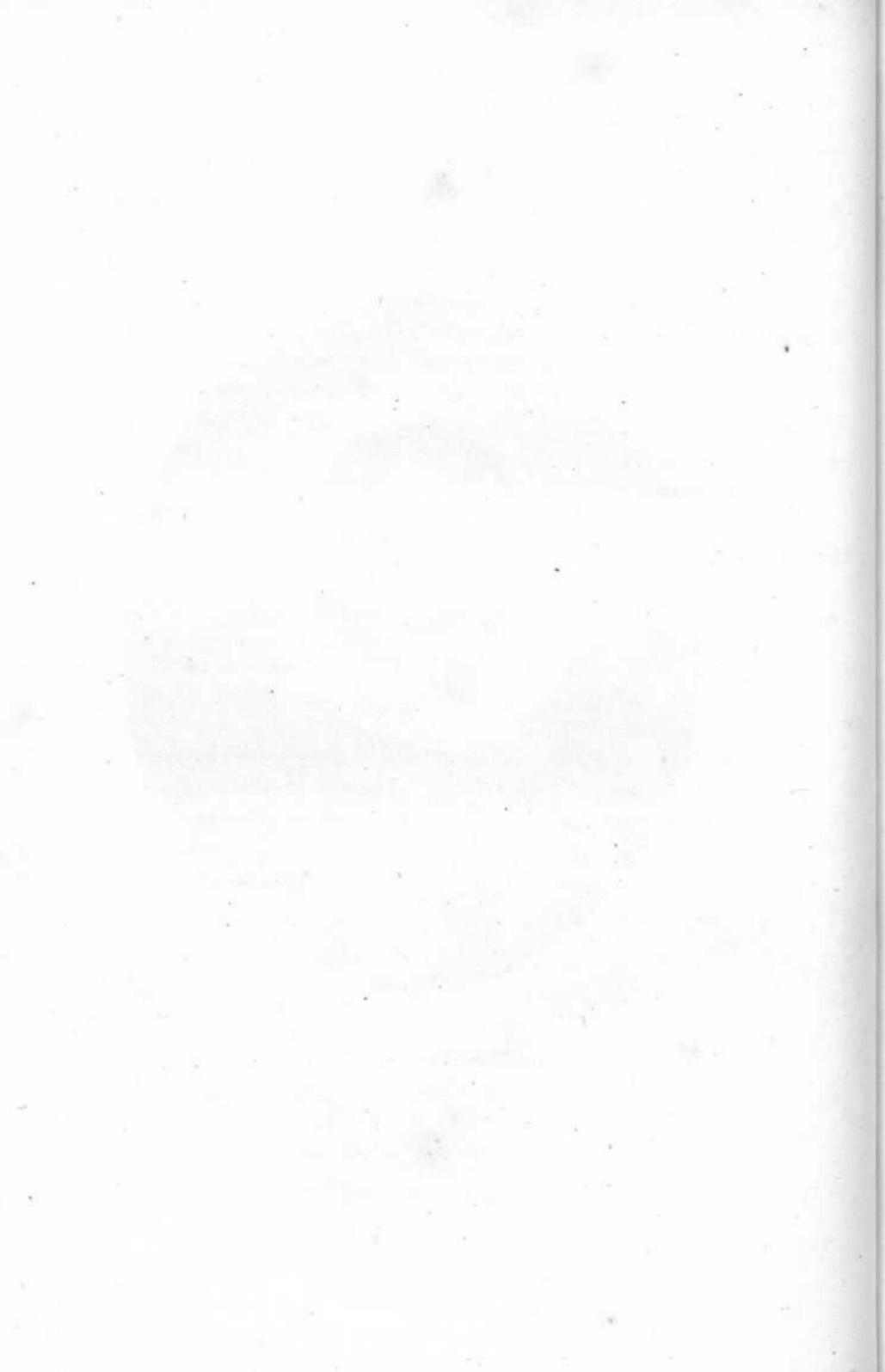
Guardó un momento silencio Quevedo, y luego dijo con voz sonante y hueca, cortando los versos de una manera acompasada, y dándoles cierta canturía:

—Dióme Dios, por darme mucho,  
 con una suerte perversa,  
 cabeza dos veces grande,  
 y piés para sostenerla.  
 Vine al mundo como soy,  
 aunque venir no quisiera;  
 la culpa fue de mi madre,  
 que no se murió doncella.  
 Por los piés me ha conocido,  
 el ingenio de vucencia;  
 es difícil que conozcan,  
 á algunos por la cabeza.  
 Hay quien puede en piés de cabra,  
 enderezar su soberbia,  
 por lo que todo es aire,  
 cualquier cosa lo sustenta.

Y acabado el romance, se dejó caer el sombrero sobre la cabeza, se embozó de nuevo, y se volvió á la puerta franca.



EL DUQUE DE LERMA.



El duque se adelantó y cerró aquella puerta.

—Sois mi prisionero, dijo.

—Mandadme dar cena y lecho, repuso Quevedo, sentándose otra vez en el sillón que había dejado, como si se encontrara en su casa.

—No os he soltado de San Marcos, para encerraros otra vez, dijo Lerma. Quiero que seamos amigos.

—¡ Ah, condesa de Lemos! exclamó Quevedo.

—¿ Por qué nombráis á mi hija, cuando os hablo de otros asuntos? dijo con el acento de quien se siente contrariado el duque.

—Dígolo, porque vuestra hija ha sido antes y ahora la causa.

—No os entiendo.

—Basta conque Dios me entienda.

—Si vos galanteásteis á mi hija hace dos años...

—Don Francisco de Sandoval y Rojas, vos sois uno de aquellos hombres de quiénes dice la criatura: tienen ojos y no ven.

—Veo que os equivocáis: vos creéis que la causa de vuestra prision en san Marcos, fueron vuestras solicitudes á doña Catalina.

—Me afirmo en lo dicho: sois ciego: yo cuando se trata de mujeres.....

—Estais por las que valen... y pretendéis por ellas ser valido.

—Valiera yo poco si tal valimiento buscara: y continuo: yo cuando se trata de mujeres, no solicito, tomo...

—¿ De modo que...?

—No he solicitado á vuestra hija.

—¿ Y qué habeis tomado de ella? añadió con precipitacion el duque.

—Un ejemplo mas de lo que sois.

—¡ Ah! vos para conocerme...

—Os miro.

—Pero me mirais con antiparras.

—Para veros no es necesario tener muy buena vista.

—Quiero saber qué pensais de mí.

—Mucho malo.

—Al menos no se os puede culpar de reservado.

—Reserveme poco, cuando habeis podido encerrarme.

—Os he guardado porque os estimo.

—Tan acertado andais en mostrar vuestra estimacion, como en gobernar el reino.

—¿ Pues no decis que en vez de gobernar soy gobernado? ¿ no me

habeis fulminado uno y otro romance una y otra sátira, tan poco embozadas que todo el mundo al leerlas ha pronunciado mi nombre? ¿no os habeis declarado mi enemigo, sin que yo haya dado ocasion á ello, como no sea en estorbar vuestros galanteos con mi hija?

—¡ Ah! ¡ es verdad! nos habiamos olvidado de doña Catalina : hablando habemos de memoria : nos perdemos y acabaremos por no decir dos palabras de provecho, desde ahora hasta la fin del mundo, si hasta la fin del mundo habláramos. ¡ Vuestra hija! ¡ pobre mujer! ¿ y sabeis que yo no escribiria por nada del mundo contra vuestra hija?

—¿ Tan bien la quereis?

—Se me abren las entrañas por todos los pobres.

—¡ Ah! ¿ y mi hija...?

—Es la mujer mas pobre de corazon que conozco.

—Pues yo creia...

—¡ Pues! vos creeis en todo lo que no es : y de todo lo que es renegais.

—Quisiera entenderos.

—Pues entendedme : vos creeis á vuestra hija una mujer, y vuestra hija es una niña : vos la creeis contenta, y vuestra hija llora : vos la creeis feliz, y vuestra hija es desdichada : vos al casarla con vuestro sobrino, creisteis hacer un buen negocio... ¡ bah! don Francisco : vos que lo primero que veis en mí son las antiparras, no sentis las antiparras que teneis montadas sobre las narices, y sin las cuales no veis nada : antiparras que vienen á ser para vos las antiparras del diablo, que todo os lo desfiguran, que todo os lo mienten, que os abultan las pulgas y os disminuyen los camellos : para vos, á causa de esas endiabladas antiparras, lo falso es oro, todo lo que es aire cuerpo, todo lo que es cuerpo aire. Yo os daria un consejo.

—¿ Cual?

—Haceos sacar del cuerpo los malos, y cuando os los hayan sacado entonces hablaremos : entonces veremos si yo os sirvo á vos, ó si vos me servis á mí.

Y Quevedo se levantó en ademan de irse.

—Esperad, esperad, don Francisco, os necesito aun.

—¡ Ah! ¿ con qué aun no me suelto?

—Nunca habeis estado mas libre que ahora.

—Pues mirad, nunca me he sentido mas preso.

—Veo que vuestra enemistad hácia mí, es cruel.

- ¡Bah! desengañaos : yo no tengo un enemigo en quien no temo.
- Preso os he tenido dos años.
- No : mas bien me estado yo dos años preso.
- Mucho confiais en vuestro ingenio.
- Yo mas en el vuestro.
- Pero si yo no le tengo...
- Si por cierto, teneislo... para hacer lo que no os conviene.
- Ponderan mi lisura y mi paciencia...
- Pues se engañan. Ni sois liso ni agudo, y en cuanto á lo de paciencia...
- Téngola, puesto que me estais desesperando y...
- Os estoy leyendo.
- Concluyamos de una vez, don Francisco : yo os tengo en mucho, y si os he tenido preso no ha sido porque no me serviais á mí, sino porque no sirviérais á otros.
- Yo solo sirvo á Dios.
- Y al duque de Osuna.
- Es lo que nos queda de grande y noble, porque algo de noble y grande quede en España. Sirviendo al duque sirvo á Dios, porque sirvo á la justicia y al honor.
- O porque sirviéndole, os servis á vos mismo. ¿Qué habeis visto en Giron, que os haga creer que es mas grande que Lerma?
- Que Giron, es grande sin decirlo, y vos llamándoos grande sois pequeño.
- ¿Qué quereis, don Francisco, qué deseais? ¿con qué noble premio se os puede comprar?
- ¿Quereis que sea vuestro amigo?
- ¡Oh, don Francisco! me llamais ciego, y sin embargo no reparais en que os veo levantaros delante de mí como un gigante, y os respeto : no comprendeis que os aprecio en cuanto valeis, y que se que con vuestra ayuda nada temeria ; lo emprenderia todo ; continuaria los tiempos de esplendor de España...
- Me estais ofreciendo moneda falsa.
- Y vos me estais desesperando.
- Ya os he dicho que puedo ser vuestro amigo.
- Hablad.
- El duque de Lerma se sentó y Quevedo volvió á sentarse tambien.
- Voy á desembozar algunas palabras que os están haciendo som-

bra, y á empezar por mi desembozándome. Nací contrahecho : vos me desembozásteis por los piés : ya os lo dije : ni eché memorial para venir al mundo, ni venido quejéme de los malos piés con que en él entraba : pero si Dios me dió piernas torcidas, dióme alma recta ; si piés torpes ingénio ágil ; si cabeza grande, llenóla de grandes pensamientos : os estoy hablando completamente desembozado, y pienso desembozaros para con vos mismo, porque llegueis á ver claro, que, vos como sois, y yo como Dios ha querido que sea, hemos nacido para ir por camino diferente : yo bien me sé á donde vais á parar : yo pararé donde Dios sabe.

—Continuaré sacrificando mi vida á la grandeza de mi patria.

—Y como habeis nacido para que todo os salga al revés de como pensais, acabareis hundiéndoos con España en un abismo.

—¿ Creis, pues, que estoy engañado...?

—Si volvemos á las réplicas no acabaremos nunca.

—Continuad.

—Pretendieron mis padres que fuese docto. Alcalá me dió su ciencia, pero mas la universidad que se llama mundo. Cada mujer fue para mí un romance, cada hombre una sátira, cada dia un maestro, cada año un libro. Dijome la historia que siempre ha habido tiranos y esclavos, y que la vanidad, y la codicia, y la soberbia han escrito con sangre sus anales : quise quitar la carátula á la verdad y se la quité á medias, porque lo que ví, me dió miedo de ver lo que ver no quise. Encerréme conmigo, y allá en mi encierro me siguió el mundo, y me siguieron mis pasiones. Amé : ¡ nunca hubiera amado ! porque amé á vuestra hija.

Hizo un movimiento de impaciencia Lerma.

—Y vuestra hija me amó.

Movióse con doble impaciencia el duque.

—Y no fue mia porque no quise que lo fuese.

—¡ Oh ! exclamó con disgusto Lerma.

—No podia serlo : para querida me daba lástima : para mujer ojeriza.

—¡ Cómo !

—Hubiérase dicho que me daba á trueque : á falta de riquezas y de títulos, servidumbre judaizante, adoracion del oro : yo que me precio de sangre limpia, y de ser buen cristiano, dijeme todo espeluzno y todo escándalo de mí mismo cuando pasó por mí el vergonzante pensamiento de ser vuestro yerno : Honra dejáronte tus padres, don Francisco : búrlaste de las busconas : no mates tu honra ni tu musa y buscon no seas : qu

cuando oro anda en medio de una mujer y un hombre, el mundo no ve el corazon sino el talego : no el amor sino la codicia : traguéme, pues, mi amor, como me he tragado otras tantas cosas, y no queriendo deshonorar á vuestra hija haciéndola mia, no me casé con ella por no deshonorarme.

El duque de Lerma no contestó una sola palabra ; únicamente hirió una y otra vez con un movimiento nervioso la alfombra, con el tacon de su zapato.

—Casásteisla entonces con vuestro sobrino : vendisteis á vuestra hija...

—Era una alianza conveniente...

—Pudo conveniros á vos, no á ella. Conviniérala como mujer honrada, y honesta, y discreta, y bien nacida, no porque de vos viniera, sino por que nació buena, otro hombre, mas amor, mas alma, mas valor y dicha la verdad sea, mas vergüenza. Que si el conde de Lemos, tuviera todas estas cosas y con ellas alguna discrecion y buen ingenio, bien casada estuviera vuestra hija, y no escribiera yo despedido al verla tan mal casada, tan enterrada en vida, aquello de :

Oro es ingenio en el mundo,  
oro en el mundo es nobleza,  
y el que en vanidades trata  
de vanidad se sustenta.

Con un leproso del alma,  
su padre casó á Teresa...

Con lo demás que decia el romance, que si no hizo reir á nadie por el chiste, os hizo á vos llorar de rabia por lo claro, y dar conmigo en San Marcos, con tan poco disimulo de la causa, que todo el mundo tuvo por culpa de ella al romance, y por doña Catalina á la doña Teresa que el romance cantaba.

—¿Y creéis que aunque anduvisteis estremadamente injusto apasionado y mordaz en el tal romance, fue esta sola la causa de vuestra prision ?

—Se que anduvieron tambien en ella vuestras antiparras.

—Mas claro.

—Por turbias que sean esas antiparras para el duque de Lerma, todos ven que son ellas don Rodrigo Calderon.

—¡ Ah ! ¡ el bueno de mi secretario !

—Vuestro amo.

—¡Mi amo!

—Y del rey.

—¡Ah!

—Y de España, porque como vos sois amo del rey, y el rey amo de España y es vuestro dueño don Rodrigo, resulta que don Rodrigo viene á ser amo de España.

—Seguid, don Francisco, á fin de que sepamos hasta que punto estais engañado.

—Era una simple cuestion de secretarios : don Rodrigo lo era vuestro, y yo lo era del duque de Osuna : el duque de Osuna era enemigo vuestro y por consecuencia vuestro secretario debia serlo tambien del secretario del duque de Osuna. Temióse, no lo que hacia sino lo que pudiera hacer de la córte el ilustre descendiente de los Girones, y como es muy principal caballero, y muy poderoso, y muy bravo, se le desterró á Nápoles dorando el destierro con lo de Virrey ; y como se creia que yo era mucha cosa con el duque y que haria mas conmigo que sin mí, se me envió á San Marcos á hacer penitencia ; y como el duque de Osuna no ha cesado de reclamar en estos dos años á su pobre secretario, y como, por otra parte, vos os encontrais conque á pesar de los buenos oficios de don Rodrigo no veis claro en que consisten tantos reveses y tantas desdichas como sufre España, os habeis dicho : saquemos del encierro á aquel espíritu rebelde ; veamos si podemos mudarle á nuestro provecho, y si sus antiparras son mas claras que los ojos de don Rodrigo.

—¿Y creéis que yo no pudiera pasarme sin vos?

—Creo que necesitais de todo el mundo.

—El rey me concede mas que nunca, su cariño, su confianza.

—Sin embargo no ha gustado mucho al rey lo de que vuestro sobrino haya llevado á picos pardos al príncipe de Asturias. Y como el rey aunque no es muy perspicaz sabe que vos y el conde de Lemos sois una misma cosa ; y como vuestro hijo el duque de Uceda se impacienta por ocupar vuestro puesto ; y como la reina trabaja contra vos todo lo que puede ; y como Olivares atiza, pensando en su provecho ; y como Calderon creyéndose ya poderoso no disimula su soberbia ; y como Espinola desde Flandes pide hombres y dineros ; y como suceden tantas y tantas cosas que no debieran suceder, sino mandarais vos que no debiais mandar ; y como vos creéis que el duque de Osuna me ha nombrado su secretario por algo, y que por algo tambien me pide en una y otra carta, nada de extraño

tiene que yo piense, que si quisiera podia vengarme de don Rodrigo enviándole á galeras y de vos haciéndoos mi secretario.

—Conócese, dijo el duque sonriendo á duras penas, que aun os dura la rabia del encierro.

—Os hablo desembozado y nada mas.

—¿Y si fuese cierto que yo necesitase de vuestra ayuda..?

—Os la negaria, porque ayudaros á vos seria desayudar á la patria y hacer traicion al rey.

—Supongo que no os habreis atrevido á llamarme traidor.

—No ; pero sois ciego, soberbio y codicioso.

—Os habeis propuesto decididamente enojarme, cuando yo hago todo lo que puedo por haceros mi amigo.

—No debe enojaros la verdad : no puedo ser yo amigo vuestro.

—Sin embargo, sino recuerdo mal me habeis ofrecido vuestra amistad.

—*Sub conditione.*

—Pero vuestras condiciones...

—En el estado en que se encuentra la gobernacion del reino las condiciones serian muy duras para vos.

—¿Creeis que el mal si le hay..?

—¿Si le hay? desde que murió el rey don Felipe, que aun antes de que le royesen el cuerpo los gusanos, se sintió roído por el dolor de dejar la monarquia mas poderosa del mundo á un príncipe incapaz, no han pasado por España mas que desdichas : la hacienda real desde que vos subisteis á secretario de estado, empezó á dar tales traspiés que dejó muy pronto de ser hacienda, exhausta por los gastos mas exorbitantes : escandalizado el reino de tanto desbarajuste, de tal despilfarro, empezó á murmurar, como quien conocia que de su cuero habian de salir las correas : vos, para acallar al reino, os ayudasteis de clérigos para que volvieran á vuestro provecho el púlpito y el confesonario : no era bastante la mentira en nombre del rey : se mintió en nombre de Dios : se pasó de la deslealtad al sacrilegio. Don Rodrigo Calderon, trocado de vuestro paje en vuestro secretario, y engordado con vuestros secretos, y con los empleos que vende, y con la justicia que rompe, se hace fuerte y os domina ; la guerra de los Paisés-Bajos, funesta guerra de religion que ningun provecho ha podido nunca traer á España, se encrudece, se hace desastrosa, es mas, injusta, deshonrosa, porque nuestros soldados sin pagas, se convierten en una plaga de Egipto, rompen la disciplina, y nuestros va-

lientes terciós son vencidos en las Dunas, en Ostende, en el Brabante, en todas partes á pesar de la pericia y del valor de Espinola. Somos el juguete de Inglaterra que satisface el odio que siempre ha sentido hácia la casa de Austria y de otra parte la Francia ayuda á los Países-Bajos, para que entretenida España con una guerra desastrosa no pueda influir en sus negocios. Inútil la tentativa de ceder la soberanía de los Países-Bajos al archiduque Alberto y á su esposa la infanta doña Isabel, continúan los desastres. Holanda y Flandes han resistido, resisten y resistirán, como quien pugna por arrojar de su casa un dominio extraño y tiránico. Para satisfacerse de algun modo de los reveses de los Países-Bajos, se piensa en ganar gloria perjudicando al comercio ingles, y se envia allá una escuadra que aniquilan los elementos como aniquilaron á la *Invencible*: todo fracasa, todo muere. Perdido el tino, se firma una tregua vergonzosa de doce años con Holanda y Flandes, acogiendo por medianeras á Francia y á Inglaterra, y se cree tener algun respiro. Pero aqueja la pobreza pública, al par que crecen los dispendios de la córte, y se piensa en leyes suntuarias: leyes inoportunas, ineficaces, contra las que representan los mercaderes y quedan sin efecto: es necesario encontrar dinero á todo trance y se aumenta el valor de la moneda de vellon: espone los inconvenientes de esta medida el docto Mariana en su libro *De Mutatione monetæ* y el bueno, el sabio Mariana es perseguido: á la torpeza sigue la tiranía. Pero no se halla todavía dinero y la tiranía crece, la tiranía no respeta ya nada: ni la fé de los tratados humanos, ni la fé de ese eterno pacto de justicia que el hombre tiene hecho con Dios. El edicto de la espulsion de los moriscos, llena de horror á todos los pechos generosos...

—Antes que Felipe III han sido sus abuelos rigorosísimos con los moriscos, exclamó el duque de Lerma, aturdido por la filípica de Quevedo.

—¡ Los clérigos y los frailes! siempre esa plaga que ha logrado dominar al trono y que acabará con la gloria y con el poder de España. Y sin embargo, un escesivo celo por la religion, un celo imprudente y ciego, pudo nublar con hechos indignos de su grandeza la gloria de los reyes Católicos, del emperador don Carlos, de su hijo don Felipe: pero no la mancilló la codicia mortal, la sed infame del dinero: los moriscos fueron perseguidos, ¡pero no fueron robados!

—¡ Robados!

—Si, Felipe III ha robado á los moriscos: y quien dice Felipe III dice el duque de Lerma.

—Esto es ya demasiado, demasiado, dijo enteramente aturdido Ler-

ma, que no habia creído que existiese un hombre capaz de decirle de frente tan agrias verdades. A tal punto le habian llevado su envanecimiento, su privanza, y la nulidad del rey.

—¡Pues ya se ve que es demasiado! Cuatro millones de españoles ricos, industriosos, han sido espulsados, pobres, desnudos, miserables, desesperados, del suelo que les vió nacer. Y el rey, su magestad, como si hubierais hecho grandes merecimientos, como si en vez de disminuir en una cuarta parte la poblacion del reino la hubiérais aumentado y enriquecido, os da trescientos mil ducados para vos y para vuestro hijo el duque de Uceda, y ciento cincuenta mil á vuestra hija y á su noble esposo el conde de Lemos.

—¡Concluyamos, concluyamos, don Francisco! dijo el duque procurando rehacerse : está visto que no podemos entendernos.

—¡Ya queria yoirme...! dijo Quevedo levantándose de nuevo : queriairme sin hablar una sola palabra, porque no podria deciros mas que verdades lisas... pero vos... ¡bah!... vos habeis nacido para equivocaros...

—He llegado á vos y os he tendido la mano...

—Yo no puedo estrechar vuestra mano : yo no puedo servirlos : yo no quiero hacerme cómplice de la ruina de España : á mi duque de Osuna me atengo... y si me desayudare el duque... me atenderé á mí mismo que me basto y aun me sobro. Quede vucencia con Dios.

—Esperad : no es por ahí don Francisco, dijo el duque tomando una bugía de sobre la mesa, y yendo á una puertecilla.

—¡Cómo! dijo Quevedo : ¿vucencia sirviéndome de paje?

—Honroso es servir al ingenio, á la grandeza y al valor.

—Muy cristiano andais.

—¡Cristiano!

—Si por cierto, dais favores por agravios.

—No hablemos de eso : no sois vos quien me agraviais sino la fortuna que se me os roba.

—Ahí os queda don Rodrigo Calderon.

Calló el duque y bajando unas escaleras llegó á un postigo, y puso la mano en un cerrojo.

—Perdonad, un momento, don Francisco, dijo Lerma : ¿quién os ha dado la carta que me habeis traído? ¿puede saberse?

—¿Y por qué no? me la ha dado vuestra hija.

—Y... ¿donde?

—En palacio.

—¡ Oh ! ¿ con qué ya habeis estado en palacio apenas venido ?

—De palacio vengo y á palacio voy. Como me crié en él, soy palaciego y tanto que atribuyo al haberme criado en palacio mi cortedad de vista.

—Pues cuidado, don Francisco, en donde poneis los pies, porque palacio está muy resbaladizo.

—Como ando despacio, señor duque, nunca resbalo ; como tengo los pies grandes me afirmo ; cuando caigo no es que caigo sino que me caen. Guarde Dios á vucencia y le prospere, añadió viendo que el duque habia habierto la puerta.

—Id, id con Dios don Francisco, dijo el duque, y no os olvidéis nunca de que os he buscado.

—Lo que no olvidaré jamás es la causa porque he venido, dijo Quevedo y salió.

El duque que al abrir se habia cubierto con la puerta, cerró murmurando :

—¡ Qué no olvidará la causa porque ha venido ! ¡ y quién le ha dado la carta de la duquesa de Gandia, ha sido mi hija ! ¡ ese hombre ! ¿ á dónde tenderá el vuelo don Francisco ?

Detúvose de repente el duque : habia sonado en la calleja ruido de espadas que duró un momento.

—¿ Qué será ? dijo Lerma : donde vá Quevedo van las aventuras. Don Rodrigo me lo dirá... si, si :... ¡ don Rodrigo ! y es el caso que empiezo á desconfiar de él, pero yo desconfio de todo el mundo... de todos, hasta de mí mismo.

El duque acabó de subir en silencio las escaleras, entró en su despacho y abrió con una ansiedad marcada la carta de la duquesa de Gandia.

Hizo bien el duque en esperar á quedarse solo para leer aquella carta : nuestros lectores adivinarán su contenido. En ella á vueltas de pesadas, reflexiones, participaba la duquesa á Lerma, lo que la habia acontecido con el rey, y la desaparicion de la reina de su cuarto.

El duque leyendo esta carta se puso sucesivamente pálido, lívido verde. No comprendia bien aquello. Creia tener comprimida á la familia real, y sin embargo, el rey y la reina se le escapaban, como quien dice por los poros. Creia saberlo todo, y sin embargo ignoraba que existiesen aquellas comunicaciones secretas de que hablaba la carta. Se creia seguro del afecto, de la fidelidad de don Rodrigo Calderon, y la duquesa le daba respecto á él una voz de alerta. Daba vueltas el duque á la carta

y la leía y volvía á releer una y otra vez como si dudara de sus ojos, y siempre leía la misma cosa.

«Su magestad el rey ha venido á mí por un pasadizo secreto, y me he visto en un grande apuro.»

Y mas abajo.

«Cuando obligada, fui á anunciar á su magestad la reina que el rey deseaba verla, no encontré á la reina ni en su cámara, ni en su dormitorio, ni en su oratorio, y á la hora en que os escribo no se donde está su magestad.»

Y mas abajo aun :

«Personas estrañas, que no puedo deciros quienes son, porque no las conozco, aunque las he sentido y casi las he tocado, entran á mansalva en la cámara de su magestad la reina. Además he descubierto lo que nunca hubiera creído... desconfiad de don Rodrigo Calderon : está en inteligencias con la reina y os vende.»

El duque acabó de aturdirse, y como siempre que esto le acontecia mandó llamar á su secretario.

Pero antes de que este llegase tuvo gran cuidado de guardar en su ropilla la carta de la duquesa de Gándia.

A poco entró en el despacho del duque un hombre como de treinta á treinta y cuatro años.

Era buen mozo : moreno, esbelto, de mirada profunda, semblante serio, maneras graves, movimientos pausados, como quién pretende aumentar la dignidad de su persona : vestía rica pero sencillamente, y todo en él rebosaba orgullo, mejor dicho, soberbia y una estremada satisfaccion de sí mismo ; era, en fin, uno de estos seres que jamás descuidan su papel, y que con su aspecto van diciendo por todas partes : «soy un grande hombre.»

Como sucede siempre á estos personajes, su afectacion tenia algo de ridiculo ; pero era la del que nos ocupa una de esas ridiculeces que solo notan los hombres de verdadero talento ; los hombres superiores.

A los demás, don Rodrigo Calderon, que él era, debía imponer respeto, y lo imponia.

Pero delante del duque de Lerma, el mas hinchado de los hombres hinchados, don Rodrigo, se apeaba de su soberbia, para trasformarse en un ser humilde, casi vulgar : en un criado, en un instrumento.

Pero esto solo en la apariencia.



Lo que demuestra que era superior al duque, puesto que le comprendía, y comprendiéndole usaba de él, humillándose.

Cuando entró, se inclinó respetuosamente, y su semblante tomó la espresion mas humilde y mas servicial del mundo.

Sin embargo, todos sus esfuerzos y toda su servil esperiencia de cortesano, no bastaron para borrar de su semblante, cierta espresion de profundo disgusto, de ansiedad, de molestia y de un malestar doloroso.

El duque lo notó, receló, pero sin embargo, disimuló y ocultó profundamente su recelo.

—¿Qué os sucede? le dijo: ¿no estais satisfecho de las ventajas que acabamos de alcanzar?

—¡Ventajas! ¡ventajas! tengo la desgracia de no verlas, señor, contestó con voz apagada don Rodrigo: si llamais ventajas, el haber logrado que se sienten á vuestra mesa y hablen como amigos, el señor duque de Uceda vuestro hijo, el conde de Olivares y don Baltasar de Zúñiga...

—Por el momento parecen desalentados, vienen á nosotros, olvidan sus diferencias y se estrechan las manos.

—Para engañarse mejor, engañando juntos á vucencia.

—Y bien, sino podemos unirlos los separaremos: no nos ha de faltar pretesto para conferir una embajada al conde de Olivares; enviaremos de Virrey á Méjico ó al Perú á mi hijo, y alejaremos con otra honrosa comision á don Baltasar.

—Pero el conde de Olivares, preferirá su empleo de caballerizo mayor, que le tiene en la córte, y cerca del rey, y vuestro hijo y Zúñiga no dejarán por nada del mundo el cuarto del príncipe don Felipe. Desengáñese vucencia: todos quieren ser; todos, aunque todo os lo deben, conspiran contra vos: los primeros vuestro hijo y vuestro sobrino..... el conde de Lemos...

—El conde de Lemos seguirá en su destierro; ha sido mas audaz que los otros... ha pretendido ganar la confianza de su alteza, despertando sus pasiones y halagándolas... ha sido pues necesario ser severo con él: y como lo he sido con él lo seré con los demás: lo seré, no lo dudeis, añadió el duque contestando á un movimiento de duda de don Rodrigo.

—Solo hay un medio... ya os lo he dicho... acabar de una vez... cuando un enemigo se hace demasiado terrible como, por ejemplo, la reina...

—No, no : dijo con repugnancia el duque : no es necesario llegar á tanto... la reina... la tenemos sujeta... esas cartas... esas preciosas cartas... ¡oh! guardadlas bien... guardadlas.

—Las llevo siempre conmigo : la reina por ahora no se atreve... pero si vuestros enemigos... si fray Luis de Aliaga...

—Ya os he dicho que Olivares, Uceda y Zúñiga, se sienten sin fuerza, se rinden y vienen á buscarla en mí ; vuestro celo don Rodrigo os hace muy desconfiado. ¿Qué, creéis que yo no tengo poder?...

—¿Y de dónde sacar nuevos tesoros? ¿dónde encontrar otros moriscos? ¿cómo agravar los tributos? ¿qué hacer para acabar esas guerras eternas que nos desangran? ¿y cómo acabarlas sin esponerse á caer de lo alto ante el orgullo de España ofendida? ¿cómo quitar á un ambicioso de un puesto que satisface su ambicion para poner á otro? os lo repito, cuando se ha llegado á este extremo, cuando falta oro para tanta boca sedienta, siempre queda el remedio de...

—No, no : el remedio es peor cien veces peor. Todo se sabe...

—Y bien : ¿qué medio creéis que os queda para con la reina?...

—Las cartas que poseéis.

—Pero estas cartas no pueden usarse sin que yo me pierda.

—¿Creéis que vos estareis perdido cuando yo esté salvado?

—Hace algun tiempo que con mucho sentimiento mio, dijo con gran humildad don Rodrigo, vemos las cosas de distinto modo. Yo veo...

—Vos veis menos de lo que creéis ver.

—Yo veo todo lo que pasa en la córte, y fuera de ella, señor. Se que vucencia no puede anunciarme una cosa grave que yo no sepa.

—Voy á deciros una gravísima : ¿sabeis dónde está la reina?

Miró con asombro Calderon á Lerma.

—No comprendo á vucencia, dijo.

—Me esplicaré ¿sabeis porque la reina no parece?

—¿Qué no parece su magestad?

—Si por cierto, la reina se ha perdido esta noche, ó ha estado perdida. En una palabra : su magestad la reina á cierta hora de la noche no estaba en su cuarto.

—¿Cómo, á que hora?

—A principios de la noche.

—Pues puedo deciros, exclamó Calderon, poniéndose pálido, que si la reina ha desaparecido de su apasento, ha salido del alcázar.

—¿Qué ha salido?

—Si señor, sola y en litera.

—Eso no puede ser: ¡imposible! exclamó el duque poniéndose de pié. ¡Margarita de Austria, sola como una dama de comedias..!

—Es mas, señor; acompañada de un hombre.

—¿Pero no habeis dicho que salió sola del alcázar?

—Si, si por cierto: yo la habia dado una cita.

—¿Y esperábais...?

—No esperaba: pero á todo trance, y por no esperar yo mismo á la puertas del alcázar, para no dar que pensar, puse un hombre de mi confianza, y esperé mas lejos. Impaciente, fuí á informarme de mi centinela, y este me dijo que habia salido del alcázar, bajando por la escalera de las Meninas, una dama que tenia todo el aspecto que yo le habia indicado, que habia entrado en una litera y acababa de alejarse. Seguimos la direccion que la litera habia tomado. La hallamos al fin, la seguimos. De repente para la litera y sale...

—¡La reina!

—Una dama tapada que tenia el mismo aspecto, el mismo andar reposado, grave, gallardo de su magestad. Mas aun; de repente aquella dama se detiene junto á un hombre que estaba parado en una encrucijada, y se ase á su brazo y sigue.

—¡Oh! no podia ser la reina, no: ¿á qué habia de asirse á otro hombre?

—¡Ah! aquel hombre, cuando le dejó la dama tapada en una callejuela solitaria, me detuvo hierro en mano.

—¡Oh! exclamó el duque de Lerma: ¿se trataba de mataros?

—Y la reina se habia puesto por cebo; no tengo duda de ello. Además, aquel hombre habia sido buscado á propósito: yo me jactó de ser buena espada: pues bien: aquel hombre me desarmó y me hizo gracia de la vida.

—No querian, pues, mataros: no era la reina.

—Al contrario, la generosidad de ese hombre me confirma mas en mis sospechas: la reina se horroriza de la sangre... como vucencia: la reina, sin duda ha querido decirme: aunque soy mujer, y me teneis obligada al silencio, puedo en silencio mataros: tengo una valiente espada que me sirve.

—¿Pero no se os ocurre que vuestro vencedor pudo quitaros las cartas?

—La reina no sabe que por guardarlas mejor llevo siempre las cartas conmigo.

—¿Y no se sabe quién es ese hombre que ha defendido á la reina?

—No lo se aun, pero lo sabré : le he hecho seguir por un hombre que no le perderá de vista.

—Pues bien : lo que mas urge ahora es desenredar este misterio de la reina : ver claro : saber como, por donde, pueden entrar personas extrañas en la cámara de la reina, y como la misma reina puede salir sin ser vista de nadie. Hay ciertos pasadizos en el alcázar que han estado á punto de causarnos graves disgustos. Haced que las gentes que están al lado del rey, cuenten sus pasos, oigan sus palabras...

—Tal las oyen, que aconsejo á vucencia haga dar una mitra al confesor del rey.

—¡Cómo!

—Fray Luis de Aliaga ha pasado toda la tarde al lado de su magestad mientras vucencia reconciliaba á sus enemigos y se creia por su reconciliacion libre de cuidados.

El duque quedó profundamente pensativo.

—¡El confesor del rey! ¡la reina apela al hierro! ¡oh! ¡oh! la lucha es encarnizada... y bien, será preciso obrar de una manera decidida...

—No digais, es necesario obrar... decidme obrad : y obro. Estas cartas son ya insuficientes... vucencia no puede pedirme que me pierda al perder á la reina... la reina arrostra por todo... imitémosla.

—Procurad saber quien es ese hombre de que la reina se ha valido : averiguado que sea hacedle prender, y esto al momento. Despues id á avisarme al alcázar.

Don Rodrigo conoció que la órden era perentoria y fué á salir.

—No, por ahí no : tomad mi linterna : vais á salir por el postigo : de paso mirad si hay algun muerto en la calle, ó al menos señales de sangre.

—¡Ah!

—Si, antes que viniérais sonaron cuchilladas en la callejuela.

—¡Ah! ¡ah! dijo para sí Calderon, bajando las escaleras detrás del duque. ¡Cuchilladas junto al postigo de su esclencia, y su esclencia interesado en saber el fin de estas cuchilladas! ¡ah! ¿qué será esto? ¡Creo que este hombre, cuando me guarda secretos desconfia de mí! Pues bien, obraré como me conviene, señor duque : y es ya tiempo : no quiero sumergirme con vos.

Quando llegaba á este punto de su pensamiento, Lerma abria

el postigo, y se cubria con él para no ser visto por un acaso desde la calle.

Calderon salió.

Apenas habia salido y cerrado el duque, cuando resonaron en la calle, como por ensalmo, delante del postigo, cuchilladas, y poco despues, unas segundas cuchilladas mas abajo, unieron su estridor al de las primeras.

El duque de Lerma subió cuanto de prisa le fue posible las escaleras, llamó á algunos criados, y los envió á saber que habia sido aquello.

## CAPITULO X.

De como don Francisco de Quevedo encontró en una nueva aventura, el hilo de un enredo endiablado.

Cuando Quevedo salió de la casa del duque de Lerma por el postigo, apenas había puesto los piés en la calle, se le vino encima Juan Montiño, que, como sabemos, estaba esperando en un soportal á que saliese por aquel postigo don Rodrigo Calderon.

Al verse Quevedo con un bulto encima, y espada en mano, echó al aire la suya, y embistiendo á Juan Montiño exclamó, con su admirable serenidad, que no le faltaba un punto :

—Muy oscuro hace para pedir limosna : perdone por Dios hermano.

Y á pié firme contestó á tres tajos de Juan Montiño, con otras tantas estocadas bajas y tales, que el jóven se vió prieto para pararlas.

Y no sabemos lo que hubiera sucedido, si Juan Montiño no hubiera conocido en la voz á su amigo.

—¡ Por mi ánima, dijo haciéndose un paso atrás, y bajando la espada, que aunque muchas veces hemos jugado los hierros, no creí que pudiéramos llegar á reñir de veras!

—¡ Ah! ¿sois vos señor Juan? que me place : y ya que no nos hemos sangrado, alegróme de que hayamos acariciado nuestras espadas para daros un consejo : lo de tajos y reverses á la cabeza, dejadlo á los colchonerros, que sirven bien para la lana, y aficionaos á las estocadas : de mí solo se deciros que de los instrumentos de filo, solo uso la lengua. ¿ Pero qué haceis aqui?

—Espero.

—Ya, ya lo veo. ¿Pero á quién esperais?

—A un hombre.

—Decid mas bien á un muerto : y dígolo porque á pesar del demasiado aire que dais á la hoja de la espada, si yo no fuera quien soy, me hubiérais hecho vos lo que no quiero ser en muchos años. Pero el nombre del muerto ; digo, sino hay secreto ó dama de por medio, que no siendo asi...

—Dama y secreto hay : pero me venis como llovido ; conozco vuestra nobleza, quiero confiarme de vos, y os pido que me ayudeis.

—Y os ayudaré, y mas que ayudaros : tomaré sobre mí la empresa y el cargo. ¿Pero de qué se trata?

—¿Conoceis á don Rodrigo Calderon?

—Conózcole tanto, como que de puro conocerle le desconozco. Es mucho hombre.

—Pues á ese hombre espero.

—Para...

Quevedo hizo con el brazo la señal de una estocada á fondo.

—Cabalmente.

—Perdonad : pero vos no sois cristiano, amigo Juan.

—¿Por qué me decis eso? No os he dejado tiempo para poneros en defensa?

—Dígolo, porque vuestro rencor no cede. ¿No os habeis satisfecho con haber desarmado hace dos horas á don Rodrigo Calderon, sino que pretendéis matarle?

—¿Cómo! ¿era don Rodrigo Calderon, el hombre con quien reñí cuando...?

—Si, cuando acompañábais á una dama muy tapada, muy hermosa y muy noble, que habia salido del alcázar.

—¿Cómo! ¿conoceis esta dama?

—Puede ser.

—¿Y es hermosa?

—Puede que lo sea.

—¿Y sabeis su nombre?

—Puede llamarse... se puede llamar con el nombre que mejor querais : os aconsejo que no tomeis jamás el nombre de una tapada, sino como un medio de entenderos con ella.

—¿Pero no decis que la conoceis?

- Lo que prueba, pues tanto me preguntais, que no la conoceis vos.
- ¡Ay! ¡no!
- ¿Os habeis ya enamorado?
- Lo confieso.
- Sin conocerla...
- Ahí vereis.
- ¿Por la voz ó por el olor, ó por el bulto? ved que esas tres cosas engañan.
- Estoy seguro de que es una divinidad.
- Se me os perdeis Juan, se me os perdeis, y lo siento. Idos de la córte amigo mio, porque si apenas habeis entrado habeis caido, á poco mas sois hombre enterrado. Creedme, Juan, venios conmigo á una hostería y dejao de tapadas, que no contentas con haberos matado os piden hombres muertos.
- Idos si quereis, dijo Juan Montño, que yo estoy resuelto á quedarme y á cumplir lo que he prometido.
- No, no me iré, puesto que me necesitais : aquí me estoy con vos y venga lo que viniere.
- He reparado en un bulto que me sigue desde despues de mi primera riña con don Rodrigo.
- ¡Ah! ¿si? ¿un bulto? razon mas para que yo me quede.
- Y ese bulto está allá abajo, junto á la esquina.
- ¿Y no le habeis ahuyentado por no espantar la caza? bien hecho : por lo mismo dejarele yo allí : pero entrémonos en este zaguan.
- Entrémonos.
- ¿Y estais seguro de que don Rodrigo Calderon está ahí dentro, y si está de que saldrá por ahí?
- No lo estoy, pero espero.
- Vais haciéndoos á las costumbres de los enamorados tontos, que se pasan la vida en esperar á bulto.
- Por mas que hagais...
- No os curo.
- No.
- ¿Pero tanto vale esta dama?
- ¡Oh!
- ¡Oh! decir ¡Oh! vale tanto como si dijeseis : esa dama es para mí un acertijo.
- ¿Creeis que estoy enamorado?

—¡Ayudeos Dios, si vuestro mal no tiene cura! ¿Y sabéis qué tarda don Rodrigo?

—¿Qué teneis que hacer?

—Mucho : por ejemplo , me urge ver á vuestro tío el cocinero de su magestad.

—Pues no podeis verle esta noche.

—¿Cómo?

—Va de viage. Se muere mi tío el arcipreste y va á cerrarle los ojos.

—¡ Ah ! pues sino puedo ver á vuestro tío , me importa poco que tarde nuestro hombre , entre tanto á dormir me echo.

—¡ A dormir !

—Si ; he encontrado aquí un poyo bienhechor , y estoy cansado. Y luego , ¿de qué hemos de hablar? No conoceis á esta dama... no puedo aconsejaros á ciencia cierta... me callo pues y duermo. Avisadme cuando sea hora.

Al sentarse Quevedo se desembozó y dejó ver una línea de luz por un resquicio de su linterna.

—¡ Oh ! ¡ traeis linterna ! dijo el jóven.

—Nunca voy sin ella.

—¿ Me prometeis decirme el nombre de la dama , si os doy algo por lo que podais venir en conocimiento?

—Os lo prometo , dijo Quevedo.

—Pues bien , abrid la linterna y mirad.

Quevedo abrió la linterna y Juan Montiño , doblando la carta que su tío habia recibido de palacio , y dejando solo ver el primer renglon que decia : « Teneis un sobrino que acaba de llegar á Madrid... » mostró aquel renglon á Quevedo.

—¡ Y es letra de mujer ! dijo este.

—¿ Pero no la conoceis ?

—No , repuso Quevedo guardando la linterna.

—Voy á ayudaros , añadió el jóven : esta carta ha venido de palacio á mi tío , de mano de una dueña de la servidumbre.

—Sino me dais mas señas no puedo alumbrar vuestras dudas. ¡ Y me duermo , vive Dios , me duermo ! dijo Quevedo hostezando.

—Decidme : ¿ hay en palacio alguna dama , cuya hermosura deslumbrare como el sol ?

—Hailas muy hermosas : ¿ la vuestra es esbelta , ligera , buena conversacion , morena... ?

—No, no : es blanca.

—¿Cómo, pues, sabéis su color si iba tapada?

—Una mano...

—¡Ah! es verdad, las tapadas que tienen buenas manos no las tapan. Pues no es la condesa de Lemos, dijo para sí Quevedo.

—Era alta, gallarda, muy dama, muy discreta, jóven, andar magestuoso...

—No conozco dama que tenga mas magestad en palacio que la reina.

—¡La reina..! ¿pero creéis que la reina podría salir sola de noche y ampararse de un desconocido?

—¡Eh, señor Juan Montiño! habláis con demasiado calor, para que yo no sospeche que os ha pasado por el pensamiento que podía ser la reina la dama de vuestra aventura. Creedme, Juan; eso, que si fuera posible, sería para vos una desgracia, es imposible de todo punto. Su magestad la reina... vamos no pensemos en ello. Es la única mujer que conozco buena y mártir, y la ilustre sangre que corre por vuestras venas os debe decir...

—Mi sangre no es ilustre, don Francisco, sino honrada, y por lo mismo, porque dudo, porque me parece imposible, os pregunto, quiero aclarar una duda que me vuelve loco... teneis razon : si fuese la reina la dama á quien amo...

—¿Pero qué amor es ese...? un amor de dos horas.

—¡Ay, don Francisco! en dos horas... menos aun; en el punto en que la ví...

—¿Luego la habeis visto?

—Si.

—¿Dónde?

—Perdonad, no me pertenece el secreto.

—Guardadle, pues; pero entendámonos : ¿decís que habeis visto á esa dama? dadme sus señas.

—No puedo daros seña alguna, porque fue tal el efecto que me causó su hermosura, que cegué.

—¡Vehemente y apasionado como su padre! murmuró Quevedo.

—¡Qué! ¿habeis conocido á mi padre, don Francisco? cuando fuisteis á Navacarnero ya habia muerto.

—He oido hablar de él, dijo Quevedo.

—Pues os han engañado.

—Bien puede ser.

- Mi padre era lo mas pacifico del mundo.
- ¡Pobre amigo mio! dijo Quevedo.
- ¿Por quién hablais, por mi padre ó por mí?
- Hablo por vos. En cuanto á vuestro padre, bien se está allí donde se está; y en verdad y en mi ánima, que sino fuera por vos, ya estaria yo con él.
- ¿En la eternidad?
- Decis bien: pero yo me entiendo y Dios me entiende.
- ¿Estareis tambien enamorado y desesperado?
- ¡Enamorado! no lo sé, pudiera ser. ¡Desesperado! no, porque á mí no me desesperan las mujeres.
- Sois muy afortunado.
- O muy pobre. Pero volviendo á la dama...
- Os repito que puedo hablaros de su hermosura, pero no daros señas de ella: os digo que la amo tanto, que si por desdicha fuese esta mujer la reina...
- ¿Pero estais loco Juan? ¿Acabais de llegar á Madrid, y ya pretendéis haber tenido una aventura con... su magestad?
- ¿Y no pudiera ser?
- ¡Poder! todo puede ser si Dios quiere, puesto que es todo poderoso: pero lo que creo que ha sucedido ya, es que habeis perdido el juicio.
- Si esa mujer es la reina, lo pierdo de seguro.
- Y... ¿por qué?
- ¿Por qué? la reina es casada.
- ¡Ah! ¿y amais tanto á vuestra dama, que pretendéis encontrar en ella lo que creo que no se encuentra en ninguna mujer? ¿Pretendeis que no haya amado una dama que se sale de palacio de noche y sola, que se agarra al primero que encuentra y le embauca hasta hacerle perder el seso?
- Yo no os he dicho que esa dama ha salido de palacio.
- Pero yo lo sé.
- ¿Y quién os lo ha dicho?
- ¡Bah! quien os ha visto.
- Me estais desesperando: vos conoceis á esa dama.
- Vos me estais guardando un secreto.
- No es mio.
- De la reina.
- ¡Ah! ¡no! ¡no!

—Escuchad Juan, yo tengo una obligacion mayor de la que creeis de mirar por vos, de guardaros...

—¡Vos!

—Si, yo; es mas : por vos he venido á Madrid ; por vos necesito ver á vuestro tio.

—No os entiendo.

—Pues bien podeis entenderme. ¿No somos amigos?

—Si, ciertamente.

—¿No soy yo mas experimentado que vos?

—Esperitado y sabio.

—Pues respetadme por mayor en edad y en saber. Contestadme, jóven, y cred, suponed que os habla y os pregunta vuestro padre. Sois nuevo en la córte, y la córte es muy peligrosa. Habeis dado de bruces con palacio y para vos se ha centuplicado el peligro. ¿Para qué esperais á don Rodrigo Calderon?

—Para matarle.

—¿Y por qué?

—Porque ha ofendido á esa esa dama que me enamora.

—Me engaÑais.

—No os engaño.

—¿La ofensa de ese hombre á la dama...?

—Suponerla amante suya.

—¿Y á vos que os da?

—Es inútil que pretendais disuadirme, estoy resuelto.

—Pues sea : me embarco con vos : agito con vos el cascabel de la locura : cometo la primera tonteria de que tengo memoria : Cervantes, á quien Dios perdone sus pecados, creyó haber muerto con su Ingenioso Hidalgo don Quijote, á los caballeros andantes ; pero se engaÑó, porque aquí estamos dos. Vos porque teneis ojos y yo porque tengo corazon y agradecimiento.

—¡Agradecimiento!

—Dios me entiende y yo me entiendo.

—Pero no os entieedo yo.

—Cuando fui huído á Navalcarnero... y fue por una mujer... siempre ellas... encontré en vos...

—Un jóven que se volvió á vos, asombrado, deslumbrado por vuestro ingenio.

—Muchas mercedes. Pues ; encontré en vos un hermano, y tan agra-

decido quedé de ello, que en la primera carta que escribí al duque de Osuna, le hablé de vos.

—¡ Ah! ¡ don Francisco! ¿habeis hecho que llegue mi pobre nombre al gran duque de Osuna?

—Y tanto bien vuestro le he dicho que el duque, que no ha dejado de escribirme á San Marcos, me escribió por último en terminos breves pero precisos: « Mi buen secretario: el duque de Lerma os suelta, no se si por que me teme, ó porque os teme á vos, aunque preso y encerrado. Venios al punto, pero traeos con vos á ese vuestro amigo Juan Montño, de cuyos adelantos me encargo.»

—¿ Eso os ha escrito el duque, y os llamais agradecido de mí?

—Sea como quiera, vengo, os encuentro cuando menos lo esperaba y metido en una aventura, y por fin y postre me metisteis tambien en ella. Pues adelante: no siento otra cosa sino lo que tarda el difunto.

No habia acabado Quevedo de pronunciar estas palabras, cuando rechinó una llave en la cerradura del postigo del duque, se abrió este, se vió luz y salió un bulto.

El postigo volvió á cerrarse.

—Ahí le teneis, dijo don Francisco en voz baja á Juan. Dejadle que adelante algunos pasos mas y á él.

Juan Montño salió del zaguan y se fue tras aquel bulto. Quevedo se puso en medio de la calleja y desnudó la daga y la espada.

Hemos dicho que la noche era muy oscura.

—Defendeos ú os mato, dijo Juan Montño, á dos pasos del que habia salido por el postigo.

Volvióse este y desnudó los hierros.

—¿ Y por qué quereis matarme? dijo.

Juan le contestó con una estocada.

—¡ Ah! vos sois el mismo de antes, dijo don Rodrigo, que él era.

—Entonces os desarmé, pero ahora que sé que sois don Rodrigo Calderon, os mato.

Al decir el jóven estas palabras, don Rodrigo Calderon dió un grito.

La daga de Juan Montño, se le habia entrado por el costado derecho.

Y entre tanto Quevedo daba una soberana vuelta de cintarazos, sin chistar, á un bulto que habia venido en defensa de don Rodrigo.

Don Rodrigo quiso sostenerse sobre sus piés pero no pudo, le brotaba la sangre á borbotones de la herida, se desvaneció, vaciló un momento y cayó.

Juan Montiño se arrojó sobre él, le desabrochó la ropilla, y buscó con ansia en ella: en un bolsillo interior encontró una cartera que guardó cuidadosamente.

Don Rodrigo no le opuso la menor resistencia. Estaba desmayado.

Entre tanto el hombre á quien zurraba Quevedo, no pudo resistir mas y huyó dando voces.

—Habeis acabado ya por lo que veo, ó mas bien por lo que no escucho, dijo Quevedo á Juan Montiño.

—Si, por cierto, contestó Juan.

—Ya sabia yo que teniamos difunto: pero ese rufian de Juara va dando voces, y por sus voces pueden dar con nosotros, y con nosotros en la cárcel. Dadme vuestro brazo á fin de que yo pueda andar de prisa y tiremos adelante.

—Adelante, don Francisco, pero tiremos hácia palacio.

—¡Hácia palacio, eh! pues que palacio sea con nosotros.

Y marchando con cuanta rapidez les fue posible, que no era mucha á causa de la deformidad de las piernas de Quevedo, salieron de la calleja.

Poco despues entraban en ella muchos hombres con luces.

Aquellos hombres eran los criados que el duque de Lerma habia enviado á informarse del suceso.



## CAPITULO XI.

En que se sabe quien era la dama misteriosa.

Quevedo y Juan Montaña tardaron un largo espacio en llegar á palacio, no porque palacio estuviese lejos de la casa del duque de Lerma, sino porque para Quevedo eran largas todas las distancias.

Entrambos iban embebecidos en hondos pensamientos y no hablaron una sola palabra durante el camino.

Cuando vieron delante de sí la negra masa del alcázar, Quevedo dijo á Montaña :

—He aquí que hemos llegado, y que estamos en salvo. Procurad vos no poner os en peligro: ved que palacio es un laberinto en que se pierde el mas listo.

—Aunque fuese el infierno entraria en él. Me lo manda mi honra.

—Pues si tan principal señora os manda, no insisto amigo Juan, y os dejo, porque supongo que necesitareis ir solo.

—De todo punto.

—Pues voyme á dormir: esperoos mañana en el *Mentidero*.

—¡Cómo en el Mentidero!

—Olvidábame de que sois nuevo en la córte. Llaman aquí el Mentidero, á las gradas de San Felipe el Real.

—¿Y por qué no esperarme en vuestra casa?

—Porque no sé aun si será pública ó privada, meson de traseuntes

ó tránsito del infierno. Quedad con Dios, y sobre todo prudencia, Juan, prudencia, y no os envanezcáis con los favores de la fortuna.

—No sé lo que será de mí, dijo el jóven que estaba aturdido é impaciente.

—Pues procurad saber lo que haceis, y adios que no quiero deteneros.

—Adios, don Francisco, hasta mañana.

Quevedo se alejó un tanto, y luego al doblar una esquina se detuvo.

—¿Será sino de la sangre de los Girones, dijo, el encontrarse siempre metida en grandes empresas? ¿Quién sabe? ¡pero aquí hay algo grave! ¿qué no haya leído Lerma delante de mí la carta de la duquesa? ¿qué no haya yo podido ver lo que ha hecho ese noble jóven, en el breve espacio que ha estado inclinado sobre don Rodrigo Calderon, entretenido en detener á ese vergante de Juara? pero puedo ver algo... y algo tal, que sea una chispa que me alumbre. Pues procuremos ver.

Y se encaminó recatada y silenciosamente á la puerta de las Meninas, y con el mismo recato miró al interior.

Bajo un farol turbio estaba parado Juan Montiño.

—¿Con qué le esperan? ¿con qué le han citado? ¿quién será ella? dijo Quevedo.

Pasó algun tiempo, Juan Montiño esperando, y don Francisco observándole.

Oyéronse al fin leves pasos que parecían provenir de unas estrechas escaleras, situadas cerca del jóven; luego los pasos cesaron y se oyó un siseo de mujer.

—¡Ah! ¡ya pareció ella! dijo Quevedo: ¿pero quién será?

Entre tanto Juan Montiño, se habia dirigido sin vacilar á las escaleras y desaparecido por su entrada.

Sigámosle.

A los pocos peldaños una dulce voz de mujer, aunque anhelante y conmovida le dijo:

—¡Ah! ¡gracias á Dios que habeis venido!

Era la misma voz de la dama tapada á quien Montiño habia acompañado aquella noche.

La escalera estaba á oscuras.

—¡Señora! dijo Montiño.

—¡Silencio! replicó la dama: no habéis; seguidme y andad paso.

—¡Pero sino veo!

—¡ Ah ! es verdad.

—Y sino me guiais...

—Dadme, pues, la mano, dijo la dama con un acento singular en que se notaba la violencia conque apelaba á aquel recurso.

—¿Dónde estais?

—Acercad mas.

—Ya que me dais la mano, señora...

—Os la presto...

—Pues bien, prestadme la derecha.

—Seguid y callad, dijo la dama, poniendo en la mano de Juan Montiño, una mano que hablaba por sí sola en pro de lo magnifico de las formas de la dama.

—¡ La que tiene una mano tal...! dijo para sí Montiño.

Y acarició con deleite en su imaginacion el resto de un pensamiento.

Asido por la dama, seguia subiendo.

Terminada la escalera, atravesaron un espacio que debia ser estrecho, porque el traje de la dama, ancho y largo chocaba con las paredes.

La dama se detuvo y abrió con llave una puerta.

Pasaron, y la dama tornó á cerrar.

Y siguieron adelante.

—¡ Oh ! ¡ vuestras espuelas ! exclamó : ¡ nos hemos olvidado de que os las quitáseis !

—Pues me las quitaré, dijo Montiño.

—No, no, seguid adelante, en esta galería no podemos detenernos : ¡ oh Dios mio !

Y la dama siguió andando de prisa.

Al cabo de un buen espacio de marcha por habitaciones oscuras y sonoras, la dama se detuvo y soltó la mano de Montiño.

—¡ Ah ! dijo el jóven.

—Hemos llegado contestó ella.

Y sonó una llave en una cerradura : se abrió una puerta.

Al fondo de una habitacion, á través de la puerta de otra, vió Montiño el reflejo de una luz.

Vió tambien que la dama que hasta allí le habia conducido, estaba tan envuelta en su manto, como cuando la encontró en la calle.

—Entrad, dijo la dama.

—Montiño entró.

—Esperad aquí, repitió ella.

Montiño se detuvo junto á la puerta.

La tapada adelantó rápidamente, atravesó la puerta por donde penetraba el reflejo de la luz, y luego Montiño oyó el ruido de dos llaves en dos puertas distintas.

Luego la dama se asomó á la segunda puerta, y dijo:

—Pasad, caballero.

Montiño pasó.

Y entonces por la parte de afuera de la puerta, se oyó una voz ronca que dijo:

—¿Quién será ese hombre con quien ella se encierra? yo no lo creyera á no verlo. ¡Las mujeres! ¡las mujeres!

Y luego se oyeron unos tardos pasos que se alejaban.

Entre tanto Montiño siguiendo á la dama, tapada siempre, habia atravesado dos hermosas cámaras, alfombradas, amuebladas con riqueza, en muchos de cuyos muebles, reparados al paso por el jóven, se veian las armas reales de España y Austria.

Al fin la dama se detuvo en una cámara mas pequeña.

Sobre una mesa habia un candelero de plata con una bugía, única luz que iluminaba la cámara, y junto á la mesa un sillón de terciopelo.

—Sin duda que comprendéis porqué os he llamado, dijo con severidad la dama.

Juan Montiño que se habia descubierto respetuosamente, dejando ver, por completo su simpático y bello semblante y su hermosa cabellera rubia, sacó en silencio de un bolsillo de su jubon el brazaletes real de que se habia apoderado y que en tantas confusiones le habia metido y le entregó á la dama.

—¡Ah! exclamó esta tomándole con ansia.

—Habiais dudado de mí, señora, dijo Montiño con acento de dulce reconvencion.

—Habeis hecho mal, prevaliéndoo de la casualidad que puso entre mis manos esta joya.

—Perdone vuestra magestad... dijo el jóven, y la dama no le dejó tiempo de concluir.

—¡Mi magestad! exclamó con asombro, volviendo con terror el rostro á una puerta cubierta con un tapiz.

—Creed, señora, dijo Juan Montiño que vió una afirmacion en la sorpresa, en el cuidado, casi en el terror de la tapada, creed, señora, que nada esponeis, nada, con quien es hijo de un hombre que ha vertido su

sangre por sus reyes... y mi lealtad y mi respeto hacia vuestra magestad.....

—¡Pero esto es horrible! ¡me creéis la reina!

—Llevábais en el brazo esa joya que tiene las armas reales de España.

—¿Conocéis á... la reina?

—Ya dije á vuestra magestad...

—Dejaos de importunas magestades, exclamó la dama con un acento en que habia angustia, mirando de nuevo á la puerta cubierta por el tapiz: tratadme lisa y llanamente como á una dama honrada, y concluid. ¿Ha visto alguien esta joya?

—¡Señora! exclamó con el acento de un hombre profundamente ofendido Montño.

—Perdonad: pero fuisteis atrevido é imprudente...

—Yo creía que érais otra mujer... una dama principal y nada mas, y quise que me quedase algo vuestro por donde pudiera encontraros. Cuando vi esa joya, ya no tenia remedio... ya habiais desaparecido.... entonces me pesó haberos hecho escuchar...

—¿Palabras de amor?... dijo riendo la dama, que se tranquilizó porque en la turbacion, en las miradas del jóven habia comprendido su alma.

—Os ruego otra vez que me perdoneis.

—¡Pero, caballero, sino me habeis ofendido! únicamente, me habeis dado un susto horrible, porque habia quedado en vuestro poder esta joya y yo no os conocia. Ni vos ni yo hemos tenido la culpa de lo que va sucedido, añadió la dama volviéndose de nuevo á la puerta de los tapices; yo me vi obligada á ampararme de vos, y vos que por una circunstancia casual me habiais visto, y habiais dado en el capricho de enamoraros de mí.....

—¡Señora!

—Os hablo asi porque no soy la reina.

—¿Y entonces porque no os descubris?

—Ni puedo, ni debo.

—Pues permitidme que dude.

—Venid acá, testarudo y niño: ¿creéis que la reina os hubiese dado como prenda la sortija que yo os dí?

—Por deshaceros de mis importunidades.

Hizo un movimiento de impaciencia la tapada.

—Pero cabe en quien tenga razon que su magestad salga de palacio de noche y sola, y se ampare de cualquiera, y charle con él, y tenga, casi casi, una aventura.

—Cuando la causa es grave... cuando una reina está á punto de ser horriblemente calumniada....

—¿Que decis....?

—No tembleis señora, dijo Montiño desnudando su daga sangrienta y mostrándola á la dama.

—¿Y qué es eso?

—Sangre de don Rodrigo Calderon.

—¡ Ah! exclamó con alegría la dama.

—Si : la reina estaba amenazada.

—¿ Amenazada ? ¿ insistis en qué yo soy... la reina.

—¿ Creeis acaso que he herido ó muerto á don Rodrigo cuando le detuve para que no os siguiese? Entonces le desarmé.

—¿ Pues cuando le habeis herido?

—Hace media hora : cuando salia don Rodrigo de casa del duque de Lerma : era preciso quitarle unas cartas...

—¿ Unas cartas?

—Tomad, señora, dijo Montiño, sacando una cartera de terciopelo blanco bordado de oro, sobre la cual se veian manchas de sangre fresca.

La tapada abrió la cartera, sacó de ella un paquete de cartas, y las contó.

Contó seis.

—Eran cuatro, dijo, y estas... del conde de Olivares... del duque de Uceda...

Juan Montiño no pudo entender estas palabras que la dama habia murmurado.

Luego reunió aquellas cartas, las guardó en la cartera, y dejó esta sobre la mesa.

—¿ Habeis visto estas cartas?

—No señora.

—¿ Habeis hablado á alguien de ellas?

—No señora.

—¿ Quién os dijo que don Rodrigo tenia estas cartas?

—Mi tio.

—¡ El cocinero de su magestad! exclamó con un acento singular la dama : ¿ y qué os dijo vuestro tio?





SI; VOS SOIS EL HERMOSO SOL QUE ME DECLUMERÓ.

—Me llevo á un lugar donde me ocultó y me dijo : ese es el postigo del duque de Lerma : por ahí saldrá probablemente don Rodrigo Calderon : espérale mátele, y quítale las cartas que comprometen á su magestad.

—¿ Pero cómo ha sabido vuestro tio...?

—Lo ignoro.

Quedóse por un momento profundamente pensativa la dama.

—Yo creia no volveros á ver, dijo, y si os di como prenda mia una sortija por la cual no podiais reconocerme, fue por concluir con vuestras importunidades. Yo esperaba que no me volviessis á ver porque vivo muy retirada. Pero cuando de tal modo os habeis equivocado...

—¡ Oh! ¡ dichoso yo, sino sois su magestad!

—¿ Por qué?

—Porque si fuérais su magestad... ¡ oh! ¡ Dios mio! moriria de una manera doble... y perdonadme, señora... pero necesito hablaros de mi amor por la última vez : si sois la reina, mi lealtad, mi deber me obligan á sufrir, á callar, á guardar para mí solo este amor que yo no he buscado... y luego ¡ al veros de otro hombre...! ¡ casada...! ¡ oh Dios mio...!

—¿ Pero es posible que me ameis de tal modo...?

—Vuestra hermosura... la ocasion en que os ví... la aventura que sobrevino... yo no se, señora, no se porque os amo ; pero se y os lo digo por la última vez, que este amor, que ha sido el primero para mí, será tambien el último.

Hizo un movimiento de impaciencia la dama.

—¿ De modo que, dijo, sino me descubro dudareis acerca de mí ? es decir, dudareis acerca de si yo soy la reina ó una dama particular?

—Y sino sois su magestad ; si, como me habeis dicho al principio de la noche, no teneis esposo ni amante, ¿ por qué os obstinais en no descubriros?

—Porque quisiera que se os pasase esa mala impresion que por mi desdicha os he causado en solo un momento que me habeis visto : porque no quiero que alenteis ninguna esperanza...

—¡ Ah! pues entonces, permitidme dudar...

—No dudeis, pues, dijo la dama echando atras el manto, y dejándose ver de Juan Montño.

—¡ Ah! esclamó el jóven : ¡ si, vos sois el hermoso sol que me deslumbró!

Y cayó de rodillas, como quien adora, á los piés de la dama.

—Dejaos, dejaos de niñerías, dijo ella : tal vez nos observan, alzaos, y hablemos aun algunas palabras... pero no de amor. ¿Estais ya seguro de que no soy la reina?

—Si, si; estoy seguro de ello : esclamó con entusiasmo el jóven, aunque no conozco á su magestad ; porque estoy segurísimo que la reina no es tan jóven ni tan hermosa. ¡ Oh ! ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! ¿ y no me amareis ?

—Ya os he dicho que no me hableis de amor. Vuestro amor seria una locura... es imposible...

—Porque vuestro corazon me rechaza...

—No, no precisamente por eso... mi corazon ni os acoge ni os rechaza... pero... os lo repito... nuestros amores son imposibles.

—Habeis dicho nuestros amores.

—He querido decir, contestó con impaciencia la dama, que el logro de vuestros amores es imposible.

—Os disgusto y lo siento.

—Pues bien, no me hableis mas de amor.

—Callaré ; pero una palabra : una sola palabra : ¿ No podré veros ?

—Siendo como sois sobrino del cocinero mayor del rey, y viniendo como vendreis por esta razon con frecuencia á palacio, me vereis de seguro.

—¿ Pero vos no hareis nada porque yo os vea ?

—No : respondió friamente la dama.

—¡ Ah ! perdonad, señora.

—Estais perdonado : ahora sepamos : ¿ habeis muerto á don Rodrigo Calderon ?

—No lo sé, señora : solo sé que le he tirado á muerte.

—¿ Os ha conocido don Rodrigo ?

—No lo sé, porque un hombre me seguia.

—¿ Os acompañaba alguien ?

—Si... si... señora, dijo vacilando Montño.

—¿ Quién os acompañaba ?

—Don Francisco de Quevedo.

—¡ Ah ! ¿ está don Francisco en la córte ? esclamó con precipitacion la dama.

—Creo que como yo ha llegado á ella esta noche.

—Y... ¿ sois amigo de don Francisco... ?

—¡ Oh ! ¡ si ! y débole tanto, como que me ha dicho que me ha reco-

mendado al duque de Osuna, y que el duque de Osuna le ha encargado que me busque y me lleve consigo á Nápoles.

—¡ Ah ! ¡ el duque de Osuna !

Y la dama miró con una profunda atencion á Juan Montiño y se puso pálida : pero sobreponiéndose añadió.

—Y decidme, ¿ estaba con vos don Francisco cuando reñisteis con Calderon ?

—Tan conmigo estaba que reñia al mismo tiempo con otro hombre, que sin duda servia á don Rodrigo.

—¿ Sabe don Francisco lo de las cartas ?

—¡ Ah ! no señora : por mi boca no lo sabe nadie mas que vos.

—Permitidme que os lo pregunte otra vez. ¿ No habeis leído esas cartas ?

—Por mi honra de hidalgo y por mi fé de cristiano señora, bastaba conque yo supiese que esas cartas eran de su magestad, para que yo no pusiese en ellas los ojos.

—Esperad, esperad un momento caballero, dijo la dama.

—Esperaré cuanto querais.

—Vuelvo al punto.

La dama tomó la cartera y el bracelete de sobre la mesa, desapareció por la puerta de los tapices, y estuvo gran rato fuera dando tiempo con su tardanza á que Juan Montiño yendo y viniendo en su imaginacion con todo lo que acontecia, con todo lo que sentia y con la noble, dulce y resplandeciente hermosura de la incognita, acabase de volverse loco.

Al fin la dama apareció de nuevo.

Traia una carta en la mano, y en el semblante la espresion de una satisfaccion vivisima.

—Su magestad, dijo, os agradece, no como reina sino como dama, lo que habeis hecho en su servicio : su magestad quiere premiaros.

—¡ Ah señora ! ¿ no es bastante premio para mí, la satisfaccion de haber servido á su magestad ?

—No, no basta. Sois pobre, no necesitais decirlo...

—Si, pero...

—Dejémonos de altiveces... recuerdo que me dijisteis que erais ó habiais sido estudiante en teología... pero que os agradaba mas el colete que el roquete.

—¡ Ah ! si señora, es verdad ; soy bachiller en letras humanas, y licenciado en sagrada teología y leyes.

—Y bien, ¿quereis ser canónigo? dijo la dama mirando á Juan Montaña de una manera singular.

—Si soy canónigo no puedo alentar la esperanza de que por un milagro seais mia.

—Dejemos, dejemos ese asunto... ya que no quereis ser canónigo... ¿os convendria ser alcalde?

—¡Oh! tampoco: soldado de la guardia española al servicio inmediato de su magestad; asi os veré cuando haga las centinelas; os veré pasar alguna vez á mi lado.

—Y vereis pasar otras muchas hermosas damas.

—Para mí no hay mas que una mujer en el mundo.

—Contadme por vuestra amiga, por vuestra hermana, dijo la jóven tendiéndole la mano, otra cosa es imposible. Pero abreviemos que ya es tarde. Tomad esta carta y llevadla á quien dice en la nema.

—«Al confesor del rey, fray Luis de Aliaga.—De palacio.—En propia mano,» leyó el jóven.

—¿Y en que convento mora el confesor de su magestad?

—En el de nuestra señora de Atocha... estramuros... ¡ah! y no me acordaba... esperad, esperad un momento.

Y la dama salió y volvió al poco espacio con otro papel.

—Tomad: es una orden para que os abran el portillo de la Campanilla que da al convento de Atocha: bajad á la guardia, buscad al capitán Vadillo y mostradle esta orden: él os acompañará y hará que os abran el postigo, y seguirá acompañándoos hasta Atocha; una vez en el convento, preguntad por el confesor del rey y mostrad el pliego que os he dado: sereis introducido. Ahora bien, como en vez de ser canónigo ó alcalde, quereis ser soldado, decid al padre Aliaga que deseais ser capitán de la guarda española del rey.

—¡Capitan á mi edad, cuando mi padre pasó toda su vida sirviendo al rey para serlo!

—¡Ah! ¡vuestro padre no ha sido mas que capitan! dijo con un acento singular la dama, fijando una mirada insistente en Montaña. Yo creia que fuese mas. Pero no importa: si vuestro padre tardó en ser capitan, en cambio vuestro padre, no hizo, de seguro al rey un servicio tal como el que vos le habeis hecho esta noche, porque sirviendo á la reina habeis servido al rey y á España. Decid, pues, á fray Luis de Aliaga, que deseais ser capitan de la guarda española del rey.

—Pero... yo no pedia tanto.

—Se os manda... se necesita que seais capitan, dijo severamente la dama.

—¡ Ah ! ¡ de ese modo !

—Id, pues.

—Una palabra.

—¡ Qué !

—¿ Sois dama de la reina ?

—No, soy su menina.

—¡ Ah ! su menina... y vuestro nombre, vuestro adorado nombre.

—Doña Clara Soldevilla, hija de Ignacio Soldevilla, coronel de los ejércitos del rey; contestó la dama.

—¡ Ah ! no en vano os llamais Sol...

—Pero concluyamos caballero. Vos teneis que ir á Atocha. Yo me he detenido ya demasiado.

—Adios, pues, dijo Juan Montiño tomando una mano á doña Clara y besándosela.

Y se dirigió á la salida.

—Esperad, están cerradas las puertas, dijo doña Clara tomando una bujía y precediéndole.

Abrió en silencio dos puertas, y al abrir la exterior, Juan se volvió y quiso hablar, como si le costase un violento sacrificio separarse de doña Clara.

—Es tarde... adios, señor capitan, adios. Hasta otro dia, dijo doña Clara y cerró la puerta.

—¡ Hasta otro dia ! exclamó el jóven. Noche será para mí y noche oscura el tiempo que tarde en volveros á ver, doña Clara. ¡ Oh ! ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! no sé si alegrarme ó entristecerme con lo que me sucede.

Y Juan Montiño tiró la galería adelante, bajó unas escaleras y se encontró en el patio, y poco despues, dirigido por un centinela en el cuerpo de guardia, donde, habiendo hecho llamar al capitan Vadillo, le mostró la órden.

—Aquí me mandan que os acompañe al monasterio de Atocha, dijo el capitan que era un soldado viejo. En buen hora : dejadme tomar la capa y vamos allá, amigo.

Poco despues el jóven y el capitan cruzaban las oscurisimas calles de Madrid.



## CAPITULO XII.

Lo que hablaron la reina y su menina favorita.

Doña Clara entró en una pequeña recámara magníficamente amueblada. En ella una dama jóven y hermosa como de veinte y siete años, examinaba con ansiedad, pero con una ansiedad alegre unas cartas.

Aquella dama era la reina Margarita de Austria esposa de Felipe III.

—¡ Oh ! ¡ valiente y noble jóven ! dijo la reina : Dios nos lo ha enviado, Clara : ¿ sin él qué hubiera sido de mí ?

—Dios, señora, jamás abandona á los que obran la virtud , creen en él y le adoran.

—¡ Oh ! mandaré hacer en cuanto tenga dinero para ello, una fiesta solemne á nuestra señora de Atocha y la regalaré un manto de oro. ¡ Oh bendita madre mia, si yo no tuviera estas cartas en mi poder !

Y los hermosos ojos de la reina se llenaron de lágrimas.

—Por estas cartas hubiera yo dado mi vida, añadió.—¿ Y dime Clara ; al saber que yo ansiaba tanto tener estas cartas, no has sospechado de mí ?

—He sospechado, dijo Clara sonriendo y fijando una mirada de afecto en la reina, he sospechado que vuestra magestad, arrastrada por su buen corazon, por su virtud, por el deber que tiene de velar por los reinos de vuestro esposo, no habia meditado bien, no habia estudiado

al hombre en quien habia depositado su confianza, y se habia comprometido por imprevision.

—Esplicate, esplicate por Dios, Clara.

—¿Qué esplicacion se necesita? esas cartas... estoy segura de ello, son citas á don Rodrigo Calderon : citas, no ciertamente de amor, pero que tal vez puedan parecerlo.

—Yo no te habia hablado nada de estas cartas : hasta hoy no te habia dicho nada de mis secretos hasta que he necesitado recobrar estas cartas, pero han venido á tus manos... ¿las has leído?

—¡Señora! exclamó con el acento de la dignidad ofendida, doña Clara.

—Pues bien, leelas.

—¡Ah! ¡no! ¡no señora! dijo la jóven rechazando con respeto las cartas que le mostraba la reina.

—Te mando que las leas, dijo con acento de dulce autoridad Margarita de Austria.

Doña Clara tomó cuatro cartas que le entregaba la reina, abrió una y se puso á leerla en silencio.

—Lee alto, dijo la reina.

Doña Clara leyó.

«Venid esta noche á las dos : yo os esperaré y os abriré. No falteis que importa mucho.—Margarita.»

—Otra, dijo la reina.

«Os he estado esperando y no habeis venido : ¿en qué consiste esto? ya sabeis cuanto me importa que vengais. Os ruego, pues, que no me obligeis á escribiros otra vez. Venid por el jardin á las doce y encubierto.—Margarita.»

—Otra, repitió la reina con acento grave.

«Es urgente urgentísimo que vengais esta noche : os espero con impaciencia. Nada temais, contando conmigo ; atreveos á todo. Esta noche á la una hablaremos mas despacio. Venid.—Margarita.»

—La última, dijo la reina con acento opaco.

«Lo que me pedís es imprudente. Decís que nuestras entrevistas son peligrosas en palacio. Desde el momento conocí el peligro. Pero me interesaba demasiado véros, oiros, hacerme oír de vos, tratar con vos de lo que tanto importa á mi dignidad como mujer, á mis deberes como reina y como esposa, y no he vacilado un punto, confiada de vuestra lealtad. Pero me exigís que salga fuera de palacio, y esto no lo haré

jamás. Yo podría justificar, en un caso desgraciado, vuestra presencia en mi recámara; ¿pero cómo podría justificar mi ausencia de palacio, si por desgracia se notaba, ó mi presencia en un lugar extraño si un accidente cualquiera me descubría? Renunciad á ese peligrosísimo medio, y venid; seguid confiando en mí.—Margarita.»

—Quema esas cartas, dijo la reina.

Doña Clara las quemó una á una á la luz de una bujía.

—Ahora bien, dijo la reina cuando la jóven hubo concluido su auto de fé. Despues de haber leído esas cartas ¿qué piensas de mí?

—Pienso lo mismo que he pensado siempre: que vuestra magestad se ha comprometido por el bien de sus reinos y por recobrar su dignidad.

—Mas claro, mas claro, dijo con impaciencia Margarita de Austria.

—En esas cartas no veo, lo que tal vez podrían haber visto otros: una prueba contra la virtud de vuestra magestad: no, yo no veo eso: conozco demasiado á vuestra magestad para que pueda dudar ni un solo momento de su virtud. Veo una conspiracion.

—¡ Ah! ¡ ves una conspiracion!

—Sí, por cierto: y una conspiracion justa y mas que justa, necesaria contra el duque de Lerma. Solo que vuestra magestad ha elegido un instrumento que la ha hecho traicion.

—Un dia, dijo la reina, reclinándose en un sillón y apoyando su bello semblante en una de sus bellísimas manos, cazaba el rey en el Pardo: entre los caballeros que acompañaban al rey iba don Rodrigo Calderon, que acaba de ser creado conde de la Oliva y estaba al pié de mi carroza, desempeñando accidentalmente el oficio de caballero. La carroza se habia detenido en una encrucijada por donde decian los monteros que debia pasar el javalí.— Me rodeaba mi servidumbre á caballo y cuatro damas que me seguian estaban detrás en otra carroza.—Hacia mucho calor, y yo sudaba.—Pedí agua, y don Rodrigo partió y volvió al punto, trayéndomela en un vaso de oro.—El vaso era bellissimo, y yo noté que no era de las vagillas de palacio.—¿Este vaso es vuestro? le pregunté.— Ese vaso no puede ser mio, me contestó, despues de haber bebido en él vuestra magestad.—No importa, guardadlo, le contesté.—Don Rodrigo lo tomó y dijo:—Lo guardaré como un testimonio de honra mientras viva, y despues de muerto, si para entonces tengo hijos se lo legaré como una reliquia.—Todo esto fue dicho con respeto, en estilo cortesano, con dignidad y con un grave acento de lealtad: poco despues, sonaron bocinas y ladridos de perros, y voces que gritaban:—¡ El javalí! ¡ el ja-

valí!—Yo asomé la cabeza por la ventanilla de la carroza, y al ver un animal monstruoso que adelantaba con una rapidez horrible por el sendero junto al cual estaba mi servidumbre, grité:—Apartaos caballeros, apartaos, yo os lo permito.—Unos por miedo, otros por afición á la caza, se apartaron lejos ó signieron al javalí: don Rodrigo no se movió de junto á la portezuela, á pesar de que el javalí pasó tan cerca de él que le hirió, aunque débilmente el caballo, y quedó solo al lado de la carroza: toda mi servidumbre, picadores, monteros, guardias se habian alejado.—En aquel momento, don Rodrigo me dijo:—¿Puedo alcanzar de vuestra magestad un momento de audiencia?—¿Y para qué, caballero? le contesté.—Para que yo pueda mostrar á vuestra magestad, mi respeto y el interés que me inspira como reina y como dama.—Esplicaos, le dije con severidad.—El duque de Lerma es enemigo de vuestra magestad.—¿Qué quereis decir?—Que vuestra magestad tiene un gran interés de dar en tierra con el duque de Lerma, lo que será muy fácil á vuestra magestad si se vale de mí.—¡Vos sois secretario del duque de Lerma!—Por lo mismo señora, porqué sé sus secretos, sé que se atreve á todo, y que obra como traidor y villano respecto á vuestra magestad.—Basta: lo que me tengais que decir me lo direis en un memorial.—¿Y cómo podré dar á vuestra magestad ese memorial, rodeada como está vuestra magestad siempre de enemigos pagados por el duque?—Dejad esta tarde vuestro memorial en uno de los mirtos que están bajo los balcones de mi recámara, en el palacio del Pardo.—Y me retiré al interior de la carroza. Don Rodrigo no me habló ni una palabra mas.—Poco despues volvió la servidumbre, acabó la cazería y nos volvimos á palacio.

Aquel dia, como otros muchos, comí separada del rey en mi cámara y su magestad no vino á pasar la velada conmigo. En cambio el duque de Lerma me hacia notar en cuantas ocasiones estaba delante de mí, el peso de su superioridad. Esta era insoportable, lo era y lo es... insoportable de todo punto.

—Tú lo sabes, Clara, añadió la reina... yo no tengo esposo... tú, nadie mejor que tú, sabe que el rey no me ama.

—¡Ah! ¡señora! exclamó doña Clara: ¿vuestra magestad duda tambien?

—No, no: yo no tengo celos de tí, ni puedo tenerlos: primero, porque conozco tu corazon y tu altivez... tu virtud, mas bien: segundo, porque si me importa mucho mi dignidad como esposa y como reina, no me importa tanto el poseer el corazon del rey. Te hablo ahora, como te he

hablado siempre desde poco tiempo despues de conocerte: como á una hermana. Entre nosotras, Clara, no hay secretos. Tú sabes cuál es mi vida. Tú sabes cuál es mi lucha. No amo al rey, pero le respeto... no le ruego, pero me ofende que vasallos se atrevan á mandar en mi casa, y nieta y hermana y esposa de rey, no puedo sufrir con paciencia que el trono donde yo me siento esté hollado por traidores; que el rey á quien estoy unida por la religion y por las leyes, autorice el robo, la tiranía, los cohechos, las infamias de ese especie de gran bandido, que se llama don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Dénia, duque de Lerma, y mas que secretario del despacho, verdadero rey de España. No puedo sufrir esto sin olvidarme de quien soy yo, y de quien es él: de que tengo esposo, de que tengo vasallos, y de que ese esposo está dominado y esos vasallos oprimidos: yo no puedo olvidar y no lo olvido, que España ha sido grande, poderosa, temida, ni puedo ver sin rubor y sin cólera, que hoy está pobre, vencida por todas partes, insultada, á punto de ser deshecha. No, yo no puedo olvidar lo uno, ni sufrir pacientemente lo otro. Odió á Lerma, y he conspirado, conspiro y conspiraré contra él. Mi conspiracion ha estado á punto de costarme la honra, y todavia puede costarme la vida.

— ¡ Ah! ¡ señora! ¿ se atreveria ese hombre?

— A todo, á todo por sostener su soberbia, pero el misterio consiste en si me matará él á mí, ó en si yo le mataré á él.

— ¡ Matarle!

— Si, su cabeza, nada menos que su cabeza; su cabeza en un cadalso público: una vez por tierra esa cabeza...

— Se levantará otra mas soberbia.

— Haya yo puesto el pié sobre uno de esos ambiciosos y rapaces aventureros, y nada temo: como haya caido el uno caerán los otros: pero sigo la relacion de mi conocimiento con don Rodrigo. Aquella noche, apenas me quedé sola llamé á mi buena camarera mayor la duquesa de Gandia, y á pretexto del calor bajé con ella á los jardines. Cuando me retiré, cerca ya de la puerta, mandé á la duquesa que fuese al banco donde habia estado sentada, por mi pañuelo, que habia dejado olvidado de intento. La duquesa se alejó; el lugar á donde la habia enviado estaba algo lejos. Entonces fui al mirto donde, al principio de la noche, habia visto desde detrás de las celosías de mi balcon poner un papel á don Rodrigo. En efecto encontré un papel doblado entre el ramaje del mirto, y tuve tiempo de ocultarle antes de que volviese la duquesa.— Cuando me

quedé sola , retirada en mi dormitorio, leí aquel memorial : en él don Rodrigo manifestaba de la manera mas clara , y con la indignacion mas profunda , el estado en que se encontraban el rey y España , dominado el uno por el favorito , mancillada , desagrada , robada por el favorito la otra ; el golpe que pensaba darse á los moriscos : las descabelladas empresas contra Inglaterra , el descuido con que se veia venir á la Liga contra España sin conjurarla ; los cohechos , el robo , la malversacion de las rentas reales : la depreciacion de la moneda , la corrupcion de la justicia , los mas altos officios del reino en la familia de Lerma : su tio inquisidor general , su hijo gentil-hombre del príncipe... sus hechuras puestas como espías alrededor del trono : cerrado al vasallo el camino hasta el rey , todo dominado , todo usado en provecho propio , convertido el clero por su interés al interés del favorito : alejados de España los buenos españoles : todo vendido , todo profanado , todo enlodado : cuántas miserias , en fin , cuántas infamias , cuántas traiciones puedan suponerse de un hombre ; y todo esto robustecido con pruebas , aunque yo no las necesitaba porque harto bien conozco por mí misma á Lerma : todas estas pruebas espuestas con claridad , con nobleza , con desinterés , con lealtad , como conviene á un buen vasallo : don Rodrigo logró interesarme con su memorial , no solo porque creí ver en él al hombre de honor interesado por su rey y por su patria , sino porque en él tambien ví al profundo hombre de Estado. ¿ Pero á qué cansarme inútilmente ? dijo la reina levantándose , yendo á un secreter , tomando de él un papel y dándole á doña Clara : he aquí el memorial de don Rodrigo.

Doña Clara miró aquel papel.

— ¡ Ah ! ¡ infame ! dijo : ni un solo momento ha pensado en ser leal á vuestra magestad.

— ¡ Cómo ! yo creo que cuando don Rodrigo escribió su memorial obraba de buena fé.

— Esta no es su letra , señora.

— ¡ Qué no es su letra ! ¿ y cómo lo sabes tú ?

— Como que me ha escrito mas de una y mas de tres cartas de amor. Pero yo he sido mas cauta. He tomado las cartas , pero ni las he contestado , ni las he creído.

— ¿ Y estás segura de que esa no es la letra de don Rodrigo ?

— Segurísima ; como que la primera carta que me dió , se la ví escribir en la sala de las Meninas un dia que estaba de guardia.

— Bien , no importa , dijo la reina.

—Si, si por cierto, dijo doña Clara : importa demasiado , y cuando se está en una lucha tan peligrosa como la que vuestra magestad sostiene con ese miserable , es necesario no dejar pasar nada desapercibido. No, no está escrito este memorial de su mano , y siendo tan importante lo que en este memorial se contiene , indica que hay otro traidor desconocido que sabe los secretos de vuestra magestad.

La reina se puso levemente pálida.

—Dios nos ayudará sin embargo , dijo , como ya ha empezado á ayudarnos procurándonos á ese jóven que indudablemente es leal.

—Y amigo de don Francisco de Quevedo... que está en la córte.

—Pues bien, nos valdremos de don Francisco por medio de ese jóven, que pronto será tambien de palacio , y ademas está enamorado como un loco de ti y con razon...

Doña Clara se puso encendida.

—Ademas , dijo la reina que habia quedado pensativa : podemos contar con otra persona mas importante de lo que parece.

—¡ Una persona importante !

—Importantísima.

—¿ Y quién es esa persona ?

—Ven , ven , dijo la reina , trae una bujía.

—Y marchando delante de doña Clara , fué á su dormitorio.

—Aquí hay una puerta , dijo la reina , señalando un lugar de la tapicería.

—Muy oculta debe ser , dijo doña Clara , porque no se conoce.

—Sin embargo la hay , y explica como han podido entrar hasta aquí las misteriosas cartas que me avisaban secretos graves , que me ponian al corriente de lo que pasaba en el cuarto del rey ; en que me proponian , por último , el castigo de Calderon.

—¿ Y cómo ha descubierto vuestra magestad esa puerta ?

—Cuando esta mañana encontré sobre la mesa , la carta que viste en que se me avisaba que don Rodrigo llevaba siempre sobre sí mis cartas , y se me ofrecia darme esas cartas por mil y quinientos doblones , me propuse averiguar quién era el que de tal modo , burlando el particular interés de la duquesa de Gandia , y la presencia de la servidumbre , lograba penetrar hasta mi dormitorio. Cuando tú saliste esta noche , en busca de los mil y quinientos doblones , con pretexto de recogerme en el oratorio , mandé á la duquesa que me dejase sola : entoncés apagué las luces del dormitorio , y con una linterna preparada , me escondí detrás de las col-

gaduras del lecho.—Pasó bien media hora y ya empezaba á impacientarme cuando sentí pasos.— Preparé la linterna.— Pero la persona que se acercaba traía luz: entró precipitadamente en el dormitorio y miró con avidez: era la duquesa de Gandia, que siguió adelante y entró en el oratorio. Poco despues salió pálida, aterrada, murmurando:—¡Dios mio! ¿Dónde está la reina?

—¡Ah! ¡señora! ¡ha estado perdida vuestra magestad para la camarera mayor!

—¡Oh si! y me alegro, me alegro, porque se ha llevado un buen susto.

—Susto del que ha salido, porque al fin ha parecido su magestad... ¡acostada!

—Si, si, lo que no ha contrariado poco á la buena doña Juana por su torpeza en no mirar el lecho. Pero no hablo yo de ese susto, sino de otro mayor.

—¡De otro mayor!

—Si por cierto: á poco de haber salido la duquesa, volvió á entrar mas pálida y mas conmovida, fijó una mirada cobarde en el lecho y volvió á repetir:—¿Dónde está la reina? ¡no parece su magestad! ¿qué es esto Dios mio?—Si yo hubiera estado en una situacion menos ambigua que escondida tras el cortinaje hubiera salido, dejando para otra ocasion mi acechadero, me hubiera dado á luz y me hubiera reido del terror de la duquesa: pero un no sé qué me retuvo inmóvil. Oí á la duquesa murmurar algunas frases acerca de lo que se cuenta de las apariciones en el alcázar de la desgraciada Isabel de Valois, y de repente sonó un portazo; cayóse el candelero de las manos de la duquesa, quedó el dormitorio á oscuras, y oí una voz de hombre que amenazaba á la duquesa con revelar no sé qué secretos suyos sino callaba acerca de lo que sucedia.—La duquesa dió un grito y huyó.—Luego oí pasos recatados sobre la alfombra en direccion á la mesa. Entonces encomendándome á Dios salí de mi escondite y abrí la linterna.—Vi un hombre, y en la tapicería una puerta abierta, una puerta que yo no conocia: aquel hombre cayó de rodillas á mis piés. Aquel hombre era... el hombre mas despreciado de palacio, el tío Manolillo: el loco del rey.

—¡Ah! ¡el loco de su magestad! exclamó doña Clara: ¿y ese hombre era el autor de las cartas que aparecian tan misteriosamente?

—Si.

—Y al verse cogido...

—Se repuso, y me dijo con su acostumbrada insolencia de bufon.

—He aquí loco cogido por una loca; porque tú mi buena señora, hace mucho tiempo que estás haciendo locuras. ¿Qué te va á tí, en que España se pierda ó se gane, y en que el rey no haga de tí tanto caso como de su rosario? En cuanto á lo uno, allá se las compongan ellos, que quien sufre los palos, merecidos los tiene; y en cuanto á lo otro, alégrate: así el rey mi amigo no se hubiera acordado de tí.

—Son tuyas las cartas que he encontrado sobre esa mesa.

—Mias han sido, hasta que han sido tuyas.

—¿Y cómo sabes tú que don Rodrigo...?

—¡Bah! don Rodrigo es muy hablador: no quiere que se le entorpezca la lengua, y la usa de punta y de filo: por lo mismo, te he aconsejado ya, reina mía, que le tratemos de filo y de punta.

—¿Cómo sabes tú que existen esas puertas?

—¡Bah! es un cuento muy largo: dejémoslo para cuando el rey se ocupe de las cuentas de su rosario.

—¡Tú quieres escapar!

—¡Y vaya si quiero! como que yo y tú, mientras yo esté aquí estamos en una ratonera.

—¿Pero no me explicarás...?

—Si, otro día, mas despacio: por ahora lo que importa es que busques los mil y quinientos doblones que vale Calderoncillo, y que salgamos de él... creeme, mi buena señora: Dios es justo, y como se valió de un muchacho para matar á un gigante, se vale de dos locos para matar á un gran picaro.—Nada temas.—Si el rey no es torpe, vendrá esta noche por esta misma puerta á visitarte.

—¡El rey! le dije.

—Si señora, el rey; y por cierto que te le hemos puesto blando como un guante, el padre Aliaga que es muy amigo tuyo, y muy bendito hombre, y yo, que soy un loco muy hombre de bien: con qué hermana reina, quédese en paz, y créame, y déjeme ir, y sobre todo, los mil y quinientos... y cuenta que no los das por la vida de don Rodrigo, sino por la tuya.

Y se me escapó, huyendo por la puerta que se cerró tras él.

—¡Así anda todo! dijo doña Clara: cuando un reino está sin cabeza... La reina frunció un tanto el bello entrecejo.

—El rey es al fin el rey, dijo Margarita, con un tanto de severidad.

—Pero cuando sirve de escudo á traidores...

—Dará cuenta á Dios.

—Y al mundo cuando hace infeliz á una reina tal como vuestra magestad.

Margarita habia vuelto á su recámara.

—Afortunadamente, dijo la reina, sentándose de nuevo en el sillón que habia ocupado antes, la lucha podrá ser peligrosa, pero hemos apartado de ella la deshonra, gracias á ese noble jóven.

—Noble, y muy noble, dijo doña Clara: ¿le ha visto bien vuestra magestad cuando estaba hablando conmigo?

—Me ha parecido bien criado, generoso, franco, con el alma abierta á la vida... y enamorado, sobre todo, Clara, enamorado.

—¿Y no ha visto mas vuestra magestad en ese jóven?

—No; contestó con una ingénuu afirmacion la reina.

—La frente, el nacimiento de los cabellos, la mirada de este jóven ¿no han recordado á vuestra magestad, uno de sus mas grandes, de sus mas leales vasallos, que por serlo tanto está alejado de España?

—No, repitió con la misma ingenuidad la reina.

—Pues yo he creído durante algunos momentos, estar hablando con el noble, con el valiente duque de Osuna, no ya en lo maduro de su edad, sino á sus veinticuatro años.

—¡Parecido ese jóven al duque de Osuna!

—Es un parecido vago, en el que es muy difícil reparar cuando el semblante de ese jóven está tranquilo: pero cuando se exalta, cuando su mirada arde... entonces el parecido es maravilloso: yo creo que se parece mas ese jóven al duque en el alma que en el semblante, y como en ciertas situaciones el alma sale á los ojos...

—Si, cuando se ama por primera vez...

—¡Oh, señora! juro á vuestra magestad que me contraria el amor de ese jóven.

\*—Hablemos un poco de tí, ya que tanto hemos hablado de mí: la verdad del caso es, que ese jóven ha hecho por tí lo que difícilmente hubiera hecho otro hombre.

—Lo que ha hecho, lo ha hecho por vuestra magestad.

—Es que él creía, y no sin fundamento, que mi magestad eras tú. Púsose vivamente encendida doña Clara.

—Una casualidad inconcebible: yo creí llevar mas seguro el brazalete en el brazo, y una audacia de ese jóven...

—¡Una audacia...!

—Mas bien una galantería.

—No es lo mismo : pero me agrada tu aclaracion : ya le disculpas, y eso significa mucho; eso significa, Clara, si yo no me equivoco...

—Que le hago justicia.

—No, que le amas.

—¡ Qué le amo ! ¡ en una hora... !

—En una hora has recibido una impresion de tal género, que no le olvidarás, yo te lo afirmo ; que recordándole le amarás... le amarás de seguro, y contando con esa seguridad, y hablando por adelantado, puede decirse que ya le amas.

—No sé, no sé... pero... he causado por mi desdicha una impresion tan profunda en su alma...

—Impresion de que estás orgullosa, Clara, y que por primera vez te he hecho bendecir á Dios por la hermosura que te ha concedido.

—No, no, contestó doña Clara con la misma turbacion que si la reina hubiera leído en su alma.

—¿ Y por qué no amarle ? un jóven que por tí lo ha arrojado todo : que por tí está en peligro... porque al fin y al cabo ha herido ó muerto á don Rodrigo, ha deshecho con su espada, como noble, una traicion infame que traerá contra él poderosos enemigos, de los cuales acaso no podamos librarle. ¿ No merece tanto sacrificio que tú le ames ?

—Mi amor señora, sería un tormento para mí, y una desesperacion para él.

—El dia en que caiga el duque de Lerma, ese jóven será tu esposo : te prometo ser tu madrina.

—Mas fácil es que el duque de Lerma muera en un patíbulo, lo que por desgracia no deja de ser difícilísimo, que el que yo sea esposa de ese jóven.

—¿ Y por qué ?

—Olvida vuestra magestad que mi padre, tratándose de mi enlace, no prescindirá jamás de su nobleza.

—Ese jóven es hidalgo, segun he entendido.

—Si, si señora, hidalgo es, pero...

—No importa que sea pobre : es valiente y alentado.

—Si, es cierto, pero...

—Como valiente y alentado hará fortuna.

—Por mucha que haga...

—Tu padre no es codicioso.

—Pero siempre verá que ese jóven es sobrino de Francisco Martinez Montño, *cocinero mayor* del rey.

Y doña Clara pronunció la palabra «cocinero mayor» de una manera singular, en que habia mucho de repugnancia propia.

—Pero se parece al gran duque de Osuna, insistió sonriendo la reina, sobre todo cuando se entusiasma.

—Pues peor, señora, peor.

—¡ Oh ! ¡ peor !

—Si por cierto.

—Supongamos, porque estamos rodeadas de misterios, y los misterios no deben sorprendernos, que ese jóven es hijo del duque de Osuna, que bien pudiera ser, dicen que el duque en sus mocedades ha sido muy galanteador.

—Pues por eso digo que peor : ¡ un bastardo ! Ni mi padre ni yo querríamos semejante enlace.

—¿ Ni aun interesándome yo por él ?

—Respetar debe el rey la honra del vasallo, como el vasallo honra y reverencia la escelsitud del rey.

—¿ Con qué no hay esperanza ninguna para ese pobre mancebo enamorado ?

—Yo le desenamoraré.

—¡ Ah ! difícil lo veo.

—Le trataré...

—Como tu corazon te deje tratarle.

—He resistido los amores de unos por muy altos y de otros por muy bajos ; resistiré este tambien. ¿ Cree vuestra magestad que á los veinte y cuatro años, y criada en la córte no habré tenido ocasion de resistir tentaciones ?

—Si, si, ya sé que eres una mujer fuerte... una maravilla, y eso es una de las razones del amor que te tengo, Clara. Pero en el asunto de que se trata, debo demasiado á ese jóven, para no ayudarle... aunque creo necesite poca ayuda ; creo que él es bastante para hacerse amar de tí.

—Lo veremos, dijo sonriendo tristemente doña Clara.

—Lo veremos. ¿ Pero qué hora es esta ?

—Las doce, dijo doña Clara contando las campanadas de un magnífico reloj de pared.

—¡ Oh ! ¡ las doce.. ! ya es hora de que tú descanses, y de que yo me recoja ; hasta mañana, Clara. Dí á la camarera mayor que me recojo.

—Adios, señora, dijo doña Clara doblando una rodilla y besando la mano á la reina.

Margarita de Austria la alzó y la besó en la frente.

Doña Clara salió, y la reina se quedó murmurando.

—Ve, ve á soñar con tu primer amor. ¡Dichosa tú que amas! ¡dichosa tú que puedes amar!

Y dos lágrimas asomaron á los ojos de Margarita de Austria, que tuvo buen cuidado de enjugarlas porque se sentían pasos en la cámara.

Se abrió la puerta y apareció la camarera mayor: con ella venían la condesa de Lemos y la jóven doña Beatriz de Zúñiga.

La duquesa de Gandia se inclinó profundamente.

—¿Qué os ha sucedido esta noche mi buena doña Juana? dijo sonriendo la reina; creo que me habeis creído perdida y que habeis estado á punto de ofrecer un hallazgo por mi persona.

—¡Ah, señora! nunca me consolaré de mi torpeza: ¡no pensar que podia vuestra magestad estar recogida al lecho! ¡Y en qué circunstancias! ¡cuando su magestad el rey estaba en la cámara..!

—¡Ah! ¡su magestad..! ¿y qué mandaba su magestad?

—Me mandaba que le anunciara á vuestra magestad...

—¡Ah! ¿y ese mandato os causó tanto miedo, que os oscureció la vista, y no reparásteis en mí?

—¡Señora!

—¿Y sin duda digísteis á su magestad que me habia perdido?

Nunca la reina habia hablado de tal manera á la duquesa de Gandia: y era que la buena aventura de aquella noche la habia dado valor, que se creia de una manera tangible protegida por Dios y se sentia fuerte.

La duquesa de Gandia, que habia anunciado con mala intencion á la reina que el rey habia querido verla, al verse tratada de aquel modo seco y frío por Margarita de Austria se turbó.

No estaba acostumbrada á tanto...

—Yo señora... dijo... dí al rey la escusa de que vuestra magestad estaba acompañada.

—Retiraos, señoras, dijo la reina á la de Lemos y á doña Beatriz de Zúñiga: vuestro servicio ha concluido: no me recojo.

Las dos jóvenes se inclinaron.

La duquesa de Gandia quedó temblando ante Margarita de Austria.

—Debísteis registrarlo todo antes de suponer que yo no estaba en mí

cuarto ¿ dónde habia de estar , duquesa de Gandia , la reina , sino en palacio y en lugar que la corresponde...?

—¡ Señora !

—Y sin duda, como servís en cuerpo y en alma al duque de Lerma le habreis avisado de que yo me habia perdido , y sino se ha revuelto mi cuarto es porque menos ciega en vuestra segunda entrada disteis conmigo durmiendo. El duque de Lerma , sin embargo , puede haber tomado tales medidas que comprometan mi decoro , y todo por vuestra torpeza.

—¿ Vuestra magestad me despide de su servicio ? dijo sobreponiendo su orgullo á su turbacion la camarera mayor.

—Creo , Dios me perdone , que os atreveis á reconvenirme porque os reprendo.

—Yo... señora...

—Me he cansado ya de sufrir : y empiezo á mandar. Continuareis en mi servicio , pero para obedecerme ¿ lo entendeis ?

—Señora... mi lealtad...

—Probadla : id y anunciar á su magestad.... vos.... vos misma en persona , que le espero.

—Perdóneme vuestra magestad , el duque de Lerma acaba de llegar á palacio y está en estos momentos despachando con el rey.

—Os engañais , mi buena duquesa , dijo Felipe III abriendo la puerta secreta del dormitorio y asomando la cabeza : vuestro amigo el duque de Lerma despacha solo en mi despacho , porque yo me he perdido.

Y franqueando enteramente la puerta , adelantó en el dormitorio.

La duquesa hubiera querido que en aquel punto se la hubiera tragado la tierra. Era orgullosa , se veia burlada en su cualidad de cancerbero de la reina , y se veia obligada á tragarse su orgullo.

—Retiraos doña Juana , y decid al duque que yo estoy en el cuarto de su magestad. Que vuelva mañana á la hora del despacho... ó sino... dejadle que espere... acaso tenga que darme cuenta de algo grave... Retiraos... habeis concluido vuestro servicio : la reina se recoge.

La duquesa de Gandia se inclinó profundamente y salió.

Apenas salió , la reina salió del dormitorio , y cerró la puerta de su recámara , volviendo otra vez junto al rey.

Felipe III y Margarita de Austria estaban solos mirándose frente á frente.

### CAPITULO XIII.

#### El rey y la reina.

—¿Qué os he hecho yo para que me mireis de ese modo? dijo el rey que pretendia en vano sostener su mirada delante de la mirada fija y glacial de su esposa.

—Hace cinco meses y once dias que no pisais mi cuarto, dijo la reina.

—Dichoso yo por quien llevais tan minuciosa cuenta, Margarita, dijo con marcada intencion el rey.

—Esa cuenta la lleva mi dignidad, y la lleva por minutos.

—¡Ah! exclamó el rey... vuestra dignidad... no vuestro amor...

—¡Mi amor! no le merecis...

—¡Señora!

—Hablo á mi esposo, al hombre, no al rey... vos no habeis entrado como rey en medio de vuestra servidumbre, con la frente alta, mandando: habeis entrado como quien burla, por una puerta oculta que yo no conocia. ¿Quién os obliga á ocultaros en vuestra casa?

—Creo, señora, que la camarera mayor y el duque de Lerma, saben que paso la noche con vos.

—Pero saben que la pasais por sorpresa.

—No tanto, no tanto.

—Os habeis venido huyendo del duque de Lerma.

—¿Que haceis? dijo Felipe III.

—Ya lo veis: me siento.

—No creo que sea hora de velar, ni yo ciertamente he venido aquí para trasnochar sentado junto á vos.

La reina no contestó.

—Vos no me amais, dijo el rey.

—Haced que os ame.

—¡Pues qué! ¿no debéis amarme...?

—Debo respetaros como á mi marido, y una prueba de mi respeto son el principe don Felipe, y las infantas nuestras hijas.

—¡Ah! ¡ah! ¡me respetais! ¡y os quejais de que yo tema pasar de esa puerta, cuando en vez del amor que vengo buscando solo encuentro respeto!

—¿Habeis procurado que yo os ame...?

—Enamorado de vos me habeis visto...

—Pero mas de vuestro favorito.

—¡Oh! ¡oh! el duque de Lerma podria quejarse de vos, señora: le acusais.

—De traicion.

—¡Oh! ¡oh!

—Y le estoy acusando desde poco despues de mi llegada á España.

—Pero yo, Margarita, no habia venido ciertamente...

—Y yo don Felipe, que no os esperaba, que hace mucho tiempo que no puedo hablaros sin testigos, aprovecho la ocasion para querellarme á vos de vos y por vos.

—Pues no os entiendo.

—Es muy claro: tengo que querellarme á vos de vos y por vos, porque don Felipe de Austria ofende al rey de España.

—¿Qué ofendo yo al rey de España? ¿es decir, que yo, á mi mismo...? pues lo entiendo menos.

—Ofendeis al rey de España, porque abdicais débilmente el poder que os han conferido, primero la raza ilustre de donde venís, y despues Dios que ha permitido que descendais de esa raza, entregando el poder real, sin condiciones, á un favorito miserable y traidor.

—¿Habeis hablado hoy con el padre Aliaga, señora?

—No ciertamente: yo no hablo con nadie mas que con las personas cuya lista dá el duque de Lerma á la duquesa de Gandia.

—Os engaÑais, porque hablais todos los dias y á todas horas con una persona á quien no pueden ver ni la duquesa ni el duque.



LA REINA DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA.



— ¿Y quién es esa persona?

— Esa persona es vuestra favorita... la hermosa menina doña Clara Soldevilla.

— Seria la última degradacion á que podia sentenciarme vuestra debilidad, el que yo no pudiese retener una de mis meninas en mi servidumbre. A propósito; es ya demasiado mujer para menina, y voy á nombrarla mi dama de honor.

— ¡ Y quién lo impide!

— Nadie... pero os lo aviso.

— Enhorabuena: decid á doña Clara que yo la regalo el traje y el velo y aun las joyas, para cuando tome la almohada.

— Lo acepto, porque ella es pobre y yo no soy rica.

— Ni yo tampoco; pero para un deseo vuestro...

— Os doy las gracias, señor.

— ¡ Oh! no me deis las gracias: ved que os amo, y amadme...

— ¿Qué me amais? dijo la reina inclinándose hácia el rey, dejándole ver un relámpago de sus hermosos ojos azules, y su serena frente pálida como las azucenas y coronada de rizos de color de oro.

— ¡ Oh! ¡ que hermosa eres Margarita! dijo el rey, en cuyas mejillas apareció la palidez del deseo.

Y la atrajo á sí.

Margarita de Austria, se sentó en un movimiento lleno de coqueteria en las rodillas del rey, y se dejó besar en la boca.

— Depon al duque de Lerma, dijo la reina entre aquel beso.

El rey se retiró bruscamente, como si le hubiesen quemado los labios de Margarita.

— Ya sabia yo que no me amábais, dijo la reina levantándose y mirando al rey con cólera.

— Pero señor, ¿cuándo descansaré yo? exclamó el rey dejándose caer en el respaldo del sillón.

— Cuando arrojes de tí esa indolencia que te domina, dijo con dulzura la reina: cuando pienses que un rey no sirve á Dios solo rezando, sino mirando por la prosperidad, por el bien estar y por el honor de sus vasallos.

— Ya velan por todo eso mis secretarios.

— ¡ Tus secretarios! ¡ si, es verdad! velan por los españoles, y cuentan sus cabezas como el ganadero cuenta sus reses para llevarlas al mercado.

—Eres injusta : yo no escucho ninguna queja.

—Las quejas no llegan á tí. Se pierden en el camino.

—Te pregunté si habias hablado hoy con mi confesor , porque el bueno del padre Aliaga , aunque mas embozada y respetuosamente, aprovechándose de que el duque tenia un banquete de estado, me ha tenido toda la tarde el mismo sermón. Y suponiendo que no os engañeis, ni tú que eres la reina de las reinas, por virtud, por discrecion y por hermosura, ni el padre Aliaga que es casi un santo, ¿qué quereis que haga? Reduzca vuestra magestad los gastos de su casa, que España anda descalza, me dice el padre Aliaga. Y cuando esto dice el bueno de mi confesor, cuento las ropillas que tengo y los doblones que poseo, y hallo que cualquier pelgar anda mejor cubierto y mejor provisto que yo.

—Eso demuestra, que siendo exorbitantes las rentas reales; siendo parca nuestra mesa y pocos nuestros trenes y nuestros vestidos, las rentas reales son robadas.

—¡Robadas! ¡robadas! esto es demasiado grave. Yo no creo que un caballero tal como el duque...

—¿Si te doy una prueba de que el duque vende los oficios miserablemente..?

—Siempre se han vendido... me acuerdo de una provision de corregidor que se ha dado esta mañana á Diego Soto, para que la venda en lo que pudiere... y todo esto firmado por mí.

—Si, pero es que el duque vende por su cuenta... te roba...

—¡Oh! no puede ser.

—Mira.

Y la reina sacó, las dos cartas que se habian encontrado en la cartera de don Rodrigo Calderon, con las suyas, y dió una de ellas al rey.

Felipe III leyó la cabeza y la firma :

«¡A don Rodrigo Calderon!—¡El duque de Uceda!»

—Lee, lee... y juzga.

«Mi buen amigo: es necesario que se den las alcabalas de Sevilla á Juan de Villalpando. Ya le conoceis. Es un hombre muy á propósito para nuestros proyectos. No os olvideis que para acabar con el duque de Lerma.....

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey: no lo creyera sino lo viera: y es letra y firma del duque de Uceda: con sus renglones torcidos... el hijo contra el padre..... ya sabia yo que no andaban muy acordes entrambos duques..... ¡pero que llegasen á tanto...! ¡Ah! ¡ah!

—Sigue, sigue, dijo con impaciencia la reina.

—«No olvidéis que para acabar con el duque de Lerma, y hacer comprender al rey cuan ruinoso y perjudicial es su gobierno, se necesita hacerse partidarios en las ciudades, y ninguno mejor para Sevilla que Juan de Villalpando: allí tiene hacienda, mujer y parientes, le conoce todo el mundo, y es audaz cuanto se necesita para que todos les repeten y le teman. Pero como el duque no proveerá en nadie las alcabalas de Sevilla en menos de diez mil maravedis, es necesario que vos interpongais para con él lo mucho que podeis, á fin de que de los diez mil rebaje la mitad. Ya llevamos gastado demasiado para que pensemos algo en los gastos. Haced lo que conviene. El interesado lleva esta carta y yo os veré á la tarde en la comedia...

El rey dobló lentamente la carta y plegó su entrecejo: una espresion de magestad y de dominio aunque indecisa, se marcó en su semblante y luego volvió á desdoblar la carta y la leyó lentamente.

Aquella carta era para Felipe III, uno de esos rayos de luz que de tiempo en tiempo rompen la impura admósfera que rodea á los reyes.

Margarita de Austria, que miraba con profunda alegría el cambio que se habia operado en Felipe III, puso otra nueva carta abierta sobre la que el rey leía por segunda vez.

—Del conde de Olivares, dijo el rey leyendo la firma de aquella segunda carta.

—Lee, lee, y verás que el duque de Lerma á mas de ser ladron es torpe, que le manejan como quieren los que quieren ocupar su puesto y que el tal don Rodrigo es mas traidor, mas ambicioso, mas miserable que todos ellos.

El rey leyó:

«Os escribo porque, interesándoos á vos tanto como á mí el negocio de que trata esta carta, tengo una entera confianza en vos, y no quiero esponerme á que se sepa, por muchas precauciones que tomemos, que nos hemos visto. Importa que todo el mundo nos crea desavenidos. Sostened vos por vuestra parte el papel de enemigo mio, que por la mia yo sostendré el de enemigo vuestro. Seguid hablando mal de mí y mirándome de reojo, que yo seguiré hablando mal de vos sin miraros á derechas.—Lo de la espulsion de los moriscos, es necesario que se lleve cuanto antes á cabo, porque es necesario que cuanto antes, teniendo como tenemos guerra con Inglaterra, con Francia y en el Milanésado, la tengamos tambien en España, y esta guerra la provocarán los moriscos, que no se rendirán sin

combatir. Por otra parte, rebelados los moriscos dentro, se resentirá el comercio que ellos alimentan en gran manera, faltará mas de lo que falta el dinero, y reunidos y alentados Enrique IV y el inglés, apretará la guerra por fuera. Insistid en lo de la confiscacion de los bienes de los moriscos. El duque en su sed de oro, se dejará deslumbrar por este negocio en grande, y aun el mismo rey no encontrará de mas algunos millones de maravedises para remendar su ropilla. Dicen que Lerma tiene hechizado al rey. Hechizad vos al duque. El mejor hechizo para su escelencia es el oro. Conque apretad, apretad, que urge: que si hemos de esperar á que el príncipe sea rey, larga fecha tenemos. Lo del príncipe lo dejaremos al conde de Lemos, y á don Baltasar de Zúñiga, y puesto que el rey es quien puede hacer reyes, vámonos derechos al rey. Sitíemos por hambre al duque haciéndole cometer algunos disparates, y el duque, que si fuera tan buen hombre de Estado como es codicioso, seria invencible, caerá, no lo dudeis, aunque para ello nos veremos obligados á empobrecer el reino, á debilitarle. Nosotros le alzaremos. No os digo mas porque ni tanto era necesario deciros. Guardeos Dios.—El conde de Olivares.»

—Pero esto nada prueba contra el duque, y si mucho contra los condes de la Oliva y de Olivares.

—Prueba que los dos condes, son mas perspicaces que tú, y que saben cuanto es torpe y ciego el duque de Lerma.

—Pero no le vencieron.

—Por una casualidad.

—El duque lo tenia previsto todo.

—Ni el duque ni nadie podia preveer que don Juan de Aguilar tuviese la fortuna de aterrar á los infieles moriscos en la primera batalla: ni el duque ni nadie podia preveer que los enemigos exteriores de España no se aprovecharan de aquellas circunstancias. Pero el duque fue traidor y torpe.

—¡Traidor!

—Si, traidor, y de la manera mas criminal que puede ser traidor un vasallo: manchado ante la historia el nombre de su señor... porque tu nombre aparecerá manchado en la historia por esa tiranía feroz inmotivada contra los pobres moriscos; por esa codicia innoble que les robó.

La mirada del rey se hizo vaga.

—Y torpe, torpe... porque no previó las funestísimas consecuencias que pudo traer sobre España, y que en la parte de su riqueza y de su poblacion la ha traído, el cumplimiento de aquel infame edicto.

—¡Margarita! exclamó el rey, cuya conciencia se retorcia.

—Yo te pedí de rodillas, aquí en este mismo sitio, que revocaras aquel edicto; y te lo pedí por tí mismo, por la gloria de tu nombre, por tu dignidad de rey, mas que por el bien de tus reinos. Te lo pedí Felipe, porque te amo, y porque te amo, te pido la deposicion del duque de Lerma.

—¡Qué me amas, Margarita! ¡qué me amas! exclamó el rey: ¡y no me lo has dicho hasta ahora!

—¿Qué mujer honrada, y que nunca ha amado, no ama al padre de sus hijos? exclamó en un sublime arranque Margarita, arrojándose á los brazos del rey.

Y levantándose de repente, añadió.

—Y no te lo he dicho; no se lo he dicho á nadie, no, y me he mostrado siempre contigo reservada y fría porque... mi orgullo de mujer ha estado continuamente ofendido al verme pospuesta á un favorito.

—Y á quién, á quién buscar...

—¿A quién? Al duque de Osuna...

—Es demasiado soberbio.

—Pero es justo, y valiente y buen vasallo. Y sino Ambrosio Espinola, y sino... sino... Quevedo.

—¡Osuna, Espinola, Quevedo! ¡dos soldados y un poeta!

—Tres españoles que no han renegado de su patria, y que por lo mismo están alejados de ella por el temor de los traidores.

—Lo pensaré, lo pensaré, dijo el rey.

—No, no, pensar lo no: ya lo he pensado yo bastante, ¿no tienes confianza en tu esposa, Felipe...? ¿no me amas? ¿no crees en mi amor?

—Lo pensaré... me duermo... necesito rezar antes mis oraciones.

Y el rey se dirigió al oratorio de la reina.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo Margarita viendo desaparecer al rey por la puerta del oratorio. ¡Ten piedad de España! ¡Ten piedad de mí!



## CAPITULO XIV.

Del encuentro que tuvo en el alcázar don Francisco de Quevedo, y de lo que averiguó por este encuentro acerca de las cosas de palacio, con otros particulares.

Apenas Juan Montiño habia desaparecido por la escalerilla de las Meninas, cuando Quevedo, que como sabemos, observaba desde la puerta, se embocó por aquellas escaleras en seguimiento del jóven.

—En peligrosos pasos anda el mancebo, dijo don Francisco: sobre resbaladiza senda camina: sigámosle, y procuremos avizorar y prevenir, no sea que su padre nos diga mañana: con todo vuestro ingenio no habeis alcanzado á desatollar á mi hijo.

Y Quevedo seguia cuanto veloz y silenciosamente le era posible, á la jóven pareja que le precedia en las tinieblas.

—¿Y quién será ella? ¿quién será ella? decia el receloso satírico.

Y seguia sudando, á pesar del frío, á los dos jóvenes que andaban harto de prisa.

—Pues ó he perdido la memoria y el tiento ó todo junto, decia Quevedo, ó se encaminan á la portería de Damas: paréceme que se paran: ¡adelante y chito! suena una llave, se abre una puerta, entran... ¡ah! esa momentánea luz... el cuarto de la reina... ¿será posible? ¿me habré yo engañado pensando bien de una mujer? Merecido lo tendría. ¿Pero quién vá?

Habia oido pasos Quevedo.

—No vá, viene, dijo una voz ronca.

—¡Por el alma de mi abuela! ¿y de dónde venís vos hermano?

—Ni sé si del cielo ó si del infierno. Vos, hermano, ya sé que del infierno sois venido, porque San Marcos no debe de haber sido para vos la gloria.

—Ha venido á ser el purgatorio, Manolillo, hijo.

—Veo que no habeis olvidado á los amigos.

—¿Y cómo olvidaros, si creo que por haberos tratado en mi niñez se me han pegado vuestras picardías?

—Yo no soy pícaro, y si lo soy, soy pícaro á sueldo.

—Tanto monta, que nadie hace picardías al aire. ¿Pero dónde vivís? pareceme de que me lleváis por las escaleras de las cocinas.

—Así es la verdad, hermano Quevedo; he visto cuanto podia ver, y á mi mechinal me vuelvo.

—Pues sígoos.

—En buen hora sea.

—Decidme, ¿por qué me digisteis allá abajo, que no sabíais si veníais del cielo ó del infierno.

—Decíalo por un mancebo que acababa de entrar.

—¿En el cuarto de la reina...?

—¿Habéisle visto?

—Le seguia.

—¿Y no os parece que ese mancebo puede muy bien encontrar en ese cuarto una gloria ó un infierno?

—Alegrariame que le glorificasen.

—Y yo; aunque no fuese mas que por verme vengado...

—¿Del rey...?

—¡Qué rey! ¡qué rey! dijo el bufon.

—Paréceme será bien que callemos hasta que nos veamos en seguro.

—Decís bien... nunca palacio ha sido tan orejas todo como ahora.

Pero ya llegamos.

—Acababan de subir las escaleras, y el tio Manolillo habia tomado por un callejon estrecho.

Detúvose á cierta distancia del desemboque de las escaleras, y sonó una llave en una cerradura.

—Pasad, pasad, don Francisco, dijo el bufon.

Quevedo entró á tientas en un espacio densamente oscuro.

El bufon cerró.

Poco despues se oyó el chocar de un eslabon sobre un pedernal, sal-

taron algunas chispas, y brilló la luz azul de una pajuela de azufre, que el bufon aplicó al pábilo de una vela de sebo.

Quevedo miró en torno suyo.

Era un pequeño espacio abovedado, deprimido, denegrido, desnudo de muebles, á cuyo fondo habia una puerta á la que se encaminó el bufon.

Signióle Quevedo.

El tio Manolillo cerró aquella puerta.

Era el bufon del rey, un hombre como de cincuenta años, pequeño, rechoncho, de semblante picaresco, pero en el cual, particularmente entonces que estaba encerrado con Quevedo, y no necesitaba encubrir el estado de su alma, estaba impresa la espresion de un malestar roedor, de un sentimiento profundo, que daba un tanto de amargura infinita á su ancha boca, cuyos labios sùtiles, habian contraído la espresion de una sonrisa habitual, burlona y acerada cuando estaba delante del mundo sombría y dolorosa entonces que el mundo no le veía. El color de su piel era fuertemente moreno, sus cabellos entrecanos, la frente pronunciada, audaz, inteligente, marcada por un no sé qué solemne: las cejas y los ojos negros; pero estos últimos, pequeños, redondos, móviles, penetrantes, en que se notaba un marcadisimo estravismo: la nariz larga y aguileña: la boca ancha, la barba saliente, el cuello largo. Sus miembros, contrastando desapaciblemente con su estatura, eran de gigante, cortos, musculosos, fuertes: vestia un sayo y una caperuza á dos colores, rojo y azul: llevaba calzas amarillas, zapatos de ante y un cinturón negro que solo servia para sujetar un ancho y largo puñal.

El bufon se sentó en un taburete de pino, y dijo á Quevedo:

—Ahora podemos hablar de todo cuanto queramos: mi aposento es sordo y mudo. Sentaos en ese viejo sillón que era el que servia al padre Chaves para confesar al rey don Felipe II.

—Siéntome aunque me esponga á que se me peguen las picardías del buen fraile dominico, dijo Quevedo sentándose.

—¡Oh! ¡y si hablara ese sillón! dijo el tio Manolillo.

—Si el sillón calla, España acusa con la boca cerrada, los resultados de los secretos que junto á este sillón se han cruzado entre un rey demasiado rey, y un fraile demasiado fraile.

—Pero al fin, don Felipe II...

—No era don Felipe III.

—En cambio, el padre Chaves, no era el padre Aliaga.

—El padre Aliaga no tiene mas defecto que ser tonto, dijo Quevedo mirando de cierto modo al bufon.

—Vaya, hermano don Francisco, hablemos con lisura y como dos buenos amigos, ya sabeis vos que tanto tiene de simple el confesor del rey, como de santo el duque de Lerma. Si quereis saber lo que ha pasado en la córte de los dos años que habeis estado guardado, preguntadme derechamente, y yo contestaré en derechura. Sobre todo, sirvámonos el uno al otro.

—Consiento. Y empiezo. ¿En qué consiste que esa gentecilla no haya hecho sombra del padre Aliaga?

—En que el rey, es mas rosario que cetro.

—¿Y cree un santo á fray Luis?

—Y creo que no se engaña, como yo creo que si fray Luis es ya santo, acabará por ser mártir, tanto mas, cuanto no hay fuerzas humanas que le despeguen del rey: y como el padre Aliaga es tan español y tan puesto en lo justo, y tan tenaz y tan firme, con su mirada siempre humildé, y con su cabeza baja, y con sus manos metidas siempre en las mangas de su hábito... ¡motilon mas completo..! Si yo no tuviere tantas penas, sería cosa de fenecer de risa con lo que se vé y con lo que se huele: mas bandos hay en palacio que bandas, y mas encomendados que comendadores, y mas escuchas que secretos, aunque bandos, encomiendas y enredos, parece que llueven. En fin, don Francisco, si esto dura mucho tiempo, el alcázar se convierte en Sierra Morena: lo mismo se bandidea en él que si fuera despoblado, y en cuanto á montería, piezas mayores pueden correrse en él, sin necesidad de ojeo, que no lo creyérais sino lo viérais.

—Me declaro por lo de las piezas mayores; veamos. Primera pieza.

—Su magestad el rey de las Españas y de las Indias, á quien Dios guarde.

—Te engañaste hermano bufon: tu lengua se ha contaminado y anda torpe. El rey no puede ser pieza mayor... por ningun concepto. Y lo siento, porque el tal rey es digno de esa, y aun de mayor pena afflictiva. La reina es demasiado austriaca.

—Y demasiado mujer, á lo que juntándose que hay en la córte gentes demasiado atrevidas...

—De las cuales vos no sois una de las menores.

—Tengo pruebas...

—Pues mostrad, tio Manolillo... dadme capote, que por mas que lo

sienta os aplaudiré... ¡pero engañarme yo tratándose de mujeres...! ¡creer yo que la buena Margarita de Austria...! si de esta vez me engaño, ni en la honra de mi madre creo... conquese desembuchad, hermano, desembuchad, que me teneis impaciente, y tanto mas cuanto tengo que haceros preguntas de dos años. ¿Quién es el rey secreto?

—Para que lo fuera por entero, solo podia ser don Rodrigo Calderon.

—¡Ta! ¡ta! os engañásteis, hermano.

—Don Rodrigo tiene cartas de la reina.

—Téngolas yo.

—Bien puede ser, porque donde entra el sol entra Quevedo.

—Y aun donde no entra: pero de la reina no tengo mas que cartas.

—Sois leal y bueno.

—Tienenme por rebelde.

—Los pícaros.

—Y aun los que no lo son.

—Sois una cosa y parecis otra.

—¡Ah! sino fuera porque estamos perdiendo el tiempo querria que me explicáseis...

—Os he visto tamaño como una mano de mortero: cuando andábais poniendo mazas á las damas de palacio, y cuando mas tarde ellas os ayudaban á poner mazas á sus maridos. Yo os he soltado la lengua, y meciéndoos sobre mis rodillas he sido vuestro primer maestro. Nos parecemos mucho, don Francisco: yo soy deforme y vos lo sois tambien, aunque menos: vos llorais riendo, y yo rio rabiando: vos os mostrais contento con lo que sois, y quereis ser lo que ninguno se ha atrevido á pensar: yo llevo con la risa en los labios mi botarga, y siempre alegre sacudo mis cascabeles, y si pudiera convertirme en basilisco, mataria con los ojos á mas de uno de los que me llaman por mucho favor loco... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! yo estruendo y chacota del alcázar, llevo conmigo un veneno mortal, como vos en vuestras sátiras regocijadas ocultais el veneno de un millon de víboras, sois licenciado y poeta y esgrimidor, y aun muchas cosas mas. Yo no tengo mas licencias que las que á disculpa de loco me tomo; yo no escribo sátiras, pero las hago: yo no empuño hierros, pero mato desde lo oscuro. Vos sonais mas que yo: vos sois el bufon de todos por estafeta, y yo soy el bufon del rey por oficio parlante: cuando vos pasais por una calle todos dicen ¡allá va Quevedo! y se rien. Cuando yo paso por las erugías de palacio con mi caperuza y mi sayo de

colores, todos dicen, y no reparan en que al decirlo hablan con el rey mas que conmigo: ¡Allá va el simple del rey! y... se rien tambien; y vos os aprovechais de las risas de todos que son vuestra mejor espada, y yo me aprovecho de las risas de los cortesanos que son mi único puñal. Vos sois enemigo de los que mandan, y abusan del rey, y servis al duque de Osuna, y os declarais por la reina, por ambicion, y yo aborrezco á los que vos aborreceis y amo á los que vos amais por venganza. ¿Sabe acaso alguien á donde vos vais? ¿sabe alguien á donde yo voy? ¡oh! y si alguna vez llegamos al fin de nuestro camino, juro á Dios que no han de reirse mas de cuatro con los desenfados del poeta y con las desvergüenzas del bufon.

Quedóse profundamente pensativo Quevedo, como si hubiese sentido la mirada del bufon en lo mas recóndito de su alma, y luego levantó la cabeza, y fijó en Manolillo una mirada profundamente grave y dominadora.

—Dios sabe á donde vais vos, á donde voy yo, dijo; pero si me conoceis tanto como decís, saber debéis, que como me cuesta el andar mucha fatiga, nunca doy pasos en vano. A propósito de las piezas mayores de palacio, habéisme dicho que la primera es el rey. Os engañais; pero como sois hombre de ingenio y de experiencia, quisiera saber el motivo de vuestro engaño. En esto debe de danzar la Dorotea... vuestra ahijada... ó vuestra hija, ó vuestra querida...

Púsose pálido como un difunto el tío Manolillo.

—¡Pobre Dorotea! exclamó el bufon.

—Pobre de vos que sois un insensato... Allá en San Marcos supe, por cartas de algunos amigos que se venian sin que nadie las viese á mi bolsillo, y que yo leía cuando de nadie era visto, supe, repito, que la Dorotea se habia escapado del convento donde la guardábais y se habia metido á cómica: supe además que el duque de Lerma la mantenía, y alegreme, porque dije: el tío Manolillo será enemigo á muerte de su escelencia. Ahora medito y despues de meditar saco en claro: que siendo la Dorotea amante vendida del duque de Lerma, debe de haber andado en la venta don Rodrigo Calderon; que siendo don Rodrigo Calderon lo que es, puede haber habido algo que no gustaria al duque de Lerma si lo supiese, porque el buen señor es muy vanidoso muy creído de que lo merece todo, á pesar de sus años y de sus afeites; que habiendo habido algo entre vuestra hija y don Rodrigo, vuestra hija habrá tenido celos, y no habrá encontrado otra mejor que la reina para justificarlos: de modo

que un ministro tonto, un rufian dorado, una mujerzuela semi-pública y un padre, ó amante, ó pariente tal como vos, que tratándose de Dorotea no sois ya un loco á sueldo sino un loco de veras, son ó pueden ser la causa de la deshonra de una noble y digna y casi santa mujer, que ha tenido la desgracia de ser reina de España, cuando rey de España es Felipe III.

—¿No habeis visto entrar en el cuarto de la reina un hombre, don Francisco?

—Si, por cierto: y os confieso que la tal entrada me pone en confusiones: como que el hombre que ha entrado en el cuarto de la reina es un mozo que me interesa mucho y que... os voy á dar un alegron tio Manolillo: pero habeis de pagármelo diciéndome todo lo que sepais.

—Si me alegro os pago.

—Pues bien, es muy posible que á estas horas don Rodrigo Calderon esté en la eternidad.

—¡Dios mio! exclamó el bufon. ¡Pero estais seguro don Francisco!

—Lo que se deciros es, que ese mancebo, que sabe lo que se hace cuando da un golpe, acababa de reñir con él y de tenderle cuando entró en palacio.

—¡Ah! ¡ah! ¡han encontrado quien les haga el negocio de balde!

—Acaso ese pobre muchacho pague muy caro el haber dado al traste con don Rodrigo Calderon.

—¿Muy caro?

—Si por cierto; como que está enamorado como un loco de la dama por quien se ha metido en ese lance.

—¡Esperad! ¡esperad! yo he visto al entrar ese mancebo en el cuarto de la reina su semblante, y no le conozco, aunque me ha parecido encontrar en él un no se qué... ¿conoceis á ese mancebo?

—¡Mucho!

—¿Y cómo se llama?

—Juan Martinez Montño.

—¡Ah! ¿es pariente del cocinero del rey?

—Su sobrino carnal, hijo de su hermano.

—Don Francisco, no mereceis que yo os hable con lisura.

—¿Por qué?

—Porque vos no sois conmigo liso y llano.

—Cogedme en un renuncio.

—Estais cogido.

—¿Por dónde?

—Por ese mancebo.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? ¿no decís que es sobrino del cocinero mayor?

—Así resulta de su partida de bautismo.

—Las partidas de bautismo se compran.

Miró profundamente Quevedo al bufon.

—Pero lo que no se compra es el semblante.

—¿Qué queréis decir?

—Digo que se algo de ese secreto.

—¿De qué secreto?

—Estamos jugando al acertijo, hermano Quevedo, á pesar de que nadie nos escucha.

—¿Teneis pruebas...?

—¿De que ese mancebo...? ¡vaya! al verle me acometió una sospecha: pero cuando me habeis dicho que es hijo de un Montiño... no pude dudar... como que... ya se ve estoy en el enredo...

—¿Acabaremos, hermano bufon?

—Si por ejemplo ese mozo en vez de llamarse Juan Montiño, se llamase don Juan Giron...

—¡Diablo! exclamó Quevedo.

—¿Cómo! ¿no lo sabiais don Francisco?

—Algo se me alcanzaba.

—¿Y sabeis cómo se llamaba su madre?

—No me lo han dicho.

—Pues yo voy á deciroslo.

—Sepamos.

—La madre se llamaba... y se llama, doña Juana de Velasco, duquesa viuda de Gandia, camarera mayor de su magestad.

Abrió enormemente los ojos Quevedo.

—Y que hermosa, que hermosa estaba entonces la duquesa.

—¿Pero estais seguro de ello, amigo Manoiillo?

—¡Qué si estoy seguro! como lo estaria, si por ejemplo, dentro de algunos meses, la señora condesa de Lemos, despues de haber estado mucho tiempo en la cama á pretexto de enfermedad y en ausencia de su marido, saliese una noche de Madrid en una litera.

—¡Ah! ¡ah! ¿y no habeis encontrado para vuestra comparacion otra dama que doña Catalina de Sandoval?

—Es tan hermosa como lo era en otro tiempo la duquesa de Gandia, tan viva como ella, y tuvo la fortuna ó la desgracia de encontrarse una noche á oscuras en el Escorial con el duque de Osuna, como doña Catalina en el alcázar con...

—Pero tío Manolillo, vamos á cuentas ¿vos sois el bufon del rey ó el mochuelo del alcázar?

—De todo tengo. Siempre me han salido al paso los enredos.

—Como á mí.

—Si ya os lo dije; nos parecemos mucho. Pero continúo con mi suposicion: supongamos que con tales antecedentes, sale una noche la señora condesa de Lemos en una litera por un postigo de su casa, muy encubierta, y que yo, por casualidad paso por la calle y veo aquello: que al ver aquello me acuerdo de lo otro que oí por casualidad, ajusto la cuenta por los dedos, entro en curiosidad de saber en lo que quedará la aventura, y me voy detrás de la litera y de los hombres que la acompañan: que así andando, andando, y acatándome, amparado de una noche oscura, sigo á la litera por espacio de cinco leguas, y entro tras ella, recatándome siempre, en un lugar... supongamos que aquel lugar es Navalcarnero: que la litera se para delante de una casa, y sale la condesa de Lemos muy tapada y se oscurece en la casa cuya puerta se cierra en silencio: que yo me quedo á la mira, y á las dos noches despues vacilante y trémula veo salir de nuevo á la señora condesa muy tapada, que se mete en la litera, y que la litera sale del pueblo y toma el camino de Madrid. Que yo me quedo aun en el pueblo y que á los tres dias se bautiza solemnemente un niño. Aunque me digan frailes franciscos, que aquel niño es hijo de matrimonio, y que es hijo de Juan Lanás y de su mujer, yo diré siempre aun cuando pasen muchos años: ese tal, no se llama Juan Lanás, ó no debe llamarse, sino Juan de Quevedo y Sandoval.

—¡Ah! bribon redomado, exclamó Quevedo: gato sin sueño, huron de secretos: guardad por caridad el que habeis pescado esta noche, que ridiculo fuera negároslo y decidme por caridad tambien, ¿era ya pieza mayor del alcázar cuando en él andaba, mi señor el conde de Lemos?

—No abundan los Quevedos, hermano, y necesario era uno para que la buena doña Catalina dejase de ser coto cerrado, como fue necesario todo ún duque de Osuna con toda su audacia, para que la buena doña Juana de Velasco, añadiese á su descendencia un bastardo. Pero lo gracioso es que doña Juana de Velasco no sabe quién es el padre de su hijo

incógnito; ni el nombre del dueño de la casa en donde tapada y rebujada la metieron en Navalearnero; que, en una palabra, la parece un sueño su encuentro con un hombre audaz en una galería del palacio del Escorial á punto que por un celo exagerado iba á avisar á la infanta doña Catalina, de que acababa de llegar un ginete con la nueva de que el mar y los vientos habian vencido á la armada Invencible: un soplo malhadado mató la bujía de que iba armada la duquesa y el duque de Osuna, que acudia al lado del rey, que estaba en el coro se dió un tropezon con ella. De modo que, si el viento no destruye á la Invencible, y si otro soplo de viento no mata la luz de doña Juana de Velasco, Juan... Montaña, no existiría.

—Y si vos no estuvierais en todas partes, no sabriais ese secreto endiablado de hace veinte y dos años, ni este otro secreto reciente... os pido por caridad hermano bufon que calleis, que calleis como habeis callado acerca del secreto de la duquesa... y como nos embrollamos y nos revolvemos, bueno será que volvamos á buscar el hilo. Deciamos...

—Justo: deciamos á propósito de si el rey era pieza mayor ó menor...

—A propósito de eso habiamos ido á dar en don Rodrigo, y á propósito de don Rodrigo en ese mancebo que ha entrado secretamente en el cuarto de la reina. Deciamos ó decia yo, que está enamorado como un loco de la dama que le ha metido en el lance, pero él no conoce á esa dama...

—¿Que no la conoce y está enamorado?

—Cosas de mozos: se ha enamorado á bulto.

—Pues mirad: ha acertado en enamorarse porque eso tiene ahorrado para cuando la vea el semblante.

—¿Pero quién es ella? ¿abremos tropezado con otra pieza mayor?

—No por cierto: se trata de una doncella, que á pesar de su hermosura nunca ha tenido novio.

—El nombre, tío Manolillo, el nombre.

—Doña Clara Soldevilla.

—La hermosa, la hermosísima hija, digo si en los dos años que no la veo no la han dado viruelas, la matadora de corazones, engendrada por el buen Ignacio Soldevilla. ¿Y dónde está su padre?

—En Nápoles con el duque de Osuna.

—¡Ah! ¡diablo! ¡diablo! pareceme que si los muchachos se quieren podremos tener boda; pero maravillame que doña Clara, que no le ha conocido hasta esta noche...

—Aquí debe de haber algo... y algo grave, dijo el tío Manolillo, en lo que acaso yo no tenga poca parte.

—Esplicaos por Dios, hermano.

—Esplicome, y para esplicarme pregunto : ¿ dónde ha visto don Juan Giron...

—Juan Montaña, hermano, Juan Montaña.

—Bien, ¿ dónde ha visto Juan Montaña á doña Clara?

—En la calle.

—¡ En la calle!

—Amparóse de él al verse perseguida por don Rodrigo Calderon.

—¡ Ah! me parece que voy trasluciendo. ¿ Y dónde llevó doña Clara á Montaña?

—Callejeole de lo lindo, largose, y le metió en un lance de estocadas con don Rodrigo.

—De cuyo lance...

—No por cierto... contentóse con desarmarle y se fué á buscar á su tío postizo á casa del duque de Lerma.

—¿ Y cuando hirió ó mató, ese jóven á don Rodrigo?

—Eso es despues.

—¿ Y cómo sabeis vos?

—Encontrele casa del duque de Lerma, adonde yo iba en busca del cocinero mayor, y le metí en la casa. Pero en la puerta me encontré antes de hablar con Montaña... ¿ á quién direis que me encontré...?

—No adivino.

—A Francisco de Juara.

—Lacayo y puñal de don Rodrigo Calderon... ¡ ah! ¡ ah! ¡ hermano Quevedo, y qué conocimientos teneis!

—El conocer no pesa. Francisco de Juara me contó lo que había acontecido á su señor, con Juan Montaña, y Juan Montaña se alegró mucho de hallarme y yo de hallarle y... pero vamos al secreto. Yo iba á casa del duque de Lerma, con una carta de la duquesa de Gandia para el duque que me había dado la condesa de Lemos con quien tropezé cuando iba al alcázar en busca del cocinero mayor... de modo que, váleme Dios y que rastra suelen traer las cosas, ahora se me ocurre que el buen rey don Felipe el II tiene la culpa de mi encontron con la condesa de Lemos.

—¡ Pardiez, no atino!

—Ciertamente : si al rey don Felipe no se le hubiera ocurrido armar la Invencible, y enviarla á saludar á la reina de Inglaterra, la tempestad

no hubiera deshecho la armada: no hubiera ido un ginete al Escorial á dar al rey la nueva del fracaso: la duquesa de Gandia no hubiera ido al cuarto de la infanta doña Catalina, ni el duque de Osuna al coro en busca del rey: no se hubieran encontrado, pues, á oscuras duquesa y duque, no hubiera nacido Juan, y no existiendo Juan, al soltarme de San Marcos me hubiera yo ido á Nápoles en vez de venirme á Madrid, y no me hubiera encontrado con la buena buenisima hija del duque de Lerma: ni ella me hubiera dado la carta de la camarera mayor para su padre, ni por consecuencia, hubiera yo encontrado en el zaguan del duque á Juan Montiño, ni hubiera salido por el postigo de la casa del duque despues de haber hablado con su esclencia, ni hubiera encontrado á Juan Montiño, que me acometió equivocándome con don Rodrigo, á quien esperaba para matarle, y si yo no hubiera estado allí cuando don Rodrigo salió, Juan Montiño muere; porque Francisco de Juara que guardaba las espaldas á don Rodrigo, no se hubiera encontrado con mi espada, hubiera dado un mal golpe por detrás á nuestro mancebo, mientras don Rodrigo le entretenia por delante. De modo, que puede decirse, que si el rey don Felipe no envia á la Invencible contra Inglaterra, no sucede nada de lo gravísimo que ha sucedido esta noche.

—Desenmarañemos este enredo, y pongámosle claro para dominarle, hermano Quevedo. Decís vos, que ese mancebo, entró casa del duque de Lerma amparado de vos, y pudo ver á su tío.

—Eso es.

—Que despues encontrasteis á ese mozo al salir por el postigo del duque, esperando á don Rodrigo para matarle.

—Verdad.

—Ahora bien; ¿por qué queria matar ese mozo á don Rodrigo? repuso el bufon.

—Porque decia habia comprometido el honor de una dama.

Quedóse profundamente pensativo el bufon, como quien reconcentra todas sus facultades para obtener la resolucion de un misterio.

—¡El cocinero mayor de su magestad, dijo el bufon, es usurero!

—¿Qué tiene que ver ese pecado mortal de Francisco Montiño para nuestro secreto?

—Espérad, esperad. El señor Francisco Montiño, se vale para sus usuras, de cierto bribon que se llama Gabriel Cornejo.

—Veamos, veamos á donde vais á parar.

—Me parece que voy viendo claro. Ese Gabriel Cornejo, que á mas

de usurero y corredor de amores, es brujo, y asesino, sabe por torpeza mia un secreto.

—¡ Un secreto!

—Sabe que yo quiero ó queria matar á don Rodrigo Calderon. Sabe ademas otro secreto por otra torpeza de Dorotea: esto, es, que don Rodrigo Calderon tiene ó tenia cartas de amor de la reina.

—¡ Tenia! ¡ tenia! dijo con arranque Quevedo. Decís bien tio Manolillo, decís bien, vamos viendo claro: ya sé, ya sé lo que Juan Montaña buscaba sobre don Rodrigo Calderon cuando le tenia herido ó muerto á sus piés. Lo que buscaba ese jóven eran las cartas de la reina: para entregar esas cartas era su venida á palacio, para eso y no mas que para eso ha entrado en el cuarto de su magestad.

—Pues si ese caballero ha entregado á la reina esas cartas, y don Rodrigo Calderon no muere... ¿qué importa que muera don Rodrigo?... siempre quedarán el duque de Lerma, el conde de Olivares, el duque de Uceda, enemigos todos de su magestad: si esas terribles cartas han dado en manos de su magestad, esta se creará libre y salvada, y apretará sin miedo, porque es valiente y la ayuda el padre Aliaga...

—Y la ayudo yo...

—Y yo... y yo tambien.... pero.... son infames y miserables, y la reina está perdida... está muerta...

—¡ Muerta! ¡ se atreverán! y aunque se atrevan... ¿podrán...?

—Si, si por cierto, y para probaros que pueden, os voy á nombrar otra de las presas mayores que se abrigan en el alcázar.

—¡ Ah! ¡ otra pieza mayor!

—Francisco Martinez Montaña, cocinero mayor del rey.

—¡ Ah! ¡ tambien el buen Montaña!

—Lo merece por haber inventado el estraño guiso de cuernos de venado que sirve con mucha frecuencia al rey.\*

—Contadme, contadme eso hermano: ¡ enredo mas enmarañado! ¡ y no sé, no sé como se ha atrevido, porque su difunta esposa..!

—La maestra de los pages...

—¡ Y qué horonda y qué fresca que era! ¡ y qué aficionada á los buenos bocados!

—Y creo que el bueno del cocinero hubo de notar que habia ratones en la despensa; pero no dió con el raton.

—Y ya debe estar crecida y hermosa Inesita.

—¡ Pobre Montaña!...

—Herege impenitente... pero sepamos quien es ahora el raton de su despensa.

—No es raton, sino rata y tremenda... el sargento mayor, don Juan de Guzman.

—¿El que mató al marido de cierta bribona á quien galanteaba, y partió con ella los doblones que el difunto habia ahorrado, por cuyo delito le ahorcan sino anda por medio don Rodrigo...?

—El mismo.

—Ha mandado don Rodrigo á ese hurtado á la horca que enamore á la mujer de Francisco Montiño...

—Como que la hermosa Luisa entra cuando quiere en las cocinas de su magestad, y nadie le impide de que levante coberteras y descubra cacerolas.

—No crei, no crei que llegase á tanto el malvado ingenio de don Rodrigo. Pero bueno es sospechar mal, para prevenirse bien. Alégrome de haberos encontrado, amigo bufon, porque Dios nos descubre marañas que deshacer..... y las desharemos ó podremos poco. Pero contadme, contadme: ¿en qué estado se encuentran los amores del sargento mayor, y de la mayor cocinera?

El tio Manolillo no contestó: habia levantado la cabeza; y puéstose en la actitud de la mayor atencion.

—¿Qué escuchais? dijo Quevedo.

—¡Eh! ¡silencio! dijo el bufon levantándose de repente y apagando la luz.

—¿Qué haceis?

—Me prevengo. Procuro, que si miran por el ojo de la cerradura de la otra puerta no vean luz bajo esta. Es necesario que me crean dormido: necesitan pasar por delante de mi aposento y me temen. Pero se acercan. Callad y oid.

Quevedo concentró toda su vida, toda su actividad, toda su atencion de sus oidos, y en efecto oyó unas levisimas pisadas como de persona descalza, que se detuvieron junto á la puerta del bufon.

Durante algun espacio nada se oyó. Luego se escucharon sordas y contenidas las mismas leves pisadas, se alejaron, se perdieron.

—¿Es él? dijo Quevedo.

—El debe ser; pero el cocinero mayor..... ¿como se atreve ese hombre...?

—Francisco Montiño no está en Madrid esta noche.

—¡Ah! ¿pues qué cosa grave ha sucedido para que deje sola su casa?

—Segun me ha dicho su sobrino postizo, á ido ha Navalcarnero donde queda agonizando un hermano suyo.

—¡Oh! entonces el que ha pasado es el sargento mayor Juan de Guzman.

Y el bufon se levantó y abrió la ventana de su mechinal.

—¿Qué haceis, hermano? cerrad que corre ese vientecillo que afeita.

—Oscuro como boca de lobo, dijo el bufon.

—¿Y qué nos da de eso?

—Y lloviendo.

—Pero esplicaos.

—¿Quereis ver al raton en la ratonera junto al queso?

—¡Diablo! dijo Quevedo. ¿Y para qué?

Y despues de un momento de meditacion, añadió :

—Si quiero.

—Pues quitaos los zapatos.

—¿Para salir al tejado?

—No tanto. Por aqui se sale á las almenas viejas, y por las almenas se entra á los desvanes y por los desvanes se va á muchas partes. Por ejemplo al almenar adonde cae la ventana del dormitorio del cocinero de su magestad.

—Pues no hay que preguntarme otra vez si quiero, dijo Quevedo quitándose los zapatos.

—No dejeis aqui vuestro calzado, porque saldremos por otra parte.

—Ya sabia yo que erais el huron del alcázar.

—Como me fastidio y sufro y nada tengo que hacer, husmeo y encuentro, y averiguo maravillas. ¿Estais listo ya, don Francisco?

—Zapatos en cinta me teneis y preparado á todo.

—No os dejeis la linterna.

—¿Qué es dejar? Nunca de ella me desamparo: cerrada y encendida la llevo y haciendo compañía á mis zapatos. ¿Estais vos ya fuera?

—Fuera estoy.

—Pues allá voy y esperadme. Eso es. ¿Y sabeis que aunque viejo no habeis perdido las fuerzas? me habeis sacado al terrado como si fuera una pluma. Estas piernas mias... parece providencia de Dios para muchas cosas el que yo no pueda andar de prisa ni valerme.

—Dadme la mano.

—Tomad.

—Estamos en los desvanes.

—Mi linterna nos valga.

—Nos viene de molde, porque estos desvanes son endiablados.

—*Fiat lux*, dijo Quevedo abriendo la linterna.

Encontrábanse en un desvan espacioso, pero interrumpido á cada paso por maderos y por desigualdades. El bufon empezó á andar encorbado y cojeando por aquel laberinto.

De repente se detuvo y enseñó un boqueron á Quevedo.

—¿Y qué es eso? dijo don Francisco.

—Esto es una providencia de Dios.

—Mas claro.

—Eso antes era un tabique.

—¿Y ocultaba algo bueno?

—Una escalera de caracol.

—¿Y á dónde va parar esa escalera?

—A muchas partes, entre ellas á la cámara del rey y de la reina, y á las cuevas del alcázar.

—¿Y cómo dísteis con ese tesoro, hermano?

—Buscando un gato que se me había huido.

—Sois el diablo familiar del alcázar.

—Sigamos adelante que luego volveremos por aquí.

—Sigamos, pues.

Anduvieron algun espacio.

—Dadme la mano y cerrad la linterna.

—¿Hemos llegado?

—Estamos cerca.

—*Fiant tenebræ*, dijo Quevedo cerrando la linterna.

—Ahora venid, venid tras de mí, en silencio y vereis y oireis.

Zumbaba el viento, llovía, y el viento y la lluvia y la oscuridad de la noche protegían á los dos singulares espedicionarios.

—Marchaban entre un tejado y un almenar.

De repente el bufon asió á Quevedo, y le volvió sobre su derecha.

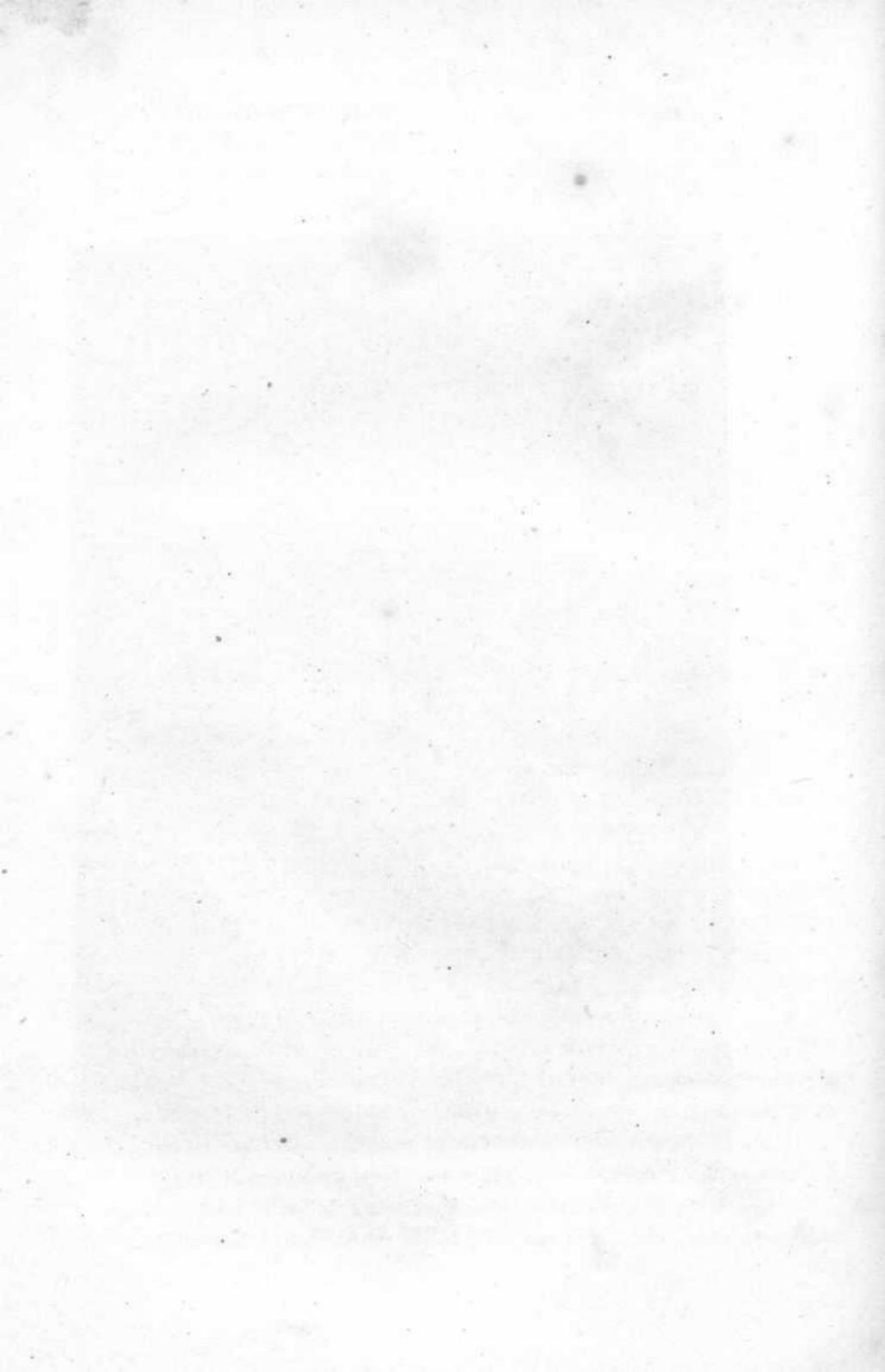
Entonces Quevedo vió frente á él una ventana, y por algunos agujeros de esta el reflejo de una luz en el interior.

Quevedo acercó su semblante y pegó sus antiparras á uno de aquellos agujeros, y el bufon á su lado se puso asimismo en acecho.

En aquel mismo punto dió el reloj del alcázar las tres de la mañana.



—¿Y QUE ES ESO?



## CAPITULO XV.

De lo que vieron y oyeron desde su acechadero Quevedo y el bufon del rey.

Un hombre se paseaba en una habitacion muy pequeña y harto humildemente alhajada.

Una estera de esparto, algunas sillas, una mesa sobre la que ardía una lamparilla delante de una vírgen de los Dolores, pintada al óleo, y algunas estampas en marcos negros sobre las paredes blancas, componian todo el menaje de aquella habitacion.

Al fondo habia una puerta cubierta con una cortina blanca.

Sentada en una silla junto á una mesa apoyado en ella un brazo, y en la mano la cabeza, habia una mujer jóven y hermosa, pero triste, pensativa y á todas luces contrariada.

Esta mujer era Luisa la esposa del cocinero mayor de su magestad.

Blanca, blanquísima, pelinegra y ojinegra, gruesecita, de mediana estatura, sino se descubria en ella esa distincion, esa delicadeza que tanto realza á la hermosura, no podia negarse que era hermosa, muy hermosa pero con una hermosura plebeya, permitasenos esta frase.

Habia en ella sobra de vida, sobra de voluntad, violencia de pasiones disgusto profundo de su suerte, todo esto representado y como estereotipado en su semblante. Estaba, como dijimos anteriormente, en cinta de una manera abultada, y vestia sencilla, mas que sencilla, miserablemente.

El hombre que se paseaba en la habitacion y hablaba casi por monosílabos y lentamente con Luisa, era un hombre alto, fornido, soldadote en el ademan, en el traje y en la espresion, con cabellera revuelta, frente cobriza, ojos negros, móviles y penetrantes, mejillas rubicundas y grandes mostachos retorcidos. Vestia una gorra de velludo con presilla de acero, un colete de ante, cruzado por una banda roja, una loba abierta de paño burdo que dejaba ver el colete, la banda y un ancho talabarte de que pendia una enorme espada, unas calzas rojas imitadas á grana, y unos zapatos altos.

Este hombre en el conjunto podia llamarse buen mozo: uno de esos Rolandos lo mas á propósito para volver el seso á ciertas mujeres que pertenecian á cierta clase media, despreciadoras de gente menuda, que no podian aspirar á los amores de los caballeros de alto estado, y que se contentaban y aun se daban por dichosas con los amores de hidalgos del porte y talante del sargento mayor don Juan de Guzman, que era el hombre que hemos descrito, que se paseaba en el profanado dormitorio de Francisco Montño y que hablaba por monosílabos con su mujer.

—Es preciso... pues... si... de otro modo..., decia este hombre cuando el bufon y Quevedo se pusieron en acecho.

Tembló toda Luisa.

—Ha sido herido, casi muerto... añadió el soldadote.

—Pero yo...

—Si; tu no tienes la culpa de que don Rodrigo Calderon haya tenido un mal encuentro, pero esto me impide pasar la noche á tu lado.

—¿Tienes miedo? dijo Luisa.

—¡Miedo! ¿y de que? dijo Guzman: es cierto que todo marido aunque sea tan ruin y tan cobarde como el tuyo es respetable: no se que tienen los maridos: pero cuando él llama por allá yo escapo por ahí.

Y el sargento mayor señaló la ventana.

—Bueno es saberlo, dijo para sí Quevedo, probando si su daga salia con facilidad de la vaina.

—Me alegro, por otra parte de que el bueno de Montño haya tenido que ir á ver á su hermano. Tenia que hablarte.

—Yo tambien. Desde el dia en que te ví, estoy sufriendo, Juan. Primero porque te amé, luego... porque cuando te amé conocí lo horrible que era estar unida para toda la vida con un marido como el mio. Hace seis meses que te escuché, y poco menos tiempo que te recibí en esta habitacion por primera vez. La vida se me hace insoportable, Juan. Yo no puedo

vivir así. Se pasan semanas y aun meses sin que podamos hablar... me veo obligada á contentarme con verte cruzar allá abajo por lo hondo del patio paseando con ese eterno amigo tuyo de quien tengo celos... me parece que le quieres mas que á mí, que á mí me tomas por entretenimiento.

—¡Dios de Dios! exclamó el sargento mayor, atusándose el mostacho y parándose delante de Luisa, el un pié adelante, afirmando el cuerpo en el otro y la mano en la cadera; ¿pues por qué buena moza no estoy yo ahora en Nápoles?

—¿Qué diablos tendrá que hacer este tunante en Nápoles? pensó Quedo: oigamos y palabras al sacco.

—Es que si tu te fueras y no me llevaras, yo moriria de pesar.

—Descuida, descuida paloma mia, dijo volviendo á su paseo el soldado, que en concluyendo cierta empresa que tenemos acá entre manos, iremos á Nápoles á concluir otra. Tu no sabes bien conque hombre tratas y que hombres tratan con él.

—Lo que es el que pasa contigo por los corredores bajos de palacio no me gusta nada, dijo Luisa: tiene el mirar de traidor.

—¡Ah! ¡Agustín de Avila, el honrado aguacil de casa y córte! Pues mira, el no dice de tí lo mismo. Solo se le ocurre un defecto que ponerte.

—Me importa poco.

—Maravillase mi amigo de que teniendo por amante un hombre tal como yo, puedas vivir al lado de un marido tal como el tuyo.

—¿Y que le de hacer?

—Ya te lo he dicho...

—¡Oh! ¡nunca..! ¡nunca..! ¡qué horror! exclamó Luisa.

—Pues será necesario que renunciés á verme.

—¡Juan! exclamó Luisa cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Preciso de todo punto: las cosas se ponen de manera que no se puede pasar mas adelante. ¡No oyes que esta noche la reina ha salido á la calle!

—¡Oh! no eso no puede ser.

—¿Qué la amparaba un hombre desconocido..?

—¡Dios mio! ¿pero que tengo yo que ver con todo eso?

—Que ese hombre ha herido malamente á don Rodrigo Calderon.

—¿Y á tí que te importa?

—Luisa, todo lo que soy lo debo á don Rodrigo.

—Bueno es ser agradecidos, pero cuando nos piden imposibles.

—Nada hay imposible cuando se ama.

—Don Rodrigo no puede pedirte tanto.

—Debo á don Rodrigo el no haber dado en la horca.

—¡ En la horca tú..! ¿y por que?

—Por una calumnia. Pero tal, que si no hubiera mediado don Rodrigo...

—¿ Y qué te cargaron?

—¡ Bah! ¡ poca cosa! haber envenenado al marido de una querida mia.

—¿ Y es eso verdad? dijo estremeciéndose Luisa.

—Ni por asomo: pero como yo era amigo del marido y entraba en la casa aun cuando él no estaba, y la mujer era una moza garrida, y un dia amaneció muerto el marido, y dieron en decir los que le vieron que tenia manchas en el rostro...

—¿ Y eso era verdad?

—Pudo serlo pero no lo era. Pues tanto dijeron y murmuraron y hubo tantos que supusieron que yo era el causante de aquella muerte, que dieron con los dos, con ella y conmigo en la cárcel.

—¡ Dios mio!

—Ella murió.

—¿ La ajusticiaron?

—Tanto da, porque la pusieron al tormento y no pudo resistir.

—¡ Dios mio! ¿ Y á tí no te atormentaron?

—Si, pero el alcalde y el escribano eran amigos: mejor: les habia hablado don Rodrigo y aun mas que hablado, y lo del tormento quedó en ceremonia. Dos meses despues estuve libre y salvo y declarada mi inocencia, y para satisfacerme, de capitán que era de la guardia encarnada, hizome su magestad por los buenos oficios del duque de Lerma á quien don Rodrigo habia dicho mucho bien mio, sargento mayor de la guardia española: mira pues, si estoy obligado á servir á don Rodrigo.

—¡ Juan! ¡ Juan! ¡ por Dios! no me obligues á lo que yo no quiero hacer.

—¿ Pero á tí que te importa? Toda la culpa caerá sobre tu marido.

—¡ Y si le ahorcaran inocente...! ¡ No y no!

—Pues bien, no me volverás á ver.

—No, tampoco.

—¿ En que quedamos, pues? ¿ no te digo que estoy haciendo falta en Nápoles?

—Echad abajo la ventana, con vuestras fuerzas de toro hermano, dijo rápidamente Quevedo al oído del bufon.

—Paciencia y calma y dejemos que corra el ovillo, dijo el bufon.

Una ráfaga de viento arrastró las palabras de Quevedo y del tío Manolillo.

Habiase distraído Quevedo y cuando volvió á mirar, vió que don Juan de Guzman mostraba á Luisa un objeto envuelto en un papel, sobre el cual arrojó una mirada medrosa Luisa.

—No, no, repitió la jóven. ¡Qué horror!

—Pues bien, dijo el sargento mayor guardando el papel con una horrible sangre fria; no hablemos mas de eso. Adios.

Y se dirigió á la puerta.

—No, no, dijo Luisa arrojándose á su cuello, lo pensaré.

—Pues bien, piénsalo y... si te resuelves, pon por fuera de la ventana un pañuelo encarnado.

—Bien si, ¿pero te vas?

—Es preciso, preciso de todo punto; no puedo detenerme ni un momento. No sabes, no sabes lo que sucede.

—¡Oh Dios mio! ¡y sabe Dios cuando podremos volvernos á ver!

—Cuando volvamos á vernos será para no separarnos. Pero adios, adios, que estoy haciendo falta en otra parte.

—¿Donde hará falta este pícaro? dijo Quevedo.

Oyóse entonces un beso dentro de la habitacion. Cuando miró Quevedo de nuevo por los agujeros, ni Luisa ni don Juan de Guzman estaban en la estancia.

—Nada tenemos que hacer ya aquí, dijo el tío Manolillo. Yo lo sospechaba, pero no habia creído que se diesen tanta prisa. ¿Y no haber muerto ese infame de don Rodrigo? ¿tenia acaso las manos de lana el bastardo de Osuna? Pues no, cuando su padre daba un golpe, no le daba en vano.

—Desengañaos, desengañaos, hermano Manolillo, dijo Quevedo: hay hombres que tienen siete vidas como los gatos.

Y volvióse bruscamente hácia el almenar, y poniendo en él las manos, exclamó con ronca voz entre las tinieblas:

—¡Ah! ¡infame alcázar, cueva de la tiranía, almacén de pecados, arca de inmundicias, maldígate Dios, maldígate como yo te maldigo!

—¡Oh! sí, maldiga Dios estos alcázares de la soberbia, donde solo se respira un aire de infamia, exclamó el bufon.

—Un día soplará viento de venganza, y estos alcázares serán barridos como las hojas secas, murmuró con acento profético Quevedo. Pero hasta entonces, ¡cuánto crimen, cuánta sangre, cuántas lágrimas!

—Habeis visto lo alto del alcázar, hermano don Francisco, y voy á llevaros á que veais lo bajo. Seguidme.

—En buen hora sea, vamos á sorprender al alcázar en otra hora mala.

—Llegamos á los desvanes; bajad la cabeza, hay cinco escalones.

Poco despues añadió el bufon.

—Abrid la linterna. Voy á llevaros á la cámara de la reina.

—Vamos hermano, vamos, y que Dios nos tome en cuenta esta aventura gatuna, y el no haberla dado buena de esa infame adúltera, y de ese rufian asesino.

—No hubiera sido prudente: matar á don Juan de Guzman, hubiera sido romper una de las cien manos de que se valen los traidores, y nada mas. Les sobrarian medios de llevar á cabo sus proyectos, de modo que acaso no podríamos conocerlos y estar á punto para destruirlos. Confíad en mí, que ni duermo ni reposo, que estoy siempre alerta, y que como decís muy bien, soy el mochuelo del alcázar, y que contando con vos, don Francisco, nada temo. Don Rodrigo se nos escapa; pero juro á Dios, que como el diablo no le ayude...

—Diablo y aun diablos debe de tener al lado, cuando esta noche no ha dado con él al traste el bravo Juan Montaña. Pero dejad, dejad: yo tengo una espada tal y tan maestra, que ella sola se va á donde conviene y no toca á un hombre que no le mate. Pero sino me engaño estamos en el negro boqueron que vos encontrasteis tapiado cuando buscabais á vuestro gato.

—Y providencia de Dios fue que se me ocurriera destapiarle: porque yo me dije: detrás de ese tabique debe de haber algo: algo que yo no conozco, y eso que me son familiares todos los escondrijos del alcázar: como que he nacido en él, y en él he pasado los cincuenta años de mi vida. Destapé y hallé, con alegría, lo que nadie conoce mas que yo, y lo que vos vais á conocer. Entremos.

Dirigiéronse al negro boqueron, y Quevedo se encontró en lo alto de unas polvorientas escaleras de piedra, y tan estrecho el caracol, que apenas cabia por él una persona: aquella escalera estaba abierta, sin duda, en el grueso del muro.

Empezaron á descender.

Quevedo contaba los escalones.

A los ochenta, el bufon tomó una por estrecha abertura abovedada.

La escalera continuaba.

—Por aquí, dijo el bufon.

Y siguió por el pasadizo.

A los cien pasos abrió una puerta, y siguió por el mismo pasadizo que se ensanchaba algo mas.

A los pocos pasos se detuvo junto á una puerta situada á la izquierda.

—Mirad, dijo á Quevedo: esta puerta secreta corresponde al dormitorio de su magestad.

—¡Ah! ¿y para que os deteneis? ¿qué vamos hacer en el dormitorio de la reina?

—Mirad, mirad y vereis algo que os asombrará.

—¿Y cómo miro? ¿creeis acaso que yo tengo la virtud de ver á través de las paredes, como á través del vidrio de mis antiparras?

—Yo para observar he abierto dos agujeros pequeños. Hélos aquí.

—¡Ah! ¡famosa catalineta real! dijo Quevedo arrimando sus espejuelos á las dos pequeñas perforaciones que le habia mostrado el bufon.

—¡Jesucristo! exclamó Quevedo en voz muy baja: ¿será verdad lo que me habeis dicho á cerca de ser pieza mayor el rey? En el lecho de la reina, mas allá de ella, á quien dá la luz de la lámpara sobre el bello semblante dormido, hay un bulto. Y en un sillón junto al lecho vestidos de hombre.

—Y un rosario de perlas.

—¡Ah! ¡es el rey!

—¿Pues quién otro pudiera ser, ahí, en ese dormitorio y en ese lecho?

—¡Maravilla! ¡milagro! ¡y la reina parece feliz y satisfecha, sonrie á sus sueños!

—Guárdela Dios á la infeliz, dijo el bufon; pero sigamos.

—Duerman en paz sus magestades, dijo Quevedo siguiendo al bufon. Este se detuvo un poco mas allá.

—Aquí hay otra puerta, dijo, y en ella otros dos agujeros. Mirad.

—¡Ah! dijo Quevedo mirando, ¡ah corazón mio! ¡guarda, guarda y no latas tan fuerte, que te pueden oír!

—¿Qué veis que murmurais, don Francisco?

—Veo á la condesa de Lemos que vela... y que llora.

—¡Ah! ¿y no se os abre el corazón?

—Abriera yo mejor esta puerta.

—No quedará por eso, si quereis: pero luego: seguidme y vereis mas.

—¿Y qué mas veré?

—Habeis visto á la hija llorando, y es muy posible que veais al padre rabiando.

—¿Y qué hace én el alcázar su esclencia?

—Ha venido á ver al rey y no le ha encontrado en su cámara: le han dicho que el rey está en la cámara de la reina, y si se le ha puesto saber hasta que hora están juntos sus magestades, se habrá quedado, sin duda, en la cámara real: pero hablemos bajo no sea que nos oigan.

—Para no ser oidos lo mejor es ser callados.

—Aquí, dijo con acento imperceptible el bufon, señalando otra puerta y en ella otros dos agujeros.

El bufon no se habia engañado: el duque de Lerma velaba en la cámara real; pero no estaba solo.

En el momento en que se puso en acecho Quevedo, un ugieer acababa de introducir en la cámara á un hombre vestido de negro á la usanza de los alguaciles de entonces: era alto y seco, de rostro afilado, grandes narices, espresion redomada y astuta, y parecia tener un doble miedo por el lugar en que habia entrado, y por la persona ante quien se encontraba.

—¿Tú eres Agustin de Avila alguacil de casa y córte? dijo el duque.

—Humildísimo siervo de vuecencia, dijo el corchete, mientras Quevedo apuntaba en el libro de su memoria el nombre y la catadura del preguntado.

—¿Has visto á don Rodrigo Calderon que está herido en mi casa?

—Si señor.

—Te habrá dado instrucciones.

—Y las he cumplido señor; se quien es el delicuente, ó por mejor decir los delicuentes.

—Yo debí de haber matado á Francisco de Juara, pensó Quevedo; á veces la caridad es tonta, estúpida. Acúsome de necio: encerrado me doy.

El alguacil entre tanto sacaba un manotreto de entre su ropilla.

—He aquí las diligencias de la averiguacion de ese delito, escelen-tismo señor, dijo el corchete.

—Diligencias que habreis hecho vos solo, sin intervencion de otra persona alguna.

—Si señor.

—Leed.

—«Yo Agustin de Avila...

—Adelante.

—«...Llamado por su señoría el señor conde de la Oliva...

—Adelante, adelante.

—«...Encontré á su señoría herido malamente...

—Al asunto.

—«...Preguntado Francisco de Juara, lacayo del señor conde de la Oliva, donde habia estado esta noche desde su principio, y con qué personas habia hablado dijo: que al principio de la noche su señor le mandó seguir á un embozado; que habiéndole seguido, el embozado se entró en el zaguan de las casas que en esta córte tiene el escelentismo señor duque de...

—Adelante.

—«...Que los porteros no dejaron entrar al embozado que se sentó en el poyo del zaguan. Que el declarante se puso á esperarle; que á poco entró en el zaguan don Francisco de Quevedo y Villegas...

—¡Ah! dijo el duque.

—¡Pecador de mí! murmuró Quevedo.

—«...Que el embozado á quien el declarante vigilaba, habló con don Francisco, y que amparado por este dejáronle subir los porteros: que el que declara se quedó esperando: que bien pasadas dos horas, el mismo embozado que habia entrado en casa del señor duque, salió acompañado del señor Francisco Martinez Montaña, cocinero mayor de su magestad, y que entrambos rodearon la manzana y se detuvieron junto al postigo de la casa de su escelencia, donde estuvieron hablando algun espacio, despues de lo cual, el cocinero mayor partióse y el embozado se quedó escondido en un zaguan frente al postigo de la citada casa de su escelencia. Que el declarante se quedó observándole á lo lejos. Que algun rato despues se abrió el postigo de la casa del duque y salió un hombre sobre el cual se arrojó á cuchilladas el embozado que estaba escondido: que á poco las cuchilladas cesaron y el embozado y el otro se dieron las manos hablaron al parecer como dos grandes amigos y se escondieron en el zaguan. Que transcurrida bien una hora se abrió otra vez el postigo y salió un hombre, en quien el declarante conoció á pesar de lo oscuro de la noche por el andar, á su señor don Rodrigo Calderon: que apenas don Rodrigo habia andado algunos pasos cuando

fue acometido, y que queriendo ir el declarante á socorrerle como era de su obligacion, se encontró con el otro hombre, que le esperaba daga y espada en mano, y en quien á poco tiempo conoció á don Francisco de Quevedo. Que siendo el don Francisco, como es notorio, muy diestro, y muy bravo, y muy valiente, y viendo el declarante que no podia socorrer á su señor, tomó el partido de ir á buscar una ronda y huyó dando voces. Que á las pocas calles encontró un alcalde rondando, y que por de prisa que llegaron al lugar de la riña encontraron á los delincuentes huidos y al señor don Rodrigo mal herido y desmayado y abierta la ropilla como si hubiese sido robado, rodeado de los criados del señor duque de Lerma que habian acudido con antorchas, que trasladaron al señor don Rodrigo á la casa del señor duque, y puesto en un lecho y llamado un cirujano, el alcalde tomó declaracion indagatoria bajo juramento apostólico al declarante, y á los criados del duque.» Esta, escelentísimo señor, es la declaracion de Francisco de Juara tomada por mi y á cuyo pié el declarante ha puesto una cruz por no saber firmar.

El duque de Lerma se levantó y se puso á pasear hosco y contrariado á lo largo de la cámara.

—¿Y no hay mas que eso? dijo despues de algunos segundos de silencio.

—Sigue la diligencia de haber buscado al cocinero mayor del rey y de no haberle encontrado.

—¿Pues donde está Montño?

—Segun declaracion de su mujer Luisa de Robles, ha partido á Navalcarnero adonde decia haber ido su esposo á causa de estar muriendo un hermano suyo. Preguntada además si sabia que acompañase alguien á su marido, contestó que no: pero que podrian saberlo los de las caballerizas porque siempre que Montño hace un viaje lo hace sobre cabalgaduras de su magestad. Luisa Robles puso una cruz por no saber firmar al pié de su declaracion.

—Iriais á las caballerizas.

—Ciertamente señor, y tomando indagaciones supe que el señor Montño habia partido solo con un mozo de espuela. Y como sabia las señas del embozado: esto es sombrero gris capa parda y botas de gamuza, supe que aquel hombre habia llegado aquella tarde en un cuartago viejo que me enseñaron en las caballerizas, donde le habia mandado cuidar el señor conde de Olivares, caballerizo mayor del rey.

—¡Cómo! ¿conoce don Gaspar de Guzman al que ha dado de estoca-

das á don Rodrigo? dijo Lerma hablando mas bien consigo mismo que con el aguacil.

—No, no señor; pero el incógnito habia tenido una disputa con un palafranero á propósito de su viejo caballo, habia querido zurrarle, sobrevinieron el señor conde de Olivares y el señor duque de Uceda y el desconocido se descargó diciendo que era sobrino del cocinero mayor de su magestad.

—¡Sobrino de Montño...! exclamó el duque. ¿Y no habeis afirmado mas la prueba del parentesco del reo con el cocinero mayor?

—Si, si señor; como el reo habia ido á las cocinas en busca del que llamaba su tío, fui á las cocinas yo. Era ya tarde y solo encontré á un galopin que se llama Cosme Aldaba. Dijome que en efecto á principios de la noche habia estado en las cocinas un hidalgo, preguntando por su tío, y que le habian encaminado á casa de vucencia donde se encontraba el cocinero mayor.

—¿Volveriais á mi casa?

—Volví.

—¿Preguntariais á la servidumbre?

—Pregunté.

—¿Y qué averiguásteis?

—Aquí está la declaracion de un page de vucencia llamado Gonzalo Pereda, por lo que consta que el cocinero mayor del rey le mandó servir de cenar en la misma casa de vucencia á un su sobrino, á quien llamó Juan Montño.

—¿De modo que ese Juan Montño y don Francisco de Quevedo y Villegas son amigos? dijo el duque.

El aguacil se calló.

—Dadme esas dilijencias, dijo el duque.

Entrególas el aguacil.

—Idos y que á persona viviente reveleis lo que habeis averiguado.

—Descuidad, señor, dijo el corchete y salió de la cámara andando para atras para no volver la espalda al duque.

Cogió este y examinó minuciosamente los papeles que le habia dejado el alguacil, y despues los guardó en su ropilla y llamó.

—¿Ha venido el señor Gil del Páramo? dijo á un maestresala que se presentó á su llamamiento.

—En la antecámara espera, señor, dijo el maestresala.

—Hacedle entrar.

Entró un hombre de semblante ágrío y ceñudo vestido con el traje de los alcaldes de casa y córte, y se inclinó profundamente ante el duque.

—¿Sois vos el que rondaba cuando encontrásteis herido al señor conde de la Oliva?

—Sí, escelentísimo señor.

—¿Traeis con vos la diligencias que habeis practicado?

—Sí, escelentísimo señor.

—Dadmelas.

—Tomad, escelentísimo señor.

—Guardad un profundo silencio acerca de lo que sabeis y no procedais en justicia.

—Muy bien, escelentísimo señor.

—Podeis retiraros.

—Guardeos Dios, escelentísimo señor.

El alcalde salió.

El duque se sentó en un sillón y quedó profundamente pensativo.

—¿Te alegras ó te pesa, de lo acontecido? dijo Quevedo procurando ver á través de la inmóvil espresion de aquel semblante. Allá veremos. En cuanto á mí no me escondo. No por cierto. ¿Como he de tener yo miedo de un hombre que no sabe lo que le sucede? Ahora bien amigo bufón; ¿quereis guiarme á la puerta de la cámara donde está la condesa de Lemos?

—Que no os haga doña Catalina hacer una locura : yo que vos me escondia.

—Pues ved ahí, yo voy ahora mas que nunca á darme á luz. Pero guiad hermano, guiad.

El bufón desandó lo andado, llegó frente á una puerta y dijo :

—Aquí es.

—Esperad, esperad y no hableis ; reconozcamos antes el campo. En palacio es necesario andar con piés, de plomo.

—Paréceme que hablan en la cámara,

—Pues escuchemos.

Quevedo observó.

Un gentil hombre estaba respetuosamente descubierta delante de doña Catalina.

—¿Con qué es decir, que la señora camarera mayor, dijo la de Lemos, se ha puesto tan enferma que se ha retirado?

—Y os suplica que la reemplaceis, noble y hermosa condesa.

—Muy bien: retiraos.

—¿De todo punto?

—De todo punto: que cieren bien las puertas exteriores y que las damas, las meninas y las dueñas se retiren tambien.

—¿Y se va vuesencia á quedar sola?

—Que esperen dos de mis doncellas en la saleta de afuera.

—Muy bien señora: Dios dé buenas noches á vuesaencia.

—Gracias.

El gentil hombre salió.

Quevedo oyó cerrar las puertas.

La condesa se destrenzó los cabellos, se abrió el justillo, llegó á la luz la apagó y luego oyó Quevedo, como el crugir de un sillón al sentarse una persona.

Quevedo cerró su linterna y dijo al bufón.

—Abrid y hasta otro día.

—Pero hermano don Francisco, ¿os vais á encerrar sin escape en la cueva del león?

—La condesa de Lemos cuidará de darme salida.

—Dios quedé con vos hermano.

—Hermano, él os acompañe.

Crugió levemente la puerta, y en silencio Quevedo adelantó sobre la alfombra.

La puerta volvió á cerrarse sin ruido

Pero la condesa no dormía, y percibió los pasos de Quevedo.

—¿Quién va? dijo á media voz levantándose.

—No griteis por Dios, señora de mis ojos, dijo Quevedo, que el amor me trae.

—Os trae Dios, contestó doña Catalina, porque tenemos mucho que hablar.

—Pues hablemos.

—Pero no á oscuras.

Quevedo abrió su linterna.

—Gracia mi buen caballero, dijo la de Lemos, ahora sentaos y escuchadme.

—Siéntome y escucho.

—Oid.

Doña Catalina y Quevedo inclinados el uno hácia el otro empezaron á hablar en voz baja.



## CAPITULO XVI.

### El confesor del rey.

El capitán Vadillo, llevó á Juan Montño al postigo de la Campanilla, que abrieron los guardas de órden del rey, y luego le acompañó hasta el convento de Atocha.

Por el camino fueron hablando de la mala noche que hacia, de lo oscuras que estaban las calles, y de las guerras de Flandes.

Cuando llegaron al convento, el mismo Vadillo tiró de la cuerda de la campana de la portería.

Pasó algun tiempo antes de que de adentro diesen señales de vida.

Al fin se abrió el ventanillo enrejado de la puerta, y una voz soñolienta dijo:

—¿Qué quereis á estas horas?

—Decid al confesor del rey, dijo Vadillo, que un hidalgo que viene en este momento de palacio, le trae una carta de su magestad.

El capitán no sabia si aquella magestad era el rey ó la reina.

—¡Una carta de su magestad!... dijo con gran respeto el portero; pero es el caso, que su paternidad estará durmiendo.

—Despertadle, dijo Vadillo, y entre tanto como hace muy mala noche abrid.

—Voy, voy á abrirles, hermanos, dijo el portero, retirándose del ventanillo y dejando notar á poco su vuelta por el ruido de sus llaves.

Abrióse la portería.

—Esperen aquí, ó en el claustro, como mejor quisieren, dijo: yo voy á avisar á fray Luis de Aliaga.

Montiño y Vadillo se pusieron á pasear á lo largo de la portería.

—¿Sabeis que estos benditos padres tienen unas casas que da gozo? dijo el capitan por decir algo.

—Si, si ciertamente: en este claustro se pueden correr caballos, contestó Montiño.

—Dan sin embargo cierto pavor esos cuadros negros, alumbrados por esas lámparas á medio morir.

—La falta de costumbre.

—Indudablemente. Los benditos padres no se encontrarían muy bien en un campo de batalla: como yo me encuentro aquí muy mal; corre un viento que afeita, y se hace sentir aquí mucho mas que en el campo. Esas crugías... con vuestra licencia, mejor estaríamos en el aposento del portero.

—¿Quién es el hidalgo portador de la carta de su magestad? dijo el frailuco desde la subida de las escaleras: adelante hermano y sigame.

—Entraos, entraos vos en el aposento del portero, amigo, y hasta luego.

—Hasta luego.

Y Juan Montiño tiró hácia las escaleras, y siguiendo al lego portero, recorrió el claustro alto hasta el fondo de una oscura crugia donde el lego abrió una puerta.

—Nuestro padre, dijo el lego: aquí está el hidalgo que viene de palacio.

—Adelante, dijo desde adentro una voz dulce, pero firme y sonora. Montiño entró.

El lego se alejó despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta.

Encontróse Montiño en una celda estensa, esterada, modestamente amueblada, y cuya suave temperatura estaba sostenida por el fuego moderado de una chimenea.

En las paredes habia numerosas imágenes de santos pintados al óleo, y guarnecidos por marcos negros.

En frente de la puerta de entrada, habia dos puertas como de balcones, y entre estas dos puertas la chimenea: á la derecha otra puerta cubierta por una cortina blanca lisa; á la izquierda, dos enormes estantes cargados de libros, entre los estantes un crucifijo de tamaño natural

pintado en un enorme lienzo y con marco tambien negro: á los piés del cristo un sillón de baqueta, sentado en el sillón un religioso, apoyados los brazos en una mesa de nogal cargada de papeles, entre los cuales, se veía un enorme tintero de piedra, y alumbrada por un velón de cobre de cuatro mecheros, dos de los cuales estaban encendidos.

El religioso era un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años, de semblante pálido, grandes ojos negros, nariz aguileña y afilada, y bigote y pera negrisimos.

Su espeso cerquillo, era castaño oscuro, y las demás partes de su cabello y de su barba estaban cuidadosamente afeitadas.

Su mirada se posaba serena y fija en Juan Montiño, y su mano derecha tenía suspendida una pluma sobre un papel, como quien interrumpe un trabajo importante á la llegada de un estraño.

La primera impresion que Juan Montiño sintió á la vista del religioso, fue la de un profundo respeto. Había algo de grande en el reposo, en la palidez, en lo sereno y fijo de la mirada de aquel religioso.

Y al mismo tiempo el jóven se sintió arrastrado por una simpatía misteriosa hácia el fraile.

Adelantó sin encogimiento, saludó, y dijo con respeto:

—¿Es vuestra paternidad fray Luis de Aliaga, confesor del rey?

—Yo soy, caballero, dijo el fraile bajando levemente la cabeza.

—Traigo para vos una carta de su magestad.

—¿De qué magestad?

—De su magestad la reina.

Y entregó la carta al padre Aliaga.

—Sentaos, caballero, dijo el fraile.

Montiño se sentó.

Entre tanto el padre Aliaga abrió sin impaciencia la carta, y á despecho de Juan Montiño que había esperado deducir algo del contenido de aquella carta, por la espresion del semblante del religioso, aquel semblante conservó durante la lectura, su aspecto inalterable, grave, reposado, dulce, indiferente.

Solo una vez durante la lectura levantó la vista de la carta, y la fijó un momento en el jóven.

Cuando hubo concluido de leer la carta, la dobló y la dejó sobre la mesa.

—Su magestad la reina nuestra señora, dijo el padre Aliaga reposadamente á Juan Montiño, al honrarme escribiéndome de su puño y letra,

me manda que interponga por vos mi influjo, y me dice que la habeis hecho un eminente servicio.

—He cumplido únicamente con mi deber.

—Deber es de todo buen vasallo, sacrificarlo todo, hasta la vida por sus reyes.

—Si señor, padre, replicó Montiño: todo menos el honor.

—Rey que pide á su vasallo el sacrificio de su honra ó de su conciencia, es tirano, y no debe servirse á la tiranía.

—Decis bien, padre.

—¿Sois nuevo en la córte?

—Si señor.

—¿Os llamais Juan Montiño?

—Si señor.

—¿Sois acaso pariente del cocinero mayor del rey?

—Soy su sobrino, hijo de su hermano.

—¿Qué servicio habeis prestado á su magestad? dijo de repente el padre Aliaga.

—Lo ignoró, padre.

—Pero...

—Si esa carta de su magestad no os informa, perdonad: pero guardaré silencio.

—¿Qué edad teneis?

—Veinte y cuatro años.

Quedóse un momento pensativo el padre Aliaga.

—Habeis matado ó herido á don Ródrigo Calderon.

—Han sido cuentas mias.

—Algo mas que asuntos vuestros han sido. Os pregunto á nombre de su magestad la reina. ¿Conoce vuestro tio el secreto?

—¿Qué secreto?

—El de vuestras estocadas con don Rodrigo.

—Mi tio está fuera de Madrid.

Guardó otra vez silencio el padre Aliaga.

—¿Cuando habeis llegado á Madrid?

—He venido á asuntos propios.

—¿Guardareis con todos la misma reserva que conmigo?

—¡Padre!

—Ved lo que haceis: la vanidad es tentadora: hoy podeis ser hidalgo, reservado; ser leal, de buena fé... mañana acaso...

—Ningun secreto tengo que reservar.

—Como ¿no es un secreto, el haber venido á mí en altas horas de la noche, á mí, confesor del rey, á quien todo el mundo conoce como enemigo de los que hoy á nombre del rey mandan y abusan, trayendo con vos una carta de la reina? ¿cómo ha venido esa carta á vuestras manos?

—Si lo sabeis ¿por qué me lo preguntais? si no lo sabeis ¿por qué pretendéis que yo haga traicion á la honrada memoria de mi padre, á mi propia honra? Me han enviado con esa carta: la he traído: no me han autorizado para que hable y callo.

—Seriais buen soldado... sobre todo para guardar una consigna: en esta carta me encargan que procure se os de un entretenimiento honroso para que podais sustentaros. ¿Qué quereis ser? sobre todo veamos: ¿en qué habeis invertido vuestros primeros años?

—En estudiar.

—¿Y qué habeis estudiado?

—Letras humanas, cronología, dialéctica, derecho civil y canónico, y sagrada teología.

—¡Ah! dijo fray Luis: ¿y cuál de las dos carreras quereis seguir; la civil ó la eclesiástica?

—Ninguna de las dos.

—¡Cómo! ¿entonces para que habeis estudiado?

—Por estudiar.

—Y bien ¿qué quereis ser?

—Soldado.

—¡Soldado!

—Si; si señor: soldado de la guardia española, junto á la persona del rey.

—He aquí, he aquí lo que son en general los españoles: quieren ser aquello para que no sirven.

—Perdonad, padre: al mismo tiempo que estudiaba letras aprendia estocadas.

—Es verdad: me habia olvidado: el que mata ó hiere á don Rodrigo Calderon... y bien: se hará lo posible porque seais muy pronto capitán de la guardia española, al servicio inmediato de su magestad.

—Es que no quiero tanto.

—Es que no puede darse menos á un hombre como vos: contaos casi seguramente por capitán, y para que pueda enviaros la real cédula dejadme noticia de vuestra posada.

—No se todavía cual esta sea.

—¡ Ah! pues entonces, volved por acá dentro de tres días. Para que podais verme á cualquier hora, decid cuando vengais que os envia el rey.

—Muy bien padre. Contad con mi agradecimiento, dijo Montño levantándose.

— Esperad, esperad; tengo que deciros aun: guardad un profundo secreto acerca de todo lo que habeis sabido y hecho esta noche.

— Ya me lo habia propuesto yo.

— No os oculteis por temor á los resultados de vuestra aventura con don Rodrigo.

— Aun no se lo que es miedo.

— Y preparaos á mayores aventuras.

— Venga lo que quisiere.

— Buenas noches, y... contadme por vuestro amigo.

— Gracias, padre, dijo Montño tomando la mano que el padre Aliaga le tendia y besándosela.

— ¡ Qué Dios os bendiga! dijo el padre Aliaga.

Y aquellas fueron las únicas palabras en que Montño notó algo de conmocion en el acento del fraile.

Saludó y se dirijió á la puerta.

— Esperad: vos sois nuevo en el convento y necesitais guia.

Y el padre Aliaga se levantó, abrió la puerta de la celda y llamó.

— ¡ Hermano Pedro!

Abrióse una puerta en el pasillo y salió un lego con una luz.

— Guie á la portería á este caballero, dijo el padre Aliaga al lego.

Juan Montño saludó de nuevo al confesor del rey y se alejó.

El padre Aliaga cerró la puerta y adelantó en su celda, pensativo y murmurando:

— Me parece que en este jóven hemos encontrado un tesoro.

Pero en vez de volverse á su silla, se encaminó al balcon de la derecha y le abrió.

— Venid, venid amigo mio y calentaos, dijo; la noche está cruda, y habreis pasado un mal rato.

— ¡ Burr! hizo tiritando, un hombre envuelto en una capa y calado un ancho sombrero, que habia salido del balcon: hace una noche de mil y mas diablos.

El padre Aliaga cerró el balcon, acercó un sillón á la chimenea y dijo á aquel hombre:

—Sentaos, sentaos, señor Alonso, y recobraos : afortunadamente el visitante no ha sido molesto ni hablador : estos balcones dan al norte y hubierais pasado un mal rato.

—Es que no le he pasado bueno. Pero estoy en brasas, fray Luis : si alguien viniera de improviso... teneis una celda tan reducida... os tratais con tanta humildad... pueden sorprendernos.

—El hermano Pedro está alerta : ya habeis visto que no ha podido veros el portero á pesar de que yo tengo siempre mi puerta franca.

—¿Y quién ha venido á visitaros, á estas horas? preguntó el señor Alonso.

—La providencia de Dios, en la forma de un jóven.

—¡ Ah ! ¡ diablo ! ¿ nos ha sacado ese jóven ó nos saca de alguno de nuestros grandes atolladeros ?

—Como que ha herido ó muerto á don Rodrigo Calderon...

—Mirad lo que decís, amigo mio : cuenta no soñeis.

—¿ Qué es soñar ? he aquí la prueba.

Y el padre Aliaga fué á la mesa en busca de la carta de la reina.

Entre tanto aprovechemos la ocasion , y describamos al nuevo personaje que hemos presentado en escena, que se habia desenvuelto de la capa y despojado de su ancho sombrero.

Llamábase Alonso del Camino.

Era un hombre sobre poco mas ó menos de la misma edad que el padre Aliaga , pero tenia el semblante mas franco, menos impenetrable, mas rudo.

Habia en él algo de primitivo.

Era no menos que montero de Espinosa del rey.

A pesar de la ruda franqueza de su semblante, de formas pronunciadas, y de grandes ojos negros, se comprendía en aquellos ojos que era astuto, perspicaz y sobre todo arrojado y valiente, sin dejarse de notar por eso en ellos cierta chispa de prudencia : vestía una especie de coletó verde galoneado de oro : en vez de daga llevaba á la cintura un largo puñal, al costado una formidable espada de gavilanes, calzas de grana, zapatos de gamuza, y sobre todo esto, una especie de loba ó sobre-todo, ancho, con honores de capa.

En la situacion en que le presentamos á nuestros lectores mientras estendia hácia el fuego sus manos y sus piernas, miraba con una gran impaciencia al padre Aliaga que, siempre inalterable, desdoblaba la carta de la reina.

—Acercaos, acercaos y oid, porque esta carta debe leerse en voz muy baja no sea que las paredes tengan oídos.

Estiróse preliminarmente el señor Alonso del Camino, se levantó, se acercó á la mesa, se apoyó en ella y miró con el aspecto de la mayor atención al confesor del rey que leyó lo siguiente.

«Nuestro muy respetable padre fray Luis de Aliaga: os enviamos con la presente á un hidalgo que se llama Juan Martínez Montiño. Este jóven nos ha prestado un eminente servicio, un servicio de aquellos que solo puede recompensar Dios, á ruego de quien le ha recibido.

—¿Pero qué servicio tal y tan grande es ese? dijo Alonso del Camino.

—Creo que jamás os corregireis de vuestra impaciencia. Escuchad.

Y fray Luis, siguió leyendo:

—«Ese mancebó nos ha entregado por mano de doña Clara Soldevilla, aquellos papeles, aquellos terribles papeles.

—¿Y qué papeles son esos?

—A mas de impaciente, curioso; son... unos papeles.

—¿Y no puedo yo saber...?

—No: oid y por Dios no me interrumpais.

—Oigo y prometo no interrumpiros.

—«A mas ha herido ó muerto para apoderarse de esos papeles á don Rodrigo Calderon.

—Pues cuento por mi amigo á ese hidalgo, por eso solo, exclamó olvidándose de su promesa Camino.

El padre Aliaga, como si se tratase de un pecador impenitente siguió leyendo sin hacer ninguna nueva observacion:

—«Pero ignoramos como ese hidalgo haya podido saber, que los tales papeles estaban en poder de don Rodrigo Calderon, como no sea por su tio el cocinero del rey. Os lo enviamos con dos objetos: primero para que con vuestra gran prudencia veais si podemos fiarnos de ese jóven, y despues para que os encargueis de su recompensa. A él por ciertos asuntos de amores, segun hemos podido traslucir, le conviene servir en palacio; nos conviene tambien, ya deba fiarse ó desconfiarse de él, tenerle á la vista. Haced como pudiereis, que se le de una provision de capitán de la guardia española al servicio del rey en palacio, y si no pudiereis procurársela sin dinero, compradla: buscaremos como pudieremos lo que costare. No somos mas largos porque el tiempo urge. Haced lo que os hemos encargado, y bendecidnos: la Reina»

—¿Cuánto costará una provision de capitán de la guardia español-

la ? dijo fray Luis quemando impasiblemente la carta de la reina á la luz del velon.

—Cabalmente está vacante la tercera compañía. Pero; ¡ bah! ¡ hay tantos pretendientes!

—¡ Cuánto ! ¡ cuánto !

—Lo menos, lo menos, quinientos ducados.

Tomó el padre Aliaga un papel y escribió en él lo siguiente :

—«Señor Pedro Caballero : por la presente pagareis ochocientos ducados al señor Alonso del Camino, los que quedan á mi cargo.—Fray Luis de Aliaga.»

Y dió la libranza á Camino.

—He dicho quinientos ducados, y esto tirando por largo, y aqui dice ochocientos.

—¿ Olvidais que el nuevo capitan necesitará caballo y armas y preseas? añadió el fraile.

—¡ Ah! ¡ en todo estais!

—¿ Podemos tener la provision del rey dentro de tres dias?

—Sí, si por cierto, sobradamente: el duque de Lerma es un carro que en untándole plata vuela.

—No os olvideis de comprarla para poder venderla.

—¡ Ah! ¿ Y por qué?

—¿ No conoceis que tratándose de estos negocios puede el duque conocer á ese jóven?

—Bien, muy bien se comprará la provision á nombre de cualquiera, como merced para que la venda, y este tal la venderá en el mismo dia á ese hidalgo. Creo que este sea un asunto concluido.

—Que sin embargo altera notablemente nuestros proyectos, los varia.

—No importa, no importa : no luchamos solo contra don Rodrigo Calderon.

—Os engaÑais ; el alma de Lerma, es Calderon. Puesto Calderon fuera de combate cae Lerma.

—Pero quedan Olivares, Uceda, y todos los demás que se agitan en palacio, que se muerden por lo bajo, y que delante de todo el mundo se dan las manos. Creo que en vez de aflojar en nuestro trabajo, debemos por el contrario apretar, aprovechando la ocasion de encontrarse Lerma desprovisto de uno de sus mas fuertes auxiliares. Debemos insistir en apoderarnos de las pruebas de los tratos torcidos y traidores que Lerma sostiene en desdoro del rey y en daño del reino con la Liga. Debemos pro-

bar que las guerras de Italia y de Flandes se miran no solo con descuido sino con traicion...

—Esperad... esperad un poco... ese es un medio extremo: el rey es muy débil...

—Demasiado, por desgracia.

—El rey nuestro señor que no vé mas allá de las paredes de palacio...

—¡Pero si en palacio tiene los escándalos! ¿no le tiene Lerma hecho su esclavo, cercado por los suyos? ¿puede moverse su magestad, sin que el duque sepa cuantas baldosas de su cámara ha pisado? ¿No le separa de la reina? ¿No aleja de la córte á las personas que pueden hacerle sombra? ¿Vos mismo no estais amenazado?

—Creedme, el duque de Lerma no es tan terrible como parece: el duque de Lerma nada puede hacer por sí solo: no tiene de grande mas que lo soberbio...

—Y lo ladron...

—Su soberbia, que le impele á competir con el rey, le hace arrostrar gastos exorbitantes; en nada repara con tal de sostener su ostentacion y el favor del rey que es una parte acaso la mayor de su ostentacion. Pero en medio de todo el duque de Lerma es débil: se asusta de una sombra, de todo tiene miedo, procura rodear al rey de criados suyos, ó de personas que le inspiran poco temor. Un dia estaba yo en mi oscuro convento. Oraba por el alma del difunto rey don Felipe: se abrió la puerta de mi celda, y entró el superior: traía un papel en la mano y en su rostro habia no se qué particular, una alegría marcada. Venia á darme una noticia que á otro hubiera llenado de alegría y que á mí me aterró.

—¿Y que noticia era esa?

—Apenas subido al trono el rey nuestro señor, me habia nombrado su confesor; el papel que traía el superior en la mano era una carta en que el mismo duque de Lerma me daba la noticia. Yo resistí...

—¡Qué resististeis! ¡bah! de un confesor del rey sale un obispo y de un obispo un arzobispo, y de un arzobispo un papa.

—Yo no soy ambicioso: un dia una familia honrada me encontró llorando sobre el cadáver de mi madre: mi padre habia muerto poco antes: tuvieron piedad del pobre huerfano, y me llevaron á su casa. Yo he crecido en el dolor, y el dolor continuo, lento, que no proviene de los hombres, sino de la voluntad de Dios, labra la humildad y la fortaleza del alma que siente, que ha nacido para sentir. Mis bienhechores eran pobres: me miraban como hijo suyo... partian su pan conmigo... Yo oraba á

Dios por el descanso de mis padres muertos, y por la paz, por la felicidad de mis padres de adopción: murieron también el uno tras el otro: mis hermanas adoptivas se habían casado; mis hermanos habían ido por el mundo á buscar fortuna: quedé otra vez solo: pero con el corazón completamente lleno por el dolor: por el dolor completo que ningún lugar ha dejado por herir, desde el amor propio hasta el amor de la familia, hasta ese otro amor que emana de la mujer.

—¡ Ah! ¡ habeis amado fray Luis!

—¿ Y que hombre no ha amado? exclamó profundamente el confesor del rey. Y yo he amado como han amado muy pocos hombres, como mas daño hace el amor: callándole, dominándole, encerrándole dentro del alma, sin esperanzas, sin deseos, con una ansiedad desconocida, infinita, insufrible, con el vacío del alma que necesita llenarse y no puede ser llenado.

—¿ Tan alta era la mujer de quién os enamorasteis?

—Ni me enamoré, ni era alta la mujer á quien mi pensamiento consagró mi amor. Era tan pobre y tan humilde como yo... ¡ Margarita!

Fray Luis inclinó la cabeza sobre una de sus manos, y repitió en voz opaca y concentrada:

—¡ Margarita!

Entre la entonación con que había pronunciado el padre Aliaga la primera vez aquel nombre de mujer, y la entonación con que le había pronunciado la segunda, había la misma diferencia que puede existir entre un recuerdo dulce y tranquilo y una aspiración desesperada.

Cuando el confesor del rey levantó la cabeza de su mano, Alonso del Camino que le contemplaba con una atención y una curiosidad intensas, vió relucir por un momento un fuego sombrío en el fondo de los ojos del fraile.

Pero aquello pasó; dilatáronse los músculos del semblante del fraile un momento contraídos, se dulcificó la expresión de su boca, que durante un momento había reflejado una amargura infinita y su mirada se heló: dejó de ser la mirada mundana de un hombre combatido por fuertes pasiones, para convertirse en la mirada reposada, tranquila, de un religioso ascético.

—Margarita, continuó con la entonación propia de un relato sencillo, era una de mis hermanas adoptivas: cuando yo entré en su casa para partir con ella el pan de su familia, para vivir como un nuevo hijo bajo el lecho común, Margarita tenía cuatro años: era rubia, blanca, pálida con los ojos azules, y la sonrisa benévola, sonrisa en que se exalaba un alma

de ángel. Margarita creció, creció en hermosura y en pureza, creció á mi lado: yo la enseñé á leer, yo la espliqué los misterios de la religion, que el parróco nos esplicaba en la iglesia... Margarita creció en años y en hermosura, y se hizo mujer. Yo seguia tratándola como hermana, la amaba con toda mi alma, pero creyendo amarla con un amor de hermano. Un día conocí que la amaba de otro modo, y la revelacion de mi amor fue para mí una prueba dolorosa, infinita, cruel. Un día llegó á la casa un soldado con una cédula de aposento: fue aposentado, y vivió con nosotros algunos días: Margarita cambió: se puso triste, esquivaba mi compañía, y no solo mi compañía sino la de todo el mundo... Yo no sabia á que atribuir aquella tristeza: la preguntaba y me respondia sonriendo:

—No estoy triste.

Su sonrisa desmentia sus palabras.

Una noche, estaba yo desvelado pensando en la tristeza de Margarita, pensando como haria para volverla á su tranquilo estado anterior. Nuestros hermanos dormían. De improviso y en medio del silencio de la noche oí unas leves pisadas... las reconocí: eran las de Margarita que pasó por delante de la puerta de nuestro aposento: yo me levanté y la seguí descalzo. Margarita marchaba delante de mí como un fantasma blanco. No se porque no la llamé. Habia dentro de mí un poder desconocido que me impedia hablar. Margarita bajó al corral, le atravesó... Llegó al postigo, sonó una llave en una cerradura. Entonces grité:

—¡Margarita! ¿á dónde vas?

Pero la puerta se habia abierto, un hombre habia aparecido en ella, y habia asido á Margarita, sacándola fuera.

Oí entonces un ruido que hizo arder mi sangre, que anegó mi alma en un mar de amargura.

El ruido de un beso, de un doble beso, y luego el llanto de Margarita, triste, apenado, como el de quien se separa de seres á quienes ama.

Yo me precipité al postigo. No se á qué. Pero un sueño de sangre habia cruzado por mi pensamiento.

Yo veia á un hombre que se llevaba á Margarita, y necesitaba matar á aquel hombre.

Era muy jóven y la amaba; la amaba como... como á ella sola, porque... no he vuelto á amar.

Cuando llegué al postigo, aquel hombre á quien reconocí á la luz de la luna y que era el mismo soldado que durante algunos días habia

estado de aposento en nuestra casa, habia puesto á Margarita sobre el arzon de su caballo, habia montado y habia partido.

Y entré el sordo galope del caballo, oí la voz de doior de Margarita, que me gritaba :

—¡ Adios! ¡ Luis! ¡ adios! ¡ hermano mio! ¡ ruega á mi padre que no me maldiga! ¡ pide á mi madre que me de su bendicion...!

Y Margarita seguia hablándome, pero el caballo se habia alejado, y el sonido seco, retumbante de su carrera envolvia las palabras de Margarita.

Al fin el ruido del galope se perdió á lo lejos, y solo quedaron la noche el silencio y mi desesperacion.

No se cuanto tiempo estuve en el postigo inmóvil, con el rostro vuelto á la parte por donde habia desaparecido Margarita, con el llanto agolpado á los ojos y sin derramar una sola lágrima.

Al fin volví en mí : medité... y cerré el postigo con la misma llave conque le habia abierto Margarita, que habia quedado puesta en la cerradura : atravesé lentamente el huerto, entré en la casa y puse la llave del postigo en la espetera de la cocina de donde sin duda la habia tomado Margarita.

Y todo esto lo hice, estremecido, procurando como un ladron que no me sintiesen.

Y volví en silencio al aposento en que estaba mi lecho junto al de mis hermanos, y me recogí silenciosamente.

Todos dormian.

Ninguno me habia sentido entrar, como ninguno habia sentido salir á Margarita.

Sufri... ¡oh! Dios lo sabe, porque yo ya lo he olvidado : solo recuerdo que sufrí mucho : pero tuve valor para ahogar dentro de mi mismo mi sufrimiento, le ahogué para que nadie me preguntase, para que nadie supiese por una debilidad mia el secreto de Margarita que solo sabiamos la noche y yo... y Dios que lo ve todo.

Al dia siguiente...

Figuraos, señor Alonso, una madre que busca á su hija y no la encuentra : un padre que no se atreve á pensar en su hija para maldecirla, ni puede pensar en su desaparicion sin suponerlo todo... suponedme á mí ocultando, disimulando mi dolor, hasta que el dolor de los demás protegió al mio... yo callé... callé... porque su padre no la maldijese, y su padre no la maldijo.

Poco tiempo despues, su padre murió... luego su madre despues de cuatro años de viudez : sus hermanas se habian casado, sus hermanos se habian alejado del pueblo... me habian propuesto que los siguiese... pero yo tenia otros proyectos.

—¡Buscar á Margarita! dijo Alonso del Camino.

—No : dijo con acento severo el padre Aliaga : buscar á Dios.

—¿Os hicisteis entonces fraile?

—Si. Os he referido esa sencilla historia, para que sepais cuales fueron los motivos que determinaron mi vocacion, y cuales las desgracias que labraron en mi esta fuerza para los sufrimientos, este desden conque miro las grandezas humanas. Huérfano desde mis primeros años, malogrado mi primer amor, sin que nadie le hubiera comprendido, ni aun yo mismo hasta que le ví malogrado, pasando seis años de rudas fatigas para obtener mi alimento; combatiendo durante estos seis años de la ausencia de Margarita mis celos... si, mis celos... mi amor sin esperanza.. mi ansiedad por la ignorada suerte de Margarita... fui un fruto lentamente madurado para la vida triste y silenciosa del claustro : en el fondo de mi corazon vacío solo habia quedado el nombre de Dios... y tendí mis brazos á Dios... le ofrecí mi vida...

—¿Y no volvisteis á ver á Margarita...?

—¡ Oh ! ¡ basta ! ¡ basta ! ! os he referido lo antecedente para que comprendais, que mi nombramiento de confesor del rey me causó pena : yo estaba acostumbrado á una vida oscura y silenciosa en el fondo de mi celda ; á la contemplacion de las cosas divinas, que levantaba mi espíritu de las miserias humanas dándoles la paz de los cielos ; yo no podia ver sin dolor, que se pretendia arrojarme á un mundo nuevo para mí, y mas peligroso cuanto mas grande, cuanto mas elevado era ese mundo : yo no podia pensar sin estremecerme, en que se me queria confiar la conciencia de un rey, hacerme partcipe de su inmensa responsabilidad ante Dios... y me negué.

—¡ Os negásteis !

—Si por cierto : pero de nada me sirvió mi negativa. Una nueva órden del rey me mandó presentarme en la córte, y me fue preciso obedecer.

—Pero no comprendo como, aislado, oscurecido...

—Cabalmente se queria un fraile oscuro, de pocos alcances, devoto, que estuviese en armonía con la pequeñez, con la devocion exagerada del rey. Don Baltasar de Zúñiga me habia conocido por casualidad, habia

hablado de mí á su sobrino el conde de Olivares y este al duque de Lerma. Creyóse que en toda la cristiandad no habia un fraile mas á propósito que yo para dirigir la conciencia del rey, y se me trajo, como quien dice, preso á la córte.

Cuando llegué me espanté.

Vi, á la primera ojeada, que se me habia traido para ser cómplice de un crimen.

Del crimen de la suplantacion de un rey.

Engañado por mi aspecto el duque de Lerma, creyó habérselas con un frailuco, que por casualidad pertenecia á la órden de Predicadores... creyó que yo seria en sus manos un instrumento ciego... hoy acaso le pesa... hoy tal vez piensa en desasirse de mí á cualquier precio... pero esto importa poco... ellos no habian comprendido, cuanta firmeza ha dado el sufrimiento á mi alma : ellos no creian que habia en mí tal fuerza de voluntad ; al conocerme... porque la debilidad del rey me ha descubierto ante ellos... han probado todos los medios : la ambicion... los honores... me han encontrado humilde siempre : han venido á mí con una mitra en la mano y yo la he rechazado ; me han enviado á mi celda, ricos dones, y los dones se han ido por donde habian venido : han tentado con todas las tentaciones al frailuco, y el frailuco las ha resistido como San Antonio resistió las del diablo en el yermo. ¿Y sabeis porqué cansado de esta lucha sorda no he ido á buscar la oscuridad de mi antigua celda ? Porque he contraido el deber de guardar, de proteger una vida preciosa. La vida de la reina.

— ¡ La vida de la reina !

— Pero don Rodrigo Calderon, está herido ó muerto... si herido, ganaremos tiempo... si muerto, nos hemos salvado.

— Pero creéis...

— Don Rodrigo es capaz de todo...

— ¡ Regicida.. !

— ¿ Pues no dicen que ha dado hechizos al rey ? replicó el confesor del rey.

— Os he oido decir mil veces que eso de los hechizos es una supersticion.

— Lo he dicho y lo repito : pero no he dicho nunca que don Rodrigo Calderon, á pesar de su buen, su demasiado ingenio, no sea supersticioso. Quien se ha atrevido á dar al rey cosas que han alterado su salud, será capaz de envenenar á la reina.

—¡Pero si don Rodrigo Calderon, no pasa de ser el humilde secretario del duque de Lerma...!

—Don Rodrigo lo es todo. Solo tiene un rival... rival que con el tiempo le matará, si don Rodrigo no le mata antes á él.

—¿Y quién es ese rival?

—Don Gaspar de Guzman conde de Olivares, caballero mayor del rey, y sobrino de don Baltasar de Zúñiga, ayo del príncipe don Felipe.

—¡Bah! ¡bah! creo que daremos con todos al traste: con los medios que tenemos....

—Podremos si nos anticipamos dar un golpe, pero aunque lo demos siempre quedará un mal en pié.

—¿Y qué mal es ese?

—El rey.

—¡Ah!

—Sí, su debilidad: la facilidad con que se plega al dictámen del mas audaz que tiene al lado: á falta de Lerma, y de Calderon, y de Olivares, vendrán otros, y otros, y otros.

—Que no serán tan malos como ellos.

—¿Quién sabe? pero vengamos á lo que conviene. Suspendamos por ahora nuestros trabajos...

—¡Ahora que nos dan un respiro, Dios ó el diablo!

—No seais impío señor Alonso; no sucede nada que no proceda de Dios. Por ahora, dejémoslos á ellos solos. Lerma sin don Rodrigo Calderon es hombre al agua. Uceda y Olivares le atacarán. Lerma entregado á sí mismo, cometerá de seguro algun grave desacierto: dejadlos, dejadlos hacer. Informaos de lo que hay de seguro acerca de don Rodrigo Calderon. No os olvideis de comprar la compañía para ese mancebo, y con lo que hubiere venid á verme mañana. Conque, que Dios os de muy buenas noches.

Y el padre Aliaga se levantó y abrió un balcon.

Aquella era la puerta por donde debia salir Alonso del Camino, y por la que salió descolgándose por el balcon á la huerta del convento.

Apenas habia cerrado el balcon el padre Aliaga, cuando se abrió la puerta de la celda, y asomó la cabeza el hermano Pedro.

—Un gentil-hombre que viene de palacio, dijo, quiere hablar con vuestra paternidad.

—¡Un gentil-hombre del rey! dijo el padre Aliaga con sorpresa: que entre, que entre al momento.

Poco despues un jóven gentil-hombre saludaba al padre Aliaga y le decia entregándole un grueso pliego :

—Del rey.

—¿Y esto es urgente? dijo el padre Aliaga.

—Urgentísimo.

—¿Y os han encargado algo además?

—Si por cierto: que vuesamerced se venga conmigo á palacio, para lo cual he traído conmigo una litera y algunos tudescos, añadió el gentil-hombre.

—¡Cómo! ¡que vaya yo ahora mismo á palacio! ¿pues qué está enfermo su magestad?

—No señor.

—¡Ah! ¿y quién os envía?

—El mayordomo mayor: pero ese pliego dirá á vuestra paternidad, sin duda, lo que yo no le puedo decir.

—Veamos.

El confesor del rey rompió el sobre: dentro venia una carta del duque de Lerma para el padre Aliaga sumamente afectuosa.

«Mi buen amigo, le decia, vuestras virtudes merecen que se os honre mas que con el empleo de confesor del rey: por lo mismo he aconsejado á su magestad que os nombre inquisidor general. Temo que vuestra humildad se resista á aceptar esta alta dignidad; pero cuando mediteis que asi conviene al servicio de Dios y del rey, estoy seguro que consentireis: para asegurarme de ello, y porque urge, seguid al portador á palacio donde os espera. Vuestro amigo: — El duque de Lerma.»

—¡Inquisidor general! murmuró el padre Aliaga, pues bien, acepto: no supieron lo que hacian cuando me nombraron confesor del rey, y no saben ahora lo que hacen nombrándome inquisidor general. ¡Oh! ¡Margarita! ¡Margarita!

Coloraronse febrilmente las mejillas del fraile, que tomó su manto, se caló la capucha, y salió de la celda, siguiendo al gentil-hombre.

—Esperad, esperad un momento, dijo pasando junto á una puerta de un corredor.

El gentil-hombre esperó.

El padre Aliaga entró en aquella celda.

En ella velaba un religioso.

—Amigo Benitez, le dijo el padre Aliaga: salgo del convento de orden del rey, y acaso no vuelva tan pronto.

—¿Cómo? ¿os prenden? dijo el padre Benitez, que era un religioso anciano.

—No, no por cierto; pero me hacen inquisidor general.

—¡Inquisidor general! no sé si debo alegrarme ó entristecerme.

—Allá veremos. Entre tanto, y mientras yo estoy fuera del convento, quedaos á la mira.

—Descuidad.

—En vos confío.

—Id, id con Dios, y nada temais.

Salió de nuevo el padre Aliaga, atravesó el claustro seguido del gentil-hombre, salió del convento, entró en una litera, y aquella litera, rodeada de soldados tomó el camino de palacio.

## CAPITULO XVI.

En que empieza el segundo acto de nuestro drama.

Francisco Martinez Montiño, esto es, *el cocinero de su magestad*, nuestro protagonista, en una palabra, habia vuelto de Navalcarnero al anochecer del dia siguiente á la noche en que habia ido á recibir un secreto de la boca de su hermano moribundo.

Montiño se habia traído consigo un cofre fuertemente cerrado y sellado, sobre cuya cerradura habia un papel.

El receloso cocinero habia tenido buen cuidado de envolver aquel cofre en un lienzo para que nadie pudiese reparar en sus señas particulares; le habia hecho subir á su alto aposento del alcázar, y sin decir á su mujer y á su hija mas palabras que las necesarias para darlas los buenos dias, se habia encerrado con el cofre en el aposento cerrado y polvoroso que ya conocemos, y en el cual tenia secuestrada, apartada de la vista de todo extraño al arca de sus talegos.

Una vez allí Montiño, despues de haber descubierto con respeto el cofre que habia traído de Navalcarnero, le estuvo contemplando en éstasis.

No cesaba de leer y releer lo siguiente, que aparecia escrito en el papel que estaba pegado y sellado sobre la cerradura del cofre :

«Yo Gabriel Perez, escribano público de la villa de Navalcarnero, doy fe y testimonio de como el señor Gerónimo Martinez Montiño, reci-

bió cerrado y sellado como se encuentra, este cofre.» Seguía la fecha y el signo.

—¿Y qué habrá aquí? ¿qué habrá aquí? decía el cocinero levantando con trabajo el pesado cofre. ¿Dinero? no, no, mas bien alhajas. El señor duque de Osuna es muy rico, muy poderoso, y tratándose de un hijo suyo... ¿quién había de pensar que aquel muchacho que se me presentaba bajo un trage tan humilde, con el humilde nombre de sobrino mio, había de ser no menos que un Giron, aunque bastardo..? y pensar que yo por ignorancia he estado á punto de malquistarme con él..?

Y Montño seguía abismándose en su pensamiento, y contemplando el cofre, y probando su peso, y queriendo deducir por él el valor de su contenido.

El cocinero mayor, sufría el tormento de los avaros.

Pero era necesario salir de su reservado aposento.

Puso cuidadosamente el cofre en un rincon, le cubrió con un tapiz viejo, y no contento aun, con una estera, y se dió al fin completamente á luz á su mujer y á su hija.

Despues se presentó como de costumbre en la cocina, y dió sus órdenes para la vianda del día.

Despues, y libre ya por algunas horas, tomó su capa y su espada y se fué á Santo Domingo el Real, y oyó misa, ó procuró oirla, porque el cocinero mayor no tenia pensamiento mas que para el cofre y para el sobrino postizo.

Apenas hubo concluido la misa, cuando tomó á buen paso el camino de la calle de Amaniel.

En aquella calle en una casa chata y vieja, vivía la señora María Suarez, honrada esposa del escudero Melchor Argote, y honrada amiga del prendero Gabriel Cornejo.

Cuando Montño llegó, encontró á la señora María fregoteando como la mujer mas hacendosa del mundo en la cocina.

—Buenos dias, buenos dias, señora, dijo el cocinero: ¿y cómo vá por acá?

—¡ Ah! ¿sois vos señor Francisco? dijo la vieja...

Pero describámosla.

Era una mujer como de sesenta años, ó por mejor decir, una pelota con piés, cabeza y brazos: morena encendida y basta, con la nariz gruesa, los labios gruesos, los ojos pequeños y colorados, el izquierdo vizco, y los escasos cabellos, rubios entrecanos. Vestía un hábito de gerga cor-

to, sobre los hombros un pañuelo de lana azul, y por bajo del vestido que tenia levantado como acostumbra las mujeres durante ciertas haciendas caseras, se veian dos piernas rechonchas con medias azules, y dos piés redondos y abotargados, metidos dentro de dos zapatos gruesos y de un color indefinible.

El ojo vizco de esta mujer, era su único, pero completo rasgo flomómico-característico; era un verdadero ojo de demonio que lucia como un ascua medio apagada, y que en continua movilidad dejaba ver sucesivamente todas las espresiones de los siete pecados capitales.

Esto en ciertas situaciones especiales, que cuando aquel ojo dormia cubierto por una espresion hipócrita, la señora María tenia el aspecto de la mujer mejor del mundo.

Pero cuando asomó á la puerta de la cocina el cocinero del rey, en cuanto la señora María le vió, el ojo se puso en movimiento y espresó la cólera mas concentrada y mas vengativa que darse puede.

—¡ Buena la habeis hecho! dijo la señora María bajándose de una silla, á la que se habia encaramado para fregar una vidriera, y viniendo hácia el cocinero mayor con un estropajo en la mano: ¡ buena la habeis hecho, señor Francisco!

—¿ Pero qué he hecho yo, exclamó asustado el cocinero? porque le constaba, que la señora María no hablaba nunca en balde.

—¿ Que qué habeis hecho? ¡ nada! ¡ absolutamente nada..! ¡ pero ello dirá!

—Sepamos.

—¿ Teneis un sobrino?

—Si señora, tengo un sobrino.

—¿ Y os habeis valido de este sobrino..?

—¿ Para qué?... vamos á ver... ¿ para qué me he valido yo de ese sobrino?...

—¡ Pues! para malherir á don Rodrigo Calderon.

—¡ Ah! ¡ diablo!

—Y ¡ ya se ve..! os habeis apropiado los tres mil ducados de la reina.

—Yo...

—Si señor... y sino, ¿ por qué ha dado de estocadas vuestro sobrino á don Rodrigo Calderon?

—Han sido asuntos suyos...

—Pues mirad, tiene muy malos asuntos vuestro sobrino.

—¡ Bah! ¡ no tan malos como creéis! Pero en fin, ya que habeis

hablado de mi sobrino, por él venia, porque supongo que habrá pasado aquí la noche.

—Aquí la ha pasado, quiero decir aquí ha pasado la madrugada, porque el galopin Aldaba le trajo á las tres.

—¡ Ah! ¿ con qué ha salido á las tres de palacio mi sobrino?

—¡ De palacio!

—¿ He dicho en palacio...? sí... eso es... habrá estado en mi casa...? si, cierto...

—En vuestra casa mientras vos habeis estado fuera, no ha estado nadie mas que la justicia...

—Sí, sí; ya me ha dicho mi mujer...

—¿ Y no os ha dicho vuestra mujer que haya estado nadie mas?

—No por cierto.

—Señor Francisco, los hombres viejos no debian casarse... sobre todo con mujeres jóvenes y bonitas.

—Señora María, exclamó todo bilis y enojo Montño: sois una bribona...

—Bien, muy bien: ahora los insultos.

—¿ Queréis vengaros de mí porque os he echado á perder un buen negocio...?

—Yo no me vengo, no os he dicho nada que merezca la pena de que me trateis así.

—Habeis querido hacerme sospechar de mi esposa.

—¡ Jesus María! ¡ vea vuesamereed lo que es ser los hombres maliciosos!

—No es necesario ser malicioso.

—¿ Pues yo que os he dicho?

—Pues eso es lo malo, que no habeis dicho nada.

—He dicho que los hombres viejos no debian casarse teniendo hijas jóvenes y bonitas.

—Habeis dicho mujer.

—He dicho hija.

—¿ Y bien qué teneis vos que decir de mi hija...?

—¡ Hum! ¡ nada! ¡ pero haberse estado vuestro sobrino hasta las tres en vuestra casa, y no haber parecido cuando le buscaba la justicia!

—Mi hija no conoce á su primo.

—Pero como el tal primo es tan hermoso y tan atrevido... replicó la señora María.

—Dejemos esta conversacion señora María, que estais equivocada de medio á medio: mi sobrino no ha estado en mi casa...

—Pues sí ha estado en palacio y no en vuestra casa...

—Ha estado en la casa del rey, dijo una voz á la puerta.

Volvióse todo hosco é incómodo el cocinero y vió al bufon del rey.

El tio Manolillo entró con las manos puestas en las caderas, miró frente á frente al cocinero de su magestad, se le rió en las barbas y se sentó en un taburete de pino.

—Y bien ¿por qué os reis? dijo Montño amostazado porque hacia mucho tiempo que le causaban ojeriza las bromas del bufon.

—Ríome porque siempre que os veo me da gozo, señor Francisco, dijo el tio Manolillo.

—Es que os estais gozando conmigo hace muchos dias.

—¿Que quereis? cuando yo veo la felicidad en los demás me perezco de alegría.

—¿Y qué felicidad veis en mí, amigo bufon!

—¡Bah! ¡vuestra mujer...!

—¡Mi mujer! exclamó sintiendo un sacudimiento nervioso el cocinero.

—Ciertamente vuestra mujer... os ama mucho... mucho... muchísimo... os ayuda en todo lo que puede.

—¿Sabeis que ya me incomoda el que me habeis tanto de mi mujer?

—Como que estoy enamorado de ella...

—Vos no amais mas que á esa comedianta que os tiene vuelto el juicio...

—Puede ser, porque tratándose del juicio de los hombres, no conozco cosa que tanto se lo vuelva como las mujeres. Pero dejándonos de bromas y ya que hablabamos de vuestro sobrino; ¿cómo ha pasado la noche, ese valiente jóven, señora María?

—¡Qué! ¿conoceis á mi sobrino, tio Manolillo?

—¡Bah si le conozco! ¿pero no habeis oido, señora María, ó es que tanto os interesa tener limpias las sartenes, ya que no podeis tener limpia la conciencia?

—¿No sé para que los reyes han de tener gordos y ensoberbecidos á estos avechuchos? dijo la vieja.

—Pero el sobrino del señor Francisco... os he preguntado por él tres veces y nada me habeis respondido... y se que ha pasado aquí la noche...

- La madrugada, direis.
- En buena hora... ¿y duermes todavía?
- El que se acuesta tarde no se levanta temprano:
- ¿Y decís que conocéis á mi sobrino? dijo el cocinero,
- Ya se ve que le conozco.
- ¿Dónde le habeis visto?
- Anoche en palacio.
- ¿Pero en dónde?
- Donde no entran todos.
- ¿Estais seguro de lo que decís?
- Vaya si lo estoy.
- ¿Y habeis hablado con él?
- No : pero no importa ; se que anda enamorado y en aventuras.
- ¿Y le corresponden?
- Tal creo.
- Tenemos que hablar á solas... no os ofendais, señora María.
- La señora María no se ofende de otra cosa que de no ganar dineros.
- Yo no puedo ofenderme de lo que me da risa.
- ¿Y qué os da risa en esto?
- El secreto que gastais... como si no supiéramos que en palacio es muy fácil tener amores altos.
- Como es muy difícil que vos dejeis de ser una deslenguada.
- Os advierto, hermano bufon, que si mi esposo os oye, que pudiera ser, os cortará una oreja.
- ¡Bah ! ¡ el escuderote ! pero dejando esto... ¿dónde tiene su aposento el señor Juan Montiño?
- Ved que sale en persona, dijo la vieja señalando una puerta que se abria y tras la cual apareció el jóven.
- ¡ Ah ! ¡ mi buen sobrino ! exclamó Montiño corriendo hácia él.
- ¿Cuánto pensará ganar con su sobrino el cocinero del rey, cuando tan bien le trata? dijo para sí el bufon.
- ¿Y mi tio Pedro? dijo el jóven con solicitud.
- ¡ Tu tio... ! ¡ tu pobre tio ha muerto ! contestó apagando su sonrisa y con acento triste Francisco Montiño.
- El jóven se puso pálido, sus ojos se llenaron de lágrimas, y exclamó bajando tristemente la cabeza :
- ¡ Cúmplase la voluntad de Dios !

Y luego añadió dominándose :

—¿Y nada os ha dicho para mí?

—Nada ; cuando llegué ya habia perdido el habla.

—¡ Ah ! ¡ mi buen tio ! la carta que me dió para vos era un pretesto para alejarme de sí : para que no le viese morir.

—No te has engañado sobrino : no te has engañado... ¿y qué he hecho yo de esa carta? creo que la llevé al pueblo , y que la he dejado olvidada allí. ¿Pero como has pasado la noche?

—Muy bien tio , muy bien.

—Pues me alegro , me alegro mucho , dijo el tio Manolillo , porque creo que teneis demasiado que hacer para no necesitar estar descansado.

—No os conozco amigo , dijo Montño.

—Nada tiene de extraño. Yo soy el bufon del rey ; pero sino me conoceis á mí , conoceis mucho á un grande amigo mio.

—¿Qué amigo?

—Don Francisco de Quevedo.

—¡ Cómo ! ¡ don Francisco de Quevedo ! dijo el cocinero mayor ¿y está don Francisco en la córte?

—Y algo mas que en la córte , dijo el tio Manolillo.

—¡ Ah ! ¡ ah ! ¿y conoces tú á don Francisco de Quevedo sobrino? añadió el cocinero.

—Estuvo hace dos años en el lugar , iba huido...

—¡ Ah ! dijo Francisco Montño recordando el pasaje de la carta de su difunto hermano en que se referia al conocimiento de Juan con Quevedo. ¡ Ah ! ¡ sí ! ¡ es verdad !

—¿Y qué es verdad ! dijo Juan.

—Que ha de ser verdad , sino que hace dos años anduvo huido por unas estocadas don Francisco.

—Pues amigo mio , dijo el bufon , don Francisco os espera.

—¿Qué me espera? ¿y dónde? habiamos quedado en vernos en San Felipe.

—Pero urge , urge. Así pues os vendreis conmigo.

—¡ Sin almorzar ! dijo el cocinero. ¡ Yo que venia con él para que almorzase !

—Donde yo le llevo almorzará mejor.

—¿Mejor que en mi casa?

—Si señor ; vuestro sobrino , señor Francisco , almorzará hoy mejor que el rey.

—¡Algunas empanadas de hostería de ésas que no se digieren! exclamó Montaña con desprecio y picado en su calidad de cocinero.

—Yo daré de almorzar á vuestro sobrino pechugas de ángeles.

—¡Ah! ¡ah!... ¡vos teneis á vuestra disposicion pechugas de ángeles...! pero es el caso que yo necesito á mi sobrino, aunque solo puedo darle pechugas de ánade.

—No son malas, señor Francisco, no son malas; guardadme una para mas tarde; pero yo ahora me llevo conmigo al señor Juan Montaña. Como que le espera nada menos que don Francisco de Quevedo y para asuntos muy importantes.

—¡Oh! pues si don Francisco de Quevedo me espera, tio, necesario será que vaya.

—Iremos todos, dijo el cocinero.

—No puede ser, replicó el bufon: quedaos en buen hora siguiendo vuestra disputa con la señora María. En cuanto á mí, á vuestro sobrino me llevo.

—¿Y dónde para don Francisco?

—En una casa, y en una cama.

—Pues quedo enterado, dijo el señor Francisco.

—¡Cómo! ¿ha pasado algun mal accidente á don Francisco? dijo con cuidado Montaña.

—Cosa mala nunca muere, dijo desapaciblemente la vieja.

—Por eso no habeis muerto vos, aunque sois vieja del alma y del cuerpo, dijo el tio Manolillo; pero vamos señor Juan, y que no se diga que cuesta mas trabajo sacaros de aquí que si se tratase de sacar á una monja de un convento.

—No, no ciertamente, dijo el jóven; perdonad tio, pero cuando don Francisco me llama con tanta urgencia asunto debe de ser importante, en cuanto concluya iré á buscaros á palacio.

—Vé sobrino ve, dijo el cocinero: ya sabes que yo no me meto en tus asuntos; pero mira donde pones los piés, hijo mio, porque la córte se ha puesto para tí un poco resbaladiza.

—¿Nos veremos en la calle? dijo el bufon. Venid que el tiempo urge, y vos compadre, dejadnos por Jesús Nazareno, y vamos y no se hable mas, que en decir y replicar llevamos una hora. Conqué hasta despues; muchas espresiones al señor Cornejo, señora María, y al señor escudero que se compre un peine fuerte: hasta mas ver... ¡gracias á Dios que estamos en la calle!

Y el tío Manolillo, sin detenerse á escuchar la agria réplica de la señora María, sacó á remolque á Juan.

—¿Con qué tan hombre sois? le dijo el bufon.

—Segun, dijo Juan : no se por qué me haceis esa pregunta.

—¡Afortunado y reservadillo! hareis fortuna en la córte, jóven.

—Me alegraré.

—¡Ah! ¡ah! conozco á muy pocos que hayan entrado en palacio, con tan buen pié.

Miró profundamente Montiño al tío Manolillo.

—Vuestro amigo don Francisco, dijo el bufon contestando á aquella mirada, me llama el mochuelo del alcázar.

—Os juro que no os entiendo.

—¡Bah! ¿y cómo os va de vuestros amores?

—¿De mis amores...?

—¡Qué! ¿no estais enamorado...?

—¡Yo!

—Mirad que doña Clara Soldevilla, es demasiado persona para que se la engañe.

—¡Doña Clara! ¡oh! ¡doña Clara! ¿la conocéis?

—¡Vaya! ¿pues medrados estariamos, si el tío Manolillo, el loco del rey, no conociese hasta á las arañas del alcázar? Conozco á mi señora doña Clara, desde que era asi tamañita.

—¿Y qué se dice de esa dama en el alcázar?

—¿Qué se ha de decir? la llaman la menina de nieve.

—¿Por lo blanca?

—Bien pudieran; pero es por lo fria.

—¡Fria, y tiene dos ojos que abrasan!

—Pues ahí vereis. Nadie ha podido hacer que esos ojos le miren enamorados. ¡Cómo no seais vos...!

—¡Yo!

—¿Y qué tendria eso de extraño?

—Os aseguro que...

—Lo creo : doña Clara es dura como una roca.

—Pero yo no pienso...

—¡Vos...! ¡bah! vos sois capaz de saltar por esa dama, por cima de la torre de Santa Cruz : y sí yo fuera otro, lo seria tambien... y no sois vos solo...

—¡Cómo!

—El primero que salta por doña Clara es...

—¿Quién?

—Un personaje muy alto...

—Acabad.

—Don Felipe.

—¿Don Felipe de qué?

—Don Felipe de Austria, mi buen amigo, mi entretenimiento, mi loco.

—¡Ah! ¡el rey!

—No os pongais pálido, amigo mio... no os pongais pálido; doña Clara hace tanto caso del rey como de mí.

—¡Pero decís que hay otros...!

—No hay ninguno: es decir, ninguno ha logrado hacerse amar de doña Clara... á no ser que vos...

—¿Yo?

—Seamos francos: ¿cuánto daríais vos por encontrar una persona que os sirviese de puente para con esa dama? ¿por dos ojos que viesen mas que los vuestros?

—¿Me haceis una proposición?

—Me intereso por vos.

—¿Y qué clase de interés es el vuestro?

—Yo... os serviré... pero me habeis de pagar.

—Contad con mi bolsillo.

—Os perdono, porque los enamorados están locos... vos me pagareis pero no me pagareis en dinero... llegará un día en que yo os diga: os he servido: servidme.

—Os serviré como me hayais servido á mí.

—No hablemos mas: estamos cerca de la casa donde para nuestro amigo don Francisco.

Entraban á la sazón en la calle ancha de San Bernardo. Al poco trecho, el bufon llegó á una puerta, tiró de un cordel y la puerta se abrió; siguióle Juan Montño, el bufon cerró la puerta y subió por unas escaleras, seguido del jóven, á un hermoso recibimiento, y de allí á una sala, ricamente alhajada.

Sobre los sillones, habia algunos trajes relumbrantes, á todas luces trajes de teatro, y sobre una mesa, joyas en desórden y botes de perfumes.

En la sala no habia nadie, pero saliendo de una alcoba se escuchaba

una voz vibrante y acentuada que al parecer leía, y de tiempo en tiempo una voz juvenil y fresca, incitante voz de mujer que se reía de la mejor gana del mundo.

El bufon adelantó y levantó una de las cortinas bordadas que cubrían la puerta de la alcoba.

En un magnífico lecho, que por muchas señales demostraba ser un lecho de mujer, y de mujer galante, hundido en los colchones, medio sepultado en las almohadas, revuelta la cabellera, caladas las antiparras sosteniendo un libro en folio, leía Quevedo.

A los piés del lecho, indolentemente envuelta en una especie de bata de color de rosa con encages, mal cogidas las anchas trenzas negras, estendidos los piés que calzaban unos chapines de tafilete blanco, apoyado un brazo en otro brazo del sillón, y sobre la mano uno de esos semblantes en que no se sabe que admirar más, si la fuerza de la juventud, la fuerza de la hermosura ó la fuerza de la espresión, había una mujer como de veinticuatro años, sonriente, alegre, escuchando con delicia á Quevedo, que leía uno de los mejores capítulos del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

Quevedo al leer no se reía; su acento al leer, era el de un profundo crítico, que aprecia cada uno de los detalles, cada uno de los pensamientos, cada una de las bellezas, y las determina, las anota por decirlo así, con la inflexión del acento, con la acentuación particular de la palabra; que admira, y que acaso envidia, y que toma la lectura por lo serio.

Cervantes, leído por Quevedo, ganaba: el chiste se hacía irresistible: la jóven se reía con toda su alma.

Se nos olvidaba decir que la jóven tenía en la mano derecha abandonada sobre la falda, un cuaderno de papel en que se veían escritos versos.

A la cabeza de aquellos versos, se leía:

«Doña Estrella en la Estrella de Sevilla.»—Dorotea.

Aquel era un papel de una de las mejores comedias de Lope de Vega.

La que le tenía en la mano, era sin disputa una comedianta.

El papel revelaba su nombre.

Era Dorotea.

La querida pública del duque de Lerma.

La amante particular de don Rodrigo Calderon.

La mujer que tenía con el tío Manolillo unas relaciones, un punto de contacto que nadie podía calificar.

Quevedo, Cervantes y Lope de Vega, estaban allí; los dos en repre-

sentacion, el uno en persona, haciendo brillar el uno de los representados á Cervantes, y cautivando en favor de este la atencion de Dorotea en daño del otro representado: de Lope de Vega.

—Yo os daba durmiendo, dijo el tio Manolillo; y á ti estudiando holgazana, añadió dirigiéndose á la jóven.

—Gracias á mi buen Miguel que me he encontrado por ahí, no duermo, ni Dorotea estudia. Cuando habla Cervantes, es necesario no vivir sino para escucharle. ¡Qué ingenio! se entiende, cuando no se trata del Pér-siles. Parece mentira que el tan discreto... pero vamos al asunto, y perdone mi buen amigo, añadió Quevedo cerrando el libro y dejándole sobre la cama: ¿traeis con vos á ese sugeto?

—Tráigole por los cabezones.

—¿Cómo tal? ¿por los cabezones venis, cuando yo os llamo amigo Juan? Entrad, entrad, amigo mio, la dueña de la casa es una moza demasiado valiente para asustarse porque vos entreis en su alcoba.

—Decís bien, y tanto mas, cuanto me habeis curado de espanto apoderándoos de mi lecho: ¿qué pensarían de mí, si las gentes os vieran?

—Que estoy cansado. ¿Pero qué haceis que no entráis, amigo Juan?

—Entrad, entrad caballero, dijo Dorotea levantándose, esta casa es muy vuestra.

Y levantó la otra cortina que el bufon no habia levantado.

Al ver á Dorotea Juan Montiño, y al ver á este Dorotea, sucedió una cosa singular: los dos retrocedieron, los dos cambiaron de espresion. La sonrisa que vagaba en los labios de Dorotea se borró: en el semblante de Juan Montiño apareció una espresion de sorpresa, pero no mas que de sorpresa.

No esperaba ver á una mujer tan hermosa.

Le habia dado de repente en los ojos un relámpago de hermosura.

El bufon y Quevedo habian reparado esta circunstancia, la repentina y significativa seriedad de Dorotea, y el asombro de Juan Montiño.

—¡Ah! dijo el bufon.

—¡Oh! dijo Quevedo.

—Pasad caballero, pasad, dijo Dorotea ya perfectamente serena.

Juan Montiño entró en la alcoba, enteramente repuesto ya de su sorpresa.

—¿En qué nido le habeis encontrado, amigo Manolillo? dijo Quevedo.

—En el nido de una corneja.

—¿Y dónde tiene esa corneja su nido?

—Es la manceba vieja de un tal Cornejo, galeote huido que anda haciendo milagros en la córte.

—¡Ah! ¡un ensalmador de condenados, reparador de injurias y falsificador de doncellas! conozco al tal.

—¡Pero vos conoceis á todo el mundo, don Francisco! dijo Dorotea.

—Conócenme á mí todos: no es mia la culpa: el que en enredos anda enrédase.

—Yo creo haber oido hablar de ese Cornejo, dijo Dorotea.

—¿Ha graznado á vuestra oreja? pues mal agüero, hija: si supiera esto su esclencia, juntamente conque yo...

—Vos os tomáis licencia para todo: en cuanto á ese Cornejo, conócele por haberme hablado de él mis compañeras.

—Señor Juan Montiño, dijo Quevedo con voz campanuda: necesito hablar con vos á solas.

—Muchas gracias por la manera de echarnos, don Francisco, dijo Dorotea.

—Lope de Vega os espera: esta tarde á las dos debéis aparecer estrellá; procurad que no os nublen los del patio... debéis, pues, agradecerme que no os distraiga. Paréceme que estareis aquí mejor que en palacio, tio Manolillo.

—Buenas noches, don Francisco, buenas noches y hasta que desperteis.

—Os engañais, hermano, aun no me duermo, ni llamo al amigo Juan para que me traiga el sueño... heme echado por descansar un poco, pero ya empiezan mis tareas cortesanas: el no dormir y el no parar. ¿Y vos habeis descansado? dijo Quevedo dirigiéndose á Montiño y prescindiendo enteramente del bufon, que salió y se sentó en la sala frente á Dorotea, que se habia puesto á estudiar su papel junto á una ventana.

—No he podido dormir Quevedo, dijo el jóven.

—Dichosa edad en que el amor desvela: ¿y no ha tenido parte en vuestro desvelo el lance de anoche?

—¿Cuál de ellos?

Quevedo marcó con el brazo una estocada.

—¡Ah! ¡no!

—Pues sabed que Lerma lo sabe.

—Me importa poco.

—Que os pueden encerrar.

—Me importa menos.

—Que os puede suceder algo que negro sea.

—Sucédame en buena hora.

—No negais la pinta.

—¿Qué pinta?

—La de vuestro padre.

—Creo que mi padre hubiera tenido en estas circunstancias tan poco cuidado como yo.

—Créolo sin dificultad y me alegro de que os parezcáis á vuestro padre. Solo por eso os habia llamado : estaba cuidadoso por vos. Y decidme : ¿sino habeis dormido, tendrá la culpa doña Clara Soldevilla?

—¡Cómo! ¡pues qué! ¿sabeis...?

—Yo lo sé todo..

—Teneis sin duda un diablo familiar.

—Puede ser. ¿Y los amores os han quitado el apetito?

—No por cierto.

—No, pues me alegro ; ni yo tampoco. ¡Dorotea! ¡amiga Dorotea! Decid á vuestra negra que nos dé de almorzar.

—Almorzaremos todos juntos, dijo Dorotea.

—Que me place : almorzarán juntos el amor y las musas, una ninfa un sátiro. ¿Y teneis buena despensa? supóngolo.

—¡Ah! me cuidan como una reina.

—Créolo ; como creo que agradeceis como una reina los cuidados. Perdonad amigo Juan si me dejo ver de vos desencuadernado, dijo Quevedo saltando del lecho en paños menores ; hacedme la merced de echar esas cortinas, no se escandalice Dorotea.

—¿Os levantaiis? dijo la comediante : me alegro, voy á mandar sahumar la alcoba.

—Pues dudo mucho...

—¿Qué...?

—Que haya saumerio que la quite su olor : si yo no tuviera la cabeza tan fuerte , trastornado saldria y entontecido. Huele aquí...

—A hermosura...

—Bien, lo creo.

—Y de hoy en adelante, olerá á ingenio...

—¿Por qué pues sahumais...?

—Pudiera pegársele á don Francisco...

—¡Ah! ¡su esclencia! Créolo libre de tal contagio...

—Dios le ayude.

—Ya le ayudais vos...

—Pues yo creia que le desayudaba...

—Sois un oro...

—¿Os habeis vestido ya?

—Atácome las calzas.

—Voy á preparar el almuerzo.

—¿Quién es esta mujer? dijo Montño.

—No lo sé, dijo Quevedo encajándose los gregüescos.

—¿Qué no lo sabeis, y os meteis en su casa como en una posada, y la tratais con una lisura que mete miedo?

—Tratándose de esta mujer, cuanto mas miro menos veo. No se lo digais á nadie, porque no me gusta pasar por torpe: pero no la leo... no la adivino. Hacedla el amor.

—¿Yo...?

—Es hermosa.

—Pero descarada.

—Por las descaradas se conoce á las enmascaradas; un amante ve lo que no ven los demás, y nos conviene ver á esta mujer.

—Enamoradla.

—Ya lo he hecho.

—¿Y no habeis podido leerla?

—No, porque ella no se ha enamorado de mi.

—¿Y quereis que yo envista con una mujer que os ha rechazado? replicó Montño.

—Habeis sorprendido á esta mujer.

—¡Yo!

—Se ha puesto pálida al veros.

—Perdonad, á mí tambien me sorprendió...

—Mejor: ella ha reparado en vuestra sorpresa y espera.

—Perdonad, pero la sorpresa pasó.

—Créolo: pero os repito que los amores de esta mujer interesan.....

—¿A quién?

—A la reina...

—¡Ah!

—Además, no sabe aun lo de don Rodrigo. Procurad que cuando lo sepa le importe poco.

—No comprendo lo que me quereis decir con lo de don Rodrigo...

—La Dorotea cobra del duque de Lerma, y da á don Rodrigo Calderon.

—¡ Ah !

—Os aseguro que si en el almuerzo ganais terreno, cuando le llegue la noticia, que no deberá tardar, la importará poco lo sucedido...

—Pero... un triunfo tan rápido...

—Asi se triunfa de estas mujeres... ó á primera vista ó nunca.

—Me repugna...

—Sois mal galan de capa y espada... no servís para una comedia.

—Lo confieso.

—¿ No me habeis recibido por maestro?

—Si.

—Pues obedecedme.

—Bien quisiera, pero tengo el corazon lleno.

—¡ Alma de niño ! ¡ majadero incorregible ! doña Clara de Soldevilla, es el corazon, esta mujer la cabeza.

—¡ Ah !

—¿ Me habeis comprendido?

—¿ Pero tan importante es esta mujer?

—No lo sé, pero pudiera serlo.

—La enamoraré.

—¡ Callad ! ó mas bien... ¿ y qué tal, que tal os fue el último año en Alcalá?

Dorotea acaba de entrar en la sala.

—¡ Cómo ! ¿ este caballero es estudiante? dijo dejando sobre una mesa dos botellas.

—Y de teología, dijo Quevedo.

—¡ Estudiáis para clérigo ! dijo haciendo un mohin de repugnancia la comedianta, á tiempo que Montño salia de la alcoba.

—Ha ahorcado los hábitos, dijo Quevedo saliendo tras Montño.

—¡ Ah ! he ahí una justicia que me agrada : y eso que no puedo ver á un ahorcado sin tener malos sueños.

—¿ Y qué diablos haceis ahí, hijo Manolillo, doblado y redoblado? dijo Quevedo.

—¡ Ah ! exclamó el bufon como un hombre que despierta : pensaba.

—¿ Y qué pensabais?

—¿ Qué se yo? era uno de esos pensamientos, que piensan en nosotros.

—Metafisico estais.



QUEVEDO.





—Y que nosotros no pensamos en ellos.

—Continuad.

—Que se vienen... y que se van...

—Una idea eterna...

—Eso es...

—Un combate...

—No, un tirano...

—Tengoos lastima...

—¡ Ah!

—El tio Manolillo tiene unas cosas muy singulares, dijo Dorotea.

—¡ Me voy! exclamó el tio Manolillo.

—¿ Y no almorzareis con nosotros?

—El loco llama al loco; es la hora de levantarse el rey. Adios.

Y el tio Manolillo salió sombrío y cabizbajo: se le oyó bajar violentamente las escaleras y salió.

—No entiendo vuestro conocimiento con mi buen amigo, dijo Quevedo.

—Ni yo, exclamó Dorotea.

—¡ Y os ama!

—¿ Pero como me ama..?

—Sabreislo vos.

—Pues no lo sé: pero aquí viene el almuerzo, señores: sentiré trataros mal: vosotros tendreis la culpa: doy lo que tengo.

—¡ Y como teneis un cielo..!

—¡ Bah, don Francisco! cuando me requebrais no se si debo ofenderme ó...

—¿ Es esta negra, vuestra cocinera?

—Si, por cierto... dijo un tanto resentida Dorotea del cambio de conversacion de Quevedo.

—Y bien, carbon viviente ¿ qué nos das de almorzar?

La negra que traía una mesa ayudada por un lacayuelo contestó sobre la pregunta de Quevedo:

—Vuesamercedes almorzarán salmon fresco, pollas asadas, pastelones negros, pichones ensopados, tortas de dama...

—Basta, basta, y aun diré que sobra, aunque tengo un apetito de gigante encantado.

—Pues sentémonos... dijo Dorotea... ¿ y vos teneis tambien apetito..?

—Está enamorado...

- ¡ Ah ! dijo con cierto disgusto la Dorotea.
- Enamorado de vos.
- ¡ De mí ! exclamó riendo la comediante.
- ¡ Cosas de Quevedo ! dijo Montiño terriblemente contrariado.
- No, no por cierto... cosas de Dorotea.
- ¡ Cosas mías !
- Ciertamente : porque vuestras cosas son las que han quitado el apetito de todas las cosas al señor Juan Montiño.
- ¡ Ah ! ¿ os llamis Montiño ?
- Es sobrino del cocinero mayor del rey.
- ¡ Oh ! ¡ Dios mio ! ¡ os vá á parecer detestable mi almuerzo !
- El rey no almuerza tan bien como vos , ni con tan buen servicio... apuesto á que esta plata ha venido en derechura para vos del Potosí...
- Ved ahí que me importa poco el lugar de donde haya venido.
- Debe importaros mucho mas el lugar en donde ha parado.
- Sabe Dios si para.
- Mejor, porque será rio si corre.
- Me voy cansando...
- Decis bien, debéis descansar... aunque no sois vieja.
- Trabajo siempre para el público...
- Decis bien... debéis trabajar para menos gente... ya quise que trabajaseis para mí... con el corazon : pero vuestro corazon anduvo reacio.
- Punzais, don Francisco.
- ¿ Ortega me haceis ? desgraciado ando.
- No lo andais mucho, cuando os veis en la córte.
- Pues mirad : no quisiera ser cortesano.
- Soislo muy poco... y en prueba de ello cuando no estais preso...
- Me buscan... decis bien... y ahora me acuerdo... sois mi olvido de todo... ¿ y de qué me habia olvidado.. ? figuraos que anoche anduve cómplice en unas estocadas.
- ¡ Apenas llegado !
- Es mi sino. Pero como estoy ya cansado de que me echen el guante, trato de echar un guante de oro al escribano para que se le entorpezcan los dedos... y me urge... y me duele dejar á medio roer este pichon... pero os dejo...
- ¿ Os vais ? dijo Montiño poniéndose de pié.
- ¡ Oh ! ¡ no ! vos no teneis nada que ver con la justicia , dijo Doro-

tea : almorzad al menos, caballero... sino es ya que os sepa mi almuerzo mal.

—Creo que jamás ha almorzado tan á gusto el señor Montño, y se quedará... debe quedarse, añadió Quevedo cargando su acentuacion de una manera perfectamente inteligible para Montño.

—Temeraria abusar...

—¡Oh! ¿qué es abusar?... por el contrario no sabia á qué atribuir...

—Pues me quedo, dijo Montño con voz insegura.

—Pues quedaos, exclamó Quevedo. Os suplico que no os vayais...

—Pero si tardareis...

—En ninguna parte pudierais sentir menos la espera. ¡Ah! las diez... conque hasta las doce. Quede con vosotros Dios.

Y Quevedo salió.

Toda esta escena, á pesar de que habia sido un poco picante, habia pasado delante de la negra y del lacayuelo.

—Servidnos los postres y marchaos á almorzar, dijo Dorotea apenas salió Quevedo.

Montño y la comedianta quedaron al fin solos.

—Teneis un amigo muy regocijado, dijo Dorotea.

—¡Oh! ¡si! contestó el jóven, que aunque no era novicio, sentia remordimientos por aquella especie de infidelidad que hacia á su dama, y estaba contrariado.

—Sino fuese por su lengua, añadió la Dorotea...

—¡Oh! ¡si! repitió Montño.

—¿Pero no comeis? dijo la jóven que empezaba á sentirse preocupada.

—Perdonad señora, pero...

—¿Pero qué..?

Montño alzó los ojos, y su mirada se encontró con la mirada negra y resplandeciente de la Dorotea.

Por culpa de la situacion, aquellas dos miradas fueron terriblemente criminales, y la Dorotea se puso encarnada, no de rubor, sino de despecho, porque habia conocido todo el valor aparente de su mirada.

Lo mismo y por la misma razon aconteció á Montño.

—Vamos, esto es una tontería, dijo la Dorotea, sin pretender cubrir lo que no podia cubrirse. Quevedo tiene la culpa.

—Yo creo, señora, que nadie tiene la culpa de nada.

—Bebed, dijo la jóven llenando una copa de vino.

—Bebed primero vos...

La Dorotea llenó su copa.

—No: bebed en esta, ó bebamos la mitad de la nuestra cada uno, cambiamos.

—¿Sabeis lo que estais haciendo? dijo con seriedad la Dorotea.

—¿Os ofendo?

—Me estais enamorando.

—¿Y hago mal, suponiendo que eso sea?

—Eso lo sabreis vos.

—¡Cómo! ¿qué yo sabré si hago mal en enamoraros?

—Si, porque vos sabreis con cuanta lealtad, con cuanta razon podeis enamorar á una mujer á quien hace media hora que conoceis.

—La soledad tiene la culpa...

—Llamaré compañía...

—No, mas bien si os desagrada mi atrevimiento, me iré yo.

—Don Francisco vendrá á buscaros...

—Pues no encuentro medio...

—Si; dejar esta conversacion.

—Dejémosla.

—Hablemos de otra cosa.

Pero ninguno de los dos habló.

Bebieron en silencio sus copas.

Pasaron algun tiempo callando.

Dorotea miró involuntariamente á Montiño.

En aquel momento Montiño miró á la comedianta.

Esta doble mirada fue mas elocuente, mas intensa que la anterior.

Dorotea y Montiño se turbaron mucho mas.

Pero por aquella vez, Dorotea no se irritó.

Por el contrario, soltó una alegre carcajada, y dijo:

—¿Quién diablos os ha traído aqui?

Y llenó la copa, bebió la mitad, y ofreció la copa á Montiño.

Montiño la tomó y buscó el sitio donde habia puesto sus labios la jóven.

—Habladme con franqueza, dijo la Dorotea: ¿qué habeis visto en mí..?

Y se deluvo.

—He visto en vos, señora... ¡la verdad es que no he visto nada fuera de vuestra hermosura, que es divina!

—Pero..... mi hermosura sola no hubiera causado en vos.... en fin, no hablemos mas de esto... os recibo por mi amigo... conozco que os apreciaré... os aprecio ya, no sé porqué... sobre todo, no me gusta una guerra fatigosa; un galanteo que á nada conduciria porque es una locura.

—Seamos, pues, amigos; prefiero vuestra amistad á vuestro amor.

—¡Mi amor! ¿sabeis si yo he amado alguna vez? ¿sabeis si puedo amar?

—Todos hemos nacido...

—He aquí una cosa indudable.

—Para amar...

—Eso no es tan claro.

—Sino habeis amado amareis.

—¿Habeis amado vos?

—Si, y mucho, dijo Montño suspirando por doña Clara de Soldevilla.

—¿Y amais...?

—¡Si amo! ¡si amo! ¡con toda mi alma! exclamó el jóven refiriéndose siempre á doña Clara.

La Dorotea, sin darse á sí misma la razon, se inmutó profundamente y dejó ver claro su disgusto en su semblante.

Acaso aquello era amor propio.

Acaso una sensacion involuntaria.

Montño notó aquella conmocion, la tradujo, por amor propio á su favor, y acordándose de que Quevedo le habia dicho: — Importa á la reina acaso, el que volvais loca á esa mujer—y comprendiendo que el servir á la reina, el sacrificarse por ella, era la mejor seduccion que podia emplear para con doña Clara, se decidió á tomar á la comedianta por instrumento, y á destruir el mal efecto que le habian causado sus últimas palabras.

—Si, repitió con acento apasionado; amo á una diosa humana, con toda mi alma, con todo mi corazon... y esa divinidad... ¡sois vos!

—¡Yo! ¡imposible!

—Recordad que me turbé al veros.

—Eso nada prueba.

—Prueba que me habeis matado.

—Pero... caballero... dijo pálida y grave la Dorotea : creo que me tomáis por entretenimiento.

—¿ Me ofendeis...?

—Porque temo ser ofendida.

—¿Qué encontráis de extraño...?

—No sé... porque, como, lo repito, no he amado nunca, no sé si es posible que se ame así como vos decís tan pronto.

—¿Cuánto tiempo tarda en arder la leña seca?

—¡Ah!

—El tiempo que tarda en acercarse á ella el fuego.

—Pero la llama dura poco...

—Pero cuando acaba ha consumido la leña.

—¿Y vos sois... leña seca...? yo os creía leña verde.

—Os engañáis. En las universidades se empieza á vivir muy pronto, y se vive muy de prisa.

—¡Ah! ¡los estudiantes! ¡dicen que los estudiantes son muy embusteros!

—No se que puedan diferenciarse en esto de los otros hombres.

—Teneis razon : pero tienen tambien una fama tal los estudiantes...

—Injusticias, envidias... además, si fui estudiante, ya no lo soy.

—¿Pues qué sois ahora?

—Pretendiente.

—¿Y qué pretendéis?

—Una compañía.

—¿Compañía de qué...?

—¿De qué ha de ser...?

—Hay muchas compañías... la de Jesús, las de comediantes, las de los mercaderes...

—La que yo quiero, es una compañía de soldados.

—¿Y habeis hablado á alguien?

—La tengo casi ciertamente...

—¡Ah! ¡es verdad! ¡sois sobrino del cocinero de su magestad!

—¿Y creéis que mi tío puede...?

—Si Francisco Martinez Montiño se empeña, sereis... no digo yo capitán... sino cuartel-maestre, general... vuestro tío además de tener muchos doblones, tiene mucho influjo.

—Me alegro de saberlo, dijo para sí el jóven.

—¡Capitan! dijo la Dorotea... ¿y os ireis... á Italia ó á Flandes...?

—Me quedaré en Madrid : á mas de capitán quiero serlo de la guardia española.

—Lo sereis, porque á mas de vuestro tío, os ayudaré yo.

—¡ Vos !

—Si, yo... ¿ pues no sabe todo el mundo que soy la querida del duque de Lerma, y que su excelencia me quiere tanto, que hace todo lo que yo quiero?

—Temerá abusar de vos.

—¡ Bah ! yo debo agradeceros el que me hayais mirado tan bien.

—Mejor os agradecería el que no me miraseis mal.

—¿ Y por qué? no tengo motivo... os aprecio...

—Mas quiero...

—¿ Mas que apreciaros...?

—¡ Amadme !

—Echad un memorial á Cupido...

—Vos sois Venus, y le mandais.

—Ya sabeis que Cupido es un bribonzuelo, que no respeta ni aun á su madre.

—Casi creo que teneis razon.

—¿ Por qué...?

—Porque creo que el rapazuelo me ayuda.

—Son muy presumidos estos estudiantes...

—Capitán, señora, capitán.

—Pues peor : la gente de guerra cree que las mujeres se toman como las murallas, al asalto... mudemos de conversacion.

—Mudemos...

—¿ Hace mucho tiempo que habeis venido á Madrid? dijo la Dorotea procurando mostrarse completamente olvidada de la conversacion anterior.

—Vine ayer.

—¡ Ayer !

—Si señora, ayer por la tarde.

—¿ Y no habeis estado otra vez en Madrid?

—Nunca, señora.

—Es decir...

—¿ Qué...?

—No recuerdo lo que os iba á decir.

—¿ Quereis que os diga una cosa..?

—Decidla.

—Creo que teneis mas memoria cuando hablais de amor.

—¿Volvemos?

—¡Ah señora! no recuerdo haber visto en mi vida unos ojos que de tal modo me acaricien el alma.

—¡Cómo! ¡pues que..! ¡mis ojos..!

—Me están diciendo...

—Mienten... mienten mis ojos... vamos... será necesario que nos separemos.

—¿Sabeis que es muy dichoso don Rodrigo Calderon?

La comedianta hizo un gesto indefinible, mezcla de disgusto y de desdén á un tiempo.

—No me nombreis ese hombre, dijo.

—¡Vah! ¿pues no le amais?

La Dorotea fijó una mirada dilatada, inocente, dolorosa, enamorada á un tiempo en Juan Montiño: estendió hácia él un magnifico y mórvido brazo, y estrechando una mano del jóven le dijo:

—Os suplico que me dejéis sola: yo os disculparé con don Francisco.

—¡Qué! ¿tanto os enoja que yo continúe á vuestro lado?

—No, no me enoja: pero.... me siento mal: estoy turbada: ¿no lo veis? estoy avergonzada.

—¡Avergonzada! ¿y por qué?

—¡Porque soy una mujer perdida! dijo la Dorotea, y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Pero quién ha dicho eso? replicó Montiño acercándose á ella y apartándola suavemente las manos de sobre el rostro.

—Lo digo yo.

—Pues decís mal, señora, yo os creo una mujer virgen.

—¡Ah! ¡esplicadme... esplicadme eso!

—La esplicacion es muy sencilla; vos misma, recuerdo que hace poco lo deciais: vos misma habeis confesado que no habeis amado nunca.

—¿Y lo creéis?

—Lo creo.

—¿Y no temeis engañaros?

—No.

—¿Pero qué razones, qué pruebas teneis..?

—Voy hablaros con el alma, sin embózar mis palabras: cuando yo os ví, me mirasteis como miran las cortesanas...

—¡Ah!

—Pero apenas me visteis, bajasteis los ojos como una niña que recibe la primera revelacion del amor en la mirada de un hombre: os pusisteis seria y grave.

—¡Ah! ¡ah! ¿y creéis, dijo con acento ardiente Dorotea: creéis que os habeis entrado en mi alma en el momento en que os he visto?

A aquella pregunta de Dorotea, pregunta hecha con sinceridad, con candor, con anhelo, Montaña sintió una especie de vértigo. Dorotea se habia transfigurado: su alma, un alma entusiasta, enamorada, noble, se exhalaba de su mirada, de la espresion de su semblante, de su boca trémula, de su acento cobarde, ardiente, opaco.

Pero Montaña estaba prevenido: el involuntario poder de fascinacion de la comedianta, luchaba con el amor intenso, voluntarioso, tenaz, que Montaña sentia por doña Clara, y el jóven vaciló un momento; pero se rehizo y se mantuvo firme, como un buen justador despues de un tremendo bote de lanza recibido en el escudo.

—Yo no me atreveria á decir, contestó Montaña, si yo me he entrado en vuestra alma ó no, señora, pero os puedo asegurar que vos os habeis entrado en la mia.

—Pero esto es una locura, dijo la Dorotea como quien pretende despertar de un sueño: una locura á que no debemos dar vuelo: vamos, esto no puede ser.

—¿Qué no puede ser? ¿y por qué? ¿tanto amais á don Rodrigo? ¿tanto os importa Lerma?

—Mirad, dijo Dorotea inclinándose hácia Montaña y fijando en él sus grandes ojos: el duque me importa lo mismo que esto—y tomó un pedazo de pan y le desmigajó de una manera nerviosa. Cuando tenia hambre... deseo de brillar por mi aparato, por mis trajes, por mis alhajas, le acepté con hambre... hoy... hoy me importa muy poco el duque.

—¡No le necesitais ya!

—No necesito ya ni alhajas ni brocados.

—¿Los teneis?

—Jamás se tienen: porque hoy se lleva uno y mañana otro. No es eso...

—¿Pues qué es..?

—Dejadme hablar: me habeis nombrado á don Rodrigo... don Rodrigo me da hastío, como eso.

Y señaló una copa que estaba llena de vino.

—Y sin embargo, si digo que esta desdichada conversacion de

amores en que sin saber como nos hemos metido, es una locura, no es por el duque, ni por don Rodrigo... sino por vos.

—¿Por mí..?

—He dicho mal; he debido decir por mi suerte.

—Esplicaos, porque no os entiendo bien.

—Yo no puedo ya amar.

—El amor viene sin que le llamen, y no se va aunque le echen.

— ¡Oh! no me digais eso... porque seria muy desdichada... dejemos, dejemos mas bien este asunto..... soy franca con vos: estoy aturdida: ¿quereis que os cante la cancion que he estudiado para esta tarde? sereis el primero que la oiga... lo que no es poco favor, añadí sonriéndose: asi nos distraeremos los dos... vaya... ¡si esto parece una bruja!

Y Dorotea se levantó, tomó un arquilaud que estaba sobre un sillón, se sentó junto á la ventaña, templó el instrumento, preludió con maestria algunos instantes, y luego cantó con una voz fresquísimá y de un timbre admirable, la siguiente seguidilla:

Como el amor es ciego  
por tener ojos,  
en los tuyos se esconde  
dulces y hermosos;  
y al esconderse,  
el traidor con tus ojos  
me dá la muerte.

—Cantais... no se como deciros... exclamó Montño: como un ruiseñor es poco, y como un ángel... lo ha dicho todo el mundo.

—¡Gracias! ¿creeis que gustaré esta tarde?

—Si los del patio sienten lo que yo he sentido...

—¡Ah!

—Habeis cantado como el amor... y esos ojos que cantais, son vuestros ojos.

—¿Sabeis que tarda demasiado don Francisco?

—Mejor: de ese modo no estorba...

—Hareis que me enoje... sois muy poco generoso.

—¡Señora...!

—¿Pero no comprendeis que os estoy pidiendo treguas?

—Pues bien, señora mia; yo solo puedo concederos una cosa.

—¡ Ah! ¡ ya me dictais condiciones!

—¿ No por cierto? ... pero quiero que me tranquiliceis el alma.

—¿ Temeis?

—Caer del cielo.

—¡ Pero señor esto es terrible! es la primera vez que me sucede... no me conozco...

—¿ Porque me amais, no es verdad y no comprendéis que se pueda amar tan pronto?

—Yo creo que teneis mas esperiencia que yo.

—Os engañais: no he amado hasta ahora, pero por lo que siento no extraño que vos ameis lo mismo que yo.

—¿ Pero que deseais de mí?

—¿ Que deseo? vuestro cuerpo y vuestra alma: vuestro recuerdo continuo.. quiero ser para vos el aire que respireis.

—¡ Me estais engañando!

—¿ Yo?

—¡ Os ha traído don Francisco..!

—No creí yo que alguna vez fuese para mí una desgracia mi amistad con Quevedo.

—¡ Ah! Quevedo es tal, que no solo no puede confiarse en él, sino que tampoco de una persona con quien él haya hablado tan solo dos veces.

Montiño estuvo á punto de decir á la comedianta que Quevedo tampoco se fiaba de ella.

Pero se contuvo á tiempo, y siguió aquel papel de enamorado que no le era difícil representar, porque además de ser hermosa Dorotea, estaba embellecida por una sobrescitacion profunda, dominada por el no se qué misterioso que emanaba para ella de Juan Montiño.

Podía decirse que Dorotea estaba enamorada, sorprendida en eso que se llama *cuarto de hora de la mujer* por el jóven, dominada por él.

Montiño tenia fijadas en la memoria las palabras de Quevedo.—De estas mujeres se triunfa á primera vista ó nunca—y aquellas otras.—Interesa á la reina que enamoreis á esta mujer.

Juan Montiño desempeñaba con gusto su farsa, porque aunque estaba locamente enamorado de doña Clara, la comedianta tenia para él en la situacion en que se encontraba un encanto irresistible.

Montiño la veia luchar con una fascinacion amorosa.

La veia sufrir.

Los ojos de Dorotea se bajaban y volvian á levantarse para mirar á Juan Montiño con mas insistencia, de una manera mas elocuente.

La despechaba el no poder encubrir la impresion que la causaba el jóven, y su semblante se encendia en rubor.

Acaso hasta entonces no se había ruborizado Dorotea.

Acaso hasta que habia sentido la primera impresion de ese amor del alma, que tan superior es al deseo de los sentidos, á esa otra sensacion que generalmente se llama amor, no la habia pesado de su vida anterior.

Acaso nunca hasta entonces se habia avergonzado de ella.

Juan Montiño comprendia la lucha que agitaba el alma de Dorotea y no la dejaba tiempo para descansar, para reponerse.

Se habia levantado de junto á la mesa.

Habia permanecido algun tiempo de pié.

Luego se habia sentado en el taburete donde apoyaba sus piés Dorotea.

Por último, habia abrazado la cintura de la jóven.

Al sentir el brazo de Juan Montiño, se alzó como se hubiera alzado la mujer mas pura.

—Me estais tratando mal, dijo, me estais haciendo daño.. daño en el alma. ¿Tratariais de este modo á la mujer á quien quisierais para vuestra esposa?

—¡ Ah! exclamó Juan Montiño sorprendido.

—No, no he querido decir que yo os ponga por condicion para amaros que seais mi esposo: sé demasiado que yo no puedo aspirar á ser la esposa de un hombre honrado... pero os quisiera ver tímido, respetuoso, dominado por mí como yo lo estoy por vos... os quisiera ver sorprendido por un afecto nuevo, como yo lo estoy... quisiera.. yo no sé lo que quisiera.. que os bastara con amarme. ¡ Oh Dios mio! ¡ pero yo estoy diciendo locuras!

Y se volvió á sentar, y el jóven volvió á rodear su cintura.

Por aquella vez Dorotea se puso pálida, se estremeció pero no se atrevió á desasirse de los brazos de Montiño.

—Tengo sed, dijo el jóven.

—¡ Sed! dijo la Dorotea bajando hácia él sus grandes ojos medio velados por la sombra de sus largas pestañas y dejando caer una larga mirada en los ojos de Montiño.

—¡ Si, sed de vuestra boca!

—¡ Oh! exclamó Dorotea.

Y de repente, rechazó al joven.

—Alguien se acerca, dijo: alzaos, alzaos.

En efecto, Juan Montiño oyó abrir una puerta inmediata y se levantó y fué á tomar su sombrero.

—No os vayais; dijo Dorotea; quedaos sea quien fuere ¿qué importa?

Abrióse la puerta y apareció un hombre con traje de soldado.

Llevaba calado el sombrero, y su mirada era insolente y provocadora.

Al ver á Juan Montiño le miró de alto á abajo, y su mirada se apagó en la mirada fija del joven.

Entonces se quitó el sombrero y saludó de una manera tiesa.

Montiño no se levantó de la silla donde se habia sentado antes de que llegara aquel hombre.

Dorotea le miró con una de esas miradas que quieren decir:

—Habeis llegado á mal tiempo. ¿Qué quereis?

Y como si el recién llegado hubiese comprendido aquella pregunta en aquella mirada dijo:

—Don Rodrigo está gravemente herido, casa del duque de Lerma.

Montiño se puso levemente pálido, y fijó con ansiedad los ojos en Dorotea.

—¿Y bien? dijo esta: ¿por qué me dais esa noticia como si se tratase de una persona muy allegada á mí?

—¡Cómo! dijo con insolencia aquel hombre: yo creia que os importaba algo.

—Pues os habeis equivocado, Guzman.

En efecto, aquel hombre era el sargento mayor don Juan de Guzman, el mismo á quien la noche antes hemos visto al lado de la mujer del cocinero mayor.

—Es singular lo que está sucediendo á don Rodrigo, dijo Guzman. Todos le abandonan. El duque de Lerma, sabe quienes son los agresores, y no manda proceder contra ellos. Vos recibís la noticia como si...

—Nada me interesase, ¿no es verdad?

—Lo que no deja de ser muy extraño.

—Estrañad todo lo que querais, podeis decir á don Rodrigo como he recibido esa noticia. Y podeis decir mas: me retiro del teatro, y tal vez me vuelva al convento.

—¡Ah! yo creí que fuese otra la causa, dijo Guzman mirando con insolencia al jóven.

—Sea cual fuese la causa nada os importa. Además que cuando tal le ha acontecido á don Rodrigo él lo habrá buscado.

—Acaso tengais vos la culpa.

—¡Yo! ¿le ha sucedido por mí esa desdicha?

—Si por cierto : mediaban ciertas cartas.

—¿Cartas...?

—De una noble dama... vos habeis sido imprudente... el cocinero mayor ha llegado á saber lo de las cartas... y un sobrino del cocinero mayor...

—¡Qué decis!

—Que un tal Juan Montiño, que acababa de llegar á la córte, ha sido el que ayudado de don Francisco Quevedo...

—Os engañais, señor mio, dijo el jóven : Juan Montiño no ha necesitado de nadie para castigar á don Rodrigo Calderon, como de nadie necesaria para castigaros á vos, á la menor palabra ofensiva que os atrevieseis á pronunciar contra esta señora, ó contra su tío, ó contra él.

—¡Ah! ¿sois vos acaso...?

—Si señor, yo soy.

—¡Ah! pues comprendo, y como nada tengo que hacer aquí, me voy. Guardaos Dios, señora. Hidalgo, hasta la vista.

Ni Dorotea, ni Juan Montiño contestaron al sargento mayor que salió.

Durante algun tiempo, Dorotea miró frente á frente y ceñuda á Juan Montiño.

—¡Ya creí yo que me engañabais! dijo con acento concentrado.

—¡Qué os engañaba!

—¡Y don Francisco! ¡ah! ¡don Francisco!

—¿Pero explicaos por Dios, Dorotea?

—Quevedo no os ha llamado á mi casa para veros, sino para que yo os vieses.

—No os entiendo.

—¡Quevedo! ¡Quevedo! ¡ah! ¡maldito sea!

—Pero explicaos, Dorotea, explicaos por Dios, que no os entiendo.

—Ese hombre, ese Quevedo... parece que lee en el alma, lo que en el alma está oculto : parecé que adivina.

—Os suplico que os espliqueis.

—¡Qué me explique! Quevedo es amigo de la reina, de esa mujer á quien todos creen una santa, que á todos engaña.

—Por Dios Dorotea, ¿ved lo que decís? no comprendo porque os irritais.

—¡Por qué! me habeis sorprendido entre los dos... me habeis engañado. Ya se ve... es hermoso, parece tan noble tan bueno... ella está sedienta de amor... ella no ha amado... el duque de Lerma es su esclavo... utilicemos esta mujer... ¡y el señor estudiante..! ¡Ah, don Francisco...! ¡don Francisco!

—Decid que os ha llenado de dolor la desgracia de ese hombre, dijo con impaciencia Montaña.

—¿Y qué me importa ese hombre? ayer acaso... hoy... hoy quien me importa sois vos... no se por qué... pero me habeis empeñado... y nos veremos, caballero, nos veremos.

—Y tras estas palabras se dirigió á la puerta de la sala.

—¡Casilda! gritó: ¡Casilda! mi manto de terciopelo: que ponga Pedro la litera al momento.

La negra trajo á Dorotea un magnifico manto de terciopelo: la jóven se puso algunas joyas, se arregló un tanto los cabellos, y salió.

Montaña se quedó solo en la sala sin saber lo que le acontecia.

Poco despues asomó Quevedo á la puerta.

—De seguro, dijo, habeis cometido alguna torpeza, amigo Juan.

—No por cierto, créo que la torpeza, aunque parezca extraño, viene de vos.

—¡Eh! acertádolo habeis; teneis razon... he sido torpe, porque no he podido prever que la tal ninfa se enamorase de tal modo de vos. ¡Milagro! apuesto á que haceis de ella una Magdalena; aunque os lo repito, estoy seguro de que habeis cometido una torpeza... sereis capaz de haberla dicho que heristeis á don Rodrigo.

—Pues os habeis equivocado de medio á medio.

—¿Pues quién ha sido?

—Una especie de Rolando de comedia, á quien creo que ella ha llamado Guzman.

—¡Ah! ¡Don Juan de Guzman ha estado por aquí..! pues bien, no importa... la verdad del caso es, que la Dorotea está loca por vos... ¿qué habeis hecho en tan poco tiempo? Debe existir en el espíritu humano algo terrible, algo misterioso... ¡estas influencias rápidas...! ¡este unirse un alma á otra...! ¡oh! ¿quién sabe... quién sabe lo que somos?

Quevedo pronunció estas palabras como hablando consigo mismo.

—¿Queréis hacer lo que yo os diga? exclamó de repente Quevedo.

—¿Y qué hemos de hacer?

—¡Qué! buscar postas, y marcharnos á Barcelona: embarcarnos allí y plantarnos en Nápoles.

—¿Teneis miedo?

—Os confieso que estoy asustado.

—¿Por lo de don Rodrigo...?

—No, por lo de la córte... cosas se están preparando... cosas inevitables... seria necesario ser un Dios...

—Pues yo no me voy, á no ser que se viniera conmigo doña Clara.

—¡Ah! maldiga Dios las mujeres... pero como estoy seguro, que ni frailes capuchinos son capaces de convencer á un enamorado como vos...

—¿Y la reina...?

—Dios guarde á su magestad...

—Seamos nosotros la mano de Dios.

—Decis bien... quedémonos... pero como yo ahora no puedo acompañaros, ni vos teneis á donde ir, quedaos aquí... tomad posesion de la casa que, os lo aseguro, es vuestra y empezad á ser el déspota de Doro-tea. Os digo que está enamorada de vos, que resiste y que la resistencia acabará por hacerla vuestra esclava. No olvidéis que es nuestro instrumento... y adios.

—¿Pero que he de hacer yo aquí?

—Primero quitaros la capa, la daga y la espada como si estuvierais en vuestra casa: mandar, hacer y desahacer, y que cuando venga Doro-tea os encuentre apoderado de vuestro lugar de dueño.

—Pero esto me repugna...

—Seguid mi consejo... por veinticuatro horas.

—Pero si lo sabe doña Clara...

—Yo me encargo de eso. Pero adios. Me están esperando en las Descalzas reales.

Y Quevedo salió.

Juan Montiño permaneció algun tiempo perplejo, y despues siguió el consejo de Quevedo.

Se quitó la capa y el talabarte, acercó un sillón al brasero de plata que templaba la sala y poco despues dijo:

—¡Casilda!

Presentóse la negra y miró con asombro á Juan, apoderado de la casa de su ama.

—¿Qué me manda vuesamerced, señor? dijo.

—Traeme un vaso de sangría.

La esclava salió y poco despues entró con un vaso lleno de un líquido rojo en que flotaba una rueda de limon y puesto sobre una salvilla de plata.

Montiño se quedó solo pensando alternativamente en las cosas siguientes:

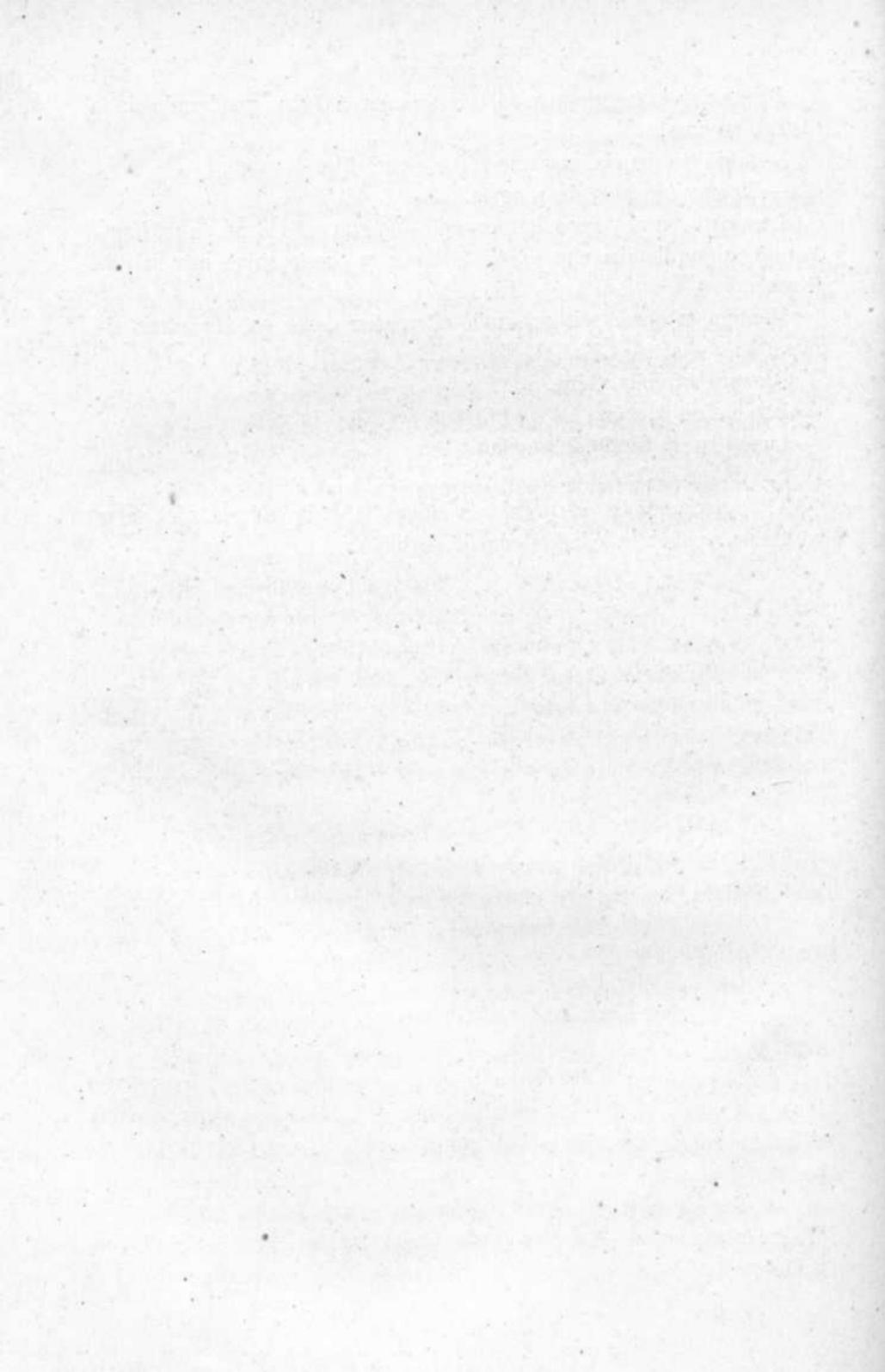
Primero en doña Clara.

Despues en la reina.

Luego en su banda de capitan.

Por último en Dorotea.

Al fin pensando en ella y bajo la influencia de la sangría, del calor del brasero y de la soledad, se quedó dormido.



## CAPITULO XVII.

De como entre unos y otros no dejaron parar en toda la mañana al cocinero de su magestad.

Dejamos á Francisco Martínez Montiño en casa de la señora María.

Cuando la vieja se encontró sola con él, volvió toda su cólera contra la única víctima que le quedaba.

—Os habeis perdido y perdereis á vuestro sobrino, le dijo: y todo por vuestra avaricia.

—Tengamos la fiesta en paz, señora María: ni yo me he perdido ni trato de perder á nadie y con esto quedad con Dios, que yo solo venia por mi sobrino, y no habiéndomele llevado me voy á la cocina.

—Bien hareis en estar en ella, y en no perder en vista las cacerolas, y en ver quien anda con ellas.

—¿Qué quereis decir?

—Nada señor Francisco, nada... yo me entiendo y se lo que me digo...

—Pues maldito si os entiendo ni quiero entenderos. Quedaos con Dios, y si vuelve mi sobrino tratadle bien, y no seais con él parlanchina ni imprudente... ved que mi sobrino es mucho hombre y os pudiera pesar.

—¿Por qué no casais á vuestro sobrino con vuestra hija...? aunque os lo están acostumbrando mal ¡habersele llevado el tío Manolillo á casa de la Dorotea...!

—Quedad, quedad con Dios, que vos por hablar os olvidais de todo y yo no puedo olvidarme de nada. Conque hasta mas ver: muchas cosas al señor Melchor.

—Id con Dios y abrid los ojos.

—¡Oh! ¡maldiga Dios las malas lenguas! murmuró Montiño saliendo de la casa de la señora María Suarez.

Y se alejó la calle adelante.

—¡Qué le case con mi hija! pensaba el cocinero mayor: indudablemente que este seria un buen negocio ¿pero lo tomaría á bien su padre..? el duque de Osuna es un señor terrible... ¡y aquel cofre..! ¿que habrá en aquel cofre..? ¿para que se habrá llevado el tío Manolillo á Juan á casa de la Dorotea..? ¿y como señor? ¿Como se anda Juan por esas calles de Dios al descubierto, despues de haber dado de estocadas á don Rodrigo?

Todos estos pensamientos incoherentes, reyueltos, se agitaban de tal modo en la cabeza del cocinero mayor, que andaba maquinalmente sin ver por donde iba.

Cuando entró en palacio por la puerta de las Meninas, sintió que le tocaban en un hombro.

Volvióse y se encontró delante de un viejo apergaminado.

—¡Ah! ¡el rodrigon de doña Clara Soldevilla! exclamó.

—Vuestro humilde criado, señor Francisco, dijo el vejete.

—¿Sois vos el que me ha tocado?

—Si señor, yo, que buscaba á vuesamerced. He estado en las cocinas y no hallándole allí, fui á santo Domingo el Real por ver si allí le encontraba.

—¿Y qué me quereis?

—Mi señora os llama.

—¿Ahora mismo...?

—Ahora mismo.

—Decid á vuestra señora que me es imposible: que falté ayer de la cocina, por asistir, de órden del rey, á la de su escelencia el duque de Lerma, y que de seguro tendré mucho que arreglar: si yo faltara hoy tambien, sabe Dios lo que sucederia.

—Mi señora me ha dicho, que si os negábais á acudir, os dijese que lo manda la reina.

—Pero señor, exclamó Montiño: ¿quieren matarme..?

—Señor Francisco, yo digo lo que me dicen.

—Pues vamos allá, exclamó Montiño con una resolucion heroica.

Subieron por la escalerilla de las Meninas, atravesaron parte del alcázar, y al fin el rodrigon abrió una puerta, hizo atravesar á Francisco Montiño una antesala y le introdujo en una sala.

En ella, sentada junto á la vidriera de un balcon, estaba la hermosa doña Clara.

Su semblante aparecia pálido y triste, pero se animó cuando vió al cocinero mayor.

—Besoos los piés, señora, dijo este inclinándose delante de la jóven.

—Dios os guarde, Montiño, dijo doña Clara: ¡ con cuanta impaciencia os he esperado! Sentaos.

—¿Y á causa de que ha sido esa impaciencia, señora? dijo Montiño sentándose.

—Anoche han pasado cosas muy graves.

—No se... ignoro... contestó Montiño: indudablemente en mi familia han pasado graves cosas, como que ha muerto mi hermano mayor...

—¡Qué desgracia! ¡vaya por Dios!

—Ya era anciano... pero tuve que ir allá... á Navalcarnero.

—Si, si, ya se que habeis estado anoche fuera de vuestra casa... no debeis dejar vuestra casa sola, especialmente de noche, señor Montiño... ¡dos mujeres solas!

—¿Esta tambien? dijo para sí Montiño. ¿Pero señor que pasará en mi casa?

—Os esperaba con impaciencia, para haceros algunas graves preguntas.

—¿Puedo yo contestar á ellas?

—Indudablemente.

—Pues bien, escucho.

—¿Teneis un sobrino?

—Si señora.

—¿Se llama Juan Martinez Montiño?

—Si señora.

—¿A qué ha venido ese jóven á la córte?

—Ha venido... pues... ha venido á avisarme de que mi hermano se moria.

—¿Nada mas...?

—Nada mas.

—Y decidme: ¿quién os dijo que don Rodrigo Calderon tenia ciertas cartas?

—¡Qué cartas...!

—Cartas que comprometían...

—No os entiendo, señora.

—¡Montiño! ¡estáis comiendo el pan de su magestad!

—Eso es muy cierto, señora... pero... suceden tales cosas, que no se que hacer... no se que decir...

—Pues es necesario que sepamos á que atenernos...

—Mi sobrino es muy afortunado. ¿No es verdad?

A aquella pregunta imprevista, doña Clara se puso encendida como una guinda.

Montiño se equivocó, al interpretar aquel rubor.

—En palacio señora, dijo, nos vemos obligados á hacer cosas que nos repugnan.

—¿Qué quereis decir...?

—Seamos francos y no nos ocultemos nada.

—¡Qué no nos ocultemos..!

—Yo se que Juan tiene amores en palacio.

—¿Qué sabeis...? ¿os ha dicho ese jóven...?

—No por cierto: es callado y firme como una piedra: pero yo he adivinado... es mas, tengo pruebas... es un secreto terrible... y si para ello me llamais... entendámonos completamente.

—Esplicaos con claridad, dijo doña Clara con la mayor reserva.

—Su magestad tiene disculpa... ¿nos puede escuchar alguién?

—Nadie, Montiño, nadie, dijo doña Clara que estaba cada vez mas encendida.

—Pues: el rey es el rey..... siempre rezando y siempre cazando..... pero sacadme de una duda: ¿donde ha visto su magestad á mi sobrino? digo á mi sobrino, por costumbre.

—¡Cómo! ¿no es vuestro sobrino?

—Doña Clara, os voy á confesar un gran secreto... Juan no es Montiño, sino Giron.

—¡Dios mio! exclamó doña Clara.

Y de encendida que estaba, se puso pálida como una difunta.

—Si, si señora; es hijo natural del gran duque de Osuna.

—¡Ah! ahora comprendo...

—¿Qué doña Clara..?

—Nada, nada: pero habia encontrado algo de singular en la mirada de ese jóven.

—Ya lo creo... cuando se entusiasma, cuando se embravece, se asemeja á su padre.

—¿Pero estais seguro, Montiño? ¿no os engañais?

—Mirad, señora, y juzgad, dijo Montiño sacando de su ropilla la carta que le habia traído la noche antes Juan: os revelo un secreto de familia; pero vos le guardareis.

—Si, si, pero dadme.

Montiño entregó la carta á doña Clara, que la leyó con un profundo interés.

—Aquí consta, dijo, que ese jóven es hijo de un gran señor y de una noble dama; pero el nombre... el nombre de su padre no est ...

—Ya veis que mi hermano no se atrevió á confiarlo á un papel que puede perderse, pero cuando llegué me lo reveló.

—¿Y era... el duque de Osuna?

—Si, si señora...

—¿Y su madre..?

—Faltó el habla á mi hermano para revel rmelo... murió poco despues de haber llegado yo.

—¡Qué desgracia! un secreto á medias... ¿y sabe él ese secreto?

—No, no señora: y si os lo revelo á vos, es porque media su magestad la reina...

—¡La reina..!

—Ya que se ha dignado favorecer á mi sobrino... á don Juan Giron, quiero decir... debe satisfacerla que alienta en sus venas la generosa sangre de los Girones.

—¿Pero qué la importa á su magestad..? dijo severamente doña Clara: don Juan la ha hecho un eminente servicio... la reina se lo agradece... y nada mas... ¿qué enredos son estos?.. ¿qué fatalidad puede haber para que se tome el nombre de su magestad de una manera ambigua?

—Perdonad, señora, pero yo no he querido decir...

—Cuando se habla de la reina, las palabras deben ser muy claras.

—Vamos, dijo para sí Montiño, he cometido una torpeza: doña Clara quiere todo el secreto y todo el provecho para sí.

—Os he llamado, dijo doña Clara, para saber cuántas personas conocen ese funesto secreto de haber tenido don Rodrigo Calderon cartas de la reina... cartas inocentes... cartas que nada tienen de vergonzosas, pero que debian ser destruidas, y que lo han sido por el valor de ese caballero... pero no basta... es necesario que no quede ni la mas leve nube

delante del nombre de su magestad. ¿Quién os dijo que don Rodrigo tenía esas cartas?

—Un tal Gabriel Cornejo, dijo Montiño dominado por doña Clara.

—¿Y quién es ese hombre? dijo doña Clara poseída de un terror instintivo.

Montiño se arrepintió de haber pronunciado aquel nombre, y no se atrevió á contestar.

—¿Quién es ese hombre? repitió con energía doña Clara.

—Es... un pobre diablo... un prendero del Rastro... contestó tartamudeando Montiño.

—¡ Un prendero del Rastro..! ¿y á tales gentes ha ido á parar un secreto de su magestad?

—¿Que quereis, señora? don Rodrigo...

—Es un miserable, ya lo sé... ¿y ha sido don Rodrigo?..

—Don Rodrigo trata con una comedianta...

—¡ Ah!

—Y esta comedianta que le ama...

—Le ha arrancado el secreto...

—¿Ha visto las cartas de su magestad?

—¡ Ah! ¿pues no comprendo bien?..

—La comedianta fué á ver al Cornejo para pedirle un bebedizo, y le reveló el secreto de las cartas.

—Mas claro... mas adelante... conclud... ¿cómo ha llegado á vos ese secreto?

Montiño sudaba.

Doña Clara, inflexible, con una fuerza de voluntad incontrastable, dominaba al cocinero mayor.

—¿Quién me habrá metido á mí en estos enredos? decia para sí el cocinero.

—¿Cómo sabeis vos lo de las cartas? repitió doña Clara.

—Yo, señora... como tengo mujer... como tengo una hija...

—¿Pero qué tienen que ver en esto vuestra mujer y vuestra hija?

—Tienen... porque me obligan á pensar en ser rico...

—¿Pero no me comprendéis? ¡yo no os preguntó eso! ¡nada me importa eso!

—Es que, señora, como quiero ser rico, trato con ese Gabriel Cornejo.

—Me estais haciendo perder la paciencia.

—Estoy turbado, señora... no sé lo que me sucede... no sé lo que pasa á mi alrededor.

—Pues bien, procurad tranquilizaros, y vamos en derechura al asunto.

—Prometedme, señora, que alma viviente no sabrá lo que voy á deciros.

—Estad seguro de ello.

—Llevo toda mi vida trabajando, primero en la cocina de la señora infanta de Portugal, doña Juana; despues en la del señor rey don Felipe II, luego...

—¡Pero por Dios Montño!

—Allá voy, allá voy... pues bien: á pesar de todo, he llegado casi á ser viejo sin ser rico... tenia en verdad, algunos ahorrillos... pero esto no era bastante... propúseme aumentar mis ahorros, poniendo dinero á ganancia... pero esto no es decente en un hidalgo... y si no hubiera tenido mujer é hija...

—Adelante, adelante.

—Pues como no era decente que yo me mezclase en cierta clase de asuntos, porque vengo de buen linage... me valí de ese Gabriel Cornejo...

—¿Y por causa de esas relaciones, dijo con impaciencia doña Clara, habeis llegado á saber?..

—Si, si señora... anoche se me presentó el tal Gabriel, y me dijo, que una dama encubierta, con trazas de muy principal, habia ido á casa de una tal María Suarez, mujer de un escudero llamado Melchor, y sin descubrirse pidió mil y quinientos doblones, por los cuales, se darian tres mil, pasando un mes, mediando un recibo de la reina...

—¡Ah!

—Aquella misma tarde el tio Manolillo, el bufon, habia ido á preguntar al tio Cornejo, cuánto queria por matar á un hombre principal: y como el tio Manolillo es pariente, ó amante, ó no se sabe qué de la comediante, y como la comediante tiene celos de la reina, y como don Rodrigo Calderon es un hombre principal...

—¡He aqui que ese Cornejo, que ese miserable, ha deducido...! y bien no importa... eso nada importa, afortunadamente... ¿el nombre de esa comediante? dijo doña Clara yendo á una mesa, buscando un papel y tomando una pluma.

—Dorotea, dijo Montño enteramente atortoiado.

—¿Dorotea, de qué?

—No tiene apellido.

—¿Es amante de don Rodrigo Calderon?

—Si señora... pero ocultamente...

—Esas mujeres, dijo con repugnancia doña Clara, tienen muy mala vida: si es secretamente... querida de don Rodrigo Calderon... tendrá de seguro otro amante público.

—Si, si señora: el duque de Lerma.

Doña Clara escribió.

—Bien, muy bien: ¿dónde vive esa mujer?

—En la calle Ancha de San Bernardo.

—Pasemos á la otra persona. ¿Qué antecedentes son los de ese tío Cornejo?

—No sé, no sé, dijo verdaderamente asustado Montaña.

—Tratándose de la honra de su magestad, dijo severamente doña Clara, ya comprendéis, Montaña, que es necesario obrar de una manera enérgica: creo que os será preferible confesar ante mí que ante otra persona...

—Por último, señora, dijo Montaña, sobreponiéndose á la situacion: este es un asunto que no puede llevarse ante la justicia, porque su magestad media: yo me he encontrado metido en él sin saber cómo, de buena fé...

—¡Pero si yo no os acuso! solo quiero saber...

—Pues bien señora, acerca del tal Cornejo, no sé nada.

—Os advierto una cosa. Es cierto que este asunto no puede llevarse á una audiencia: pero en España hay un tribunal, que con el mayor secreto, por medio de sacerdotes, averigua todo cuanto necesita averiguar.

—¡La Inquisicion! exclamó con terror Montaña.

—Hay un hombre, un santo, que defiende en esta corte tan corrompida, tan odiosa, la inocencia y la justicia: ese hombre es el confesor del rey: ya sabéis que fray Luis de Aliaga, es del partido de la reina, porque de parte de la reina están la razon y la justicia. Fray Luis de Aliaga ha sido recientemente nombrado inquisidor general.

—Os juro, señora, que yo no he tenido la menor parte... que cuando Cornejo se atrevió á indicarme que su magestad habia escrito cartas de amores á don Rodrigo... le desmentí... le desmentí con toda mi alma, porque yo sé que su magestad es una santa...

—Y sin embargo, engañado por las apariencias, habeis creido que su magestad amaba á... ese don Juan... á ese vuestro sobrino postizo...

—Yo no tengo la culpa de que se me haya mandado le enviase á pa-

lacio... hice lo que debia hacer; reprendí á Cornejo... le aterré... y sabiendo que don Rodrigo Calderon llevaba sobre si las cartas que comprometian á su magestad... llevé á mi sobrino, quiero decir, á don Juan Giron, á un lugar donde podria encontrar á don Rodrigo, y le dije:— Mátafe hijo, quítale las cartas de su magestad y llévalas á palacio donde te llaman. Mi sobrino.... perdonad: la costumbre me hace equivocarme.

—Equivocaoos siempre: llamad siempre á ese jóven vuestro sobrino.

—Pues bien, mi sobrino ha obrado como un valiente, y yo como bueno y leal.

—No lo dudo... y por lo mismo debeis manteneros en vuestra honrosa lealtad, diciéndome cuanto sepais de ese Cornejo.

—Por el amor de Dios, señora, que no pronuncieis despues de esto mi nombre para nada. Ya sabeis que yo soy inocente.

—Podeis estar seguro de ello: pero hablad.

—Gabriel Cornejo, ha estado en galeras por robos y homicidios.

—¡ Ah!

—Es galeote huido.

—Mas, mas que eso: con eso solo tiene que ver la justicia ordinaria, y de la justicia ordinaria no podemos valernos. ¿No decís que esa comediante pidió un bebedizo á ese hombre?

—Si señora.

—Ese hombre tendrá, pues, un tanto de ensalmador, y otro tanto de brujo...

—Si, si señora: no tiene por donde el diablo le deseche.

—Bien: ¿y creéis que puedan encontrarse pruebas en su casa?

—Es probable... dientes de ahorcado, vasijas, untos... yo no lo he visto, pero lo supongo...

—¡ Y vos tan cristiano, vos criado del rey Católico, os tratais con esa clase de gentes..!

—¡ Ah señora! ¡ si yo no tuviera mujer... si yo no tuviera hija...! ¡sino estuviese á punto de tener otro hijo...!

—Por la familia debe un hombre arriesgar la vida: pero debe conservar la honra... y sobre todo... ¡el alma! exclamó con repugnancia, y aun podremos decir que con horror, doña Clara.

—Estoy arrepentido...

—Bien, bien... dijo doña Clara, consultando el papel en que habia escrito: Dorotea vive en la calle Ancha de San Bernardo: está enlazada, no se sabe cómo, con el bufon del rey; es manceba secreta de don Ro-

drigo Calderon, y pública del duque de Lerma. Gabriel Cornejo es usure-ro, galeote huido, y brujo: ¿dónde vive ese hombre?

—Tiene una ropavejería en el Rastro.

—Además se trata con una María Suarez... ¿dónde vive esa mujer..?

—Creo, señora, que sabéis demasiado donde vive, y quién es la se-ñora María.

—¡Yo!

—Creo que vos sois la dama principal que estuvo anoche en casa de la señora María.

—¡Yo! teneis la mala cualidad de suponer absurdos. ¿Qué tenia yo que hacer casa de tales gentes?

—Esa mujer, dijo desalentado Montño, vive en la calle de la Priora.

—Bien, muy bien. Y vuestro sobrino... ¿dónde para?

—Preguntádselo al tío Manolillo.

—¡Al tío Manolillo!.. ¿pues qué el tío Manolillo le conoce?

—El tío Manolillo conoce á don Francisco de Quevedo, y don Fran-cisco de Quevedo es amigo de de... mi sobrino.

—Habeis cumplido como yo esperaba de vuestra lealtad, Montño, dijo doña Clara ya con semblante mas benévolo, y nada teneis que temer: seguid ayudándonos, y nada temais.

—¿Qué os ayude yo, señora?... ¡yo inútil, enteramente inútil!

—Ya sabemos lo que sois y lo que podeis, y contamos con vos. Pero estais inquieto, impaciente...

—Como que no he ido todavía á las cocinas, y ya debe de estar al-morzando el rey. Si se han descuidado... si ha ido algun plato mal ser-vido...

—Id, id, Montño: tranquilizaos, nada temais. Id, que os guarde Dios.

Al llegar á la puerta exterior de las habitaciones de doña Clara, oyó la fresca y sonora voz de la jóven, que dijo:

—Que me vayan á buscar al bufon del rey.

—¿Para qué querrá doña Clara al bufon del rey? dijo Montño ale-jándose rápidamente á lo largo de una galería, en direccion á unas es-caleras que conducian á las cocinas. Seria chistoso que fuese doña Clara la dama de quien está enamorado mi... sobrino (es necesario que yo crea que es mi sobrino, á fin de que ni por descuido pueda írseme una pala-bra en contrario). ¿Si será, repito, esta doña Clara la mujer de quien mi sobrino está enamorado? ¿si será doña Clara la confidenta de sus amores

con...? pero, señor, ¿por dónde ha venido este enredo? ¿y ese afán de todos de hablarme de mi casa y de mi mujer...? vamos, es necesario no pensar en esto: ¿pero y lo otro? las cartas, don Rodrigo herido, la Dorotea, Cornejo, y la Inquisición á punto de tomar cartas en el negocio. Con esto, y conqué me hayan echado á perder la vianda de su magestad, no nos falta mas. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! y quién me ha metido á mi en estas cosas. ¿Para qué diablos ha venido mi sobrino á Madrid?

Y Montaña subía de dos en dos los peldaños de la estrecha escalera de caracol.

Cuando llegó jadeando á lo alto, atravesó, á la carrera casi, una crugia, se entró en la cocina, y sin hablar una palabra se precipitó á las hornillas, y levantó la tapa de una cacerola de una manera nerviosa.

Los ojos de Montaña brillaron de una manera particular.

—¿Quién ha rellenado este capon? dijo con voz estentórea y amenazadora.

A aquella pregunta, todos detuvieron sus faenas, y todos callaron: pero las miradas de todos se fijaron en un mozangón que miraba entre turbado é insolente á Montaña.

—¿Has sido tú, Aldaba del infierno? ¿has sido tú? exclamó Montaña, arrojando con cólera la tapadera, y echando mano á la espada que desenvainó.

Cosme Aldaba, que era el delincuente, cayó de rodillas en la situación mas comicamente melodramática que puede darse.

—¿Quién te ha dicho, infame, exclamó todo irritado el cocinero, que á un capon relleno se le dejan el pescuezo y las patas? ¿No te he dicho cien veces que estos capones se rellenan entre cuero y carne, que no se les hecha en el relleno carne cruda, sino cocida, y que cuando se le pone á cocer, se les echan yemas de huevo picadas? Ven acá hereje y mal nacido, ven acá y huele y dime si esto huele á capon relleno?

Y asíó á Cosme Aldaba del cogote le llevó á la hornilla y le hizo meter casi las narices en la cacerola.

Después le arrojó de sí y le plantó cuatro ó cinco cintarazos.

Aldaba huyó dando gritos.

—¿Y quién ha sido, añadió Montaña cuyos ojos parecían próximos á saltar de sus órbitas, quien ha sido el que ha dejado que un galopin haga un plato que es difícil para mas de un oficial?

Todos se callaron.

—Es que el señor Gil Perez, tenía que ir á ver á su coima y me di-

jo que hiciera ese capon, exclamó desde la puerta con voz quejumbrosa el galopin Aldaba.

—¡ Ah! ¿ con que es decir, que las coimas son aquí primero que las viandas de su magestad? á la calle, Cosme, á la calle, y no me vuelvas á parecer por la cocina, ni en seis leguas á la redonda, y el señor Gil Perez que busque otro acomodo: así escarmentarán los otros oficiales y no dejarán sus cuidados á los galopines. ¿ Pero qué es esto? aquella empanada de pollos ensapados se abrasa... ¡ ya se ve! ¡ si os estais todos parados, ahí mirándome como á una cosa del otro mundo...! ¿ Apostamos á que hoy no tendremos un solo plato á punto que poner en la mesa de su magestad?

—Del señor duque de Lerma, dijo una voz detrás de Montño.

Volvióse el cocinero mayor, y vió á un lacayo que le entregaba una carta.

Tomóla con la mano temblorosa aun por la cólera, la abrió y vió que decia.

«Señor Francisco: venid al momento, necesito hablaros.—El duque de Lerma.»

—Decid á su esclencia que no puedo separarme en este momento de la cocina: dijo al lacayo.

—Tengo orden de no irme sin vos.

—Pues no quiero ir.

—Tengo orden de presentaros, si os negais, esta otra carta.

El cocinero la tomó, y la abrió.

«De orden del rey, decia, y bajo vuestro cargo y riesgo, y pena de traicion seguireis al portador. El duque de Lerma.»

—Vamos, dijo el cocinero de su majestad, envainando su espada arreglándose de una manera iracunda el cuello de la capa y arrojando una mirada desesperada á la hornilla.

Poco despues seguia por las calles al lacayo del duque de Lerma.

## CAPITULO XVIII.

El tío Manolillo.

Llena estaba la antecámara de audiencias de palacio, de pretendientes, cuando el tío Manolillo llegó al alcázar.

Su semblante, que hasta allí había ido sombrío, pálido, contraído, se dilató, su boca estereotipó su maliciosa é insolente sonrisa de bufon, sus ojos vizcos empezaron á moverse y á lanzar miradas picarescas y su andar, sus ademanes, todo se trocó.

Sacó del bolsillo un cinturón de cascabeles y se le ciñó.

Luego atravesó dando cabriolas las galerías de palacio.

El pobre cómico había delegado su corazón á lo profundo de su pecho, y había empezado á desempeñar su eterno papel de loco á sueldo.

Cuando llegó á la antecámara de audiencias, cesó en sus cabriolas le detuvo un momento en la puerta, sonando sus cascabeles, como para llamar la atención de todo el mundo, y luego con la mano en la cadera, la cabeza alta y la mirada desdeñosa, que parecía no querer ver á nadie, atravesó con paso lento, marcado y pretencioso la antecámara.

Todos los que le conocían en la córte se echaron á reír.

El tío Manolillo remedaba perfectamente la prosopopeya del duque de Lerma que poco antes acababa de salir con el mismo continente y la misma altivez de la cámara del rey.

Allegar á la cortina, un sumiller le detuvo.

—No se puede pasar, le dijo.

—¡Eh! ¿qué sabeis vos? dijo el tío Manolillo: yo no paso, me quedo.

—El rey...

—¿Y quién hace caso del rey?... el rey sabe menos que nadie lo que se dice... déjame entrar ó te entro.

Y como el sumiller se opusiese, el tío Manolillo le asió por la pretina y se entró con él en la cámara real.

—Hermano Felipe, dijo al rey: aquí te traigo á este para que le castigues... se ha atrevido á faltarme al respeto... ¡pretender que la locura, no entre en la cámara del rey!

—Idos Bustamante, dijo el rey al sumiller. Ven acá, Manolillo. El señor Inquisidor general tiene que hacerte algunas preguntas.

Y el rey señaló al padre Aliaga, que estaba sentado en un sillón frente á la mesa donde almorzaba el rey.

--Dame primero de almorzar, porque así como tú por haber pasado una buena noche tienes apetito, yo por haberla pasado en vela por tí, me perezco de hambre.

El rey empujó un plato hácia el bufón.

Este le tomó, se sentó sobre la alfombra, y se puso sin cumplimiento á comer.

—Están buenas estas lampreas, dijo: se conoce que no ha estado hoy en la cocina tu buen cocinero mayor.

—Calumnias al pobre Montaña. Es el cocinero mas famoso de estos tiempos.

—Lo era antes de tener mujer, pero su mujer le ha cambiado.

—¿Y vos, no sois casado, amigo Manolillo? dijo el padre Aliaga.

—No señor, la mujer con quien pude casarme, no tenia alma, y yo quiero las cosas completas. Por eso no me gusta la corona de España.

—¡Oh! ¡oh! dijo el rey.

—Si, si porcierto, porque la corona de España no tiene cabeza.

—Parece que os ha escuchado la conversacion, padre, dijo el rey.

—Todo consiste, en que el padre Aliaga es tan loco como yo.

—¿Me quereis esplicar eso, tío Manolillo? dijo el fraile.

—Con mil amores: pero dame otro plato Felipe; nunca hablo mejor que cuando tengo la boca llena.

El rey empujó otro plato hácia el bufón.

Este le tomó y dijo:

—Pues es necesario agradecerte el sacrificio que haces por mí, hermano, porque los embuchados te gustan mucho, razón porque te los sirven todos los días tus dos cocineros Montaña y Lerma.

—¡ Ah! ¡ ah! ¡ acometedor vienes hoy! dijo el rey riendo; algo sucede de seguro.

—Sucede, que no sucede nada.

—Pero decidme, ya que teneis la boca llena, tío, dijo el padre Aliaga: ¿ por qué soy yo tan loco como vos?

—Porque vos como yo, os habeis empeñado en que un loco tenga juicio.

Y miró de una manera sesgada y maliciosa al rey.

—Como veis, dijo el padre Aliaga, su magestad almuerza sin gentiles hombres y sin maestresalas: está solo conmigo.

—Lo que demuestra que estais haciendo el oficio de loquero.

—Os ruego señor, dijo el padre Aliaga, que mandeis al tío Manolillo, avise al sumiller que no deje pasar á nadie, absolutamente á nadie, ni aun al mismo duque de Lerma.

—Ya lo oyes, obedece, dijo el rey.

—¿ Qué será esto? dijo el tío Manolillo yendo hácia la puerta: ¡ apoderado de ese imbécil el padre Aliaga, y que consejo conmigo! ¿ qué querran? ¿ sabrán algo? ¡ veremos!

Y dió las órdenes al sumiller, cerró además la puerta de la cámara, y volvió á sentarse sobre la alfombra y á comer sus embuchados.

—Os ruego, dijo el padre Aliaga, que por estos momentos dejéis vuestro oficio de bufon y me respondais bien, lisa y llanamente.

—Entonces reclamo mi sueldo de consejero.

El rey sacó de su porta bolsa, una bolsa y la arrojó al bufon.

—¡ Escudos de plata! ¡ el rey no se conoce por su moneda de oro...! ¡ pobre Felipe...! exclamó el bufon.

—Os pregunté, dijo el padre Aliaga, si habiais sido casado y me respondisteis...

—Que la mujer con quien yo pudiera haberme casado no tenia alma, por lo que no quise casarme con ella.

—Mas claro tío Manolillo: ¿ vos no sois padre legítimo de Dorotea?

—¡ Ah! exclamó el bufon como sorprendido, y dejando de comer: ¡ Dorotea! ¿ qué teneis vos que ver con Dorotea, padre?

Y los hoscos ojos del bufon dejaron ver un relámpago de amenaza.

—Deseo saber, ya que no podeis ser su padre legitimo, lo que sois de esa mujer.

—Soy su perro.

—Os he suplicado que me contesteis con lisura.

—Os he respondido la verdad: me tiendo á sus piés, lamo su mano, y velo por ella, siempre dispuesto á defenderla.

—¿Pero no es vuestra hija?

—No, contestó con voz ronca el bufon. ¡Oh! ¡si fuera mi hija!

—¿Ni vuestra... querida?

—¡Oh! ¡si fuera mi querida!

—¿Pero la amais?

—Ya os he dicho que soy su perro.

—Mas claro.

—Soy su protector. Ella dice: amo á este hombre, y yo la digo: amale: ella me pregunta ¿me vengareis si me ultrajaren? yo contesto: el que te ultraje muere.

—¿Habeis querido matar por tanto á don Rodrigo Calderon?

—Si.

El rey miraba con espanto al tio Manolillo.

—No te conozco, le dijo.

—Tienes razon, hermano Felipe, dijo el bufon, porque ahora estoy loco.

—Decidme: dijo el padre Aliaga, ¿de quién es hija esa desgraciada?

—Un día, dijo el tio Manolillo: por mejor decir: una noche... estaba yo en una casa de vecindad... tenia en ella un entretenimiento: una doncella asturiana que me ayudaba á comer mi racion: era ya tarde: de repente en el cuarto de al lado oí gritos; gritos desesperados, arrancados por un dolor agudo: gritos de mujer acompañados de invocaciones á la madre de Dios.

El rey habia dejado de comer y escuchaba con atencion.

El padre Aliaga con la cabeza apoyada en su mano, miraba profundamente al tio Manolillo.

El bufon estaba pálido y conmovido.

—Aquellos gritos, continuó el bufon, cesaron, y tras ellos oí el llanto de una criatura recién nacida.

—¿Era ella? ¿era esa Dorotea, Manolillo? dijo el rey.

—Sí, era ella, señor, dijo el bufon tratando por la primera vez al rey con respeto, como sino hubiese querido unir nada trivial á lo solemne de

aquel recuerdo : era ella que nació, la desventurada, en las primeras horas del día en santa Dorotea.

El bufon inclinó la cabeza y se detuvo un momento.

Luego la alzó y continuó.

—A poco de haber nacido esa infeliz, oi dos voces : una débil, dolorida, llorosa, otra áspera, imperativa brutal.

—Es una niña, dijo el hombre.

—¡Oh! exclamó la mujer llorando ¿y no tener quien me ayude? ¡no tener un mal trapo en que envolver á este ángel!

—¿Y para qué? dijo el hombre : voy á envolverla en mi capa y á llevarla á la puerta de un convento.

—¡Oh! ¡no! ¡es mi hija! ¡no me robes mi hija, ya que me has robado mis padres! dijo la mujer sollozando.

Tras estas palabras oi una lucha corta, pero breve, acompañada del llanto de una criatura : la lucha de un fuerte y de un débil : luego la voz de la mujer que gritaba.

—¡Mi hija! ¡la hija de mis entrañas! ¡dáme mi hija!

Y sentí pasos que se alejaban y una puerta que se abría y se cerraba de golpe y la voz de la mujer que gritaba :

—¡Maldito! ¡maldito! ¡maldito seas!

Despues un golpe, sordo como de un cuerpo que caía en tierra, y luego nada.

Yo así á mi manceba por la mano (ella lo habia oido todo como yo; era una buena muchacha y estaba horrorizada) la saqué de la habitacion al corredor, abrí la puerta de la habitacion vecina,—socorre á esa infeliz —la dije, empujándola dentro, y yo me lancé á la calle, y seguí á un bulto que se alejaba.

—Una criatura recién nacida que lloraba bajo su capa, me indicó que era él.

De tres saltos me puse junto á su lado.

—Una madre te ha maldecido, y yo soy la mano de Dios; exclamé.

Y le di de puñaladas.

—¡De puñaladas! dijo el rey.

—Si, si por cierto, de puñaladas, el hombre que roba á una madre su hija, el hombre á quien una madre desventurada maldice, debe morir.

—¿Y confiesas el delito delante del rey? dijo severamente Felipe III.

—En primer lugar no fue delito: en segundo lugar ya lo confesé, y he cumplido la penitencia. ¿Y luego no velo yo por Dorotea? ¿no me sacrifico por ella? ¿no sufro un infierno por ella?

—¿Pero aquel hombre murió? dijo profundamente el padre Aliaga.

—No lo sé, contestó el bufon: yo no me detuve mas que á recoger la criatura, la envolví en mi capa y me volví á la casa de vengidad.

Cuando entré en el cuarto... (no lo olvidaré jamás) no habia mas muebles que un banco de madera, una mesa y un jergon casi deshecho cuando entré, vi que la infeliz que estaba aun desmayada, ensangrentada entre los brazos de Josefa, mi manceba, era una jóven como de veinte años, rubia, muy flaca, pero muy hermosa. ¿Conoceis á Dorota, padre?

—No.

—¿Pues por qué me preguntais por ella?

—Continuad.

—Cuando conozcais á Dorotea, sabreis cuan hermosa era Margarita.

—¡Margarita! exclamó el padre Aliaga poniéndose letalmente pálido.

—¡Se llamaba Margarita! observó maquinalmente el rey.

—Si, se llamaba Margarita: segun me dijo despues en algunos intervalos de razon aquella desgraciada, porque se habia vuelto loca, habia salido de su casa con un soldado, habia corrido con él algunas tierras, y al fin habian venido á parar á Madrid, donde el amante vivia de las estocadas á oscuras que daba por la villa, la maltrataba, y, por último, la habia exigido que se prostituyese para ayudarle á vivir.

El padre Aliaga temblaba de una manera poderosa y concentrada.

—Algunas veces, continuó el bufon, cuando yo la preguntaba el nombre de sus padres me decia:

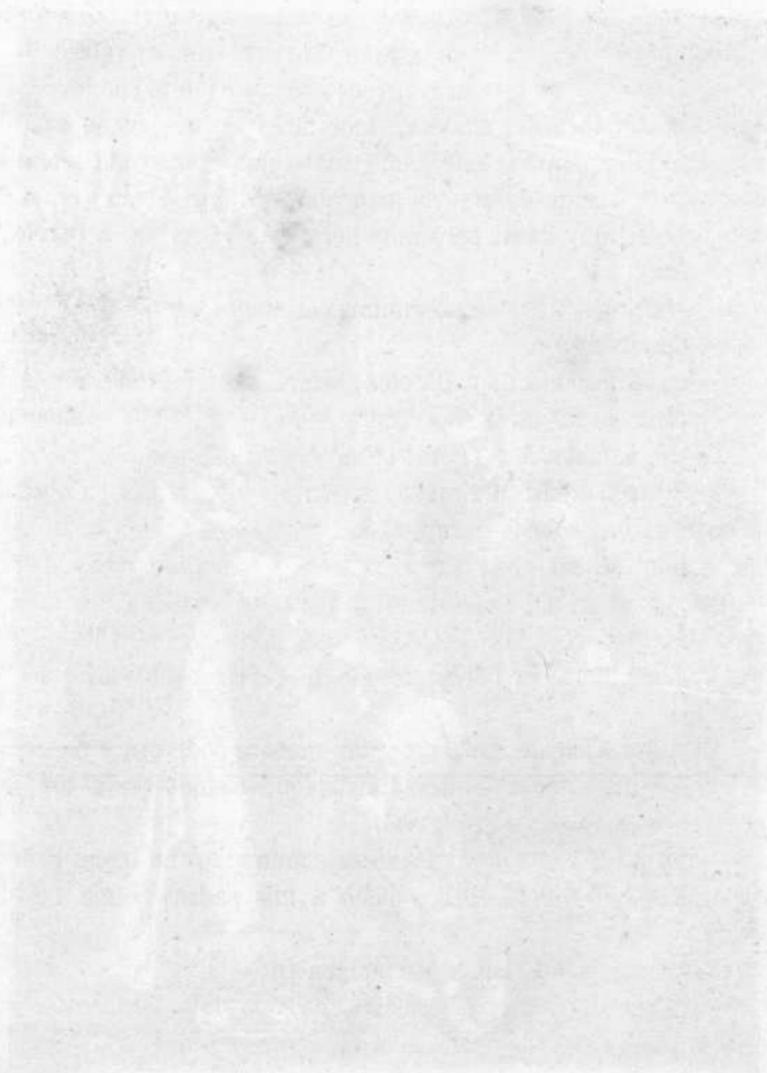
—No, no: yo he deshonrado su nombre: yo no tengo padres: Luis que me vió huir, se lo habrá dicho á mis padres y me habrán maldecido.

—¿Y quién es Luis? la preguntaba yo.

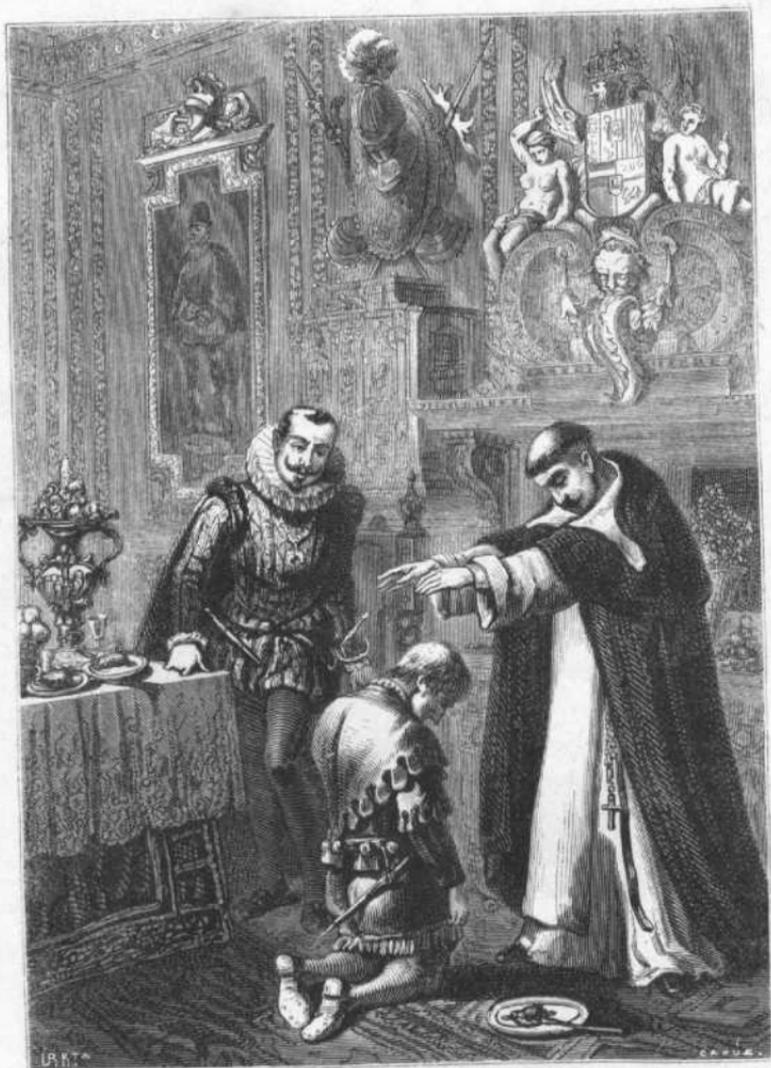
—¡Luis! Luis era mi hermano, me contestaba la infeliz con dulzura: él me amaba y yo... yo amé á otro... ¡pobre Luis!

—Y qué ha sido de esa desdichada dijo el padre Aliaga cubriéndose los ojos con la mano para ocultar sus lágrimas y procurando contener la revelacion de aquel llanto que aparecia en su voz.

—Murió: murió entre mis brazos loca, desgarrándome el alma al morir, porque yo la amaba, la amaba con toda mi alma y continuo amándola.



PRINTED AND PUBLISHED BY THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS



...YO, MINISTRO DE DIOS, TE ABUELVO DE ESA MUERTE...

la en su hija. Ahora bien ¿creis que yo pequé? ¿que cometí un delito matando al infame asesino de Margarita?

—¡No! ¡no! dijeron al mismo tiempo el rey y el padre Aliaga.

—Yo te indulto de esa muerte, Manuel, dijo el rey, yo Felipe de Austria, rey de las Españas.

—¡Y yo, dijo el padre Aliaga levantándose y estendiendo sus manos sobre el bufon que al levantarse, al ver la accion del fraile, habia quedado de rodillas: yo ministro de Dios, te absuelvo de esa muerte en el nombre del Padre y del Hijo y del Espiritu-santo!

—¡Amen! dijo con una profunda uncion religiosa Felipe III.

—¡Ah! dijo el bufon cambiando de aspecto de una manera singular: vos, padre Aliaga, sois un santo y llegareis á mártir y tu hermano Felipe, aunque eres tonto, no eres malo. Dios os lo pague á los dos: á tí por tu indulto hermano rey, y á vos por vuestra absolucion, padre Aliaga.

Hubo un momento de silencio.

El tio Manolillo se habia levantado y llenaba lentamente de vino una copa.

El padre Aliaga estaba profundamente pensativo.

El rey oraba.

El bufon se bebió de un trago la copa.

—Ahora bien, dijo, y ya que sabeis que Dorotea no es ni mi hija, ni mi amante, ¿qué quereis de ella? ¿porque me habeis preguntado por ella?

—Basta, basta, dijo el padre Aliaga, me siento malo, y con la venia de vuestra magestad me retiro.

—Id con Dios padre Aliaga, id con Dios, dijo el rey.

—Os espero esta tarde en el convento de Atocha, dijo el padre Aliaga al bufon.

—Iré, dijo el tio Manolillo.

El padre Aliaga hincó una rodilla en tierra y besó la mano al rey.

Despues salió.

—¡Es muy singular la historia que nos has contado! Manolillo: dijo el rey.

—Tan singular, que me ha hecho daño el contarla y me ahogo en la cámara: es demasiado fuerte ese brasero y hace aquí calor. No sé como puedes resistir esto Felipe: tus gentes te cuidan muy mal; yo en lugar tuyo ya tendria consumida la sangre. Tú no quieres creerme. Hecha de tu lado á Lerma y á Olivares, y á Uceda, que son otros tantos braseros en que se abrasa la sangre de España, y que acabarán por sofocarte.

—¿Sabes, Manolillo, que despues de lo que me has contado, me parecés otro hombre? dijo el rey.

—¡Bah! tú que has nacido para ser víctima, no conoces la venganza. ¡Peor para tí!

—Un cristiano no puede, no suele ser vengativo.

—¡Pobre rey! mañana te herirán en el corazon... digo, si es que tú tienes corazon.

—¡Que me herirán en el corazon!

—¡Si mañana te matasen á tu buena esposa...!

—¡Oh! ¡si un traidorse atreviese á la reina, moriria; exclamó el rey con una llamarada de firmeza.

—¡No, no querrá Dios! dijo de una manera profunda el tio Manolillo, no pensemos en eso. Me voy y te dejo solo, Felipe; pero cuidado conque te metas con mi Dorotea, porque...

—¿Por qué?

—Porque me volveré loco, tendrás que hacer de Lerma tu bufon, y su escelencia te divirtiria muy poco: adios.

Y el tio Manolillo salió, dejando solo en su cámara á Felipe III.

## CAPITULO XIX.

De cómo el tío Manolillo hizo que doña Clara Soldevilla pensase mucho y acabase por tener celos.

Al salir por una puerta de servicio, el tío Manolillo se vió detenido por el rodrigon de doña Clara Soldevilla.

—Os buscaba, maese, le dijo, y me habeis tenido cerca de una hora esperándoos en la antecámara de audiencias. Conque daos prisa y venid, que os espera la dama mas hermosa que se tapa con guardainfante.

—¡ Ah, mal engendro ! ¡ ingerto de dueña en cuerpo de sapo.. ! ¿ qué me querrás tú que bueno sea.. ? Mas ahora recuerdo... en efecto... doña Clara Soldevilla tiene el malísimo gusto de hacerse servir por tí : si es ella quien me llama huélgome, porque si ella no me llamara iria yo á buscarla.

—Pues ved ahí, que mi señora es quién os ruega que vayais á su aposento.

—Pues tirad adelante, don rodrigon, consuelo de contrahechos.

—¡ Bah ! tengamos la fiesta en paz, tío, que no sois vos ciertamente quien puede hablar de corcobas : y vamos adelante que mi señora espera.

—Pues adelantemos.

Y el rodrigon tiró delante del tío Manolillo y le introdujo al fin en la misma habitacion donde habia introducido antes al cocinero mayor.

El bufon quedó solo con doña Clara, que le salió al encuentro.

—¿Con qué al fin? dijo el bufon, mirando de una manera fija y burlesca á doña Clara.

—¿Qué quereis decir? contestó la jóven.

—Digo que viene el sol, y derrite la nieve que ha estado hecha una piedra durísima todo el invierno.

—Venis tan hablador como siempre, Manuel, y os agradecería que me habláseis con formalidad.

—Tan formal vengo, que vengo á hablaros de lo mas formal del mundo.

—¡Cómo! yo creía que veniais porque os llamaba.

—En efecto: pero como yo he pensado buscaros á vos, antes que vos pensárais en buscarme á mí, me corresponde de derecho empezar primero. Y empiezo... pidiéndoos la mano, que el corazón no, para un amigo mio.

—Si volveis con ese enojoso asunto... dijo severamente doña Clara.

—Es verdad, repuso el bufon interrumpiéndola, que olvidándome de quién soy, y lo que á mí mismo me debo, vine un dia á traeros de parte del rey mi señor, una gargantilla y un billete.

—Por lo mal parado que entonces salisteis...

—Entonces erais nieve, y como el rey no es sol ni mucho menos...

—¿Venis decidido á no dejarme hablar del asunto para que os he llamado?

—Me corresponde de derecho el hablar antes del asunto que me trae á buscaros. Ya os he dicho que se trata de vuestra mano.

—Acabareis por impacientarme, Manuel.

—Yo creo que estais ya bastante impacientada.

—Será al fin necesario oiros, para que acabeis pronto.

—Os aseguro, que por interesante que sea para vos, señora la mas hermosa y mas dura que conozco, lo que teneis que decirme, os interesa mas lo que yo voy á deciros. Como que se trata de vuestros amores.

Púsose la jóven vivamente encarnada y escesivamente seria.

—Antes si erais fria como la nieve, teniais el alma blanca y pura como cuando erais piedra. No hay, pues, porque avergonzarnos, porque yo amo, tú amas, aquel ama, y todos en fin amamos.

—¿Pero qué estais diciendo, Manuel?

—Digo que sois la mujer mas dichosa y mas desdichada que conozco.

—No os entiendo.

—Dichosa, porque os ama un hombre que... perdonad... no os enojeis, no voy á hablaros de mi hermano Felipe, sino de mi amigo Juan Giron y Velasco que os adora... con toda su alma, como un loco.

—¡Juan Giron y Velasco, habeis dicho! exclamó doña Clara á quien habia hecho conmovérse de una manera profunda, aquel segundo apellido, añadido al nombre del jóven.

—Ya se vé, vos creeis que vuestro amante, el hombre con quien anoche anduvisteis de aventuras por esas calles de Dios, y á quien metísteis despues en vuestro aposento...

—¡Tio Manolillo...! exclamó con indignacion doña Clara.

—Si lo vi yo... como he visto otras muchas cosas, y porque he visto mucho, sé que el tal enamorado no es ni por pienso sobrino del cocinero mayor sino hijo de duques.

—Nada me importa.

—Y os está reventando el corazon por saber...

—Sino dejamos esta conversacion...

—Si la dejáramos, ¿cómo habiais de saber que ese mancebo, tan hermoso, tan honrado, tan franco, tan bueno, tan valiente, es hijo del duque de Osuna y de la duquesa de Gandia?

Doña Clara se puso muy pálida, pero se dominó. Manolillo la veia sufrir con cierta feroz complacencia.

—Pero si yo no os pregunto nada de eso: sino quiero saber nada de eso, dijo doña Clara.

—Sabeis que os he visto asi, doña Clara, tamañita, cuando erais de la cámara de la infanta doña Catalina. Que os he seguido paso á paso, cuando os hicisteis mozueta, y despues cuando fuisteis moza, hasta ahora que sois la dama de las damas. A propósito, se murmura que os nombran dama de honor.

—Pero por Dios, Manuel: yo os he llamado para un asunto importante.

—Lo sé todo: sé que lo mas importante para vos, es mi amigo Juan Giron y Velasco.

—Si os envia ese caballero—y os digo esto para concluir—decidle que le he dicho ya cuanto tenia que decirle, y que mas allá de lo que le he dicho no daré un paso.

—Sin embargo, le diré tambien que vos que sois la dama de alma mas tranquila que conozco, que dormís bien, que comeis bien, estais un

tanto ojerosa y pálida, y aun me parece que no tan gorda como ayer : habeis adelgazado algo, y si seguís así tragándoos vuestro amor...

—¡Qué pesadez y qué insolencia ! exclamó irritada doña Clara. ¿Será cosa de que os mande echar?

—Si continuais así señora, os vais á poner flaca y fea.

—¿Os he hecho yo algun daño, Manuel? dijo la jóven á quien no se ocultaba lo que habia de agresivo é intencionado en las palabras del bufon.

—¡Daño ! ¡ á mí ! yo no me enamoro, y vos no sois mala : si alguna vez me hicierais daño me vengaría.

—¿Y á qué ese empeño de hacerme oír lo que no me agrada?

—Cumplo con un encargo.

—¿Con un encargo de don Juan...?

—Si ; ciertamente.

—¿Y un encargo para mí?

—Como que sois para él toda una ambicion.

—Yo creí mas noble y mas reservado á ese hombre.

—¿Qué quereis señora? es jóven : recienvenido á la córte : conoce que vos le amais...

—¿Qué lo conoce...?

—Y como os ha hecho un gran servicio...

—¿A mí?

—Lo mismo da, puesto que lo ha hecho á la reina...

—¿A la reina...?

—Por supuesto... las cartas de don Rodrigo...

—Ese hombre es un miserable, un calumniador...

—Es jóven, é inesperto.

—Pues decidle... decidsele, que si me ha podido interesar... algo... por circunstancias especiales... ahora por circunstancias especiales le desprecio.

—Pero le vais á matar...

—Quien es hablador, embustero, mal nacido, no puede amar.

—Pero ved que llorais.

—De rabia.

—¡ Ah ! ¡ ah ! y ello al cabo, á nadie lo ha dicho mas que á mí.

—Que sois el escándalo del alcázar.

—Estimo vuestro favor : no creia yo ciertamente que cuando venia á hablaros del único hombre que ha podido conmoveros...